

ÓSCAR QUIROGA

«Porque el silencio es
más poderoso que las palabras»

El
SENDERO
del *silencio*

El
SENDERO
del *silencio*

ÓSCAR QUIROGA

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: El sendero del silencio.

©Óscar Quiroga, 2019.

Esta novela fue registrada en el registro de la propiedad intelectual de Murcia con el número MU-252-2019.

ISBN: 9788909136605.

Depósito legal: MU 860-2019

Diseño de portada: Adyma Design.

Corrección: Marina Agate.

Maquetación: Adyma Design.

ÍNDICE

[2 de noviembre de 2018](#)

[2 de noviembre de 2018](#)

[3 de noviembre de 2018](#)

[3 de noviembre de 2018](#)

[4 de noviembre de 2018](#)

[4 de noviembre de 2018](#)

[17:14 horas](#)

[4 de noviembre de 2018](#)

[20:27 horas](#)

[21:17 horas](#)

[21:46 horas](#)

[22:30 horas](#)

[23:05 horas](#)

[01:16 horas](#)

[01:57 horas](#)

[02:23 horas](#)

[02:31 horas](#)

[02:32 horas](#)

[02:54 horas](#)

[03:01 horas](#)

[03:02 horas](#)

[03:04 horas](#)

[03:17 horas](#)

[03:27 horas](#)

[03:56 horas](#)

[04:14 horas](#)

[04:52 horas](#)

[05:20 horas](#)

[05:34 horas](#)

[05:47 horas](#)

[06:07 horas. Madrid](#)

06:10 horas. París

06:28 horas

06:29 horas

Amanecer

En el umbral del desayuno

El sol entra por la ventana

Un café diferente

Un viaje de vuelta

Una conversación pendiente

Mirando al sol al mediodía

Adiós París

Palabras de incertidumbre

Una batalla por describir

A corazón abierto

Un destino sin dueño

El camino abierto al atardecer

Quisiera ser

¿Un paso atrás? ¿Un paso adelante?

Y ahora, ¿qué?

Las decisiones están para tomarlas

Incertidumbre, o no

Las evidencias nos dejan señalados

El tiempo pasa, los sentimientos se arremolinan

Agradecimientos

2 DE NOVIEMBRE DE 2018

Multitud de papeles amontonados encima de la mesa del despacho. No me acostumbro a trabajar de esta forma, con este galimatías y este embrollo por todos lados. No soy así. Soy bastante más ordenado, más milimétrico, más serio. Formal, que diría mi madre. Las prisas no siempre llevan a buen puerto, lo sé. Intento mil y una veces aplicarme este mantra aunque en la mayoría de las ocasiones acabo por sucumbir. ¿Humano? Más bien, sometido. Sometido a la disciplina del tiempo y del espacio, de vivir de prisa y de añorar la tranquilidad de una tarde de verano junto al mar.

Ya casi lo tengo todo en solfa. Mi jefe ha puesto mucho hincapié en que debemos compartir lo mejor de nosotros mismos. Sé que confía en mí, en mi criterio y en mi manera de trabajar. Llevo muchos años en la compañía y conozco cómo funcionan los mercados internacionales. Representar a una empresa multinacional puntera es una gran responsabilidad a la par que apasionante. Acostumbro a viajar solo, sin compañía. Por un lado, lo prefiero; no tener que dar explicaciones es algo que la mayoría de los empleados no puede hacer. Yo me he ganado el respeto y la confianza a pulso. Tomo decisiones a diario que podrían lastrar los beneficios de la compañía en España, si bien, hasta el momento, las determinaciones que adopto, consecuencia de un intenso trabajo previo, reportan una buena inyección económica.

Vivo bien, no puedo quejarme. El salario está por encima de la media con respecto a la competencia. Eso me permite concederme algún capricho caro de vez en cuando, aunque prefiero compartirlo con mi familia. El móvil me está sonando en el bolsillo. No espero llamada ya que avisé a mis contactos que hoy salía para París, a la convención anual de la compañía. Miro la pantalla: es Inna, mi mujer. Pulso dos veces en el botón lateral. Ahora no puedo atenderla pues tengo que ultimar los datos que presento en la ponencia. Me defiendo con la informática, aunque podría tener más conocimientos. El problema existente es, como en la mayoría de las ocasiones, la falta de tiempo material para poder formarme. No es excusa. El director de comunicación y de desarrollo ya me ha llamado al orden más de una vez en ese sentido. Y tiene razón, si bien resulta obvio que es lo que hay. No puedo estar en misa y repicando. Es cuestión de sentido común. Quizá también sea la razón por la que no me abrumba tanto con este tema. De todas formas, trabajo codo con codo con una mujer extraordinaria que me ayuda muchísimo. Es Ana, mi adjunta; si bien podría ser perfectamente la titular del departamento. De hecho, asume mi rol cuando yo me ausento por viajes de negocios o visitas a nuestra sede en Suiza. Ana es capaz de hacer el trabajo con absoluta solvencia y en muchas ocasiones bastante mejor que yo. Nos llevamos muy bien y nuestra compenetración en el trabajo es casi perfecta. Tiene que lidiar con mi tozudez y con mi perfeccionismo flagrante si bien ya sabe a lo que se expone trabajando a mi lado. La mediocridad no es una palabra que figure en mi diccionario laboral y Ana conoce bien qué es lo que significa. Aunque ella no quiera reconocerlo es mucho más parecida a mí de lo que pretende dar a entender. Es tímida, sin embargo cuando tiene que sacar y poner carácter encima de la mesa no duda en hacerlo. Y me gusta que sea así. No se puede ser un mojigato en este tipo de trabajos: o te comes al mundo o el mundo te engulle a ti. Es la ley de la selva de asfalto, la ley del más fuerte, del que

es más astuto.

Siempre llevo un maletín de piel, color marrón oscuro. En él guardo todo lo necesario cuando salgo fuera. Es el primer regalo con el que me sorprendió Inna. Le tengo mucho aprecio. Podríamos decir que es mi talismán de la buena suerte. El interior está ya algo deteriorado pero no me desharé de él hasta que no se caiga a pedazos. Observo la planificación horaria de la convención en la pantalla del iMac mientras compruebo si tengo algún correo electrónico sin leer. Me salta un recordatorio en la pantalla: activar el aviso de fuera de la oficina. ¡Uf! Siempre olvido activarlo. Confirmando que no queda nada pendiente y apago el ordenador. Solamente me queda arreglar un poco la mesa y salir pitando a casa a recoger el equipaje. Y de ahí, al aeropuerto. El vuelo sale a media tarde por lo que tengo tiempo de sobra para ir con tranquilidad. No llevo mucho equipaje. En este tipo de salidas no es necesario mucho bulto; todo lo contrario, lo justo. Sólo es un fin de semana. Intensos aunque, realmente, dos días: viernes tarde y sábado al completo.

Una vez recogida la documentación salgo de la oficina rumbo a casa. En la puerta, me topo con Ana. Me dice que no olvide coger un dossier importante. Por eso hablaba de ella antes de esa forma. Es mi complemento perfecto. Sé que me superará a corto plazo y entonces tendré que ser yo el que la complete, si es que no me largan antes. Cada persona tiene su momento y su lugar. Fuera de él es el destino el que elige el camino por ti. Pocas cosas hay más reales que esa. Saber dónde está tu sitio y aceptarlo. No es sencillo como a priori pueda parecer pero es inevitable; absolutamente inevitable.

Hoy dejé el coche en casa y opté por ir en metro. Aunque las oficinas no están demasiado lejos de la boca del transporte subterráneo, hay ocasiones en las que el coche es mi opción. Si no fuera porque la ubicación de la empresa es complicada en cuanto a aparcamiento elegiría siempre venir en automóvil. Para mí es más cómodo. Si bien, en metro se va estupendamente. Apretado, tal vez. Y en hora punta, un poco más. Es cuestión de acostumbrarse a desplazarse así. Y puedes observar la vida desde muchos puntos de vista; tantos como personas te acompañan en el vagón y que se sientan a tu lado, o que se balancean de pie en las numerosas curvas que las vías dibujan bajo el suelo de la capital del país. Rostros tristes, alegres, enfadados, apurados, vestidos de melancolía, disfrazados de euforia, acotados en universos privados. Palabras en silencio, gritos mudos entre lectura de libros o bailes silentes bajo el hechizo de unos auriculares adosados a los oídos de la juventud, de la mediana edad, de las personas mayores que ven en otros aquello que fueron o que nunca llegaron a ser.

Mientras devaneo con mis pensamientos casi se me pasa la parada. Salgo de los últimos, casi con las puertas cerrándose y con el pitido inconfundible del maquinista que tiene que ir en busca de la siguiente estación. A pesar de estar a principios de noviembre, no hace frío. Madrid es una buena ciudad para esta estación otoñal. Es precioso caminar entre hojas amarillas, esas que quedan esparcidas por el suelo de forma casuística o incluso alguna otra que se solidariza con el resto y se marcha con la brisa del viento al lugar que le corresponde en la superficie. Acera, calzada, parque o fuente. El destino también está escrito para los árboles de hoja caduca que cada otoño mudan sus ilusiones para soñar durante el invierno unos ideales nuevos que nacerán en la siguiente primavera. La gente se anima a pasear, a caminar en sus limbos cotidianos, en los quehaceres sociales. El sol calienta lo justo y necesario aunque se agradece sentir el calor en la piel.

En pocos minutos estoy abriendo la puerta del edificio donde vivo. Es un apartamento moderno, con un par de habitaciones y una cocina con una barra tipo americana. No es demasiado

grande pero para Inna y para mí es suficiente. Y mucho más ahora. Antes vivíamos en un piso con una sola habitación. Lo pensamos mejor y decidimos mudarnos hace ya nueve meses. Pagamos lo mismo que antes; la única diferencia es que estamos un poco más alejados del centro. Nos daba igual. Nos sigue dando igual.

Las dos habitaciones forman ahora un submundo dentro de nuestro universo. Somos pareja, cada vez tiene menos significado ese vocablo que sirve para definir a dos personas que conviven juntas y que se supone que se quieren, que se aman, que se completan. O por lo menos, ese es el significado correcto. Debería, porque no lo es. No lo es. Hace ya unas cuantas semanas que la situación torna con vicios insostenibles. La privacidad particular le gana la partida siempre a ese nosotros que construimos con tanto esfuerzo en la primera etapa de nuestra vida en común. Somos dos amantes sin nadie a quien demostrar ese amor que corre, estoy seguro, por las venas de cada uno de nosotros. Parecemos de sangre fría, inertes en ocasiones puntuales. La pasión se marchó por debajo de la puerta porque no conseguimos que el calor que la envolvía tuviera la fuerza necesaria para corregir aquellas desviaciones de brisa entumecida, fría y triste.

No he buscado culpable. Porque somos los dos los que atesoramos incertidumbre para golpearnos sin piedad, sin paños calientes, ocultando las fisuras por donde quizá era posible darnos una nueva oportunidad. No sé en estos momentos puntualizar o determinar qué somos. Lo que sí que sé, es lo que no somos en realidad.

Hoy no ahondaré en la herida. No tiene sentido. Me marché de viaje de trabajo y tengo que estar despierto y concentrado. Mi vida, porque el trabajo se ha convertido en lo más parecido a una vida que puedo tener, depende de mis decisiones. Sigo pensando que la resolución más importante aún está por tomar.

Abro la puerta con la llave color dorado, y me recibe el más silencioso silencio. Las dejo en su lugar, en ese cenicero plateado que parece de alta alcurnia si bien, en realidad, es de hojalata barata de puesto de mercadillo de pueblo, y paso al interior donde se encuentra la barra que delimita el salón. Observo a Inna, sentada en el sofá con una pequeña manta de cuadros en tonos marrones que la cubre. Me observa aunque devuelve la mirada a la pantalla de televisión. La primera, en la frente, como suele decirse de forma castiza y evidente. Una parte de mí me pide acercarme a ella y besarla en la mejilla, como en aquellos días cuando la vida nos marcaba el paso a los dos al mismo tiempo; la otra me dice que pase de largo como un tren de mercancías en una estación ferroviaria de paso obligado: no hay parada ni andén preparado para la descarga de los vagones. Eso es lo que nos ocurre constantemente. Esa dualidad de respuestas frente a una misma pregunta. La decisión se hace de rogar, aunque solamente han transcurrido unos segundos. Parecen minutos, decenas de minutos donde el silencio solo se corta con el murmullo incesante de la caja tonta con volumen alto. Aun así, me pueden los sentimientos. Me puede ella, Inna. Soy sincero porque, a pesar de todo, es ella.

—Inna, voy a recoger el equipaje y me marché al aeropuerto. Ya sabes que me voy enseguida. El avión sale en cuatro horas.— Intento, aunque no sé si lo consigo, mantener una diminuta conversación.

Me mira mientras hablo. Luego, continúa impasible en su diálogo siguiente con la televisión. Me pregunto, me he preguntado y me preguntaré tantas cosas... Hoy no tengo más tiempo, ni tampoco puedo perderlo. Me agarro a mis obligaciones laborales para no montar la mayor. Porque podría, y estoy seguro que ella lo sabe y creo que juega con ello. Entiende que así me tiene, en cierta forma, maniatado. Lo que Inna ignora es que alguna vez el que proponga un paso adelante voy a ser yo. Y entonces, sólo entonces, comprenderá lo que siento. Aunque, de alguna forma lo

sabe, y lo sabe muy bien. Pero ese orgullo que la enerva en su posición desdichada la eleva a la octava potencia. Allí, por el momento, es invencible. Tal vez tenga que cambiar la estrategia y no esperar tanto para atacar cuando la presa se pone a tiro.

Paso delante de ella y voy a la habitación. Seguimos durmiendo juntos. Por cualquier lado por el que se mire, es un sinsentido, si bien es algo que nos sale del corazón a los dos. Ridículo, ¿verdad? Puesto que cuando uno está por otra persona la ridiculez es el menor de los problemas que pueden surgir. Tengo la maleta preparada a falta de incluir en ella un par de corbatas que le vayan bien a los trajes de chaqueta que llevo. Cierro las cremalleras y la pongo en posición vertical para arrastrarla sobre sus ruedas hasta la puerta del apartamento. Inevitablemente, tengo que pasar por delante de Inna otra vez. Si fuera otro, le echaría una mirada a quemarropa y me largaría. No obstante, no lo soy. Me siento a su lado, la miro. Y hablo. Únicamente, yo. Es lo que me queda y quiero seguir haciéndolo.

—Me marchó, Inna. Voy a llamar a un taxi para que venga a recogerme y llevarme al aeropuerto. Regreso el domingo. Tengo el vuelo de vuelta sobre las cinco de la tarde, más o menos. No recuerdo exactamente ahora. Nos vemos a la vuelta —le digo mientras los nervios se instalan en mi estómago. Conozco la respuesta que viene, así que estoy preparado.

—Buen viaje, Héctor —contesta, sin más.

Me levanto y tras tomar maleta y maletín, salgo de casa. En el ascensor llamo al servicio de taxi para que envíen un vehículo a la puerta del edificio. El tráfico se incrementa y hay que salir con bastante tiempo de antelación para evitar atascos y sorpresas de última hora. No tarda mucho en llegar. Subo a la parte de atrás, me acomodo en el asiento y le digo dónde necesito que me deje. Suena el teléfono: es Ana.

—Dime, Ana. ¿Ocurre algo? —le pregunto un poco perplejo.

—No, Héctor. No, no es nada —susurra al otro lado de línea.

—¿Entonces? —Empiezo a ponerme un poco nervioso.

—Bueno, verás. Me ha llegado algo que quizá deberías saber. Aunque no sé a ciencia cierta si ya lo sabes —sus palabras resuenan con cierto aire de preocupación que no alcanzo a comprender.

—Ana, voy en el taxi a la terminal de salidas. No me vengas con acertijos, ¿vale?

—No te enfades, Héctor. —El tono de su voz baja en intensidad.

—No me enfado, Ana. Dime, dime qué ocurre.

—Me llega que alguien que conoces... —Parece que alberga dudas en contarme lo que sucede, lo que está empezando a ponerme un poco nervioso pues yo no suelo perder los papeles con facilidad.

—¡Joder, Ana! ¡Suéltalo ya! —le contesto un poco malhumorado, mientras observo que el taxista no quita oído a la conversación.

De pronto, la comunicación se corta. ¡Maldita sea! Devuelvo enseguida la llamada a Ana, pero me sale una voz diciendo que el teléfono está apagado o fuera de cobertura. ¡Mierda! Cuelgo y me recuesto en el asiento. Quedan unos diez o quince minutos para llegar al aeropuerto. Una vez allí, la volveré a llamar.

El resto del trayecto pasa sin incidencias. Bajo del taxi y camino por la terminal buscando mi puerta de embarque. Miro en los paneles informativos: es la dieciséis. Así que me dirijo para allá arrastrando algo más que una maleta y un maletín con documentación. Parece que remolco y traslado parte de mi propia vida en ese equipaje de mano. Tengo la sensación de que el peso aumenta de forma exponencial o, por lo menos, así lo noto. Me cuesta moverla por el suelo brillante y acristalado de la terminal de salidas del aeropuerto de Madrid.

Paso el arco de seguridad sin incidencias y camino despacio buscando la puerta de embarque. Aún faltan unos minutos para que se abra al pasaje y pueda subir a bordo del avión. Un poco más adelante hay unos asientos vacíos. Me siento en uno de ellos y abro el maletín. Extraigo un dossier y repaso algunas notas escritas en esas trocitos de papel de color amarillo que tanto le gustan a Ana. Sé que lo llevo todo bien preparado, aunque las dudas se pasean por el estómago. Me pasa cada vez que voy a asistir a algo importante: los nervios de esas primeras ocasiones vuelven constantemente. No deja de ser curioso cómo el ser humano es capaz de albergar las mismas sensaciones una y otra vez para sentir las como nuevas, inciertas y rebosantes de interrogantes. La megafonía anuncia la apertura de mi vuelo. Con los titubeos propios del viaje he olvidado llamar a Ana. Ella tampoco lo ha hecho desde la última vez. Imagino que no será nada importante; de haberlo sido, me hubiera colapsado el móvil con una llamada tras otra. No debo preocuparme. Creo.

Subo al avión y me coloco en mi asiento. Siempre viajo en pasillo. Es una manía como cualquier otra salvo si voy con Inna, pues ella también prefiere ese lugar. Le doy una última mirada al móvil antes de apagarlo. No hay correos electrónicos, ni notificaciones, ni redes sociales, ni fotos que advertir. Es la hora de abrocharse el cinturón y prepararse para el despegue. A veces pienso que es mi último viaje. No le tengo pánico a los aviones pero sí un respeto profundo a un aparato espantosamente grande que es capaz de elevarse del suelo ignorando la gravedad y surcando los cielos como un pájaro de cualquier especie.

Allá vamos. Tomamos carrerilla y, casi al final de la pista, nos elevamos al cielo encapotado de Madrid. En cuanto ascendamos un poco más, tendremos nuestro colchón de nubes bajo los pies. Cierro los ojos y me dejo llevar por la sensación de estar a unos cuantos cientos de metros sobre el suelo.

2 DE NOVIEMBRE DE 2018

—Loana, ya sabes que no puedo ir. La exposición termina el domingo en la noche con la cena de clausura. Es materialmente imposible. De todas formas, lo sabías. —La voz es grave, seria y no admite resquicio alguno.

—Sí, Remy. Ya lo sabía. Tal vez albergaba alguna esperanza de que pudieras escaparte. Roma no está tan lejos de París —contesto agotando el último cartucho de esperanza que me queda.

—No, no estamos tan lejos, querida. Las cosas son así. Ya nos veremos —sentencia sin posibilidad de recurso alguno.

La llamada termina. Observo cómo la pantalla de mi teléfono móvil torna oscura. Me dan ganas de tirarlo contra la pared, pero no lo hago. Aunque solo sea por los más de mil euros que me costó el terminal hace dos meses. Al final, como siempre, tengo que viajar sola. Más allá de la costumbre, no deja de fastidiarme. Todo en la vida tiene sus inconvenientes y sus ventajas. No descubro nada, si bien cada uno se toma las cosas de distinta forma.

El café humea en la encimera. Voy a la cocina en busca de una taza. Quizá el sabor pueda calmar el desasosiego que tengo en este momento. Sí que es cierto que sabía que Remy no estaría a mi lado en París este fin de semana. Sin embargo, confiaba en que pudiera darse la posibilidad. No era la primera vez que dejaba sus cosas y venía para estar conmigo. Porque yo también necesito sentirme arropada en mi vida profesional. Esta vez, estaría sola. Bien sabe que puedo con todo, que no me hace falta su compañía. Aunque también y, de sobra, que nos debemos ciertas cosas. No me gusta la palabra deber si bien, en esta ocasión, viene como anillo al dedo.

Remy Dasseville. Mi marido.

Echo de menos muchas cosas. Quizá demasiadas. Yo tampoco puedo decir que sea el paradigma de la constancia, de la perspectiva adecuada, de la toma de decisiones correctas para todo lo que me ocurre. Me equivoco con frecuencia pero también necesito atención. Todos lo hacemos, es innato al ser humano. ¿Por qué iba a ser la excepción de la regla? Somos tan ciegos que no sabemos calcular las consecuencias de los actos que realizamos; por inconscientes. Y lo hacemos sabiéndolo, aunque más tarde nos quejamos de todo aquello que resulta. Estoy convencida que si nos detuviéramos a calibrar el resultado muchas de las cosas que llevamos a cabo, se quedarían escondidas en el trastero de los intentos inacabados. Echo la mirada atrás mientras le doy un sorbo al café recién hecho. Qué feliz pensaba que sería. Lo fui. Es cierto que lo fui. Nada tienen que ver aquellos tiempos primeros con la actualidad. Atrás quedó todo. Bueno... casi todo. Mi vida se llenó de sinsabores a la par que aumentaron mis sensaciones de sombras y vacío, incluso existencial. Nunca le perdí el norte a mi vida, pero no es menos cierto que yo misma me convertí en mi propia estrella polar, aquella que me sonrío cuando ando perdida y que en silencio me lleva de la mano por este camino vital.

No me considero una insensata, por lo menos no en el sentido literal de la palabra. La insensatez forma parte de las cosas que llevo apiladas en mi bolso aunque, en determinadas ocasiones, es la mejor de las opciones. Recuerdo la primera vez que le oí a Remy hablar de esto. Con el tiempo ha tomado toda la intensidad que posee. Todo lo que he conseguido y lo que

consigo no es fruto, precisamente, de este adjetivo calificativo. Mi esfuerzo y mi determinación son las que me llevan a diario en busca de mi destino. Mi olfato para descubrir lo que está escondido es uno de mis puntos fuertes si bien no me sirvió para ver más allá de mi marido, para localizar aquellos puntos ciegos que pudieran guiarme por un futuro inmediato que jamás llegó a alcanzar las expectativas que puse en nuestra relación.

Mi trabajo me tiene ocupada por completo. Sin embargo, invento tiempo para nosotros, para estar juntos, para charlar, para pasear, para salir a cenar o para hacer el amor cada vez que me apetece o que a él le apetece. Nos compenetramos bien en muchos aspectos de la vida. También es real que nos separan muchos matices ocultos, imperceptibles para unos ojos que solamente contemplan una pareja que parece llevarse a las mil maravillas y que es la envidia del mundo donde Remy se mueve. No tanto en mi esfera, la literaria, mucho más en la sombra, a niveles recónditos, más ignorados, camuflados, velados.

Adoro mi trabajo y me fascina ser agente literaria. Llevo la carrera de algunas de las autoras más importantes de novela contemporánea en la actualidad. Este trabajo me hace viajar con frecuencia y me gusta. Conocer lugares nuevos y vivir en primera persona la cultura de lo diferente, aquello que nos hace únicos y singulares frente a los demás. Sin embargo, este trasiego de estar fuera de casa asiduamente es lo que ha puesto en el disparadero una relación de pareja que, a priori, estaba construida para soportar tormentas mucho más destructivas. Porque Remy también viaja. Mucho más que yo. La vida de un artista, de un escultor en este caso, le obliga a pasear sus creaciones fuera de su lugar de residencia. Tiene que moverse mucho para ser conocido y poder exponer en las mejores galerías del mundo.

Al principio lo tomamos como un juego de seducción. Verte atrapado en una vorágine viajera de semana en semana resultaba mucho más emocionante y morboso que vernos a diario en casa. Hospedarnos en hoteles diferentes y buscarnos en lugares insospechados hacían de nuestra vida en común un universo fascinante y atractivo. El deseo se incrementaba con cada encuentro sexual fuera de los dominios del otro de forma que, durante un tiempo, solamente nos acostábamos juntos cuando estábamos fuera de casa. Esta especie de voyerismo marcado y aprendido entre los dos mantenía esa chispa incandescente y nos unía muchísimo.

Creo que los dos apostamos por esta forma de vida en la misma medida. Nos fuimos dejando llevar por el resultado placentero de unos encuentros más propios de un drama cinéfilo con tintes eróticos que por una relación de pareja.

Y es precisamente ahora cuando puedo entender lo ilusa que soy y los ingenuos que somos al basar nuestra relación en esas citas de hotel en una ciudad cualquiera para tener sexo como animales salvajes sin más uso de razón que el de proporcionar complacencia y deleite físico. Que también es importante, clave diría yo. Un entendimiento sexual es tan importante como el entendimiento sentimental. Y si me apuras, un sesenta-cuarenta, o un setenta-treinta, en términos estadísticos. No bastaba con eso. No basta. Está bien ser conscientes de esa necesidad primaria aunque no creo que pueda compararse a hacer el amor con la persona a la que amas, a la que deseas, con la que compartes más que fluidos y jadeos de una tórrida velada.

Podría decirse que hemos llegado a un acuerdo conceptual que nos beneficia a los dos. Y punto y aparte. No hay más leña que echar al fuego de la chimenea. Es la vida que elegimos de manera consciente. ¿Que dónde queda la moralidad? Pues de puertas para adentro cada uno que aguante su propia vela. Cierto es que podría marcharme y emprender mi vida separada de la suya. Y Remy podría hacer lo mismo, aunque nuestro estatus cambiaría por completo. Demasiado, creo yo. Y no sé si estoy preparada para un salto de tan elevada envergadura. Quizá, si algún día encontrara a la

persona adecuada, lo intentaría. Tal vez. Llegado el momento tampoco sé si sería capaz de darle un vuelco a mi vida, a volver a ser yo, a sentir lo mismo cuando los días eran días con Remy. Imagino que es el sueño de cualquier persona buscar la felicidad. Sin embargo, siento que ponemos el énfasis en el lugar erróneo, en el lugar equivocado. Y no lo hacemos con malas artes, porque pensamos que la felicidad está escondida en la persona con la que queremos compartir el amanecer y la madrugada. Y así, no nos damos cuenta que somos nosotros mismos los pilares de nuestra propia fortuna, de nuestra propia bonanza, de nuestra propia prosperidad. El día que yo sea capaz de pensar así no habrá obstáculo que no pueda salvar ni dolor que no pueda soportar. Porque seré yo la que elija cuándo, cómo y con quién quiero ser feliz.

Ya tengo recogido el equipaje y puesto a punto en el interior de la maleta. El taxi viene a recogerme en veinte minutos más o menos. El tiempo justo para dejar todo recogido en su lugar. Remy regresará antes que yo a casa o, por lo menos, así lo creo. Debe volver el domingo por la mañana y yo, por la tarde.

Le gusta el orden. No es excesivamente maniático. Sí que es cierto que le puede la organización. Aunque en su taller, en el sótano de la vivienda, siempre reine el caos. La vida de un escultor es de todo menos ideal y sistemática. Hasta creo que yo soy aún más cuadrículada que él y eso que dentro de mi desorden acostumbrado soy bastante heterodoxa y cuidadosa.

Una vez arribe a París tengo una serie de citas confirmadas. Será un no parar siquiera para tomar un café y ni mucho menos para pasear por una ciudad que es preciosa y encantadora. No será la primera vez que esté en la capital francesa. Ni la última tampoco. La frecuencia de mis viajes a la ciudad del Louvre es alta. Allí tengo uno de los centros editoriales más importantes del viejo continente. Y una buena profesional como yo debe estar en los lugares imprescindibles. Tengo cierto nombre en los círculos literarios aunque como es normal, es el autor el que se lleva todos los honores bajo el brazo. Las cosas tenderán a cambiar en un futuro no muy lejano. Se reconocerá la labor técnica y las competencias adecuadas para este trabajo. Y yo estaré allí para reclamar mi lugar. No soy demasiado ambiciosa, no obstante, sí que deseo estar y ser reconocida por mis logros personales. El apellido Dasseville es solamente burocracia. Loana Lanusse es quien debe perdurar en el tiempo.

Reviso el móvil en busca de un mensaje pero no llega. Confío que no se haya olvidado de nuestra cita. En ocasiones, los autores son tan egocéntricos que llegan a pensar que el mundo gira a su alrededor. Y aunque hay otros con los que se puede trabajar con más facilidad, el acceso a los grandes escritores está vetado para los editores con poco bagaje y experiencia. Los míos, mis autores, con los que cuento en nómina, tienen ya un pequeño hueco en este monstruoso universo de las letras, si bien aún les queda un largo camino para poder equipararse a los grandes divos y divas de la literatura contemporánea. Me siento orgullosa de poder contribuir al lanzamiento de sus carreras y a su mantenimiento en la medida de lo posible. Son jóvenes y tienen toda la vida por delante. Confían en mí y yo en ellos, siendo esa la base fundamental para que todo fluya. Ahora bien, el talento no se compra ni se vende. Son ellos mismos los que tienen que poner toda la carne en el asador. Yo, solamente, les presento las herramientas adecuadas para alcanzar su sueño. Que al final termina por ser el mío. Y me gustan los retos, siempre me han gustado. Ahora no iba a ser diferente.

El taxi acaba de llegar y espera con el motor en marcha. En breve estaré en el aeropuerto y de ahí, a París. Este fin de semana promete. Confío en que todo salga a pedir de boca pues me juego mucho y estoy dispuesta a hacer lo imposible por conseguir mis objetivos.

3 DE NOVIEMBRE DE 2018

Tras un vuelo placentero y un aterrizaje que apenas noté, llegué a París. El servicio de traslado del hotel estaba esperándome en las inmediaciones de la terminal. Estaba un poco cansado, pero feliz por estar en una de mis ciudades favoritas. Siempre me gustó la capital francesa, pasear por sus innumerables rincones y perderme entre el bullicio de los parisinos y los ínclitos turistas que, por oleadas, siempre dan ese toque diferente y colorido a una urbe repleta de fantasía y romanticismo.

Desde el aeropuerto *Charles De Gaulle* hasta el centro de París el tráfico fue especialmente complicado. Todo mereció la pena al llegar. Me habían hablado muy bien del hotel, sin embargo, hasta que no estuve en su interior no reparé en lo magnífico que podía llegar a ser. La organización y la rapidez en recepción es perfecta. En un par de minutos ya dispuse de mi habitación. Al entrar, un aroma afrutado me dio la bienvenida. Dejé mis cosas en el armario y fui al baño. Tengo la costumbre de ir siempre a los cuartos de baño, encender las luces y observar con detalle el espacio dedicado a una cosa tan simple y cotidiana. Un hotel que se precie debe tener a disposición de los clientes un aseo impecable. Y no hablo solamente de los artículos de bienvenida.

La limpieza es excelente y cada detalle dota al baño de un estatus de categoría. Descalcé los zapatos y dejé el traje y la camisa encima de la cama para meterme en la ducha. El tacto del agua caliente sobre mi piel era precisamente lo que mi cuerpo demandaba tras el viaje desde Madrid; el agua produce un efecto balsámico en mi estado de ánimo. Aprovecho esos momentos en soledad para rearmar mis pensamientos y poner alerta mis sentidos.

Pasados unos minutos y envuelto en una suave toalla, me siento en la cama. Cojo el mando a distancia de la televisión y la pongo en marcha. También es otra de mis costumbres: comprobar los canales que pueden verse a través de la pantalla. Me gusta escuchar los noticieros y las retransmisiones deportivas cuando estoy fuera de casa.. Miro el reloj. Aún quedan más de cuarenta y cinco minutos para la hora de asistir al cóctel de bienvenida que la empresa organiza en uno de los salones de eventos del hotel. Otros compañeros habían preferido alojarse en un establecimiento diferente al de la convención pero a mí me parece mucho más cómodo estar aquí. Así, en cualquier momento, puedo escabullirme sin demasiado esfuerzo y perderme en mi habitación en poco tiempo. Este tipo de reuniones a gran escala suelen ser por momentos un bodrio infumable. Aun así, estoy orgulloso de pertenecer a una empresa como ésta. Todo lo que soy lo he conseguido gracias a ella. Y deseo que así siga siendo durante mucho tiempo.

Voy a encontrarme con viejos amigos aunque también con personas que no tengo el placer de conocer. Suele haber sorpresas. No es que sea un forofó de ellas pero es una forma ideal de fomentar la buena sintonía entre personas de distintos lugares del mundo. Es lo que tiene trabajar en una multinacional, nada que ver con las empresas locales donde todo parece mucho más familiar, más cercano, más cómodo incluso. Aquí todo es a lo grande, como esas típicas producciones de *Hollywood* donde todos se abrazan al lograr sus objetivos comunes.

Elijo un traje de color gris oscuro con una camisa blanca. No suelo ponerme corbata el primer día. Prefiero ir vestido de manera informal. Recuerdo que en una de las múltiples entrevistas que hice para conseguir el puesto que ahora ostento, la persona que realizaba el cuestionario aseguraba que era

importante dar una imagen seria pero al mismo tiempo desenfadada; que se dejara notar una personalidad definida y decidida con algún tinte revestido de desaire o de frivolidad. Esa puntualización fue clave en el último eslabón antes de ser aceptada mi candidatura. Este mismo traje que ahora tengo puesto fue el que llevé aquella tarde. Y fue precisamente aquí, en París, donde todo comenzó. Y donde quiero que siga manteniéndose viva esta historia.

Al entrar en el ascensor observo a la gente que está en su interior. Bien vestidos, bien perfumados, ataviados con sus identificaciones correspondientes. Al llegar a la planta cero cada uno se mueve con rapidez buscando el salón al que debe acudir. Es curioso observar, pues lo hacemos desde una perspectiva lógica: no dejamos de ser animales con cierta inteligencia y, en ocasiones, ni eso.

Tras titubear un poco, localizo el pasillo que da acceso a la estancia principal. La puerta está entreabierta. Me asomo un poco para curiosear en el interior: no hay demasiada gente aún. Pienso en entrar o quedarme fuera un rato más. Me han dicho que el *lounge bar* del hotel es magnífico y que sirven unos cócteles de primer nivel, de esos que hoy en día se denominan *premium*. Dudo, si bien al final decido pasar al salón y comenzar esa ardua tarea de ir saludando uno por uno a las personas con las que me voy cruzando en ese paseillo. Deseo encontrar alguna cara conocida que me ayude a sobrellevar este *acting*. Miro hacia el escenario que se ha montado para la ocasión. Creo que reconozco a alguien allí. Tengo que decir que me llevo muy bien con los colegas de otros países. Quizá sea una de mis pequeñas virtudes: no soy excesivamente extrovertido pero le caigo muy bien al personal. Y eso corre de mi parte. Además, creo que lo sé explotar bastante bien. Me acerco a un tipo que tiene dibujada una sonrisa en su cara. Nos conocemos desde hace unos años. Es uno de mis mentores, al que le tengo un afecto y un cariño especial.

—¡Humberto Da Silva! ¡Está usted mejor que nunca, amigo! —le digo mientras estrecho su mano y le ofrezco un abrazo sentido.

—¡Héctor, querido colega! ¡Qué alegría verte de nuevo! Deja que te vea —me confecciona un traje sólo con sus ojos.— Estás como siempre, impecable. ¿Cómo van las cosas por Madrid? Tengo entendido que el negocio fluye y que tus contratos siguen dando mucho rendimiento.

—Siempre tan correcto... Pues sí, Humberto. No va mal la cosa. Teniendo en cuenta que estamos aún despertándonos de ese mal sueño llamado crisis financiera global, sobrevivimos gracias a los magníficos clientes con los que contamos —le respondo cual discurso presidencial.

—Cierto, Héctor. El director general te tiene en alta estima. España es uno de nuestros mayores consumidores y el plan de crecimiento previsto va a tocar de lleno a tu puerta. —El comentario hace que esboce una leve y nerviosa sonrisa, pues entiendo que el trabajo y el esfuerzo están dando resultado. Lo del director general, me deja perplejo y esperando saber un poco más.

—No lo dirás en serio —enuncio con disimulo.

—Sí, así es. No quiero adelantarte nada, Héctor, pero el señor Huber-Meier tiene pensado hablar contigo. No sé si durante la convención o una vez que regreses a Madrid. No puedo decirte más, amigo mío. Confía en lo que te estoy diciendo —me dice, apoyando una de sus manos en mi hombro derecho.

—Por supuesto que confío en ti, Humberto. No podría ser de otra forma. Nos conocemos desde hace muchos años, hemos aprendido juntos, aunque yo más de ti que tú de mí. Hemos pasado por numerosas vicisitudes y siempre hemos salido a flote, sacando a la compañía de una posición de quiebra profunda a ser uno de los mayores conglomerados farmacéuticos a nivel europeo, por no decir a nivel global. Y eso en buena parte, es gracias a personas como tú y como yo, que somos capaces de enfrentarnos a las adversidades con ímpetu y decisión. —Vuelvo a generar otra parrafada.

—Sigues hablando muy bien, Humberto. Veo que no pierdes práctica. —Sonreímos los dos,

mientras nos damos un buen abrazo.

Nos tomamos un café juntos mientras conversamos sobre los viejos tiempos y discutimos sobre los beneficios de las nuevas tecnologías al servicio de los clientes y de la empresa. Un diálogo como cualquier otro. Se nos une el responsable de negocio en Italia, el de Suecia y el de la República Checa. A la par que nos saludamos aparece en el escenario Werner Huber-Meier, el director general. Los aplausos no se hacen esperar y todos nos colocamos en nuestros asientos asignados. Werner tiene buen criterio a la hora de exponer sus ideas y lo que quiere para la compañía. Es el momento de prestar atención y tomar las ideas necesarias para seguir mejorando día a día.

3 DE NOVIEMBRE DE 2018

Llegué, por fin. Colapso en las carreteras de acceso a las vías principales que llevan al centro de la capital. Pasa lo mismo en casi todas las ciudades importantes. Pienso que no se libra ninguna. Suelo ser paciente. Confieso que los atascos no pertenecen a ese grupo que tolero. Prefiero conducir, por lo que depender de otros para llegar a cualquier sitio no me gusta demasiado. Aquí, en París, lo mejor es moverte en taxi. Son caros, sí, aunque merece la pena pagar por el servicio. Nadie mejor que ellos para llevarte por mil y un recovecos hasta dar con el itinerario más conveniente.

Tengo ganas de subir a la habitación y relajarme un rato. Esta noche tengo cita con una autora. Está progresando adecuadamente y se está convirtiendo en un fenómeno social. Tuve buen ojo con ella: en cuanto leí los primeros capítulos de su novela descubrí con claridad que esa historia era buena, que engancharía. Y no me equivoqué. Está colocada en el quinto puesto en ventas en su categoría. La novela romántica goza de buena salud en estos momentos. Lograr hacerse un hueco mayor en este convulso universo, no es sencillo.

Tras darle una buena propina al taxista por ser tan amable y tan ágil, paso al interior del hotel. Se respira un ambiente selecto como el de las súper producciones de cine, cuando llega el protagonista del filme y observa embobado la decoración y al resto de huéspedes. Me acerco a la recepción y presento mis credenciales. Espero unos segundos. Ojalá la habitación esté dispuesta pues quiero quitarme estos tacones del demonio. Eso de que hay que sufrir para lucir...

—Señorita Lanusse, la habitación está lista. Siguiendo sus instrucciones, le hemos reservado la suite que suele utilizar cuando viene a nuestro hotel. Esperamos que todo esté según sus deseos —me dice la recepcionista mientras me dibuja su mejor sonrisa.

—Muchas gracias. Si está como siempre, estará perfecta —contesto agradecida.

—Trabajamos para ello, *Madame*.

—*Merci beaucoup (Muchas gracias)*

—*De rien, je vous en prie (De nada)*

Me alejo en busca del ascensor. Hay exactamente veintitrés pasos desde la recepción hasta el recibidor que alberga los elevadores. Se nota que vengo con frecuencia, ¿verdad? Yo misma me río interiormente... Las puertas de color madera oscuro se abren. Solo hay una persona, un hombre en concreto. Va perfectamente vestido, aunque informal. Parece preocupado, con la cabeza gacha. Cuando levanta la vista, puedo observar sus ojos. Camina con paso lento, sus pisadas parecen seguras, decididas. Al colocarse a mi lado, me traspasa. Que sensación más extraña y placentera al mismo tiempo. Le dejo una sonrisa por si decide mirarme. Cuando pierdo toda esperanza, gira la cabeza y me sonrío. Me ruborizo por unos segundos. Cuánto poder que reside en una mirada. Entro al ascensor y pulso el número siete. Esa es la planta adonde voy.

Al cruzar la puerta de la habitación parece que llego a un espacio paralelo, un mundo diferente. Cierro tras pasar al interior y mis ojos no paran de contemplar detalles que saltan a la vista. Una maravilla de estancia: cada una de las piezas está colocada con tanto cuidado y gusto que conforman un puzzle perfecto., un verdadero deleite para los sentidos. Inclusive, el aroma es sutil pero embriagador. Si cierras los ojos puedes transportarte a un lugar diferente, único y singular y, al

abrirlos, descubres otras particularidades que en un primer vistazo permanecieron ocultas.

Dejo la maleta junto a la cama, mientras me descalzo y dejo los zapatos a un lado. Qué alivio para mis pies caminar por el suelo entablillado de la habitación. Como en ese anuncio de un famoso perfume protagonizado por una actriz de cabello rubio y ojos claros voy, deshaciéndome de la ropa que llevo puesta. Solo roza mi piel el conjunto de lencería en color *nude* que compré en mi última visita a Londres. Pasé por *Harrods* y no pude resistirme. Es caro, aunque me apetecía darme el capricho. Lástima que a Remy no le gusta demasiado vérmelo puesto. Él va directamente al grano, sin apenas preliminares. Cuatro besos mal contados y se acaban los preámbulos. Me gustaba así, si bien echo de menos un poco más de pasión y romanticismo. Ese que se supone que debe existir en una pareja o entre dos que se desean. Debo estar anticuada, desfasada, metida en mi espacio personal interior del que cada uno de nosotros somos presa.

Paso al baño. Me miro al espejo. Veo a una mujer con los ojos un tanto cansados. No obstante, veo a una mujer fuerte, en plenitud física y mental, con ganas de comerse el mundo y que puede conseguir lo que se proponga. Siempre creo en mí aunque, quizá, es ahora cuando más convencida estoy de ello. No hay obstáculo que pueda interponerse entre mis objetivos y yo. Soy lo suficientemente fuerte como para hacer lo que quiera. Y lo es a todos los niveles. No solo en lo referente a mi profesión. Mi vida privada es también mi objetivo. Y voy a por todas.

Suena el teléfono. Medio desnuda voy a busca de mi bolso. El móvil se encuentra en el interior. Tras revolver un poco, lo veo. Es Remy.

—Remy, dime. Acabo de llegar al hotel —contesto al oír su voz.

—Bien, Loana —dice sin más.

—Parco en palabras, ¿no? —le comento mientras camino de nuevo al cuarto de baño.

—Las suficientes, ¿no crees? —me contesta de forma brusca y borde como si la llamada sólo fuera fruto de la fría cortesía entre desconocidos.

—Entonces, ¿por qué me llamas? —le suelto, un poco enfadada.

—Tenemos que hablar, Loana. —El tono de su voz se eleva.

—¿Hablar de qué? —le contesto no entendiendo adónde quiere llegar.

—De nosotros.

—¿De nosotros? ¿Es que hay algo de lo que debemos hablar? ¿No está todo más que claro? —apoyada en la puerta, los nervios ya pululan en mi interior.

—Sí. Pero tenemos que dar un paso más —continúa hablando sin perder la calma.

—Un paso más. ¿A qué te refieres? —Me da la sensación que estamos entrando en un juego que no me gusta.

—Cuando vuelvas a casa, lo vemos.

—No me vayas a dejar así ahora, Remy. ¿Tan difícil es decírmelo? —Me levanto y gesticulo con la mano que me queda libre.

—Mejor cara a cara. Por teléfono no quiero.

—¡Claro! Tú no quieres, perfecto. Me llamas, me pones sobre aviso y te largas como si no hubiera ocurrido nada. Típico de ti —le suelto con síntomas del comienzo del cabreo.

—Hablamos, Loana.

—¡Vete a la mierda, Remy!

Cuelgo.

Vuelvo a mirarme en el espejo. Ahora veo a una mujer cabreada, y mucho. ¿Para qué narices me llama? Odio que se comporte así, lo odio. Le encanta sacarme de quicio y de veras que lo consigue. Si lo hubiera tenido delante le hubiera dicho más de una cosa... Debo calmarme. Respiro hondo,

suele hacer efecto. Si no fuera por lo que es, ya lo hubiera enviado a paseo. Hay mucha gente que no lo entiende, ni yo misma en muchas ocasiones, si bien tengo que aguantar un poco más, solamente un poco más, hasta que sea capaz de volar. Y no creo que tarde demasiado en hacerlo. Ya estoy más que cansada de tanto aparentar, de tanta falsedad y de tanto postureo sin sentido.

Voy a vestirme para mi cita. El restaurante en el que nos encontraremos no está lejos. Será una cena más bien informal aunque sea de trabajo. Quiero ver qué posibilidades tiene esta escritora, hasta qué punto está preparada para soportar unos meses exhaustivos de promoción, entrevistas, reportajes, firmas y todo lo que lleva consigo ser una pequeña estrella del mundo literario. Si no la veo capaz, debo pensar en las posibles alternativas. No todos los escritores son capaces de ser sus mejores valedores y eso hoy en día, es un hándicap muy importante. El negocio, tal y como lo conocemos, ha cambiado sustancialmente en los últimos años. Yo misma he tenido que reinventarme para poder seguir en la brecha. Cambia y vencerás, que decía mi padre. No le faltaba razón.

Llego unos minutos tarde. Tan solo tres minutos. No acostumbro a hacerlo, no me gusta que me estén esperando. La educación que recibí de mis padres no me permitía ser impuntual y lo tomé como una virtud a desarrollar, de manera que fuera una señal de identidad, algo consustancial a mí. Al entrar al restaurante pregunto por ella y un camarero muy amable me conduce hasta su mesa.

—Señora Hemsley, disculpe la tardanza. Me ha sido imposible llegar puntual —le digo mientras estrechamos la mano.

—No se preocupe, señora Lanusse. No pasa nada. Si lo prefiere, podemos dejar los formalismos a un lado. Seguro que conversaremos mejor —me responde con claridad y con pausa. Me gusta que sea de esta forma.

—Me parece bien, Bárbara. Será mucho más sencillo así, hablar de forma más cordial —le digo mientras tomamos asiento frente a frente.

—A mi también, Loana. Muchas gracias.

Tras pedir un par de copas de vino, comenzamos una conversación muy interesante sobre su forma de trabajar. Es de las pocas escritoras a las que le gusta hablar de ello, sin tapujos, sin medias verdades, dejando claro que al menos, es su forma de crear. Aprendí muchas cosas acerca de la importancia de la luz, de la música, de las inclemencias meteorológicas o incluso de la ropa que al escribir estuviera vistiendo. Detalles que al principio podrían parecer alejados del proceso de composición de una obra literaria, sin embargo, una vez organizados y ocupando su lugar correspondiente daban lugar a una melodía perfectamente orquestada que le servía de inspiración para ponerse delante del ordenador a crear historias.

A cambio de su confesión personal, le planteo toda una batería de parafernalia promocional para su novela. Al principio queda un poco preocupada por si no puede seguir el ritmo que su éxito podría demandarle. Me toca hacer de guía en ese sentido. Yo estaré a su lado y le ayudaré en todo lo que pueda, aunque el grueso del trabajo le pertenece a ella. Temo por unos momentos que vaya a echarse atrás y que se replantee la situación. A veces, lo que trae consigo ser conocida y leída en muchos lugares produce un vértigo complicado de asimilar. No es fácil vivir con eso, pero puede hacerse si se cuenta con las herramientas necesarias.

Finalmente, tras titubear, accede a mis proposiciones. Puedo respirar un poco más tranquila ahora que tengo su palabra. Bárbara Hemsley seguirá perteneciendo a mi nómina de escritores.

El resto de la cena transcurre entre conversaciones de todo tipo, ajenas a todo lo que a ella y a mí nos rodea. Siempre pienso que conocer a la persona antes que al autor me ayudará en mi trabajo. Profundizar en la parte sentimental es pieza clave para comprender también aquello que escribe, a darle respuesta a tantos interrogantes y a enfocar mi propia forma de hablar con ellos. Todo tiene su

sentido. Es un círculo que se cierra cada vez que consigo que un autor confie mucho más en sí mismo. Eso será un peldaño que no tendrá que subir cada vez que presente un nuevo trabajo. Hay otros profesionales que trabajan de forma diferente. Nunca los he criticado; no se me ocurriría. No es mi estilo. Sé que me infravaloran por insistir en que prevalezca lo personal por encima de lo profesional. Yo continúo con mi rol. No voy a cambiar. No me interesan los dimes y diretes. No merece la pena perder ni un solo segundo en ello.

Al finalizar, nos despedimos quedando en hablar la semana próxima. Hoy ha sido un buen día a pesar de la llamada inconclusa de Remy y esa amenaza velada que ocultaba en su discurso. Que me vaya bien en el terreno laboral me ayuda a sobrellevar lo demás. Y dentro de lo demás, Remy también está incluido. Aunque en ocasiones quisiera borrarle con absoluta rotundidad. Ahora, tomaré un taxi y directa a la cama. Mañana será un día completo: cuatro entrevistas y la posibilidad de concretar un poco más ese plan que ronda mi cabeza y que se asoma por las esquinas cada vez que pienso en volar libre como el viento.

4 DE NOVIEMBRE DE 2018

No logro descansar, no tanto como yo hubiera deseado. Quizá extraño mi cama porque di muchas vueltas. No suele pasarme; es más, duermo como una marmota siempre. Tal vez sea debido a lo acumulado durante la semana. El caso es que me levanto con una cara de perro que tira para atrás. Ojalá que una buena ducha sea reparadora y me ayude a mejorar este aspecto tan demacrado que tengo. Aunque las mujeres siempre tenemos esa capacidad de deslumbrar a pesar de no tener un buen día. Con un poco de maquillaje y una vestimenta menos formal y más atrevida, seguro que pasa desapercibido. No puedo faltar a las citas de hoy, son muy importantes. No quiero ni pensar en tener que aplazarlas o cancelarlas definitivamente.

Antes de ir al baño, miro el móvil. No tengo noticias de Remy. Mejor así. Ayer quedó la cosa muy tensa, como hacía tiempo no pasaba. Es cierto que a menudo tenemos nuestros dimes y diretes, si bien no hasta el punto de ebullición al que llegamos ayer. Me escama esa llamada tan descaradamente insólita y seria. Remy puede ser muchas cosas pero serio y formal, no. Es mucho más abierto, más dicharachero. Quizá haya dado tantas vueltas en la cama por su culpa. Pienso en las múltiples razones por las que quiere hablar conmigo. Y en ninguna de ellas cabe que esté decidido a dejarme. Su posición económica no es tan buena como debería. Las últimas exposiciones no le han deparado los beneficios que esperaba. No son buenos tiempos para el arte, incluso para él, acostumbrado a saldar todas sus creaciones donde quiera que logra exponer. Remy se vende solo, no le hace falta nada ni nadie más. Observa, contempla y ataca. Y su discurso es tan convincente que de una forma u otra acabas engatusado por su encanto. Así me conquistó y así me enamoré de él, si bien de eso hace ya mucho tiempo... Años de una relación que se forjó en las diferencias de uno y otro que fueron las que acabaron por unirnos aún más. Una pareja atípica pero bien compacta.

Temo que sus palabras oculten algo más importante, es difícil descubrir qué. He puesto mis sentidos a trabajar en el asunto sin éxito. Tal vez debería llamarle y obligarle a que me cuente qué es lo que está pasando. Aunque conociéndole, pasará de mí y no me hará caso alguno.

Miro el reloj. En breve me esperan, tengo que darme prisa. Siempre corriendo ¿Dónde estará escondida esa tranquilidad que sueño noche sí noche también? Ese sosiego solamente es una parte de mis anhelos nocturnos. No sé por qué razón me viene a la mente la imagen del hombre que vi salir del ascensor ayer. Esos ojos, esa quietud y serenidad que transmitía las quiero para mí. Sonrío, sonrío mucho, exageradamente. Mi pensamiento vuela libre a lo alto de los cielos del deseo contenido.

Bajo a desayunar temprano. No me gustan las aglomeraciones de gente a la hora del primer ágape del día. Prefiero madrugar un poco y tener esa quietud para disfrutar de uno de mis momentos preferidos del día. A primera hora tengo la capacidad de ver con mejor perspectiva lo que tengo por delante. El día fuerte de la convención es hoy y hay que estar lo más despierto posible. Tengo una ponencia que defender a media mañana y tener a Werner Huber-Meier delante,

mirándome con sus grandes ojos negros mientras comparto mis impresiones, me pone ciertamente nervioso. Ya lo he hecho en otras ocasiones aunque tengo la sensación que en esta me estoy jugando algo: no soy capaz de descifrar qué. Me tienen mosqueado los detalles de la conversación con Humberto. Me decía que el jefe tenía planes para mí, sin embargo, no alcanzo a imaginar cuáles. Entre sorbo y sorbo de café, repaso el guión. Espero que los compañeros y la junta directiva me entiendan porque los datos son muy buenos, pero no dejan de ser cifras organizadas. Darles un poco de vida es mi cometido.

En la mesa de al lado está desayunando también parte de la cúpula de la empresa. No los conozco a todos. Los he saludado cortésmente cuando he pasado a su lado.

Termino el café y no me apetece nada más, a pesar de que la variedad es, simplemente, exquisita y abundante. Me levanto y regreso a la habitación, tengo que recoger los documentos y las plantillas sobre las que voy a departir en la ponencia. Me ajusto bien la corbata. Hoy sí, hoy es necesario seguir el protocolo de la vestimenta absolutamente formal. Un traje azul marino oscuro, camisa blanca y corbata color granate. Esos son los colores corporativos. No parezco el logo de la empresa, pero casi. Me río de mí y de mis circunstancias. Humberto siempre me lo dice y yo no puedo más que darle la razón. A pesar de todo, me encuentro favorecido. No me queda mal. Inna también me lo ha dicho en alguna ocasión. Me acuerdo de ella. Me gustaría que estuviera aquí, conmigo, acompañándome aunque nunca quiere venir a mis viajes.

Salgo del restaurante y me suena el teléfono. Veo la pantalla: es Ana. Había olvidado que tenía que llamarla. Esta mente mía que cada vez está más despistada.

—Buenos días, Ana. ¿Qué tal todo? —la saludo.

—Buenos días, Héctor. Todo bien. ¿Qué tal la convención? Hoy es tu día. Deja el pabellón nacional como se merece. —Se ríe y yo, también.

—No te preocupes, Anita. Todo está controlado. No voy a dejarte mal, querida compañera. — La escucho reír.

—No lo dudo, jefe. No lo dudo —me contesta visiblemente confiada y alegre.

—No me llames jefe, que sabes que no me gusta. —Ríe a carcajadas, porque sabe que odio que me lo diga. Ella conoce de sobra mi forma de trabajar en ese sentido. No hay jefes ni subordinados: todos pertenecemos al mismo equipo, aunque tenga que haber alguien que esté al frente.

—Por cierto, Ana. ¿Qué es lo que querías decirme cuando iba a coger el avión en Madrid? Nos quedamos a medias y no pudimos terminar la conversación.

Se hace el silencio. Eso no me gusta. Ana suele ser directa y no se anda con rodeos. Cuando se calla, no es un buen síntoma. Aguardo sin decir nada: los segundos pasan y mi impaciencia sube como la espuma.

—Verás, Héctor. No sé cómo decirte esto —comienza, con un tono de voz bajo, como si no le salieran las palabras de su boca.

—Ana, habla un poco más alto, no te escucho bien. Empieza de nuevo, por favor, pero sube la voz —le contesto, comenzando a impacientarme.

—Es que no sé como decírtelo, Héctor —prosigue en la misma línea.

—Ana, no seas boba. Suelta lo que tengas que decirme y ya está. No creo que sea tan grave, ¿no? —Trato de mantener la calma, me cuesta centrarme en algo que desconozco.

—Pues no sé. Depende de ti —me dice titubeando.

—¿Perdón...?

Vuelve el silencio. Me dice que depende de mí. No estoy seguro de por dónde van los

derroteros. Pienso en muchas variables, si bien, ninguna me convence.

—A ver, Héctor. Me ha llegado una información sobre ti. Bueno, tiene que ver contigo —me dice, mientras carraspea un poco.

—Y, ¿cuál es? —le pregunto intencionadamente para tratar de descubrir qué ocurre.

—Es sobre tu mujer, Héctor.

Me quedo absolutamente perplejo. ¿Qué tiene que ver Inna en todo esto? Y sobre todo, ¿por qué es Ana la que me está contando sobre ello? No me cuadra absolutamente nada y eso que aún no sé por qué camino va el tema.

—Ana, desembucha ya. —Me vuelvo impaciente ante la incertidumbre de conocer qué está pasando en realidad.

—Héctor, lo siento. Tengo que dejarte. Me están llamando y es importante. En otro momento hablamos —dice mientras noto el nerviosismo en su voz, que se entrecorta en el altavoz del teléfono.

—¡Ana, por favor! ¡No me dejes así! ¿Qué es lo que ocurre con Inna? Y, ¿por qué tiene que afectarme a mí? ¡Por Dios! —respondo absolutamente nervioso.

—Héctor, perdóname. Hablamos. Un beso. Que te vaya genial en la ponencia. Ya hablaremos en otro momento.

La comunicación se interrumpe y me quedo con la palabra en la boca. Lanzo el móvil al aire, con la suerte que no acaba por romperse al golpear contra el suelo. Lo recojo con cuidado, aunque mi enfado sigue creciendo mucho. Si hubiera tenido a Ana delante no habría permitido que se marchara sin contarme eso tan importante que dice que sabe de Inna y que no termina de contarme. Tal vez piense que por teléfono no es lo mejor si bien tendría que comprender que me encuentro muy lejos de casa y que no tendría que dejarme con la miel en los labios.

Tengo que centrarme. Respiro hondo y cierro los ojos una vez, dos veces, tres. Me calmo. Repaso mi pelo canoso frente al espejo, enredando los dedos. No soy demasiado presumido, pero me gusta ir bien peinado. Salgo de la habitación con el pensamiento atribulado, tratando de anular los pensamientos negativos que se agolpan a cada paso que doy. No puedo quitarme a Inna de la cabeza. ¿Qué será lo que ocurre? Ana me ha dejado chafado y sin permitirme saber nada.

A la altura del ascensor tomo el móvil y miro las llamadas recientes. Busco entre ellas el nombre de Inna y pulso sobre él. La llamada comienza su curso. Estoy impaciente por hablar con mi mujer. Tal vez pueda decirme qué narices está pasando y qué es lo que sabe Ana que yo no sé. Ya han pasado cuatro tonos sin respuesta. Inna no soporta que el teléfono esté sonando todo el rato por lo que me extraña que no haya contestado aún. No es demasiado temprano y ya debería estar levantada. No me comentó nada acerca de que no fuera a estar disponible o que fuera a salir de casa. Diez tonos. Nada, no contesta. Cuelgo y termino definitivamente la llamada. Intentaré hablar con ella en otro momento.

Se abren las puertas del ascensor y entro. Hay varias personas en el interior. Me coloco en parte central. Observo que la planta baja está seleccionada en la botonera por lo que me quedo en mi lugar, con la cabeza baja. Noto el aroma de un perfume. Revoluciona mis sentidos. Cierro los ojos y ese olor me transporta a un lugar que no conozco aunque parece que ya he estado ahí en alguna ocasión. Los segundos que tarda el elevador en terminar el trayecto parecen congelarse. Me veo caminando por una pasarela junto al mar y a una misteriosa mujer vestida de blanco, que pasea delante de mí. Por mucho que intento avanzar acelerando el paso no puedo llegar a su altura. Y eso se repite en un bucle que parece interminable. No logro ponerme a su lado. Abro los ojos. Es todo muy extraño, demasiado. Es la primera vez que me pasa algo así. Parece que hoy el

universo se ha confabulado en mi contra: antes lo de Inna, ahora este sueño despierto, mi ponencia en breve. Se me va a ir la cabeza...

La puerta del ascensor se abre y las personas van saliendo delante de mí. Una mujer avanza y cuando pasa a mi lado vuelve a inyectarme su aroma en mis sentidos.

«¡Es ella!» La mujer vestida de blanco que sale en este sueño tiene que ser ella. Casi se cierran las hojas y me quedo en el interior. Pongo la mano, las detengo y salgo. Busco a la mujer tratando de localizarla entre las personas que se encuentran en el vestíbulo en estos momentos, pero no la veo. Me detengo, ¿qué estoy haciendo? Es una insensatez absoluta. Tal vez esté empezando a volverme chalado o paseo desquiciado en mitad de una locura transitoria. Miro en dirección a la puerta de salida, fijamente. «¡Sí! ¡Allí está!» Muevo mis pies en su busca, tengo la necesidad de hacerlo Me ha dado la sensación que se ha girado para buscarme a mí también. ¿Por qué? Ya estoy casi a su altura y....

«¡Mierda! ¡Joder!» Es lo que mascullo entre dientes al ver que tengo delante de mis narices a mi compañero y amigo Humberto. Creo que no ha llegado a oír ese impropio malsonante.

—Buenos días, Héctor —me dice Humberto, que se encontraba en ese camino que me llevaba a esa mujer misteriosa y que ahora ya no puedo alcanzar.

—Buenos días, Humberto —le respondo mientras la veo salir del hotel. Resignado, centro mi atención en mi amigo.

—¿Preparado para tu momento de gloria? —me dice en tono sarcástico.

—Muy gracioso, amigo. Muy gracioso —le contesto evitando dar más detalles de lo que estoy pensando.

—No te enfades, hombre. Es una forma de aliviar la tensión del ambiente. Es más, tu rostro me dice que no estás muy bien. ¿Ocurre algo, Héctor? ¿Va todo bien? ¿Qué te está preocupando? —me pregunta al verme con la respiración un tanto arrítmica y la mirada perdida.

—No, tranquilo. Está todo bien —le digo, tratando de quitarle hierro al asunto.

Le pongo la mano en el hombro y nos dirigimos caminando hacia el salón de actos donde se celebra la ponencia. Miro una última vez hacia la puerta queriendo encontrar nuevamente a esa mujer cuyo perfume me embriagó por completo. Repaso todo lo que ha ocurrido. Hay que ver cómo es la vida que te cambia el sentir en milésimas de segundo. odo se ha convertido en un galimatías que no alcanzo a descifrar.

Respiro hondo. En cinco minutos tendré a más de cuatrocientas personas pendientes de mí y eso, impone. Vamos a por ello. «Todo saldrá bien».

4 DE NOVIEMBRE DE 2018

14:23 horas

Tengo la garganta un poco seca. Me pasa a veces cuando hablo mucho. Ya me dijo el doctor que mis cuerdas vocales eran propensas al cansancio y que debía cuidarlas más. Para variar, no le hago mucho caso. Ya me he bebido una botella de agua mineral natural y me apetece tomar vino. Es mi bebida preferida para la comida central del día. Sea pescado o carne, suelo acompañarlo con un buen caldo. Tinto o blanco. Espumoso o generoso en sabor, quizá algún rosado alguna vez. Me suelo decantar por un tinto francés para el aperitivo; concretamente, un *Château Pétrus* de 2009. La afición me viene desde que empecé mi relación con Remy. Él es un gran entendido en vinos y en casa tenemos una bodega amplia y rica con algunas botellas carísimas. No quiero pensar lo que pueden costarme un par de copas de este *Château*, pero yo lo valgo. Es de las pocas cosas que suelo disfrutar cuando salgo. Tengo que andarme con cuidado porque el alcohol se me sube rápidamente a la cabeza. Si Remy hubiera estado aquí hubiéramos pedido una botella y la habríamos terminado justo antes de empezar a comer. Él es así: demasiado espléndido para lo que le gusta, aunque hace tiempo que no lo hacemos. Va por su lado y yo por el mío. Coincidimos poco y, en casa, no solemos beber demasiado. Solemos dejarlo para cuando viene alguna visita o por alguna celebración especial. No recuerdo cuándo fue la última vez que abrimos la bodega para coger alguna así que aprovechábamos los viajes para darnos un capricho. El vino y los hoteles son sus predilecciones y yo aprendí a codiciar este tipo de extravagancias. La gente me mira de reojo cuando ve en la mesa una botella de este tipo. Así que con galantería y buena presencia brindo en el aire mientras los miro con la mejor de mis sonrisas. No es un desafío, sino todo lo contrario. Me gusta ser contemplada de esta guisa. Realmente, es una tontería, una chiquillería muy cara, por cierto.

Estoy cerca de la torre Eiffel. He pedido un *confit de canard*, un plato muy recomendable de la cocina francesa. Suelen servirlo muy bueno aquí. Se trata de una pierna de pato, salada con anterioridad y escalfada en su propia grasa. Delicioso. Y después, un *jarret de boeuf* (una pierna de buey). Dicen que está tan tierna que se deshace en la boca. Ya estuve en este local de restauración hace un año y quedé encantada. Tenía que volver, sí o sí. Me gusta regresar a los lugares donde he disfrutado, sola o en compañía. El postre, una delicia para el paladar: un *Gâteau Saint Honoré* (una tarta de profiteroles, crema, nata y caramelo). No soy muy golosa aunque este postre dulce me puede. Lo traen desde la mismísima *Pâtisserie des Rêves*. Es maravilloso observar el trato tan cuidadoso y mimado sobre los dulces, casi como obras de arte. Remy siempre les pone alguna pega pero al final acaba zampándose una buena porción. Sonríe sin querer. Me trae muy buenos recuerdos este sabor inconfundible en el paladar.

Soy tonta, lo sé. Porque esas reminiscencias me ponen melancólica. Todo lo fuerte que pretendo ser es pasto de las llamas cada vez que añoro lo que viví y que ahora no tengo. Sé que al final me echaré atrás y todo quedará en un simple malentendido, como casi siempre, como cada vez que discutimos. Pocas veces ha admitido mi marido que ha estado equivocado, lo que me hace

pensar que alguna vez he debido tener razón yo. Aunque es lo acostumbrado: le da la vuelta con tanto entusiasmo que al final termino reconociendo que fui yo la causante de la discusión. Fuera o no así, lo acepté desde el principio y quizá ese fue mi error. Ahora es imposible hacerle ver que no hemos hecho lo correcto. Para Remy debió, debe y deberá ser así. No hay más vuelta de hoja.

Me quedan un par de entrevistas para esta tarde. Si van la mitad de bien que las de esta mañana, me conformo. Las que tengo ahora, vienen juntas. Son dos autoras italianas que escriben cuentos infantiles en su país. Tienen bastante éxito dentro de sus fronteras. La idea es traspasar esos límites. Trabajo con muy buenos traductores y creo sinceramente, que podemos lograr un buen resultado. Hoy en día, los cuentos vuelven a estar de moda pues las múltiples posibilidades que poseen este tipo de publicaciones las hacen ser un buen canal de comunicación entre adultos y pequeños, además de fomentar la lectura entre los niños. Hay que recuperar la lectura como base fundamental en la educación y yo aportaré mi granito de arena. Si soy capaz de convencerlas para que comiencen a trabajar conmigo lograré un impulso importante y todo a pesar de mi melancolía y de mis recuerdos. Es el instante soñado para poder situarme en la línea de salida.

El camarero se acerca a mí con la factura. Tras comprobarla con minuciosidad, creo que es mejor no pensar ni darle vueltas. Salgo al exterior. La tarde es perfecta para pasear. Las escritoras me esperan al otro lado del río por lo que tengo un ratito para caminar o para tomar un buen café con la torre Eiffel de fondo. Se nota ya que el invierno está próximo. El otoño es mi estación preferida. Todo lo bueno que me ha pasado en la vida sucedió durante su influencia. Ventajista, puede pensarse. Pero no más que en cualquier otra faceta vital. Solemos agarrarnos a cualquier cosa con tal de mantener en el tiempo ese atisbo de felicidad instantánea que vivimos. Así somos los seres humanos: sentimentales por naturaleza, hambrientos de dicha y ventura para tratar de alejar la oscuridad que como un manto en la noche acarrea el dolor, la tristeza y la desesperación.

Me doy cuenta que me ha dado por filosofar. Quizá debería convertirme en mi propia editora de historias, de ensayos sobre la vida en general o de cuentos a la luz de la chimenea para niños y adolescentes. Podría ser mi futuro si como editora y representante de escritores no lograra mis objetivos. Alguna vez intenté plasmar lo que sentía en papel, sin embargo, el resultado no fue el que esperaba. Lo tengo guardado en el ordenador de casa por si quisiera revisarlo más adelante. Nadie sabe de su existencia; ni siquiera Remy. Yo sí que aposté por él, por su trabajo, por su arte. Sin embargo, él no quiso saber de mi trabajo, de lo que vivo, de lo que me gana la vida. No me importó. Ahora comienzo a echar de menos un poco de interés. Entiendo que ya es tarde, como para tantas cosas, aunque la esperanza es lo último que se pierde, dicen. Yo ya tampoco lo sé.

17:14 HORAS

—¡Enhorabuena, Héctor! —Logro escuchar entre el jaleo existente a mi alrededor.

—Pues, ¡muchísimas gracias! —contesto sin saber a quién.

Reconozco que me encuentro un poco agobiado. Nunca creí que hablar de estadística fuera a ser tan aplaudido. Quién me iba a decir a mí. Lo cierto es que es así. Insólito, al menos.

—¡Humberto! ¿Qué es todo este jaleo? —le pregunto una vez que he logrado situarme en una de las esquinas de la sala.

—¡Felicidades, amigo mío! Confieso que soy fan tuyo —me dice mientras se ríe delante de mis narices.

—¡Venga ya! No me tomes el pelo, Humberto —contesto en tono serio.

—¡Que sí, hombre! Ha sido todo un placer escuchar cómo has desgranado todo ese batiburrillo numérico por todas partes. Creo que ha sido la primera vez que he podido entender qué quieren decir las dichas cifras —me dice tratando de convencerme de mi buena ponencia.

—Si solamente he leído los resultados de la cuenta de beneficios y pérdidas de la empresa. No entiendo tanto entusiasmo...

—Pues créetelo, compañero. Todos los asistentes han salido encantados con el discurso. Tienes que reconocer que tienes un pequeño don para estas cosas. Hablar en público es lo tuyo, Héctor. Ya te lo dije hace un tiempo. Deberías aspirar a algo más, promocionarte ante el consejo de administración. ¿Nunca lo has pensado? Me cuesta creer que ni siquiera te lo has planteado —me comenta, infundiendo confianza plena en mis posibilidades.

—Te agradezco tu apoyo, lo sabes bien. En cuanto a lo segundo, sabes que estoy a disposición de la compañía para lo que estime oportuno. Estoy casi seguro que pocos empleados vais a encontrar con la aptitud que yo demuestro —le contesto, intentando que mi voluntad de servicio pueda ser valorada en un momento posterior.

—Totalmente de acuerdo. Y es por esa razón, aparte de otras muchas, por las que Werner quiere hablar contigo. Ha estado muy pendiente de ti durante la comunicación de los resultados. Yo he estado a su lado en todo momento y ha salido más que satisfecho con tu exposición. Ya sabes que el gran jefe no es de impresionar demasiado pero tú lo has conseguido hoy. No puedo más que felicitarte una vez más —me mira mientras me habla y graba su positivismo en mis ojos.

—Humberto, sé que tú sabes lo que quiere plantearme. ¿Vas a dejarme en ascuas hasta que decida decírmelo él directamente? No creo que seas tan... —Sabe perfectamente qué palabra hay detrás de esa pausa intencionada.

—¿Cabrón, tal vez? —Ríe a carcajadas. Hay confianza absoluta entre los dos.

—Pues sí, justo eso. —Ha analizado bien lo que quería decirle.

—Pues, lamentablemente, voy a ser un cabrón. —Y sonrío maliciosamente.

—No me lo puedo creer.

—¡Créetelo! Mira, Héctor. No debo saber nada y si lo supiera, ten por seguro que no te soltaría prenda. No quiero librarte de ese estado de tensión que ahora mismo estoy creando a tu alrededor.

—Eres mucho más cabrón de lo que yo creía —le suelto mientras nos miramos con complicidad.

Los dos reímos al unísono. Nos fundimos en un abrazo y desaparecemos entre el personal que se agolpa cerca del escenario. Me apetece salir de aquí. Creo que ya he tenido suficiente convención por esta vez. Me voy a quedar con las ganas de saber qué diantres quiere decirme el jefazo, aunque ya me enteraré. No tengo prisa, pero mentiría si dijera que no quiero saberlo.

Suena el teléfono. Es Ana. Ojalá que ahora sea más clara y directa que antes.

—Hola, Ana. Dime.

—¿Qué tal te fue en la ponencia? —pregunta en tono cordial.

—Parece ser que ha sido todo un éxito. Quiero agradecerte que me hayas ayudado a prepararla de una forma tan didáctica y hacerla mucho más entendible. Sabes que sin tu ayuda no habría sido posible —le suelto, mostrando mi gratitud por estar a mi lado en todo momento.

—No tienes que dárme las gracias. De sobra conoces que es un placer trabajar a tu lado. Me considero parte de tu equipo. Así que, es una felicitación para todos los miembros — contesta queriendo desmarcarse de mi elogio.

—Muy cierto lo que dices, Ana. Ésto es para todos. Gracias infinitas. Pero, dime. ¿Por qué me has llamado otra vez? Sabes que me has dejado chafado antes, ¿verdad? Venga, suelta ya lo que tengas de decirme sobre mi mujer —sentencio, cambiando la voz dulce por una con más empaque y seriedad.

—Héctor, no es momento de hablar de eso ahora. Disfruta de lo que queda de convención y hablamos a la vuelta —vuelve a salirse del guión.

—Es que no puedo entender por qué no quieres decirme nada, cuando fuiste tú la que me habló antes del tema. No es lógico, ¿no crees? —digo, tratando que se ponga en mi lugar y piense que no saber resulta muy complicado.

—Lo sé. También sé que no tenía que haberte dicho nada, más aún estando fuera de casa y en medio de un viaje de trabajo —comenta, dando la impresión de estar dudando de si ha hecho lo correcto.

—Por esa razón: no puedes dejarme así ahora. Te lo ruego, Ana. Cuéntame lo que sea. Estoy preparado —aunque no sé si realmente estoy listo para escuchar lo que tenga que contarme. Ésta vez no adivino por dónde va la película.

—Olvidalo, Héctor —me contesta y vuelvo a notarla un poco nerviosa.

—¿Cómo me pides que me olvide de algo que afecta a mi vida personal y que encima tiene que ver con Inna? No tiene sentido.

—No seas cabezota.

—Ana, la cabezota estás siendo tú ahora mismo. No es propio de ti tirar la piedra y esconder la mano. Eres una persona consecuente y en esta ocasión no lo estás siendo. Así que venga, no tardes más y dime qué pasa. —Esta vez le contesto malhumorado.

—Héctor, ahora no.

—¡Mierda, Ana! —grito fuera de mi habitual complacencia y amabilidad.

—Está bien, está bien. De acuerdo.

—Venga, dispara —le digo impaciente por saber por fin qué es lo que ocurre.

—No te va a gustar.

—Eso ya lo sé. Empieza de una vez, por favor. No le des más vueltas.

—Héctor, tu mujer...

La conversación se corta de nuevo. No puede ser. Miro el teléfono: me he quedado sin señal.

Otra vez. ¿Será cosa del destino? O que la puñetera cobertura móvil se está quedando conmigo. Pruebo a marcar de nuevo el número de Ana pero el terminal no me lo permite. Salgo de la sala muy enfadado, con ganas de gritar fuerte y que mi voz se estrelle contra la primera pared robusta que se ponga en mi camino y me devuelva un eco distinto. Vuelvo a intentarlo otra vez. No hay forma.

Me dirijo a la zona de los ascensores porque quiero subir a mi habitación y olvidarme de todo un poco. No puedo pensar todo lo claro que querría. Espero que la soledad y el silencio del cuarto me vengan bien. Necesito resetear mi mente; aunque también pienso en poner el cuenta revoluciones de mi corazón a cero. Es de esas ocasiones en las que piensas en todas esas preguntas existenciales que revolotean alrededor de tu posición en el mundo y no acabas por darles la respuesta que tienen que tener, siempre vistas desde el prisma personal. ¿Cómo recuperar el instinto de poder cambiar las cosas cuando hace falta o cómo darle la espalda a todos aquellos problemas que sobrevienen sin que podamos ponerles freno?

Inna. Voy a llamarla. Tengo una sensación extraña, porque a pesar de querer saber lo que está pasando parece existir una parte de mí que ya adivina el por qué de las llamadas de mi compañera de trabajo en Madrid. Mi subconsciente está fuera de sí buscando la clave de todo este rompecabezas que asoma por debajo de la puerta.

Ya he marcado. Venga, Inna. Responde. «¡Vamos!» Tengo ganas de terminar con esta incertidumbre que me reconcome por dentro. Si no me hubiera venido a París, tal vez, hubiera sabido. Pero estoy aquí, en la soledad de un tipo que se debate en medio de una inquietud que vive enmascarada bajo una sospecha. Me he acostumbrado a esperar en cada llamada, es algo repetido, una reiteración que busca quedarse a mi lado para ir minando cada vez más una voluntad desarraigada en sentimientos y en esperanza de un tiempo mejor que el que respiro en la actualidad.

Sentado en el borde de la cama, sin mirar a nada, reconstruyo las múltiples posibilidades que advienen a golpe de martillo en manos de un fantasma cuya única función es atemorizar y hacer creer que ya nada es plausible. Creo que recogeré mis cosas y dejaré lista la maleta para mañana. Bajaré al bar a tomar algo. El alcohol no es la solución a nada aunque un par de copas bien cargadas no me las quita nadie. A ver así de qué color aparecen las ideas y aquellos propósitos que quedan ocultos.

Me han dicho que los cócteles que sirven en el bar del hotel son muy buenos. No es que me apetezca demasiado pero tampoco quiero quedarme en la habitación hasta aburrirme de estar aquí sola. Me gustaría tener una noche tranquila y pausada, sin nada de estrés que pueda estropear mi descanso. Creo que me lo merezco. He solventado todo lo que tenía que arreglar e incluso ha salido mejor de que lo esperaba. Ahora es tiempo de acomodarme y descansar, de disfrutar estas horas antes de regresar a casa con la calma que no tuve en días anteriores.

Estando en el lugar en el que estoy, no debo acudir mal vestida. Buscaré en mi maleta. Creo que tengo el modelo adecuado, me queda bien y me siento cómoda. Un buen tacón y unos labios perfilados y estaré perfecta para ir a tomar una copa.

He visto mucho movimiento en el hotel durante el fin de semana. Seguramente, habrá buen ambiente por allá. Puede que hasta me lo pase bien observando al resto de personas que se dejan caer. Soy una mujer muy sociable, no me cuesta trabajo interactuar con desconocidos y entablar conversaciones de todo tipo. Siempre he creído que soy una buena conversadora. Se puede hablar

conmigo de cualquier cosa y de cualquier tema. El motivo más insospechado puede convertirse en una velada maravillosa en buena compañía y a las malas, en ausencia de charlas interesantes, siempre puedo volver a la habitación y quedarme dormida a pierna suelta, que tampoco es mal plan, según se mire.

Frente al espejo de nuevo, observo a una mujer fatigada, agotada físicamente, pero a la que le queda un poco de batería para un pequeño asalto más. Abro mi neceser de maquillaje y decido qué viene mejor para el vestido que he dejado estirado encima de la cama. Me pondré en los labios mi carmín favorito y perfumaré mi cuerpo con una fragancia que me encanta: *Caron Poivre*, una mezcla delicada y peculiar de especias con notas florales, a unos mil dólares la onza líquida, que equivale a un botecito pequeño de treinta mililitros de esencia. Mi marido me dice que con esa fragancia soy capaz de someter cualquier alma y conseguir lo que desee de ella.

No había pensado salir de caza en estas circunstancias, aunque...

4 DE NOVIEMBRE DE 2018

19:25 horas

—¿Sabes? Eso es precisamente lo que me ha ocurrido. Mi situación personal ha llegado a esa línea invisible que limita con la frontera de la desesperación. Entiendo que yo soy principio y final de mi estado de ánimo. Y eso, lejos de tranquilizarme, me deja más que preocupado. Siempre fui cautivo de mis decisiones y no conté con nadie para tomarlas. Y esta vez creo ni siquiera con ella. Sí. Ni siquiera con ella. Tal vez debía tomar distancia inmediata y no pensar en mirar atrás. Tenía que ser así —le decía a la camarera que acababa de servirme un *gin- tonic* bien cargado con una de esas tónicas modernas con color.

Miro a mi alrededor, buscando algo que me resultara familiar. Pero no encuentro nada que satisfaga ese ademán de confortabilidad. Hay poca gente. Siempre quise alojarme en este hotel y, de verdad, que no me ha decepcionado en absoluto. Lástima no poder disfrutarlo un poco más o con alguien. Es la parte secundaria de los viajes de negocios. Me apaño con un monólogo con esta *barmaid* (*camarera*) que sirve tras la barra y que no deja de observar cada gesto que hago. Aunque creo que soy yo el que no para de mirarla.

Me levanto de la silla alta y me voy un poco más atrás, junto a una especie de chimenea de forma rectangular que se encuentra al principio del *lounge bar* y me siento en uno de esos sillones cuadrados de piel color marrón que no tienen pinta de ser muy cómodos. Me reclino un poco y dejo la mirada ausente. Por unos instantes pierdo la noción del tiempo y del lugar. Dura unos cuantos segundos, lo suficiente para afianzar la idea de que lo que estoy viviendo es insostenible; incluso a más de mil doscientos kilómetros de casa. O de lo que está quedando de ella. Y encima todo este problema añadido de la existencia de algo relacionado con Inna y que, por más que intento descubrir, no soy capaz de agitar la varita mágica y decir las palabras exactas. Ya he intentado ponerme en contacto con ella en varias ocasiones y ha sido imposible. En cuanto acabe la copa subo a la habitación a descansar. Mi vuelo de vuelta sale mañana al mediodía así que aún tengo algo de tiempo para pensar y darle vueltas a tantos porqués.

20:27 HORAS

Poco a poco, el *lounge bar* va tomando vida. Ya son varios los grupos que se han acercado a la barra y conversan de forma animada. La música ambiente acompaña a mantener viva la velada. Me acabo de levantar a por otra copa. No me gusta beber solo pero hoy no tengo alternativa. Camino despacio, no tengo prisa. Es raro, porque siempre la llevo pegada a la suela de mis zapatos. Cuando llego a la barra la camarera me sonríe. Entiendo que lo hace con todos los clientes del hotel. Es su trabajo, si bien, en cierta forma, me reconforta y probablemente mucho mías que ese segundo *gin-tonic* que acabo de pedirle. No me apetece volver donde he estado sentado antes así que me quedar  aquí, contemplando de vez en cuando esa mirada profunda que posee mi *barmaid* particular.

Me doy la vuelta con el propósito de analizar un poco a quien me rodea. A primera vista no veo que puedan tener demasiado en común conmigo o con lo que es mi vida personal o con mis aficiones y mis gustos. A pesar de que hay algunos compañeros de trabajo de otras latitudes, noto esa distancia que existe entre ellos y yo. Claro está que las apariencias son traicioneras. No es la primera vez que me equivoco a la hora de intentar descubrir cómo es una persona. Suele ocurrir que me fijo en detalles concretos; esos mismos elementos que no dicen mucho a priori pero que al finalizar ese proceso de descubrimiento resultan clave para conocer. Aunque sí que en definitiva estoy etiquetando sin saber nada y me estoy dejando llevar por la fachada exterior, por su forma de vestir o por cómo ríen o charlan.

Echo la vista atrás y me doy cuenta que me pas  algo parecido con Inna, mi mujer. La conocí en un cóctel que organizaba la empresa farmacéutica para la que trabajaba en Múnich. Fui invitado por el director de innovación y desarrollo en agradecimiento por mi implicación en que su marca estableciera en España. Por aquel entonces, Inna era la mano derecha del señor Huber-Meier, el presidente de la compa a, y siempre iba con él a todas las reuniones y recepciones que la empresa emprendía para sus clientes y así hacerse más visible en el mercado.

Vuelvo a darle un sorbo a la copa. Mi camarera de sonrisa infinita lo ha cargado bien esta vez. Est  fuerte aunque no me disgusta ese sabor a alcohol en la boca. Miro hacia la entrada del local y solo veo al personal del hotel apostado all , saludando a los huéspedes e invitándoles a pasar al interior. Muevo el asiento circular de la silla donde estoy sentado y me doy la vuelta mirando a la infinidad de botellas de cristal de miles de colores que adornan cada uno de los estantes que puedo ver colocados frente a mí. Juego a adivinar las marcas, son tantas que me resulta imposible reconocerlas todas. Cuando regreso a mi posición inicial me doy cuenta que alguien se ha sentado a mi lado. No le presto mayor importancia. No obstante, hay un detalle esencial que me proporciona un estremecimiento general e inaudito: ese aroma que desprende me es familiar. Es ese perfume cautivador que he sentido hace muy poco tiempo. Giro la cabeza en sentido contrario a su posición y vuelvo a observar a la gente que conversa, que sonríe, que gesticula, que asiente a cada afirmación. Es curioso contemplar al ser humano en sus relaciones sociales. Muy curioso. Seguramente yo debo comportarme de la misma forma o, incluso, peor. Trato de no darle importancia pero me estoy poniendo nervioso al ciento por ciento. Esa fragancia seduce al

instante, esclaviza el pensamiento y arrebató la voluntad.

—Discúlpeme, ¿tiene fuego? —me preguntan en un perfecto francés. Es la persona que tengo a mi lado y que desprende esa esencia perfumada.

Al volverme, ella.

—Discúlpeme usted, *Madame*. No fumo. Además, creo que en el interior de este local está prohibido —contesto educadamente en un francés regular. Me da tiempo a escabullirme un segundo de su mirada para darle otro sorbo a mi copa. El aroma de su piel ya forma parte indisoluble de mi respiración.

—Tiene usted razón. Siento las molestias, *Monsieur* —responde mirándome con firmeza.

—No hay nada que disculpar. No se preocupe —acabo por contestarle en un tono educado.

Se alisa el vestido negro que esboza su cuerpo. Al sentarse en la silla, observo que queda subido a una altura que podría considerarse un poco peligrosa. La oigo susurrarle a la camarera para que le sirva un *Gimlet*. Dudo al principio pero creo recordar que Inna también es una apasionada de ese cóctel. Con la misma sonrisa que me regala a mí se lo prepara a ella. En cuestión de mixología creo que puede sacar buena nota. A los pocos segundos veo a mi desconocida acompañante de barra saboreando esa mezcla de ginebra y zumo de lima que ha pedido.

No suelo entablar conversaciones con desconocidos, por lo menos no así de primeras. Me da la sensación que esta mujer respira con incertidumbre y que necesita soltar lo que lleva dentro. O tal vez, desahogarse. A pesar de su aparente tranquilidad parece encontrarse tensa, en conflicto. Así que, me decido a preguntarle algo sin importancia. No me apetece continuar bebiendo solo. Quizá a ella también le apetezca charlar y terminemos manteniendo un diálogo interesante.

—¿Es su primera vez en este hotel? —carraspeo un poco antes de hablar para hacerme notar. La música ha subido de volumen en los últimos minutos.

Me mira tranquilamente, al mismo tiempo que saborea su cóctel. Parece repasar cual escáner cada facción de mi cara. Sonríe tímidamente. Intento darle normalidad a algo a lo que no estoy acostumbrado a enfrentar. Aunque siempre hay que afrontar las cosas como vienen o mejor dicho, como yo las estoy propiciando.

—No, *Monsieur*. No es la primera vez. —Se vuelve completamente hacia mí. Ahora soy yo el que mantiene la mirada milimétricamente pausada en sus ojos.— Me llamo Loana, Loana Lanusse. Y, ¿usted? —Vuelve a sonreír.

Me fascina la musicalidad de su nombre, y su pronunciación es perfecta. Y no hay más que decir sobre el perfume que emana de su piel.

—Me llamo Héctor, Héctor de la Vega. Es un placer conocerla, *Madame*. —Ahora soy yo el que sonrío. Una bonita sensación que ya creía olvidada.

—El placer es mío, *Monsieur* de la Vega.— Nos damos un suave y preciso apretón de manos. No soy de besar en la mejilla cuando trato por primera vez. Tal vez sea un poco soso, anticuado, pero me encuentro más cómodo con un saludo más formal y protocolario.

—Si le parece, ya que estamos a poca distancia, podríamos dejar a un lado la cortesía formal y conversar de tú a tú. No es por nada en concreto. Tal vez un poco más de cercanía. —Noto que se me traba la lengua a la hora de articular palabra. Es como si me costara la vida deslizar la voz a través de la garganta siendo presa de ese olor que me sublima.

—Me parece bien, Héctor.

—Perfecto, Loana. Te lo agradezco. Creo que estaremos más despreocupados así. Por cierto, mi francés no es excesivamente fluido. ¿Sabes hablar castellano o, tal vez, inglés? —pregunto un

poco apurado. El nivel de idiomas foráneos del español medio es terrible. Y yo, aunque ya son muchos años viajando por negocios, todavía me encuentro en plena fase de aprendizaje.

—Podemos hablar en inglés o en español, Héctor. Tengo un buen nivel de ambas lenguas; yo diría que nativo. Eso es lo que dicen las certificaciones. Siempre me interesaron los idiomas. Así que me dediqué a estudiarlos a conciencia en mi etapa universitaria. Digamos que tengo facilidad para las lenguas extranjeras —me sonrío con gesto cómplice y hasta he creído ver un guiño fugaz. «¿Será verdad que me ha guiñado un ojo?» Me salen un par de carcajadas de aprobación a su discurso.

—Gracias, me siento aliviado. No sé hasta dónde podría seguirte en francés.

—Tranquilo. Con un par de copas más hablarás perfectamente el idioma que quieras.

La risa intensa nos invade a los dos por unos momentos. Cogemos la copa al mismo tiempo y con ese gesto tan repetido para brindar, bebemos un sorbo. Su copa está casi acabada y la mía aún va por la mitad. Miro el reloj. La velada avanza a buen ritmo y lo que parecía un mero trámite antes de marchar, ha derivado en una tertulia que comienza a ser intensa e interesante. Tengo la sensación que la camarera no me quita ojo desde la llegada de Loana a la barra. Posiblemente esté dilucidando si somos algo más que dos desconocidos que se ven por primera vez. O quizá que estamos disimulando para no ser cazados como dos amantes que buscan el anonimato de una ciudad que no es la suya para darle sentido a lo que sienten el uno por el otro.

Sus ojos brillan: signo inequívoco de que está maquinando en su cabeza. Apostaría a que está pensando más en la segunda opción que en la primera. Yo no tengo sexto sentido y creo que no quiero tenerlo pero esa sensación de saber qué, cómo y por qué, sí que la tengo algo entrenada.

—¿Estás en París por negocios o por placer, Loana? —pregunto tratando de cortar ese velo que aún separa nuestra privacidad, esa coraza transparente que recubre cada palabra que brota de nuestra garganta.

—Digamos que a medias —me susurra entre sus labios.

—¿A medias? ¿Negocios y placer? Una combinación que no suele darse al mismo tiempo. No es muy común que coincidan los dos en un viaje. Porque entiendo que no eres francesa —empiezo a inmiscuirme un poco en su vida privada. Si no me contesta, no añadiré nada más en ese camino en el que acabo de tirar la puerta.

—Pues en este caso, sí que han coincidido. Y no, no soy natural de Francia. Mis padres sí que son de aquí. Vivo en Lausana, en Suiza.

Las casualidades me parecen, sencillamente, asombrosas. En esa ciudad se encuentra la central de la multinacional para la que trabajo. Aunque quisiera adelantarme al destino, jamás podría alcanzarlo.

Por primera vez, observo sus manos. De corte muy fino, dedos alargados, uñas muy bien cuidadas y con color oscuro, casi negro. Me llama la atención un anillo en el dedo anular de la mano izquierda. Resalta un diamante pequeño, en forma de cojín y en color blanco. Brilla en cuanto cualquier minúsculo haz de luz roza su forma geométrica. No es que sea un entendido en la materia, aunque algo conozco. Fue precisamente uno parecido el que le regalé a Inna cuando le pedí que se casara conmigo. Ella aparece y desaparece en mi mente sin que pueda entender por qué unas veces sí y otras no.

Vuelvo a mirarla. Está esperando a que continúe la charla. Me siento bien, tranquilo. Y creo que ella también lo está. Una vez solventado el comienzo, podemos seguir adelante.

—Puede resultar obvio lo que voy a decirte, Loana. Si bien, tu país, es un sueño para mí. Aunque pueda parecerme una coincidencia del destino puedo decirte que la sede central de mi

empresa está localizada en tu ciudad. —Me mira un poco sorprendida al escucharme hablar—. He estado un par de veces allí, pero no he tenido la oportunidad de ver más que un edificio moderno y el aeropuerto. Estoy deseando poder perderme por aquellos parajes de ensueño y vivir en directo lo que algunos llaman la filosofía suiza; que no es otra cosa que hacer las cosas bien hechas y no dejar nada para la improvisación pues eso es territorio acotado para los artistas de toda índole —le suelto un discurso que no sé dónde demonios he podido sacar.

—Interesante concepto ese de la filosofía suiza. Aunque si me lo permites, yo diría que soy más de casualidad, de improvisación, de inmediatez, más virtuosa. Algo así como la poesía. No sé si logras entender lo que quiero decir —me responde con elegancia, sabiendo perfectamente lo que quiere decir. Intuyo en ella una claridad exquisita.

—¿Poesía? Un género literario vedado, solo para a mentes privilegiadas, quizá —le respondo desde mi poca madurez literaria.

—¡Para nada, Héctor! El consumo de poesía es bárbaro. Te sorprendería saber la cantidad de personas que escriben, leen y comparten poesía a lo largo del mundo y si te paras a pensar un poco descubrirás que en todo lo que leemos, escuchamos, cantamos, hay buena parte de su esencia. —Su reflexión me parece muy acertada. Nunca supe que los versos llenaran tantos resquicios de la vida cotidiana.

—Tienes toda la razón, Loana. No lo había pensado así. Me gusta la literatura. La poesía la he tocado de lejos. Pero veo que el poder oculto de los versos ha causado un efecto poderoso en ti —respondo tratando de entrar de lleno en la conversación.

—Pues si, Héctor. Soy una amante de la poesía. Ya lo dijo uno de los grandes poetas de la generación del 27' en tu país: “la poesía no requiere de adeptos, sino de amantes” y ahí, en ese concepto, me encuentro yo.— Su sonrisa invade su boca por completo. Se siente cómoda o por lo menos, yo lo veo así. Yo también me siento bien. Muy bien, diría yo.— Y cambiando de tema, ¿qué hace un español en París...?

Me ha dejado sin habla. Quiere saber más de mi vida y lo mejor de todo es que me apetece contarle lo que quiera conocer

21:17 HORAS

Nunca fui de desnudar el alma ni tampoco el corazón. Más bien, todo lo contrario. Una persona solitaria en ese aspecto. Siempre me achacaron esa forma mía de pensar y actuar, constantemente pensando en el otro, en su bienestar, en su felicidad. Las decisiones que tomé, aun siendo personales, siempre han tenido un cariz grupal. «Pensar en los demás es tu destino», llegó a decirme una vez mi padre. «Estás hecho para hacerle la vida más fácil a los que te rodean», me repetía con frecuencia. Aunque con el paso de los años también he ido aprendiendo a dejar alguna pequeña grieta donde poder vivir mi propia realidad. No es sencillo tratar de pasar al otro lado cuando una persona es así. Resulta forzado, artificial, sin sentido.

Acabo de pedir otra copa. Ya van tres. No sé cuándo empezaré a estar perjudicado por los efectos de la ginebra en mi cuerpo.

—Estoy en París por negocios. Represento a una empresa farmacéutica líder en negocio en Europa. Seguramente hayas oído hablar de ella viviendo en Lausana. Y estos días hemos tenido una convención a nivel internacional. Era necesario que la persona que lleva la parte activa en cada territorio estuviera presente para dar cuenta a nivel general de los progresos. Además, me encargué de la ponencia económica. Aunque... —balbuceo, no es por los efectos de la bebida.

Loana lo nota. El gesto de su rostro así lo muestra.

—¿Aunque? —pregunta sin ningún tipo de reparo. Parece preocupada por lo que pueda llegar a decirle. Es una sensación extraña: que una persona que no te conoce de nada sienta esa inquietud no es común y no sucede todos los días.

—Bueno, no estoy pasando un buen momento personal —le suelto mirándola a los ojos. No saber nada de lo que ocurre con mi mujer además de ese conflicto irrespirable que vivimos, aumenta la sensación de ansiedad.

—Héctor, discúlpame. No he querido entrometerme en tu vida. No es mi estilo. No suelo hacerlo. No sé qué habré pensado para lanzarte la pregunta. Lo siento. —Baja la mirada y se esconde tras ese cabello largo de color negro azabache que brilla con las pequeñas luces led del *lounge bar*.

Sus ojos oscuros han perdido algo de intensidad. Su cuerpo se retuerce un poco en la silla y por primera vez desde que empezamos a charlar, la noto incómoda, como si quisiera escapar de un atolladero al que ella misma se ha dejado llevar.

—No hay nada que disculpar, Loana. Está todo bien. No te preocupes, por favor te lo ruego —trato de tranquilizarla, aunque algo me dice que hemos pasado de estar, a no estar. Quizá solamente sea una sensación. Vuelvo a decirme que por alguna extraña razón, ella es diferente, pero no soy capaz de definirlo aún.

—Estoy un poco cansada, Héctor. Creo que voy a marcharme a la habitación a descansar.— Baja la mirada y con ello me confirma cierta incomodidad que no le permiten estar tranquila.

Suspiro, sin que lo note. No quiero que se marche. Me apetece muchísimo seguir hablando con ella. Me encantaría descubrir su mundo, ese universo tan culto y definido que irradia al estar a su lado. Si me paro a pensar qué hago conversando con una desconocida en una ciudad que no es la

mía y a unos cientos de kilómetros de casa, no lo creería.

—Loana, quédate un rato más. Cambiemos de tema, ¿te parece? —le digo sin muchas esperanzas de que se quede.

—No sé, Héctor. El día ha sido muy largo y me apetece darme un baño caliente y meterme en la cama —me responde, apurando el último sorbo de su *Gimlet*. Entiendo que no me está mintiendo: lo notaría.

Tengo que inventar algo que le llame la atención para quedarse. No sé qué podría ser. Tal vez, la música me ayude en un intento a la desesperada porque continúe a mi lado un ratito más.

—¿Bailamos? —le propongo alargando mi mano buscando la suya.

Se queda mirándome con cara de «¿qué me estás diciendo?». La pregunta le devuelve el color a sus mejillas e incluso parece tener más tonalidad en sus labios. Sus ojos se iluminan otra vez. Parece que he dado en el clavo. Bendita música. Cómo amo esta disciplina artística y qué importante es su compañía en mi vida. Podría hacer mi propia historia a través de las canciones y de sus intérpretes. Sería maravilloso ver la vida desde el prisma de un cantante, cualquiera que fuera el género en el que actúa para el público.

—¿En serio me estás pidiendo que bailemos? ¿Aquí? Mira a tu alrededor. ¿Ves a alguien bailar? ¡Qué tontería! —contesta, mientras acomoda su pelo sobre su hombro derecho. La observo, e irradia un exquisito atractivo.

—¿Y qué más da? —Creo que solamente Humberto conoce que estoy casado, por lo que no me importa que me vean bailando aquí. Aparte, no estoy haciendo nada malo, por supuesto.

—¡Héctor! No hay nadie bailando —me dice, acercándose a mí para que pueda entenderla mejor.

Me levanto y me coloco a su lado, esperando, esperándola. Sonríe. Ríe. Es buena señal. Creo que se le ha pasado el mal momento y a mí, también. Recordar, no me ha hecho bien. Estar a su lado en estos momentos, es lo que me apetece.

—No estás muy bien de la cabeza. En serio, no lo estás. Debes hacértelo mirar. Y pronto. ¿Qué locura endiablada es ésta? ¡Por favor, qué apuro! ¡Qué vergüenza! —me dice sonriendo.

—Tengo cita con el psicólogo la semana que viene. Le contaré mis progresos.

Loana comienza a reír a carcajadas. Es bonito verla así, aumenta la intensidad que emite cada vez que lo hace. Creo que a ella también le viene bien. Es como una especie de terapia conjunta pero sin diván y sin el profesional haciéndote un tercer grado con cada pregunta que sale de su carpeta anillada y folios anotados por todas las esquinas.

Bolso en mano, acerca la otra a la mía. Por segunda vez, siento su piel. Una sensación extraña y vehemente recorre mi cuerpo en su totalidad. Es como si un millón de diminutas emociones se hubieran puesto de acuerdo para saltar en mi interior al mismo tiempo. Si no hubiera tenido la camisa y la chaqueta podría enseñarle cómo se erizó el vello. Si hubiéramos estado en una película costumbrista, le hubiera besado la mano. Con mis ganas me quedo. Debo ser excesivamente romántico o demasiado viejo, según se mire. La década de los cuarenta se ha hecho fuerte en mí aunque aún me siento bien. Y tampoco soy demasiado desagradable a la vista. No, creo que no. Algo tendré bueno: mis ojos y tal vez esa mirada profunda que nace de ellos.

Nos separamos un poco de la barra y nos dirigimos a un pequeño hueco donde no hay demasiado jaleo. Solamente son cinco o seis metros, poco más. A diferencia de lo que pudiera parecerme, no estoy nervioso. Siempre fui un poco cobarde con las mujeres. Cobarde en el sentido de no atreverme a llevar la iniciativa por temor a obtener rechazo. Sin embargo, esa magia que proviene de Loana lo hace todo mucho más sencillo. Pongo mi mano en su cintura. ¡Qué

sensación! Me trae recuerdos. Muchos. Parpadeo. No quiero que se marche esta impresión que me lleva a otra dimensión vital, a otro mundo que permanece olvidado por decisión propia. La atraigo a mí, hasta que la tela de su vestido roza mi chaqueta. Tomo su mano izquierda. Suave. Temo no hacerlo bien. Entre mis pocas virtudes no se encuentra el baile. Soy más bien torpe y mi psicomotricidad no está desarrollada para mover el cuerpo al son de las armonías.

La música hace el resto. Nos lleva. Es ella la que nos baila a nosotros. Intento no mirarla en exceso. Ella hace lo mismo. Observa alrededor, escudriñando un punto perdido en la decoración del local. El pequeño vaivén que nos alienta a continuar hermanados es sutil pero a la misma vez fuerte, incluso apasionado. Trato de tomar el mando. ¿Cómo hacerlo? Si en pocas ocasiones he pisado una pista de baile y mucho menos una tan improvisada como la que aguanta nuestros pasos.

No es un baile como los demás. Es la primera vez que bailo con una mujer que no es Inna. Me inquieta, hasta el punto de enardecer mi sistema nervioso. Yo mismo complico las cosas. Parece que enloquezco de ganas de enredarme en mi propia tela de araña para después no saber salir ileso de una madeja a modo de laberinto.

Llega un punto en el que inevitablemente coinciden las direcciones adonde dirigimos la imprudencia de dos personas que bailan con los sentimientos anudados. Es la segunda vez que noto que el tiempo se detiene. La primera fue años atrás y tuve la misma sensación que estoy teniendo en estos instantes. Nos detenemos, la música continúa su melodía encadenada. Muevo mi mano en su espalda garabateando sin sentido, ni siquiera sigo algo tan sencillo como la dirección de las manecillas del reloj. He soltado su mano y la he colocado en su cintura. Las dos. Me aferro al vestido con sutileza y suavidad, noto que estoy empezando a ser presa del pánico. Comienzo a sudar. Será el efecto del alcohol o que realmente la química con Loana emprende un tímido inicio de efervescencia.

Involuntariamente, creo entender, entreabre sus labios y los humedece. Mal hecho, Loana. Ese simple gesto produce en mí un efecto inmediato y devastador. Lucho contra el instinto que me está sugiriendo que la bese en la boca. No puedo. No debo. No puedo. No debo. No puedo hacerlo. No debo hacerlo.

Todo está ocurriendo mientras el tiempo, mi fiel escudero, continúa detenido. Mi corazón vive acompasado pero los latidos son tan potentes que los siento en mi garganta, en mis sienes, en mi cabeza. Es como el bombo de una batería en un tema de discoteca o de hip-hop. Llevar su tempo resulta una tarea complicadísima.

Me encantaría saber qué está pasando por la cabeza de Loana. Quizá todo sea fruto de mi caprichosa imaginación y nada de esto esté sucediendo en realidad. Habré imaginado un mundo paralelo al que ya existe. Quisiera estar en su cabeza y saber qué piensa, qué siente, qué desea y todo sin que se diera cuenta. Qué hacer cuando alguien espera, qué pensar cuando soy yo el que está esperando para llevar a cabo una acción o una no acción.

Cierro los ojos un momento. Al abrirlos veo a Loana cada vez más cerca, mucho más cerca. Sus labios casi rozan los míos. Siento su aliento. Tanto esperar qué hacer y es ella la que se está adelantando a cada paso que yo doy o dejo de dar. Envidio esa seguridad que tiene, mucho. Así me hubiera ido la vida de otra forma. Y posiblemente, no estaría en París con una desconocida a la que estoy conociendo entre líneas, entre copas y bailando algo que no sabría precisar. Si me muevo un solo milímetro, impactaré con su boca.

—Héctor...

—Loana... yo...

21:46 HORAS

Tal y como se acerca, se retira. Se echa atrás al tiempo que recoloca su pelo. Yo también hago lo mismo y me separo unos centímetros. Son circunstancias concretas, extrañas, vividas con la certeza de estar haciendo lo correcto. Aunque el concepto de corrección esté en proceso de reedición. Hubiera escrito mis besos en su boca, bien lo saben las estrellas que me acompañan desde que nací. Pienso. Repienso. Quiero saber por qué, por qué está sucediendo. Solo vine a tomarme un par de copas, me marcho mañana. Pero ella llega y en tan solo cuatro palabras mal contadas revuelca la orilla donde trato de seguir a flote. Nunca creí en el destino fuera de mí, fuera de mis decisiones, aquellas que me han llevado hasta aquí. No estoy preparado para este encuentro tan directo con mi propia realidad. Más bien he venido huyendo de mi vida y me estoy dando cuenta que jamás podré escapar de ella aunque intente camuflarlo con valentía y atrevimiento, propios de quien no sabe cuál es el siguiente paso en la dirección correcta.

Se adelanta y regresa a la barra a terminar lo que queda de su copa. Quiero ir tras ella. Sé que es que lo quiero hacer pero mis pies no responden, no me hacen caso. No. «¿Por qué? ¿Por qué no? ¿Qué le debo a la vida?» Debe ser fruto del alcohol. Pienso en mi incoherencia, en mi inútil coherencia. Por qué resulta tan complicado dejarse llevar cuando a mi lado todo el mundo lo hace. Todo el mundo es presa de sus propios instintos, de sus propias determinaciones. No les importa ser lo que no son para conseguir lo que desean ser. ¿Y, yo? Ahora mismo, solo entiendo que no entiendo nada. «¿Por qué es tan difícil?» Lo tengo tan cerca, tan cerca que se aleja metros adelante. Cómo poder obviar lo que siento, lo que estoy sintiendo dentro de mí, cómo poder evadirme de mis ataduras si se encuentran muy lejos de aquí. Si yo vine alejándome de la música de un piano desafinado y me doy de bruces con una melodía que clama en el viento aquello que tanto echo de menos bajo mis sábanas.

—¡Loana! ¡Espera, por favor! —Grito desde mi posición mientras la gente me mira con cara de circunstancia.

Se vuelve al escucharme si bien parece ya decidida a abandonar el bar. Y mi compañía, también.

Llego a su altura con rapidez y la tomo del brazo con delicadeza. Se detiene, pero no me mira. Silencio. Nos aborda por todos los flancos posibles. Le tengo pavor. El mutismo decidido y tomado como esencia me ha hecho mucho daño en la vida. De hecho, fue lo que me trajo aquí, a Paris. Los negocios, aunque también, no son más que una tapadera, una cortina de humo que yo mismo me he encargado de confeccionar. No se lo deseo a nadie, ni siquiera a mi peor enemigo. La soledad impuesta acaba por derretir tu respiración y ahogar las pulsaciones que nos mantienen con un hilo de vida.

—Héctor, será mejor que me vaya —me dice con la mirada puesta en la puerta de salida.

—Loana, espera un momento —contesto con la voz entrecortada.

—No es buena idea, Héctor. Por favor, déjame que me marche. —Asoma tristeza bajo sus párpados.

—No quiero que te vayas, Loana —le susurro rogándole con la mirada.

—Dime por qué no tendría que irme. —Se detiene y parece que pueda existir alguna posibilidad.

—Me gusta conversar contigo y aún no es demasiado tarde. —Miro el reloj para darle un poco más de énfasis a mis palabras.

—Ya hemos hablado por un rato, Héctor. —Se pone seria, firme.

—Lo sé, Loana, lo sé. Me gustaría continuar y saber más de ti —le digo, porque realmente quiero hacerlo, quiero y deseo hacerlo.

—No sé qué podría interesarte más de mi vida. Es como cualquier otra, con sus vaivenes, con sus tira y afloja, con su día a día. Soy una persona como podrías ser tú: una mujer normal y corriente. Una más de tantas y tantas que existen en el mundo. No tengo nada de particular.

Su discurso es sincero, amable, hasta cortés si se quiere. Sus palabras siguen sonando a despedida. Se direcciona a la salida. Creo que ya no hay marcha atrás.

—Está bien, Loana. Como quieras. No voy a forzar absolutamente nada. Ha sido un placer conocerte y compartir contigo este rato —le digo mientras mis palabras resuenan en mis oídos.

—Lo mismo digo, Héctor. Eres un hombre muy interesante y la conversación ha sido maravillosa. Incluso hemos bailado. Qué más puedo pedir. Gracias por haber sido tan amable y considerado conmigo.

Siento que me desgarró por dentro. Pero, ¿por qué...?

—Gracias a ti, Loana. El placer ha sido absolutamente mío. Mañana regreso a España, a casa.—
Suenan a derrota sin paliativos, sin paños calientes, de frente y sin analgesia.

—Yo también tengo vuelo mañana.

—Tal vez, podríamos desayunar juntos, y... —me interrumpe mientras hablo.

—Héctor, mejor dejarlo aquí. Gracias por la invitación. En serio. Muchas gracias por este rato a tu lado. No lo olvidaré —me dice mientras acomoda su cabello en su lugar.

Yo tampoco podré olvidarlo.

Se acabó. Se acerca más y me besa en la mejilla. El aroma a su perfume desprendido es tan exquisito que mi universo de sentidos vuelve a ponerse alerta por completo. No soy capaz de decir nada, ni siquiera de devolverle el beso o aquel apretón de manos que nos sirvió para comenzar la velada. La observo caminar con paso decidido, sin mirar atrás, con la cabeza alta y el contoneo de sus caderas. He vuelto a quedarme solo, como al principio. Ya ni siquiera está en la barra mi *barwoman*. En su lugar hay un tipo con bigote, musculado, con una pajarita negra sobre una camisa blanca y las mangas sobre el codo. Loana desaparece por la puerta del bar rumbo al vestíbulo. He recordado la escena final de una película de Clint Eastwood donde él aparece sentado en unas escaleras y la chica se marcha de su lado. En voz baja dice que si se da la vuelta y le mira, es que está interesada en él. Y que si no, no tendrá ninguna oportunidad con ella. Los segundos parecen interminables hasta que ella se gira y le sonríe. Quizá yo también esperaba una situación parecida. Pero en esta ocasión, la chica no se ha vuelto a mirar atrás. Ya sabía que el cine era una recreación de lo que se anhela sentir que podría volverse realidad.

Firmo en el recibo donde quedan reflejadas las copas que hemos tomado y salgo del *lounge bar*. Me llevo una mano al pelo removiéndolo un poco hacia atrás. Pasa media hora de las once de la noche y ha llegado el momento de subir a descansar. Ella ya debe haberse perdido en alguno de los ascensores que dan acceso a las plantas superiores. Miro el móvil, por quinta o sexta vez en toda la noche. Hay un mensaje de Inna. Ella. Me pregunta que si ha ido todo bien. Y yo intentando contactar con ella por todo el embrollo del que no sé nada, salvo las pocas palabras de Ana. En cierto modo ese mensaje me tranquiliza aunque llegue a significar mucho menos de lo que parece. Y parece poco,

muy poco. Sin embargo, siempre lo hace. También lo echo de menos cuando estoy en casa. Solo me pregunta cuando estoy fuera... Curioso. Pienso en qué voy a decirle para contestarle porque necesito saber eso que mi compañera no ha querido contarme. Podría llamarla y acabar con todas las especulaciones que me están poniendo en solfa. Dudo, como tantas veces. No aprendo nunca a tomar decisiones, a destacar una de las opciones sobre otra. Me paro unos segundos a debatirlo. Y al final, decido. Le devuelvo el mensaje diciéndole que me marcho a descansar y que todo fue según lo previsto. Muy sencillo, directo y sin fisuras por mi parte. Realmente, Loana hubiera sido el mejor de los imprevistos posibles.

Paso por delante de recepción y el empleado del turno de noche me desea que tenga un feliz descanso. Le respondo educadamente. Subo al ascensor y pulso en el botón que lleva serigrafiado el número seis. Al salir, giro a la izquierda y camino por un pasillo largo buscando el número de mi habitación. La zona está solitaria: no hay almas, ni tampoco corazones. Solamente el mío y late despacio, casi imperceptible. No como antes, cuando era ella la que accionaba el mecanismo que da bríos a los miles de puntos nerviosos que se pasean a sus anchas por todo nuestro cuerpo. Cuando voy a sacar la tarjeta electrónica para abrir la puerta me doy cuenta que no la llevo encima. No puede ser. Busco en todos los bolsillos de la chaqueta y del pantalón. Sin rastro. «¿Dónde podré haberla dejado olvidada?» Se caería sin darme cuenta o no la guardaría al salir de la habitación esta mañana temprano. Las prisas no son buenas consejeras. Así que no me queda otra que bajar a que me consigan un duplicado. Menudo fastidio, pero es lo que hay.

Vuelvo a bajar en el ascensor hasta la recepción. No hay mucho movimiento por lo que entiendo, no tardaré mucho en obtener el dichoso plástico que abre la habitación.

—Disculpe, he debido perder la llave de mi habitación en alguna parte. ¿Sería tan amable de proporcionarme otra? —pregunto con cara seria y sensación de fastidio.

—Por supuesto, señor. ¿Podría dejarme ver su identificación personal? —Tomo la billetera y le enseño mi documento de identidad.

—Muchas gracias, señor De la Vega. Antes de darle una nueva llave, vamos a proceder a cambiar el código de acceso de su habitación, para así evitar posibles problemas de duplicado de datos. Solamente serán unos segundos, por favor. Enseguida estará preparada.

Aguardo, no me queda más remedio. La cama aparece en una especie de filme que se pasea por mi subconsciente.

—Ya está lista, señor. Aquí tiene la nueva. ¿Puedo ayudarle en alguna cosa más?

—No, muchas gracias. Subo a descansar. Hasta mañana.

Me marcho de nuevo a buscar el elevador que me lleve a la sexta planta y de ahí, a mi habitación. La temperatura ambiente es perfecta aunque debe hacer algo de frío ahí fuera. En esta época del año los grados bajan considerablemente por la noche. Con lo que a mí me gusta pasear entre las sombras que produce el alumbrado público en cada rincón, en cada calle, en cada esquina por la que paso. Es uno de mis pasatiempos favoritos: dejarme llevar por la oscuridad y ser fruto privilegiado de la umbría y la nocturnidad.

En pocos metros llego. Desde lejos me da la sensación de que algo no está bien. Me acerco despacio, como no queriendo hacer ruido alguno. Tal vez sea impresión mía. Llevo la llave en la mano. Miro hacia atrás, parece que soy una víctima de una película de terror de serie “b” que está siendo perseguido por un fantasma con pinta horrible y boca negra abierta. Delante de la puerta, miro a un lado y a otro. Cuando voy a pasar el plástico por el lector, me doy cuenta que la puerta de la habitación está abierta.

22:30 HORAS

Un pequeño resquicio se asoma entre el marco y la hoja de la puerta. A través de él, puedo adivinar que hay luz en el interior de mi habitación. Dudo si entrar o avisar a la seguridad del hotel. Por un instante la mente vuela libre y la imaginación cabalga a lomos de lo que torna imposible. Toco con los nudillos haciendo la típica pregunta de «si hay alguien ahí». Como si me fueran a contestar. Ahora sí que los nervios se han apoderado de mis circunstancias. Vuelvo a preguntar en un tono más intenso.

—¿Quién anda ahí? —digo, sin encontrar respuesta. Empujo la puerta un poco más y observo el reflejo de la luz en el espejo de la pared.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —reitero.

Abro la puerta por completo y entonces, veo y suspiro.

—¿Loana? ¿Qué haces en mi habitación? —le digo absolutamente sorprendido de encontrarla allí, sentada en el borde de la cama, en actitud de espera.

Porque, evidentemente, me estaba esperando. Debí preguntar en la recepción el número de la habitación donde me hospedaba. Lo que no entiendo es cómo se lo han facilitado sin mi consentimiento. Argucias de espía veterana en estas lides, entiendo. Y, «¿cómo ha entrado a la habitación? ¿Cómo ha podido abrir sin la llave? ¿Será que ella tiene la que perdí?» Preguntas sin respuesta, aún. Aunque todos los indicios la apuntan directamente.

Sea como fuere, cierro la puerta tras de mí y me acerco despacio hasta su posición. Cerca ya de ella arrastro la silla que hay bajo el pequeño escritorio y la pongo enfrente. Me siento. Parece que voy a interrogarla o tal vez es ella la que va a interrogarme a mí. El incidente de la puerta abierta pasa a un segundo plano, ya lo averiguaré más tarde.

Con esta iluminación puedo advertir mucho mejor la belleza que asoma desde su presencia. Pelo negro, oscuro, brillante. Tez suave, de mentón afilado, ojos marrones de tonalidad sombría e intensa, de una profundidad ilimitada. Sus labios, coloreados por un carmín rojo vivo, potente, atrayente. El vestido negro que porta se pega a su cuerpo como si hubiera sido concebido entre costuras para su forma corporal. Ya pude comprobarlo a medias mientras bailábamos en el bar y ahora puedo detenerme en cada detalle, en cada plisado que el tejido forma en su cuerpo. Si antes estaba radiante, ahora lo está aún más. Multiplicado por cien, incluso por mil. Y esas piernas que asoman con timidez por debajo de su vestido y que finalizan en un zapato de tacón alto. Veo la suela roja. No necesito más detalles para saber que es un modelo caro, exclusivo. Pues casi como ella. Me parece una mujer excepcionalmente bella y hermosa.

Frente a frente, dejamos que el silencio modele la escultura que formamos los dos. Cada uno en su lugar, sin articular palabra alguna, estudiándonos, reflexionando en voz ahogada lo que estamos intuyendo en el interior de nuestra conciencia. Loana levanta la cabeza. Su rostro está serio aunque no creo que sea presa de los nervios. Yo, sí, lo reconozco y lo asumo sin rechistar. Me mira.

—Héctor, yo... —La noto dudar.

—Loana, ¿por qué te has colado en mi habitación? —pregunto— ¿Estaba abierta? ¿Cómo

lograste entrar? —Necesito saber cómo. Por qué, vendrá después.

—En la habitación de al lado una empleada del servicio de habitaciones dejaba unas toallas en el baño. Así que le pedí que me abriera esta. Dudó un poco, aunque al verme tranquila y decidida pensó que sería la mía y pasando su llave, abrió. No observó nada fuera de la normalidad: realmente, sí que lo era. Lo que ocurre es que no sabía que yo no me hospedaba aquí.

No me mira y baja la cabeza para observar sus manos, que entrelazan sus dedos en una danza nerviosa. Muy lista esta mujer. Aunque a la empleada podría caérsele el pelo si su superior llegara a averiguarlo. Ya sé que ella no es la portadora de mi llave perdida. Sigo sin saber dónde narices pude dejarla olvidada.

—Pensé en lo que me dijiste antes de despedirnos abajo. Realmente, yo tampoco quería marcharme. Pero tenía que hacerlo. En ese momento, tenía que irme de allí. De alguna forma, no me preguntes cuál, ahora sí que estoy siendo consecuente conmigo misma —me responde, arrojándose a la complicidad que renace entre los dos.

Acaba de darme un golpe de realidad. Porque fui yo el que intenté que no se marchara del bar y ahora es ella la que se las ingenia para volver a buscarme, siendo capaz de arriesgarse a entrar en un lugar que no le pertenece y a exponerse a un escándalo que podría llevar aparejado algún problema mucho más serio.

Hay algo que no cuadra o mejor dicho, sí que cuadra; y bastante. Somos dos personas adultas que por alguna razón están reconociéndose en el otro. Y al hacerlo están admitiendo de forma intrínseca que no están bien, que necesitan algo que parece esconderse en la persona que tienen enfrente.

—Loana, si me lo hubieras dicho habría ido a buscarte. No habría sido necesario que te expusieras a tener algún contratiempo por meterte en mi habitación. No quiero pensar si te hubiera visto alguien o si esta mujer hubiera decidido dar parte a su superior.

—Lo sé. Siento las formas, Héctor, pero no me arrepiento del resultado ni de haber pensado en que tenía que hacerlo.

Suspira. Por primera vez. Mi corazón ya está más calmado. El resto de mi cuerpo, también. Quizá me esté preparando para el asalto siguiente sin saber cuál puede ser ni que consecuencias llevará consigo.

—Olvidalo, no pasa nada. No voy a llamar a seguridad para que vengan corriendo a por ti.— Sonríe, volviendo a recobrar ese aura que le ha estado acompañando toda la velada.— Aunque, ¿te imaginas la situación? “Mujer es detenida en uno de los hoteles más exclusivos de la ciudad de París por intento de robo”.— Los dos reímos en connivencia. La miro, y ella me devuelve la mirada manteniéndola firme, valiente y resuelta.— ¿Te apetece tomar esa última copa que se nos resiste?

—Venga, dale. Un día es un día. Bueno, una noche es una noche. ¿No crees? No he llegado hasta aquí solo para disculparme...— Toda una declaración de intenciones en sus palabras. Esa decisión que siempre parece existir en sus afirmaciones es encantadora. Me lleva a otro nivel al que no estoy habituado.

—Absolutamente de acuerdo. Una noche es eso, una noche.— Es lo único que se me ocurre decir.

Tengo el minibar justo al lado. Abro la puerta y veo que está muy bien surtido. No me extraña, siendo un establecimiento de categoría exclusiva. Hay ginebra suficiente para los dos pero zumo de lima, lamentablemente, no. Así que lo toma con una *Boylan Heritage*. Es una de mis tónicas preferidas para que la mezcla sea perfecta. Su secreto: está endulzada con azúcar de caña y no con

sirope de maíz como algunas marcas de la competencia. De esta forma, se preserva el sabor del alcohol que no queda en un segundo plano en la boca.

Observo. Cada instante que pasa está más guapa, más atractiva, más dulce, más mujer. O eso, o son mis ojos que imaginan y amplifican a su antojo su realidad. Le ofrezco su vaso con la mezcla ya hecha.

—¿Brindamos? —le propongo colocando el vaso delante de mí.

—De acuerdo. ¿Qué propones? —contesta.

—Déjame pensar un poco. No soy de discursos imponentes. Más bien lo contrario —le comento mientras pienso en qué.

—Sorpréndeme, Héctor —me contesta, esperando mi ansiado discurso.

Sitúa su mirada. Yo soy su destinatario. Espera un chinchín motivado. Se me ocurren muchas cosas que quizá no vengan a cuento. No quiero equivocarme así que soltaré el mayor de los tópicos posibles.

—¿Qué tal uno por nosotros? —«Qué poco original eres, tío», susurro en mi interior. Vaya tela con el discurso del presidente de los bobos.

Silencio. Cierra los ojos. Los vuelve a abrir. Comienza a partirse de risa, a reír como una loca, como suele decirse. Al verla no puedo más que contagiarme de ese alborozo que he creado por mi falta de originalidad. Deja la copa en la mesita de noche y se retuerce encima de la cama. Yo sabía que tenía cierta gracia pero no que llegaba a esos extremos delirantes. De cualquier forma hemos vuelto a salir de un atolladero en el que nos habíamos metido nosotros solitos.

—¿Cuándo vas a parar de reírte de mí y de mi brindis? —le pregunto mientras observo que vuelve a su posición inicial al filo de la cama.

—Perdona, Héctor. Hacía tiempo que no me reía de esta forma. No lo tomes a mal, por favor. Es que me ha hecho mucha gracia ese “por nosotros”, así, directo, sin anestesia. Como si fuéramos algo más que dos desconocidos en una habitación de hotel.

—Ya. Bueno, no pretendía tanto alboroto. —Sonríe— Si te ha servido para expulsar adrenalina acumulada, pues me alegro entonces.

—Eres una persona magnífica. Un hombre de los que ya no suelen existir —me suelta tan tranquila, recuperada de su arrebató. Ahora el que posee una mueca estirada y algo forzada, soy yo.

—Te agradezco mucho el cumplido, Loana. Bastante tiempo hace ya que no recibo galanterías de este tipo, o de cualquier tipo. Cuando uno se instala en su vida personal y autómatá tiende a olvidar todo aquello que tiene que ver con el cariño, la reciprocidad; el amor en definitiva. Estamos tan acostumbrados a ser parte del juego que olvidamos las reglas. Hasta la más sencilla queda relegada al cajón del desastre de nuestros propios sentimientos.

Vuelve a ponerse seria. Parece ser que lo que acabo de decir ha calado en su interior. Bebe otro sorbo y me mira.

—Cuánta razón tienes en lo que acabas de decir, Héctor. Quizá, yo añadiría algo más, una añadido, si me permites —me dice, mirándome fijamente a los ojos.

—Adelante. Te escucho —le contesto a la par que estudio esos ojos que me fascinan.

—Somos tan esclavos de nosotros mismos que, en cierta forma, somos incapaces de ser quienes queremos ser. Y así es bastante complicado.— Magnífica reflexión que acaba de

hacer; absolutamente perfecta y que encaja a la perfección en ese puzle que yo comencé a construir.

—Pues sí, Loana. Es así —le digo sin poder añadir ni una sola coma a su argumento.

Nos hemos puesto un poco metafísicos, dándole un cariz serio a nuestro diálogo. No sé si era necesario pero ha vuelto a cambiar el tono de nuestras palabras. Hay que volver a cambiar el tercio para no caer en el hastío que nos llevó a separarnos. Llegados a este punto, me apetece saber un poco más, conocer a la mujer que se enfunda ese vestido negro que le queda como un guante. Me armo de ese valor que siempre me tiene abandonado y me lanzo al ruedo sin capote alguno entre mis manos.

—Loana, me gustaría saber un poco más sobre ti, sobre tu vida. No sé si te apetece o prefieres que charlemos de otra cosa. —Espero y deseo que desnude su corazón y su mente.

—De acuerdo, Héctor. Hablemos de mí. ¿Qué quieres saber? —me contesta con una sonrisa que me deja la puerta abierta a preguntar.

—¿Qué quieres contarme? Tú pones los límites —le digo tratando que se sienta lo más cómoda posible y para que ella sea la que disponga qué, cuándo y cómo.

—Creo que ambos, en este momento, somos igual de vulnerables. Y eso, en mi opinión, nos hace también ser personas en las que se puede confiar a pesar de ser exactamente dos desconocidos. —Frunce el ceño y entiendo lo que quiere decir.

—Estoy de acuerdo, Loana —le digo mientras asiento con la cabeza a lo que acaba de decir.

—Los dos hemos propiciado este instante, ¿no crees? —dice mientras entrelaza las manos delante de su regazo.

—Sí, por supuesto. Ésto es cosa de dos. Yo quise que no te fueras del bar y tú has venido a buscarme cuando ya habías marchado. Da la sensación que nos estamos buscando subconscientemente. O tal vez no y sea queriendo, a conciencia.

—Sea como fuere, aquí estamos. Juntos. Dime qué quieres saber.

Esas últimas palabras son todo un desafío porque por un lado me encantaría saberlo todo pero por otro, no sé hasta qué punto será capaz de expresar lo que siente. Es una situación complicada para ambos.

—Antes, hace un rato, me dijiste que estabas aquí por negocios y por placer. No terminaste de contarlo. Si quieres, podemos empezar o continuar por ahí.— Para qué vacilar. El comienzo suele ser, en la mayoría de las ocasiones, lo más complejo.

—Así es, Héctor. Es una combinación de ambas cosas. ¿Recuerdas que hablamos sobre poesía? —me pregunta y busco en mi memoria para poder responder.

—Por supuesto. Aquella cita me llegó al alma. Sonríe al escucharme y creo que le ha gustado que se lo diga.

—Pues verás. Soy editora y agente literario.

Eso sí que no lo esperaba. Resulta que toda la noche he estado hablando con una profesional de la representación. «¡Como yo!», me digo interiormente. En su caso, de escritores. Ahora entiendo esa pasión por los versos. De ahí ese aura misteriosa tan atrayente

y llena de matices que he observado desde el principio.

—Interesante. He estado tomando copas con una mujer que es en sí misma un caja de historias. Muy interesante. No recuerdo haber coincidido nunca antes con una de las de tu especie.— Ríe ante mi apreciación.

—Pues ya has estado con una. Ya puedes tacharlo de las tareas pendientes a realizar antes de morir — Ahora el que ríe, soy yo.— Siempre me gustó el mundo de la literatura, hasta que me llegó la oportunidad y la aproveché. Si a todo eso le sumas que desde mi punto de vista personal tengo algo de olfato para reconocer dónde se esconde una buena historia y un buen escritor, pues ya está el cóctel mezclado. Digamos que estuve en el momento justo dándole rienda suelta a mi pasión por los libros, por las historias, por los versos. Es de esas alineaciones de estrellas que solamente ocurren una vez cada ciertos años. Pues estuve en una de ellas. Fue uno de los mejores momentos de mi vida.

Al referirse a la persona adecuada pensé en su pareja. No había pensado en ella como una mujer soltera, aunque podría serlo. Sin embargo, me da la sensación que a pesar de su autosuficiencia e independencia, debe estar con alguien. Pienso en lo dichosa que sería esa persona al estar junto a ella. No quiero desentenderme de la conversación. Así que tengo que dejar las divagaciones para otro momento más preciso.

—Pues me vas a perdonar, Loana, pero dentro de mi poca cultura literaria, no recuerdo haber escuchado hablar de ti. Seguramente, me sonarán mucho más los autores y autoras que llevas en agenda.

—Es lógico que no conozcas mi trabajo, Héctor. Salvo en contadas ocasiones quien se lleva el reconocimiento es la persona que escribe. Sí que es cierto que cada vez se le está dando mayor visibilidad a un trabajo que se realiza en silencio y con mucho sacrificio. No es sencillo, créeme. Hay un mundo convulso detrás de una obra literaria. Muchas trabas, muchas zancadillas; una oscuridad intrínseca que te asombraría— me instruye mientras coloca su pelo en el hombro derecho.

—Por supuesto. Y aún sin comparación posible, en mi trabajo pasa un poco lo mismo. Ser la cara visible de una marca te hace estar en boca de todo el mundo. Sin embargo, es la marca la que al final sale reconocida cuando se cierra algún negocio de cierta envergadura, aunque soy yo el que visita y negocia en su nombre. Creo que es lógico. Una cosa está clara: a todos nos gusta que de vez en cuando nos den una palmadita en la espalda.

Mi copa se ha terminado. La de Loana aún está a un buen nivel. Decido prepararme otra. Cuando termino me siento a su lado en la cama. Observa, pero no esgrime ningún impedimento a mi atrevimiento posicional. Me he sentado a su derecha, en el pequeño hueco que quedaba entre la esquina del colchón y ella. Cómo me gusta percibir su olor. Me lleva de la mano a pensamientos donde la oscuridad domina y el instinto sale a pasear sin importarle absolutamente nada.

El alcohol, al contrario que en otras ocasiones, no me está haciendo el efecto que acostumbra. Aguanto el envite de los grados del licor que se pasean por mi sangre a sus anchas. El silencio vuelve a consignarse y a delimitar cada gesto, cada mirada, cada movimiento, mientras respiramos ese ambiente un poco más tenso, que comienza a instalarse entre los dos.

—Loana, ¿estás casada? —No sé cómo he tenido el coraje suficiente para preguntarle algo así.

Coloca su cabello sobre el hombro izquierdo, en esta ocasión. Me da la sensación que se trata de un movimiento involuntario pero a mí, me gusta. Me encanta observar en silencio todo ese ritual abundante de simpleza y sex-appeal. Mueve un poco la cabeza tratando de inspirar la fuerza

suficiente para contestar a ese dardo recibido que podría estar envenenado. Levanta el rostro y me mira. Si yo fuera alguien inteligente que sabe observar más allá de los silencios me habría dado cuenta que al fijar sus ojos ya me ha contestado. Aunque no lo soy. Demasiado para mí, acostumbrado a descifrar otro tipo de acertijos mucho más sencillos y livianos sin tanta carga emocional.

—Sí, Héctor. Sí que estoy casada.

Me contesta como en un acto de resignación, de autocomplacencia, de inverosimilitud personal. Esas seis palabras que han formado su minúsculo discurso tienen mucho significado a pesar de esa apariencia de sobriedad. No me atrevo a moverme un ápice ni a pronunciar palabra alguna. Quizá sea el momento. Pero, ¿el momento de qué...?

—Y tú, Héctor. ¿Estás casado...?

23:05 HORAS

No tendría por qué afectarme lo que acaba de preguntar. Lo cierto es, que sí. Sí que me afecta. Es un bajonazo. A nivel personal estoy jodido con esta situación. Ella solo está siendo parte de una porción de mi vida en la que no acabo de ver si es de día o de noche. Porque hay más sombras que claroscuros. Mi problema es que soy absolutamente transparente y se me nota. Mucho, demasiado. Es complicado aislarte de los sentimientos cuando los pones en el punto de partida de tu día a día. Sobre todo porque no son correspondidos en la medida que tú esperas, necesitas o simplemente deseas. También he pensado que mi postura es egoísta. Quién no lo es en alguna ocasión o en determinadas circunstancias o en lugares destacados, pero en pareja es esencial y necesaria la reciprocidad. Y en algunos momentos escasea como el agua en el desierto. Y llueve a disgusto mucho más de lo que creemos.

—Sí, Loana. Yo también estoy casado. ¿Sorprendida, tal vez? —contesto mirándola fijamente.

—No, para nada. No estoy sorprendida —responde sin alterar ni un ápice el tono de su voz. — Era de esperar, ¿no crees? Tú tienes pinta de estar también emparejado, de tener una familia.

Me asombra un poco lo que acaba de decir.

—No sabía que podía ser tan evidente —digo con asombro.

—No es eso, Héctor. Ya no somos unos niños. Tan solo he aplicado un poco de lógica a la edad que puedes tener. Cierto es que podrías estar soltero, si bien tu forma de hablar, de moverte, de expresar tus sentimientos incluso tu forma de tratarme, te delata sin dejar duda alguna.

Debe verse a distancia que estoy casado. Y yo que pensaba que tenía que ver con la educación y la cortesía. Lo que yo decía: soy demasiado transparente. Demasiado. Es una de mis palabras cliché.

—Y, ¿desde cuándo intuyes que ese es mi estatus? —le cuestiono queriendo averiguar un poco más acerca de su intuición femenina.

—Desde que escuché tus primeras palabras. Ya sabes lo que se dice del sexto sentido de las mujeres. Entre otras muchas cosas, sirve para detectar hombres casados. —Se ríe, y trata de darle una apariencia más normal a una conversación que mantiene un ritmo serio y trascendente.

—Entiendo. —Yo también sonrío, aunque me quedo con la duda de qué le habrá comunicado ese sexto sentido que dice poseer. Dices tú de la CIA o del MI6...

—Héctor, necesito pasar al baño. ¿Me disculpas? —pregunta como un niño que pide permiso en el colegio.

—Por favor, adelante. Mientras, me pondré algo más cómodo. Y tranquila, que solamente me desharé de la chaqueta.

Hace calor en la habitación. O yo tengo, al menos.

Me mira con una sonrisa cómplice y desaparece tras la puerta del cuarto de baño. Aprovecho para retirar los vasos vacíos y tirar los botellines utilizados a la pequeña papelera que se encuentra bajo el escritorio. Dejo la chaqueta colgada en una percha en el interior del armario y me acerco a la ventana. Mi habitación da justo a la entrada principal del hotel. Veo circular pocos coches. No observo personas. El tiempo transcurre lento, pero sin pausa. Es casi la una de la

madrugada, faltan unos veinte minutos. Los bostezos aún no han hecho acto de aparición y me encuentro sobrio, sin rastro de agitación ni de mal humor. Me acerco al cabecero de la cama y pongo en marcha el hilo musical. No decepciona el sonido de los altavoces *Harman Kardon* instalados estratégicamente en la estancia. No subo demasiado el volumen; no son horas de estar de marcha, que bastante mala fama tenemos los españoles fuera de nuestras fronteras. Me gusta escuchar *new age*, *soul* o *rhythm and blues*. No voy a poner *rock* de madrugada ni tampoco *reggaetón* aunque no sería la primera vez que lo hago; eran otros tiempos, otras madrugadas, otra compañía, otras circunstancias.

Me siento en la cama, esperando. Esperándola. Miro el móvil. No veo que haya nada que tenga que atender. Inna tampoco me ha puesto nada. ¿Y si la llamo? Pero es que no me apetece. Vuelvo a ser egoísta. Pienso un poco en mí e, inevitablemente, en ella. Es una especie de soledad virtual a la que no estoy muy acostumbrado. En mi trabajo necesito estar al día continuamente de lo que ocurre a mi alrededor, sobre todo cuando hablamos de la competencia. He adquirido ciertos conocimientos de marketing digital y de *community management*. El saber no ocupa espacio ni lugar y alguna vez me he salvado de un fiasco gracias a ser perseverante en aprender. Quién sabe si en alguna ocasión necesitarás estar preparado para solventar un problema que requiera de ese tipo de conocimientos. Aunque siempre pienso que el sentido común es uno de los mejores consejeros que pueden existir. Si bien, en algunos casos, es mucho mejor hacerle caso a la intuición que a ese sentido que brota de nuestros cerebros. Pero esta noche no estoy solo. No lo estuve nunca. No conozco el guión que esta madrugada quiere escribir en mí. Ni tampoco si seré el protagonista de una historia que me va a tocar presentar en primera persona. Es difícil discernir entre pasar desapercibido o actuar. Es una cuestión recurrente en mi vida, sobre todo en la personal.

Loana sale del baño. Sigo viéndola tranquila, siendo dueña de aquello que le pertenece y acotando cada vez la distancia que la separa de sus cosas. Y de las mías. Porque, poco a poco, la noto mucho más cerca. Físicamente, también. Tengo que reconocer que la sensación me gusta, más de lo que pudiera imaginar. Ha perfilado sus labios, dándoles un tono más intenso y ha retocado un poco el tenue maquillaje que suaviza y marca su rostro.

—Y bien, ¿qué te apetece hacer? —Menuda pregunta acabo de soltar. En qué estaría pensando mi cerebro para hacer semejante interrogación.

Evidentemente, Loana se ríe. Somos adultos, aún sin abandonar del todo esa picaresca juvenil de la que adolezco en la mayoría de las ocasiones. Sin embargo, hoy, no me pregunto cómo, salió a relucir.

—Se me ocurren muchas cosas para hacer, Héctor...

¡Toma ya! Y, ¿ahora qué? ¿Qué digo? ¿Qué contesto? ¿Paso un tupido velo por encima y me olvido de todo? Loana ríe a carcajadas. Está logrando sacarme esa sonrisa que guardé en el baúl de los recuerdos a buen recaudo. Inna era así. Era, ya no lo es. Vive inmersa en sus circunstancias y yo parece que no entro en ese galimatías que tiene formado en su cabeza. Tengo que salir de esa pregunta como sea.

—Espero que no te moleste la música. Me gusta mucho. Soy incapaz de estar sin escuchar cualquier melodía o canción. —La excusa del sonido ambiente me ha permitido salir a flote sin tener que darle respuesta a esa pregunta que, lo mire por donde lo mire, tiene trampa.

—Me gusta la música. Es perfecta para todo tipo de situaciones.

Se sienta a mi lado y pone una de sus manos sobre mi rodilla. Una tormenta perfecta es poco para lo que puedo sentir ahora mismo.

—Loana...

—¿Sí? Suéltate, Héctor.

Envidio su seguridad. Toda la que me falta a mí le sobra a ella. No sé si voy a ser capaz de confiar en mi debilidad porque con ella me estoy mostrando frágil, demasiado. Da la sensación que no soy capaz de gestionar mis emociones. Mi corazón late, me siento vivo, si bien al mismo tiempo me siento atado a un poste invisible, a mi forma de gestionar la vida, los sentimientos, los deseos, los anhelos que tantas veces aparecieron en mitad de la noche vestidos de sueños. Pero siempre los busqué con una única protagonista. Y ahora la novela está dando un giro inesperado y me presenta una situación donde soy yo el que decide; aunque también hay otra persona que dispone. Las cartas están puestas encima de la mesa. Cómo me gustaría saber qué jugada guarda ella entre sus manos porque no puedo ir de farol. Esta vez, no. Esta vez, es imposible.

Se acerca, cada vez más. Su aliento. Lo noto en mi boca. Sus labios, rojos. Mis ojos, en los suyos. Sus ojos, en los míos. Su mano, en mi cuello. Mi cabeza, fuera de sí. Mis dedos, buscando su cintura por el tejido del vestido, más arremangado. Soy consciente de mi debilidad. Estoy siendo débil. Desmesuradamente. Estoy queriendo cambiar la canción que me ha acompañado toda mi vida. Borrar de un plumazo mi concierto preferido. ¿Por qué? ¿Por mí? ¿Por ella? ¿Por qué? Me gustaría descifrar qué es lo que me lleva en volandas a ser yo mismo. O quién. Porque si es ella la que cruza el umbral no estoy seguro de poder detenerla a tiempo. Son tantos los interrogantes que vienen a mi cabeza. ¿Es así como quiero vivir? Yo que he sido el defensor a ultranza de los sentimientos, ¿qué estoy haciendo ahora? ¿Jugar con ellos? ¿Comenzar una partida sin sentir? ¿Qué es lo que quiero ser? ¿Vencedor o vencido? Tal vez los dos. Inaudito. No puedo corregir los recuerdos. Quiero comenzar a ser yo mi propia reminiscencia. Vivir. En definitiva, vivir. Respirar aire nuevo, limpio, que ensanche mis pulmones como antes. Como antes fue, como no es ahora, como no sé si será en un futuro próximo.

—¿Qué pretendes? ¿Qué quieres de mí? Loana, dime. ¿Qué quieres de mí...? —le pregunto observando esos ojos que me queman, esa mirada que disuelve mi resistencia.

—Bésame...

01:16 HORAS

Bésame. Así sin más. Por más que desee hacerlo, no debo. Pero sí que quiero. Las alternativas están claras. Decidir qué hacer. Siempre estamos en ese impás de estar tomando decisiones a cada instante y lo solventamos tras masticarlo un poco. Ahora no puedo hacerlo. O quizá, sí. La música se calma por completo: solo existe la respiración de dos personas que tratan de sincronizarse en una única inspiración y espiración. No hay otra cosa que desee más en este instante que probar el sabor de sus labios. No quiero pensar en nada más ahora. Tampoco en el pasado. Ni en el lastre que viene conmigo en mi maleta. Su boca. Ese lugar. Tan cercano, tan vivo, tan próximo. Ella lo intuye, lo sabe. Me conoce. Es increíble, me conoce en desmesura.

Me retiro un poco, a sabiendas que quizá no vuelva a estar tan cerca. Tengo miedo a que se sienta rechazada. Porque, en realidad, es lo que debe sentir: rechazo de alguien al que ve vestido de deseo. Podría enviarme lejos, muy lejos con una mirada. Y, en cierta forma, estaría justificada su reacción.

—Loana, lo siento —alcanzo a decir entre dientes. —No puedo. No debo...

Si estoy equivocándome, es el mayor desacierto de mi vida. No tengo ese sentido del que ella me hablaba antes. Soy mucho más torpe, más sencillo. Si bien, en ocasiones como esta, me encantaría ser mucho más obtuso, más complicado, más enrevesado. Porque en este laberinto que se abre a mis pies tendría la oportunidad de viajar por múltiples caminos. Aunque la salida siempre sería la misma. Es un todo o nada en la ruleta y no tengo todas las fichas conmigo. Como siempre, constantemente. Así es mi vida.

Educadamente, retrae su cuerpo y se queda sentada en la cama, en posición totalmente recta. No sé si quiere mirarme, puede que no. Algo me dice que hice lo correcto, si bien hay otro algo que me explica claramente que he cometido un grave error. «¿Es sentir un error? ¿Es no participar de una experiencia única un error? ¿Soy yo el error?», me cuestiono.

—No pasa nada, Héctor. Lo entiendo. Bueno, no del todo. Respeto que no quieras ir más allá, dar ese paso al frente que sé que quieres dar y que no te atreves a regalarte a ti mismo. No fue mi propósito llegar hasta aquí. O quizá, sí. Ya no sabría decir con certeza. Me gustas mucho, diría que muchísimo. A mis treinta y seis años es la primera vez que experimento algo con esta fuerza; todo un terremoto que me hace vibrar cuando pronuncias mi nombre, cuando me miras con esos ojos, cuando rozas mi piel con tus manos. No voy a pedirte nada, Héctor. Tal vez me equivoqué al dejarme llevar o tal vez, no. Soy una mujer apasionada, febril. No puedo renunciar a lo que soy pues sería una traición personal. Tampoco hice nada malo, me refiero. Solamente deseé. Y eras tú ese objeto de mi deseo.

Lo que acaba de confesarme dibuja un nudo en mi garganta. Hay lágrimas que comienzan a posarse en mis ojos, dispuestas a salir en torrente en cuanto deje la llave de paso abierta. Esa sinceridad desgarradora es lo más bonito que me han regalado en no sé cuánto tiempo.

—Loana, yo...

—No tienes que justificar nada, Héctor. Ya te he dicho que entiendo que no hayas querido ir más lejos.

Ésto no puede quedarse así. Es necesario llegar al origen de todo lo que nos está pasando en las últimas horas. Nadie se lanza al vacío porque sí; tiene que haber algo más aparte de un precipicio que no te importa salvar para caer en la red que espera a ras de suelo.

—Loana, ¿qué ha ocurrido con tu marido? ¿No estás enamorada de él? Me gustaría comprender, quizá para poder entenderme a mí mismo. Porque mis sensaciones no están muy alejadas de la tuyas, aún sin saber absolutamente nada de ti.

—Es algo que no he contado nunca a nadie. En ocasiones, por amor suelen hacerse demasiadas locuras que con el paso de los años acaban minando una relación que no tenía aspecto de torcerse. Muchas relaciones rotas por no sentirte comprendida, ¿sabes? —Se levanta y camina por la habitación, junto al baño.

—Si no quieres hablar de ello, lo entiendo.

—No es eso, Héctor. Al final todo se resume en lo mismo.

—¿En qué? —le pregunto, mientras espero su respuesta con impaciencia.

Se acerca a su bolso. Revuelve en el interior y saca una cajetilla de tabaco. Coge uno de los cigarrillos y lo pone en su boca. Yo no soy fumador, pero respeto a quien quiera hacerlo. Vuelve a rebuscar. Si me pidió fuego en el bar, no debe tener con qué encender. Entre las *commodities* hay una pequeña caja de cerillas. Me levanto de la cama y cojo una. Me acerco a la ventana y la abro. Un soplido de aire fresco me sacude la cara. Lo enciendo con cuidado y se lo ofrezco. Me sonrío. Le da una calada profunda y tras saborear, expulsa el humo al exterior.

—Mi habitación tiene unas vistas mejores —me dice mientras la veo envuelta en una neblina de humo que al contacto con la brisa que entra en la habitación, se mueve en varias direcciones a nuestro alrededor.

—Para mí es más que suficiente. Es obvio que si se avistan cosas bonitas, pues mucho mejor. No es algo en lo que suela fijarme cuando hago una reserva —le contesto con sinceridad—. Le eché una ojeada a las fotografías que están publicadas en la página web del hotel y me fijé en que las suites más caras se encuentran en la planta inmediatamente superior a ésta y que tienen una vista inmejorable de la torre Eiffel.

—Es cierto. Desde la terraza de la suite donde estoy alojada se ve con una perspectiva preciosa. Y de noche debe verse la iluminación desde un punto de vista magnífico. Aunque por la hora que es, ya deben estar apagadas.

La conversación se ha ido por otros derroteros. No sé si el pitillo lo ha encendido a conciencia para cambiar de tema o ha sido consecuencia del nerviosismo que hemos vivido hace unos instantes. Cuando termina lo apaga en el cenicero de cristal que se encuentra en el escritorio. Cierro la ventana y el ambiente caldeado de la habitación se agradece. Sé que vamos a volver a hablar. Es el momento de comprobar si ser francos es el camino adecuado para continuar este viaje que comenzó en solitario.

—¿Por dónde íbamos, Héctor? —me pregunta sorpresivamente volviendo al quid de la cuestión.

—Me decías que todo se resumía en la misma cuestión, o algo así. —Recuerdo casi las palabras exactas que pronunció antes de la pausa para el tabaco.

—¡Ah, sí! Ya recuerdo. —El gesto de su rostro se vuelve un poco más sombrío. Siento que no le gusta mucho hablar de ese tema pero aún así, está dispuesta a contármelo con sinceridad. — Todo comenzó muy bien, como suele ocurrir siempre. Los dos nos casamos especialmente enamorados. Teníamos, bueno, se supone que seguimos teniendo, muchas cosas en común. Me quedé pillada por su forma de ver el arte y a la postre, resultó ser casi igual que la mía. En esta

ocasión ser parecidos encendió la mecha —me habla mirando a un punto invisible de la pared de la habitación.

—¿También forma parte del universo literario? O, ¿es ajeno a tu realidad? —busco un poco más allá con estas preguntas.

—No. No tiene que ver con mi trabajo, aunque sí con el arte. No le vino desde el principio. Antes de dedicarse a la pintura y a la escultura trabajó para una empresa muy importante en Alemania pero un día se dio cuenta que esa no era su vida y que quería darle rienda suelta a lo que había empezado a sentir tras colgar los portátiles y las tabletas por el martillo, el cincel y los diversos materiales con los que trabaja. Fue ese cambio en su vida el que comenzó a lastrar nuestra relación. Esa pasión desmedida que me regalaba quedó relegada a sus momentos de descanso entre piedras y yesos. Al principio, no le culpaba. Entendía que cuando la inspiración le llegaba tenía que poner todos sus sentidos al servicio de la creación. El arte es así, y comenzó a ser algo obsesivo. Tal vez no sea la palabra adecuada: digamos que le ocupaba mucho más tiempo del que en realidad era necesario para trabajar.

Veo dolor en sus palabras, sentimientos que se agolpan de repente en su discurso. No conozco a nadie que no piense que dar el paso de vivir con alguien no signifique para toda la vida. No obstante, no es menos cierto que ese camino no siempre se recorre junto a quien amas. Resulta imposible imaginar qué es lo que ocurrirá. Es cierto que ocurre, que pasa y que rompe muchas más relaciones de las que podemos pensar. Ahora soy yo el que quiere indagar un poco más. Me arriesgo a quedarme en silencio. Veremos.

—Sé que lo que voy a decirte suena a tópico en exceso pero aún así, te lo digo. Imagino que lo habréis hablado y casi seguro, que un montón de veces. ¿Nunca habéis logrado sacar nada en claro? ¿No ha habido un punto y seguido? Un punto y aparte, ¿tal vez? —mientras hablo, me froto las manos en señal inequívoca de nerviosismo.

—Te mentiría si te dijera que no lo hemos hablado. Pues claro que sí y en bastantes ocasiones, incluso hemos estado en manos de una profesional, sin obtener resultado. No nos fue bien la terapia, no fue nada positivo. Tras cada sesión las discusiones aumentaban de grado en lugar de decrecer. Tras esos episodios repetidos en el tiempo decidimos darnos un respiro, un periodo de introspección individual y personal para decidir si podíamos volver a estar juntos. Estuvimos separados un par de meses tratando de averiguar cuál estaba siendo el motivo o los motivos de nuestro fracaso como pareja.

—¿Llegasteis a alguna conclusión? ¿Algo que supierais a ciencia cierta que era el detonante de vuestros problemas?

—Yo, sí —sentencia, como asegurando su posición en la historia.

—¿Él? ¿Él, no? —pregunto buscando el papel que tiene su marido en la situación.

Se mueve inquieta. Se sienta otra vez en la cama, junto a mí. Parece que la cercanía le procura algo de abrigo para poder tomar aliento y hablar de su propia vida. Me parece verla compungida y de forma instintiva, le tomo la mano y entrelazo mis dedos con los suyos. Ella me mira y observa nuestras manos entrelazadas. Aprieto sus dedos con los míos por un instante. Después, esbozando una tímida sonrisa, la retiro.

—Pensé que sí, que había cambiado. Que había hecho el típico examen de conciencia y se había dado cuenta que no podíamos convivir así. Y así fue en un principio. La pasión perdida regresó a su habitualidad. Me alegré mucho pues quería que así fuera. Fueron meses de volver a compartir aquello que nos unía, que nos ponía en el mundo que queríamos vivir, sin embargo, un poco más tarde, reincidió en su comportamiento aislado y egoísta.

—Lo siento, Loana. En ocasiones, los hombres no somos capaces de ver la realidad como es y la distorsionamos a nuestro antojo. Al final, todo tiene sus consecuencias. Y no buenas, precisamente —constato que estoy de acuerdo con lo que acaba de decir.

—Hombres... —Sonríe un poco y yo, también—. Aunque no es solamente terreno acotado para vosotros porque nosotras también tenemos lo nuestro. Quizá pecamos en exceso de entrega cuando comprobamos en nuestra propia piel que no estamos siendo correspondidas. Esto va en nuestra naturaleza femenina: la entrega absoluta y sin medida. Cuando vosotros los hombres, en algún momento, tengáis clara esta teoría sin que os lo tengamos que decir, las cosas cambiarán. Al final, hombres y mujeres no son tan diferentes. Solamente hay que saber cómo mirar, hacia dónde y qué tipo de mirada utilizar. Hay un universo oculto que no tenéis ni idea que existe. A veces, me produce una tristeza envolvente darme cuenta que podríamos ser una simbiosis duradera en un mundo imperfecto.

Creo que es la única vez que he escuchado a una mujer hablar tan alto, tan claro y sin tapujos. Y también debe ser la primera en que reconoce que también ellas son parte del problema. Evidentemente, ésta no es la regla general pero lo que sí que está claro es que el paso principal es saber que uno mismo también forma parte del rompecabezas.

En un momento dado, ladea su cabeza y se apoya en mi hombro. Huelga decir que me gusta que lo haya hecho. Me cosquillea el estómago, siento esas mariposas descritas en las novelas revoloteando a mi alrededor. No tengo remedio.

—Después que pasó todo lo que me cuentas, ¿qué ocurrió entre los dos? Porque me has dicho que estás casada. Por lo que entiendo que seguís juntos. O bueno, como quieras llamarle a estar conviviendo con alguien. Juntos, puede no resultar la palabra más precisa y adecuada —continúo esta especie de entrevista privada.

—Sí, bueno. Seguimos juntos, sí —titubea un poco al contestar pues quizá estaba pensando en cómo explicármelo.

El tono usado no denota sentimiento de pertenencia.

—Cómo iba a dejar de ser la mujer de Dasseville... —dice mientras recorre la habitación con la mirada perdida.

—¿Cómo? ¿Estás casada con Remy Dasseville? —No doy crédito a lo que estoy escuchando. Qué diminuto es el universo terrenal en ocasiones. Tan grandioso para unas cosas y tan minúsculo e insignificante para otras tantas.

—Sí. ¿Por qué lo dices...? —me pregunta sorprendida.

01:57 HORAS

Remy Dasseville. El mundo es un pequeño pañuelo. El universo entero es un círculo infinito que es capaz de reunir entre miles de millones de estrellas a las dos más remotas. Dasseville. Cómo podría imaginar que Loana era su mujer.

—Si te digo que Remy y yo nos conocemos, ¿me crees? —le digo enunciando mi afirmación con la pausa necesaria.

—Tú lo estás diciendo. ¿Por qué no habría de creerte? No pienso que me estés mintiendo. No ahora. Tus ojos muestran verdades, Héctor. No tendría sentido empezar a divagar —contesta segura de sí misma y de lo que acaba de decir.

—No, no tengo la más mínima intención de mentirte, Loana. Si de algo estoy orgulloso es de mis ojos, de mi mirada, de lo que digo y de lo que callo con ella. Tú has sido capaz de ver lo que guardo en el interior. Sabes lo que se muestra escondido tras esa pupila marrón que traza los sentimientos a su alrededor.

—¿De qué conoces a Remy? Cuéntame —me pregunta ávida de saber.

Debo andar con pies de plomo. No quiero hacerle daño. Dasseville es mucho más que un artista transgresor y vanguardista. Hay mucho tras esa cara bohemia en exceso aunque ella debe conocerlo más que yo. Si bien, no sabrá cosas que yo sí que conozco y que no suelen compartirse. Y mucho menos con ella. Me duele saberlo, ahora más. Lamento saber. «Joder».

—Conozco a Remy desde hace muchos años, Loana. Como bien dices, trabajaba en una de las empresas alemanas más importantes. Su empresa y la mía siempre han tenido buenas relaciones y por aquel entonces, ya lo sabes, él viajaba mucho. De hecho, fui yo el que le buscó residencia temporal en España. Acuérdate que pasó tres meses a caballo entre Berlín, París y Madrid —sigo la conversación como un niño pequeño cuando ve sus dibujos animados preferidos en televisión. — Yo siempre he sido su contacto tanto en España como en la parte norte de África. Hemos tenido muy buena relación y hemos compartido, por así decirlo, el éxito empresarial de nuestras compañías, líderes en su sector. Inna me acompañó alguna vez cuando visitaba Madrid. Siempre guardaba una distancia prudencial y me dejaba a mi estar en primera línea.— Ha vuelto a salir el nombre de Inna, casi sin querer.

—Pero, hay más, ¿verdad? —Sus manos parecen temblar, tiembla su cuerpo y asoma una señal del comienzo de un sentimiento de desdicha, de vida nostálgica con sabor apesadumbrado.

Cree que no la he visto cuando ha entrelazado sus dedos para calmar esa ansiedad que los mueve sin aparente control. Ha cruzado las piernas. La noto tensa. Demasiado. No me gusta verla así. No merece pasarlo mal, a pesar de estar enamorada de él. No me lo ha dicho, si bien obviando el poco entusiasmo de sus palabras, sé que lo está. Quizá ha llegado la coyuntura que le permita dar un paso adelante porque entiendo que el amor que siente por él comienza a desgastarse. Hemos estado a punto de besarnos y eso denota que necesita ser querida, amada, deseada y que es capaz de voltear su fotografía interior por creer de nuevo lo que se vive en primera persona.

—Sí. Pero podemos dejarlo a un lado, si quieres. No es necesario hacer más leña del árbol

que ya ha caído. Eso forma parte del pasado.— Se levanta de mi lado y se pone frente a mí. Su enfado crece de manera paulatina al escucharme.

—Héctor, su pasado es también mi pasado. Por mucho que no haya sabido lo que ocurría con él y sus viajes, sigue siendo parte de mi vida. Y ahora, quiero saber. Quiero saber por qué no ha luchado por mí lo mismo que yo por él. Por qué se ha dejado llevar a donde fuere sin querer compartirlo conmigo.

—Loana, ¿de verdad? ¿Es necesario seguir pasándolo mal? ¿Qué sentido tiene ahora remover aquello que no conocimos en el momento en que sucedieron? Quizá habría que dar un paso adelante y empezar de nuevo.

—¿Me lo dices tú o me lo cuentas? ¿Por qué no quieres contarme? No creo que sea tan escabroso como para escandalizarme. Ya tengo una edad, Héctor. Y tú, también. ¿Crees en serio que las infidelidades van a sorprenderme ahora?

Es dura. Tiene la piel curtida. No quiero imaginar los sinsabores que ha tenido que soportar junto a Dasseville. Y aún así, quiere saber. Apenas conozco personas que sean capaces de soportar estoicamente el dolor así. Y una, precisamente, está delante de ella ahora mismo. Habla de infidelidad. Qué podría ser si no.

—Loana, tu marido es como es. No te lo voy a descubrir ahora, ni siquiera lo pretendo. De las pocas veces que hablamos sobre el matrimonio, nunca dijo una palabra malsonante ni desequilibrada sobre ti. Otra cosa distinta es lo que acostumbraba a hacer cuando venía a Madrid.

—Creo tener constancia de todo lo que me estás diciendo. Lo que no puedo calibrar es la magnitud de lo que ha hecho. Siempre traté de hacerle la vida más fácil, más llevadera. No llegaba a la sumisión aunque si lo miras desde cierta perspectiva, podría serlo. Es muy celoso. Y de su vida privada también. Nunca deja que nadie se interponga entre su versión privada y su vida pública, de artista, de persona mediática. Porque lo es: tú lo sabes. Seguramente se haya follado a toda mujer que se le haya puesto a tiro.

Ese comentario me produce verdadera aversión y antipatía si bien traza un dibujo milimétricamente perfecto de lo que yo conozco de Remy Dasseville. Un tipo encantador de serpientes que se lleva por delante a quien desee.

Remy es una persona impulsiva en exceso y muy entusiasta cuando se lo propone. Esa circunstancia no se da todo el tiempo. Cuando es la seriedad la que inunda sus ojos hay que temer estar cerca de él. He coincidido con él en innumerables eventos en común en su etapa empresarial. Nada tienen que ver con las que organiza ahora. Utiliza el arte para conseguir ciertas cosas que a otros niveles no son factibles de forma sencilla. Toma ese poder de la palabra para alcanzar aquello que se propone. En teoría, eso está bien. Usar sus virtudes en su propio beneficio es lógico pero amedrentar al que se pone por delante por el mero hecho de no pensar como él o interponerse entre sus objetivos, es sinónimo de problemas. Y serios. Yo le he visto enzarzarse en una discusión por algo nimio, pequeño, casi sin sentido. Sus altercados no terminan muy bien, que digamos.

Recuerdo de esas últimas ocasiones en una de sus excéntricas exposiciones. Todo a lo grande: lugar, invitados, catering, música. Lo habido y por haber se encuentra en el mismo sitio y a la misma hora. Remy se codea con la alta sociedad de la ciudad y del país donde muestra su talento y el séquito que le acompaña es inmenso y caprichoso. Casi tanto como él mismo. Me acuerdo de estar tomando una copa hablando de una de sus esculturas. Le digo que me recuerda un poco a

Franco Politano, el artista italiano que maravilla con sus creaciones donde el hombre es la parte fundamental de su mensaje, utilizando para sus obras madera, hierro y lana entre otros materiales. Se siente halagado pues le encanta que le relacionen con artistas de tanto renombre y prestigio. Asiente a cada una de mis afirmaciones. De repente, una mujer se acerca a él para pedirle un autógrafo. Remy accede y le firma en uno de los dosieres que entregan a la entrada del evento. Cuando termina, se hace una foto con ella y conversan por unos minutos. Hasta aquí, todo normal. Sin embargo, al marchar, veo que la toma del brazo y la acompaña, dejándome en la estacada. Los sigo con la mirada y observo que caminan juntos hacia la zona donde se encuentran los aseos. Mi imaginación cavila aunque no hace falta ser muy imaginativo para entender la jugada. A pesar de conocer a Remy y sus intenciones, me acerco también hasta ese lugar. Desde luego que no es por pura curiosidad. Soy así y quiero cerciorarme que la mujer está bien y que Dasseville no se propasa con ella. A una distancia prudencial, los veo entrar al baño femenino. No hay demasiado barullo por esa zona. Dejo que pasen unos segundos, quizá un minuto, más o menos. Abro la puerta y escucho los gemidos entrecortados de ella. Proviene de uno de los pequeños cuartos que pueden cerrarse con pestillo. Cierro la puerta con cuidado de no hacer ruido y vuelvo a mi posición en la sala.

Espero unos diez minutos, mientras observo a los invitados que se arremolinan en corrillos comentando sobre el evento y sobre las obras contenidas en la muestra. Remy sale primero; ella, unos segundos después. Viene a mi lado y me pregunta qué tal me encuentro y que si lo estoy pasando bien. Típica pregunta del que acaba de hacer algo y no precisa hablar de ello a las primeras de cambio. Le contesto que muy bien y que todo perfecto. Quiero hurgar un poco, así que le propino un *crochet* directo a sus pensamientos preguntando que si lo había pasado bien con esa mujer. Me mira extrañado, pero enseguida entra al trapo diciéndome que le había embestido duro y que ,al terminar, le dijo que como se le ocurriera decir algo se encargaría de quitarla de en medio. Mi sonrisa forzada se mantiene lo suficientemente firme para disimular el asco y la impotencia que estoy sintiendo en ese momento. Ahora entiendo la cara de circunstancias de la joven, que se prestó a tener sexo porque probablemente le gustaba Dasseville y él acabó con sus expectativas después de limpiarse su miembro en los baños. Hay que ser un hijo de mala madre para hacer eso.

No obstante, Remy Dasseville es así. Un buen puñado de gente lo sabe aunque no se atreven a mentar ese tipo de testimonios que podrían acabar con su carrera y dando con sus huesos entre rejas. De buena gana le hubiera partido la cara ese día pero tuve que contenerme por la trascendencia pública que supondría un escándalo como ese, tanto a nivel personal como profesional. Y hablo por los dos. Muchas veces he pensado en que fui un cobarde y en esas mismas ocasiones me he prometido no volver a tolerar comportamientos de esa índole. Esta forma de proceder era muy habitual en él. Amigos que tenemos en común y con los que tengo cierta confianza y confidencialidad me han contado aberraciones surgidas de la mente depravada de Remy.

Pienso que si hubiera sabido con anterioridad que su pareja era Loana, quizá habría actuado de otra forma. Si bien, podrían haberle hecho mucho más daño los resultados de ese escándalo y las consecuencias que a posteriori podrían haber recaído en su marido. Asociarla junto a él no es plato de buen gusto. Mucho más sabiendo cómo las gasta este tipo. Por esa razón me cuesta muchísimo entender que una mujer como ella esté con él, sean los motivos que sean. Supongo que me explicará, aunque no sé si podré compartir los argumentos. Creo que ninguna mujer debería jamás estar con un hombre de tal calaña. Estos sujetos son los que hacen daño a la sociedad y en

los que habría que poner el acento para erradicarlos de una vez por todas. Me avergüenzo con absoluta rotundidad de todo lo que oculta Remy Dasseville.

—Entonces, no tiene sentido escarbar en la llaga, Loana. No voy a decirte nada que ya no sepas tú. Has planteado una radiografía completa e insuperable de tu marido —digo mientras trato de ofrecerle mi comprensión y mi cariño.

—Tienes razón, Héctor. No merece la pena seguir caminando por aquí. Ponme otra copa, por favor. ¿Queda ginebra? —Vuelve a sentarse a mi lado esperando ese trago que le ayude a digerir estos últimos minutos de desasosiego personal.

No sé si ella querrá, pero le preguntaré. Hay una cuestión que a raíz de todo ésto todavía no está resuelta para mí. Hay un interrogante que se me escapa y puedo intentar darle respuesta por mí mismo.

—No hay ginebra. ¿Quieres un whisky con hielo? Hay una botellita de *Macallan Rare Cask*. Es un licor escocés y de buen sabor. Yo lo he tomado alguna vez.

—Adelante, camarero. Prepáreme un “*on the Rocks*”. —Esboza una sonrisa pícaro.

—De acuerdo, señorita. Si no le importa, serán dos. Uno para usted y otro para mí. No voy a dejarla sola en este envite. Siempre que le parezca bien, *Madame*.

—No esperaba menos de usted, *Monsieur*.

Reímos un poco. Nos viene bien. Chocamos los vasos en forma de brindis. Esta vez no ha sido necesaria mi intervención. Y dado el resultado anterior no creo que me vuelva a pedir que lo haga.

Llega el tercer asalto. Y voy directo a su mandíbula. Lo que me gusta el boxeo a mí...

—Me queda una pregunta, Loana. ¿Estás dispuesta a contestar? —Parece uno de esos concursos de televisión de preguntas y respuestas para ganar una millonada de euros. A mi edad no tengo pinta de concursante pero sí de presentador.

—Dispara, vaquero.

«La madre que la parió», balbuceo mientras sonrío.

—¿Qué existe entonces para que sigas a su lado a sabiendas de todo? Si eres consciente que te ha sido infiel y de que su comportamiento dista mucho de aquello que conociste y por lo que te enamoraste de él, ¿qué más necesitas para alejarte de forma definitiva y comenzar una vida lejos de su influencia?

Silencio. Otra vez. Se levanta y deja el vaso en el escritorio. Se acerca a mí, acaricia mi pelo y pasa sus dedos por mis mejillas. Suspiro. Otra vez. Una vez más. Se quita los zapatos de tacón y se marcha hacia el cabecero de la cama. Coloca la almohada sobre los cuadrados de piel abotonados de color negro que decoran la pared y se recuesta en ella. Cruza las piernas y de sus ojos sale uno de los guiños más sensuales que he podido observar en mi vida. Con sus dedos, me invita a ir junto a ella. Obedezco como un niño pequeño y tras deshacerme también de los zapatos, me coloco a su lado. Vuelve a dejar caer su cabeza en mi hombro y entrelaza su brazo derecho con mi izquierdo.

—Héctor, solamente hay una razón por la que aún sigo a su lado —me dice en voz baja, casi susurrando.

—Pues, tú dirás —le contesto mientras disfruto de estar tan cerca.

02:23 HORAS

La estampa es graciosa. Ella, yo, vestidos para la ocasión, recostados en la cama. Dos personas que se conocen en el bar de un hotel y acaban hablando hasta la madrugada. No entra dentro de los cánones de lo que suele ocurrir en este tipo de situaciones inesperadas. No, no entra en la normalidad. Un camino sinuoso cuando debería ser en continua línea recta.

—Pues verás. Me vas a tachar de muchas cosas pero es como te lo voy a decir. Y puede que hasta tengas razón —comienza su discurso excusándose, como si no quisiera que me tomara a mal una situación que ya de por sí es complicada de vivir pues no imagino lo que tiene que ser contarla de su propia voz.

—No haré eso. Luego te explicaré por qué. Continúa, por favor.

—En cierta forma, Héctor, aún le quiero —me deja un poco perplejo su respuesta.

—¿En cierta forma? —le digo, porque necesito entender.

—Exacto —parece que con esa palabra ha dicho todo, absolutamente todo.

—Explícate —le ruego, porque estoy seguro que hay una razón poderosa que le haga mantenerse a su lado.

—Es mi compañero de vida desde siempre. Empezamos esta historia muy jóvenes. Demasiado, tal vez. No éramos una pareja al uso aunque nos llevábamos genial. De un principio de amistad fue surgiendo algo más fuerte y cada vez estábamos más unidos. Hasta que llegó un momento en que decidimos irnos a vivir juntos. Y de ahí, la siguiente parada fue casarnos.

—Ya. Hasta aquí todo suena normal. —Y es cierto que le digo lo que pienso en este punto de la historia.

—Es que era normal, Héctor. Todo el mundo decía que éramos la pareja perfecta: bien parecidos, adinerados, solventes, sociables. Decían que nos envidiaban. Evidentemente, no era oro todo lo que relucía entre nosotros. Remy comenzó a viajar y yo, atendiendo a mis autores, también tenía que pasar tiempo fuera de casa. Nos veíamos casi siempre aquí, en París. Un fin de semana, o tres días como mucho.

—No sé si yo podría sobrellevarlo. Conozco personas que dicen que sí y otras que argumentan todo lo contrario —digo a sabiendas que es una frase típica y tópica.

—Hay que ser fuertes para cimentar una relación así, en este sentido. Debes amar mucho y confiar absolutamente en el otro para que todo pueda llevarse con dosis de naturalidad. Pero la distancia es dura, muy dura. Excesivamente dura. El ser humano no está programado para soportar esa carga. Bueno, no sé. Nosotros no hemos sabido ejecutar esa partitura para que no chirrié y acabe desafinando en todos los instrumentos.

Se sienta en la cama. El vestido le hace estar incómoda en esa posición. Miedo me da si dice de quitárselo.

—Nuestros encuentros alternaban momentos de éxtasis con situaciones tan rocambolescas que darían para escribir en ensayo literario sobre el comportamiento de los seres humanos ante el amor.

Sonríó. Me ha gustado esa última frase.

—No creo que hablarais mucho durante esos encuentros. Quiero pensar que os tomaríais a deseo cada vez que podíais coincidir juntos —le respondo.

—Exacto, Héctor. Así es. Marcábamos una línea de salida entre el deseo y el cariño. El noventa y nueve por ciento de las ocasiones era el deseo el que prevalecía. Nuestros encuentros sexuales eran fascinantes, llenos de un erotismo fuera de lo común. Unas veces, era yo la que lo buscaba. El resto, era cosa de él. Esa forma de besar, de quitarme la ropa, de buscar lo que me hacía gemir y jadear. Sacaba esa otra Loana que estaba escondida tras mi faceta de mujer romántica y sentimental. Pienso que todos, absolutamente todos, tenemos ese momento de locura y frenesí que nos permite descubrir otras cosas que creíamos excluidas para nosotros. No sé si puedes llegar a entenderme. Yo era su objeto sexual; pero es que él, era el mío.

La escucho atentamente, sin perder ni un solo detalle de una historia que me fascina a la vez que me entristece. Me asombra, me atrae, me encanta esa forma tan directa de decirme que disfruta haciendo el amor. Me hace pensar. Si bien, eso es harina de otro costal.

—Y el amor, ¿dónde queda, Loana? Me refiero a que si vuestra historia se basaba en el amor y fruto de ese amor buscábais esos episodios frenéticos que acabas de contarme —le digo esperando que conteste con franqueza, como lo está haciendo desde el principio.

—Claro que se basaba en el amor.

—Entonces no tendría sentido que quisiera acostarse con otras mujeres teniéndote a ti a su lado.

Estoy empezando a no entender. Será por mi forma de ver las cosas o quizá que nunca me han enseñado a querer de otra forma.

—Tiene el sentido que tiene, Héctor.

Me levanto de la cama y voy a por los vasos. El hielo está derritiéndose y el agua resultante se mezcla con el whisky. Le doy a ella el suyo y yo bebo de un solo trago. Hago un pequeño aspaviento al notar como me quema el alcohol en la garganta: lo soporto estoicamente.

—Explícamelo. Te lo ruego.

—Remy es un tipo abierto. Mucho. Muchísimo. Había ciertos detalles en la cama que me parecían un poco excesivos.

—¿Hablas de alguna práctica de riesgo?

—Eso es por decirlo con suavidad... —Ahora sí que se ríe a carcajadas.

Tengo la sensación de estar quedando a la altura de un cromó de futbolista en la papelera del colegio.

—Solo sé que no se nada... —contesto por decirle algo. Vuelve a reír con fuerza. Es tremenda esta mujer.

—No se trata de saber. Es cuestión de tener la mente abierta, aparte de otras partes del cuerpo.

La risa puede que sea perceptible en el resto de habitaciones de la planta en la que nos encontramos. Esta mujer es maravillosamente divertida. A mí, me lo parece. Es lo que tiene estar acostumbrado a caracteres menos entusiastas, que no esperas que pueda haber otro mundo desconocido fuera de tu zona de confort.

—Bueno, recapitulemos. Mucho sexo y poco amor, podríamos resumir. ¿No? —le respondo tratando de ser lo más directo posible.

—Bueno, si lo miras así... Pues sí. Aunque sí que había amor, de hecho lo hay pero mucho más liviano. Yo lo siento así. Remy hace tiempo que no habla de esos menesteres.

—Todo esto podría considerarse normal, entrecomillado. Pero sigo sin saber por qué sigues con él. Y si me lo has dicho, me he perdido a mitad de la conversación.

—No, no te has perdido, corazón.

Me ha llamado corazón. Necesito más alcohol o acabaré creyéndomelo.

—Venga, no le des más vueltas. ¡Suéltalo ya, Loana!

—Mira, Héctor. Nuestra posición económica es inmejorable. Sus contactos son imprescindibles para mi trabajo. De hecho, gracias a ellos he podido llegar a hacerme un pequeño hueco en el mundo de la representación literaria. No se llega a ser agente de los superventas porque sí. Hay mucho trabajo detrás, aparte de unos buenos padrinos y un poco de instinto.

—¿Me estás diciendo que estás con él porque te viene bien para tus intereses laborales y económicos? ¿En serio? ¿He escuchado bien? —le digo estupefacto.

—Sí. Has escuchado perfectamente.

A ver si lo entiendo. Deja que su vida privada, su relación de pareja, se vaya al traste y no le importa. Porque lo que realmente le viene bien es mantener esa especie de acuerdo socioeconómico para poder sustentar su vida profesional.

—O sea que, básicamente, te viene bien seguir aparentando ser lo que en realidad, no sois. — Siento que es un comentario duro y directo. No obstante, creo que tenía que hacerlo.

—Exacto. Pero no te equivoques. A él también le viene bien.

—¿Por qué? —le pregunto, porque esta parte no la estoy pillando bien.

—Porque puede seguir manteniendo su nivel de vida, en todas las esferas posibles y quedar ante la gente como un tipo inmejorable en su relación de pareja. Sería el *summum* al que todos quieren parecerse. Todo el mundo contento.— Esto último lo dice con la boca pequeña, aunque intenta darle normalidad a algo que ella misma sabe que no lo es.

Inaudito.

—Me cuesta entender, Loana. Trato de ponerme en tu lugar y comprender todo este laberinto que existe alrededor de tu vida.

—Quizá sea cuestión de entender menos y vivir más —me contesta con tanta seguridad que quedo absolutamente fascinado.

—Puede ser —solo puedo alcanzar a decir eso.

Me siguen surgiendo dudas alrededor de su historia. Vacilaciones alrededor de unos comportamientos que a pesar de fingir y simular normalidad, tienen la pinta de ser solamente soledades encubiertas. Seguro que es mi mirada, muy zafia y conservadora, que no termina de visualizar escenas de cama con poesía de amor.

Levanta los brazos como desperezándose. Parece cansada. Yo, en cierta forma, también. Egoístamente, no quiero que se vaya. Por nada del mundo quiero que se marche de mi lado.

—No te miento si te digo que trato de interpretar y diseccionar toda esta información, Loana. Pero me cuesta pensar que tu marido no haya sido capaz de amarte tal y como eres y haya buscado refugio en conductas tan primitivas como el sexo sin sentimientos.

—Héctor, no te confundas. Por favor.

—¿Perdón? —no sé por dónde va ahora.

—Sí. Que no te confundas. Remy me ha querido, y me quiere.

—Bonito concepto de amor tiene entonces —le respondo, aunque no sé si ha sido el mejor momento para decírselo.

Ahora parece contrariada, como si estuviera atacándola. Se pone de rodillas en la cama y trata de acorralarme y advertirme con una mirada eléctrica y ofensiva. No he querido herir sus sentimientos. Ni mucho menos. Solamente trato de proponer un estadio distinto, más acorde con lo que yo, en mi vida personal, pienso.

—No vayas a autoproclamarte ahora como salvador e icono de lo que debe ser el amor en una pareja. En pleno siglo veintiuno...

Menuda hostia a mano abierta que acaba de darme.

—No lo pretendo. Te pido disculpas si te he molestado con mi comentario. Lo siento. No te enfades. —Intento salir con algo de aire en los pulmones tras lo que parece ser una “cagada” en toda regla.

—No estoy enfadada contigo, Héctor. Pero es necesario que pienses que no todo el mundo puede, o podemos, tener la misma filosofía ni la misma sensibilidad hacia un tema tan complicado como el amor. Hay tantas versiones como personas que aman o que han amado alguna vez. Incluso las que amarán en un futuro cercano o lejano.

—Lo sé. Por esa misma razón te pido disculpas otra vez.

—Déjalo, tonto.

El cariño con el que me habla, me desarma. Me deja sin argumentos. Lo reconozco. Admito que esta mujer, me puede.

La noche avanza. Poco a poco. Sin prisa, pero sin pausa. Ahora el que va al baño soy yo. Mi vejiga no aguantaba más sin vaciarse. Recuerdo mis días de juventud cuando era capaz de aguantar toda una noche sin ir al baño. Me miro al espejo y veo a un tipo con cara de estúpido y con algo de ojeras. Me echo agua en la cara para procurar darle un poco de aire fresco a un rostro de circunstancias. Ella. Ella es la única culpable de todo el maremágnum que estoy viviendo interiormente. Esta charla se está convirtiendo en un choque continuo de trenes de mercancías cargados al máximo y que no pueden frenar para evitar la colisión del uno con el otro. Rompo el plástico que recubre un pequeño peine de color negro. Por lo menos que el amanecer me pille peinado porque lo que es tener las cosas claras es una teoría darwiniana.

Al volver a la estancia, la veo masajearse los pies. Hasta ese gesto me parece sexy. Es que ella es sexy. Mucho. Destila *sex-appeal* por cada poro de su piel. Su vestido, caro, está arrugado como una fruta madura. Los pequeños pliegues le dan un aire juvenil. Porque quién diría que Loana tiene treinta y seis años. He leído muchas veces que las mujeres alcanzan su esplendor físico y emocional a partir de la mitad de los treinta. Y ella está en plena exaltación femenina. Me acerco a la cama y vuelvo a mi posición. Loana sigue con su particular aplique manual en sus pies.

—¿Cansada? —le pregunto a pesar de ser una clara obviedad.

—Un poco, Héctor. El día, a pesar de no haber sido muy ajetreado en lo físico, me ha dejado un rastro de cansancio que ya es evidente. He tenido cuatro entrevistas de trabajo y por momentos, ha sido un poco estresante. Aún no he empezado a abrir la boca y bostezar, aunque creo que no tardaré mucho. Y, ¿tú? —enuncia mientras analiza mi cuerpo de arriba abajo.

—También estoy un poco cansado, es cierto. Pero estaría aquí muchas horas más. Contigo...

—Héctor...

Se acerca, y me besa en la frente.

02:31 HORAS

“Camino despacio, sin prisa. Quiero mimetizarme con el entorno, ser uno más. No deseo convertirme en una nota discordante entre tanta versatilidad y control al mismo tiempo. Todo parece en calma, aunque no es así. Hay un tambor que repiquetea una melodía monótona, persistente, constante. No me permite gozar de un momento único, definitivo, anhelante. Soy yo mismo el que golpea con la baqueta, el que impone el ritmo, el que sostiene el metrónomo que marca impasible un compás riguroso. Continúo caminando, marcando los pasos en la arena. El mar no llega a tocar mis pies pero siento que me abriga y soporta esa inquietud que supone escuchar una y otra vez la misma cantinela sonora.

Creo volverme loco. Mis manos sustentan mi cabeza que parece querer salir de mi cuerpo y emprender su vida propia. El tambor incrementa la cadencia y la fuerza de los golpes. La potencia sube de escala y resuena dentro de mí como el eco en la cueva. Mis pies aceleran el paso. Da la sensación que pretenden huir de ese sonido invariable y rutinario que marca todo. Echo de menos las caricias de la autenticidad, el abrazo de aquella tranquilidad que se perdió en el cajón desastre. Añoro los días de pasión y los besos a contraluz observando quemar la cera de una vela encendida. Soy presa de los recuerdos, de esos detalles que nunca se fueron de mis bolsillos y que toco cada vez que me visto.

De pronto, el cielo se cubre de plomo y gris oscuro. Me cuesta caminar y las manos permanecen inmóviles, pegadas a mi cuerpo. Tengo la sensación de no poder abrir los ojos y no poder ver qué ocurre a unos metros de mí. El mar se vuelve furioso como si quisiera arrancarme la vida con el zarpazo de su espuma blanca y agua alborotada. Siento frío y ya no puedo cubrirme con mi propia cobardía. Esa misma que he estado alimentando tantos días, tantos meses, tantos años.

Comienza a abrirse un agujero descomunal a mi alrededor. A duras penas consigo ver que me quedo encerrado entre círculos de arena y sal. La tormenta se cierne sobre mi cuerpo y las sombras engullen mi respiración. El tambor sacude una y otra vez en una metralleta sonora. Tengo el corazón en la garganta, torturando y minando la inexistente voluntad que me queda. Estoy a merced de lo que el destino haya decidido para mí.

Solamente puedo repetir “no puedo” y “no debo”. Me ahogo en mi propio respirar. Cierro los ojos. Ya está todo decidido. Queda esperar el único desenlace posible.

De repente, una luz. Un haz de luz tan minúsculo como mi esperanza de salir con vida de este episodio anómalo y estéril. El tambor ha detenido su danza por completo. No siento dolor, tampoco angustia, ni siquiera rencor. Ya no arrastro los pies sobre la arena. Tampoco tengo frío aunque estoy desnudo en cuerpo y alma. Tengo la sensación de estar levitando, volando sobre mis propias circunstancias. La luminosidad es cada vez más latente y yo continúo sin escuchar los sonos del tambor.

Tengo miedo. Mucho. Mucho más que antes de ser presa de un holocausto personal. Estoy solo. No hay nadie alrededor. No hay esperas, ni colas para ser feliz, ni gradas abarrotadas de gente que aplaude a los fantasmas que manejan los hilos de sus decisiones. ¿Por qué esta soledad

intrínseca? Si yo me afanaba en amar y deseaba ser amado. ¿Dónde está el error para subsanar? ¿Dónde quedó el cantar de las campanas de la iglesia al mediodía? ¿Quién soy yo ahora? ¿Quién...? Demasiados interrogantes para tan poco respondedor.

Ya estoy a su altura. Es brillante e ilumina todo mi alrededor. Deseo tocarla pero una especie de red invisible no me permite acceder a ella. Tal vez si alargo la mano pueda alcanzarla, siquiera rozar un poco esa maravillosa realidad que lo cubre todo. Lucho con todas mis fuerzas por abrazar ese fulgor que ciega mis sentidos dándole una nueva dimensión a lo que estoy viviendo ahora. Aunque no sé si estoy vivo o muerto o en un estado que desconozco.

Noto que hay algo que tira de mí. Mi cuerpo se tambalea como un muñeco en un carrusel. No sirve de nada que trate de resistirme. Anula mi voluntad y me arrastra como un pelele. No quiero seguir luchando más porque no sé si estoy consciente o es solamente un sueño.

En un instante, la luz se apaga. La oscuridad viene a buscarme otra vez. Es un bucle que se repite hasta la saciedad. Como ese repiqueteo de tambor que vuelve a martillearme una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez...”

02:32 HORAS

Lo he notado raro. Es como si hubiera vuelto en sí tras un sueño profundo que ha durado segundos. No sé si preguntarle. Soy curiosa por naturaleza. Esperaré un momento y si no me dice nada, me lanzaré. De buena gana me desnudaría y me metería entre las sábanas. Quizá no sea lo más adecuado. No lo veo convencido. Y la noche está empezando a terminarse. Cada uno de nosotros marchará mañana. Yo tengo muy claras las cosas pero Héctor no parece que así sea. Noto un desafío constante dentro de él que no le permite vivir.

Creo que le ha gustado que le de un beso en la frente. Hubiera preferido ser más pasional, más yo. No quiero estropearlo. Es un hombre maravilloso, asentado en sus principios que incluso, asusta. Es terco, también. No deja de lado los sentimentalismos si bien olvida los sentimientos. Ese es su gran error: tratar de vivir en lo que fue y no en lo que es.

—Héctor, dime una cosa. —No sé si se espera lo que voy a preguntarle.

—Dime, Loana.

—¿Por qué no quieres besarme? —le pregunto mientras observo que sus ojos parecen quedar petrificados.

Creo que lo he dejado paralizado, estupefacto. Es un hombre previsible pero tiene algo en sí mismo que lo hace adorable.

—Loana, yo...

Titubea. Sé que hay una parte de él que sí que quiere aunque no es lo suficientemente fuerte o maduro para entenderlo. Resistirse a lo que se siente es duro pero no es insalvable. Basta con decir que sí y llevarlo a cabo. Así de simple y así de sencillo. Así de difícil, parece ser.

—Yo he sido sincera contigo. Ahora es tu turno. Deseo saber por qué.

—Estoy casado.

—¡Héctor, por favor! ¡Yo también estoy casada!

—No es lo mismo. Yo no tengo un pacto formal sobre lo que puedo hacer fuera del matrimonio.

Sé que es una excusa pero tengo que darle pausa para que sea capaz de ver por sí que no estamos tan lejos. Sus convicciones son fuertes, tanto como su ansiedad por ser lo que ahora mismo no es. Y eso, solamente puede enfrentarlo él mismo.

—Imagina por un momento que tú y yo no estuviéramos en pareja. ¿Qué es lo que habría ocurrido esta noche?

—Es un planteamiento absolutamente distinto, Loana. No permite ninguna comparación.

—No me has contestado.

—Loana, estamos hablando de otra cosa.

—¿Tan difícil es decir que te habrías enrollado conmigo? Joder, ¡suéltate de una vez!

«Venga, que de ésta eres capaz de salir. ¡Vamos, Héctor!», comento para mis adentros.

—Pues no estoy seguro, Loana. Quizá, sí. Quizá, no. Es difícil.

—Estás mintiendo. ¿Por qué? ¿Qué es lo que te hace sentirte tan preso de ti mismo?

—Es una historia muy larga. No merece la pena perder el tiempo en ella. Créeme.

—¿Tú crees? Todo merece la pena si de verdad se quiere y con todas las consecuencias. No se

puede tirar la piedra y esconder la mano, por ejemplo. Qué sabe nadie de lo que sentimos interiormente si no somos capaces de manifestarlo. Ese es tu problema, que eres un libro abierto en la soledad de tu propia biblioteca pero no permites que nadie lea cada línea que has sido capaz de escribir.

—No es tan sencillo, ya te lo he dicho antes. Mi vida es más complicada.

—Porque la complicas tú mismo, Héctor.

—¿Complicarlo más? Es imposible. Viene así de fábrica, por decirlo de forma coloquial.

—Pues, suéltalo ya. ¿A qué estás esperando? ¿Qué crees que tiene que pasar para que des el salto que tienes que dar?

—No tiene que ocurrir nada, Loana. Es una decisión personal. Una decisión que nadie puede tomar por mí. Soy yo el que ha puesto el candado a la cadena. Estoy siendo consecuente con mi elección primera aunque en estos momentos no esté seguro del acierto de aquella determinación que tomé.

—Eres un cabezota, cariño. Muy cabezota. —Vuelve a sonreír. Parece que le va la marcha.

—Todo lo cabezota que tú quieras.

—No me gustan los hombres cabezotas.

—Pues conmigo las llevas claras...

Me sale una carcajada. Está soltándose, poco a poco.

—Cuéntame de una vez. Quiero saberlo todo.

—¿Por qué insistes tanto? Parece que te fuera la vida en ello.

—Pues ahora mismo, sí. No tengo otra cosa que hacer más que estar atenta a lo que me hablas. Sencillo, ¿no?

Ya no tiene escapatoria. Me gusta llevar las riendas de las situaciones. A veces me sale bien y otras no pero siempre pongo lo mejor de mí para intentar llegar a buen puerto. No se puede ganar siempre. Si bien, jugar, lo que se dice jugar, yo juego. Y me dejo el alma, si es menester.

—De acuerdo. Todo sea por no escucharte más sobre el mismo tema. A ver, dime qué es exactamente lo que tanto deseas saber. Venga, ahora te toca preguntar a ti.

—Relátame toda tu historia de amor con tu mujer. Desde el principio. Quiero tener todos los datos posibles para poder emitir un veredicto. —Parezco una juez recién nombrada en su puesto.

—Fue una relación normal y corriente.

—Héctor, así no. Cuéntame las cosas como las tienes que contar.

Resopla. Es muy buena señal. Tiene que relajarse al máximo para que pueda bucear en su historia de vida.

—Conocí a Inna un verano. Ella estaba de vacaciones con su familia y yo estaba pasando el fin de semana con unos amigos. Recuerdo que era un viernes por la noche y mis amigos decidieron ir a un pub de moda junto al paseo marítimo. Y ella se encontraba allí con sus amigas y con su noviete.

—¿Le levantaste la novia? Eso no me lo esperaba de ti. Yo te veo más como un conquistador en la sombra, más sutil, más romántico. Pero no un Aquiles, el conquistador de tierras.— Se lleva las manos a la cabeza cuando escucha lo que acabo de soltarle.

—Yo no hice nada; bueno, no directamente.

—Entonces fue ella... ¡Qué vería en ti!

—Pues, posiblemente algo que no veía en ese tipo y que le gustaba más. Yo que sé. En ese momento no tenía ni idea de nada.

—¿Te enrollaste con ella esa noche? Venga, galán: admítelo.

—¡En absoluto, Loana! ¿Por quién me tomas?

Me río a carcajadas y él me tapa la boca siseando con el dedo en sus labios indicándome que tengo que bajar el volumen de la risa o nos llamarán la atención por molestias a las habitaciones colindantes. Sentir sus dedos en mis labios no ha hecho sino acrecentar un poco más el deseo de estar con él esta madrugada.

—Pero si eras Aquiles, el conquistador, solo te pega echarle un polvo en el baño del pub. No me digas que ni siquiera la besaste...

—Loana, no. Ni me fui al baño como tú dices, ni la besé. Nos intercambiamos los números de teléfono y quedamos en llamarnos otro día. Luego me enteré por mis amigos que lo había dejado con el tipo con el que estaba esa misma noche.

—Vale, venga. Dejaremos a Aquiles para la primera noche con ella. Sigue, no vayas a detenerte ahora.— Me recuesto bocabajo mirándole mientras habla. La cadencia de su voz ha cambiado de la exasperación al compás y la pausa. Se siente cómodo, lo sé.

Héctor gesticula con las manos cuando habla. Eso en ciertos círculos denota nerviosismo o que quiere dejar muy claro aquello que va contando. Nervioso, no está. Y sí que creo que no quiere dejarse nada en el tintero. Y menos mal que no quería hablar del tema. Hombres... no hay quien los entienda.

—A los dos días la llamé y nos vimos: una larga caminata por el paseo y hablamos de nuestras vidas. Ella me gustaba y yo le gustaba a ella. Así que decidimos vernos al día siguiente. Y no: no nos besamos la primera vez.

—Te las pierdes todas, Héctor. Hay que estar más espabilado.

—Muy graciosa. Eres muy graciosa.

—Lo sé. Venga, sigue, que te dispersas enseguida.

—Eres imposible. De verdad.

—¡Vamos!

Toma aire de nuevo. Es posible que ahora llegue a una parte un poco más conflictiva.

—Los tiempos de noviazgo son algo engañosos porque aún mostrando cómo somos, tendemos a idealizar todo. Bueno, eso ya lo sabes.

—Sí, sí que lo sé. También sé que no siempre es así. Depende de muchas cosas, entre ellas, de quién o quiénes sean los protagonistas de la historia. Poner a las personas en lo alto de una escalera no debería significar que están ahí porque son pluscuamperfectas. Seguro que hay algunas que lo son. A veces pienso que ese tiempo de novios debería servir para mucho más que eso. Porque luego llega la convivencia diaria, los problemas, las discusiones, los malentendidos, los “yo pensaba que eras de otra forma”... Muchos interrogantes que no somos capaces de resolver porque estamos cegados por el mal llamado enamoramiento total.

—Bueno, sí. Estaría de acuerdo contigo.

—¿Estarías? ¿Qué hay en el discurso que no te cuadra?

—Me cuadra todo, Loana. Lo que ocurre es que me siento tan identificado con esa definición y ese concepto que me duele reconocer que yo también estuve cegado mucho tiempo. Mucho. Ahora echo la vista atrás y me doy cuenta de la cantidad de errores que cometí y que cometimos los dos por no saber decir que no o por no haber sido conscientes de que maquillar una situación, decisión o como quieras llamarle, no iba a conducirnos a ningún lado. Pero claro, a toro pasado es sencillo juzgar.

Otra vez ha torcido el gesto. No me gusta ver dolor en su mirada ausente. Ni siquiera hablando de sus primeros días con la que iba a ser su mujer le da un empujón de vitalidad, una inyección de optimismo. Y decía que no me entendía a mí. Empiezo a creer que es él el que no quiere darse cuenta de su situación.

—A todos nos pasa, Héctor. No es necesario que te martirices. Ahora es el momento perfecto para sacar conclusiones.

—¿Conclusiones de qué? Mi vida está más que planteada. Es lo que yo elegí y no puedo cambiar eso.

Esa apatía y ese pensamiento negativo, me enerva. Podría zarandearle para hacerle ver lo equivocado que está. Siempre hay tiempo para cambiar: solamente hay que querer hacerlo y ponerle fin a esa normalidad que se disfraza de anormalidad. Si bien, hay que estar convencido de ello por completo porque darle un giro a la rueda significa, sí o sí, un cambio radical en tu forma de actuar. Y no sé si Héctor, hoy por hoy, tendría la capacidad de reinventarse.

—Me gustaría saber por qué te flagelas de esa forma. Si estás viendo que tus días son un desastre y en tus noches no obtienes el descanso y el apoyo que necesitas, ¿por qué seguir así? ¿No sería mejor darle un empujón a aquello que sientes?

—El empujón, como tú lo llamas, ya me lo doy yo todos los días.

—Tal vez lo hagas en la dirección incorrecta.

—Pues, puede ser, Loana. No soy perfecto.

—Nadie está hablando de perfección.

Se levanta y desaparece en el baño. Vuelvo a sentarme en la cama. Creo que esta conversación no nos va a llevar a ningún resultado positivo. Ni para él ni para mí. Pensé que al hablar de su vida podría ver algo de luz. Me equivoqué. Será mejor que lo dejemos aquí. Una lástima, porque me gusta. Me gusta mucho.

Sale del aseo, un poco despeinado y con cara seria. No es el mismo que me atrajo tanto cuando estábamos en el bar. La soledad está hospedada en su mirada desde hace mucho tiempo y no tiene el coraje suficiente para mandarla a paseo. Me mira, sus ojos no ven. Bebe un poco de agua y deja el vaso encima de la mesita de noche, junto al teléfono. Se sienta dándome la espalda. No me gusta. Sin embargo, entiendo que no se encuentra bien.

—Héctor, ¿te encuentras bien? —le pregunto yendo de rodillas por la cama para ponerme a su altura.

—Estoy bien, Loana. No te preocupes.

—No es cuestión de preocuparme. No tienes buena cara. Te pido disculpas por toda esta conversación sobre ti y tu vida. No calibré suficiente si te amargaría la noche. Lo siento mucho.

—No sientas nada. No es culpa tuya. Soy yo. Siempre soy yo. No me canso de estar de continuo en la picota, en la cresta de la ola pero no para algo positivo sino para todo lo contrario. No creo que sea buena compañía ahora mismo, Loana.

—Eso tendré que decidirlo yo, ¿no crees? Héctor, somos adultos. Podemos manejar esta situación de forma adecuada.

—Será mejor que demos por finalizada la velada.

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres?

—No estoy seguro de nada. Pero no voy a amargarte más. Ya ha sido suficiente.

Esa respuesta parece definitiva. No parece necesario seguir insistiendo más. Paso una mano por su cabeza y me levanto de la cama. Busco los zapatos, que resultan estar junto a ventana, en el lado contrario. Aliso un poco mi ya de por sí arrugado vestido y coloco las medias como puedo en su sitio de origen. Remuevo el pelo buscando que quede lo más decente posible para salir fuera, no creo que vaya a encontrarme con demasiada gente a estas horas. No hay rastro de alcohol en mi sangre. Estoy lúcida y despierta. No sé si podré conciliar el sueño cuando llegue a la habitación. Héctor se levanta y se acerca a la puerta. Hasta para despedirse es un hombre educado. Prefiero ser yo la que abra para

salir. Esta noche quise ser de otra forma. No terminó de salir como yo deseaba.

La puerta se abre y él se queda en el interior de la habitación. Me apetece besarle, dejarle en sus labios la impronta de mi sello personal; ese sello que he intentado desnudar frente a su muro construido por inútiles lamentaciones. Nos miramos una vez más y mantenemos los ojos firmes entre los dos. Estoy tranquila. Él parece situado en el precipicio que conduce a llorar desconsoladamente. Le ofrezco mi mano en señal de despedida. Veo sus manos temblar. Está al borde del choque emocional. Retrocedo. Siento que no puede mover ni un solo músculo de su cuerpo.

—Adiós, Héctor.

02:54 HORAS

La puerta se cierra. Me quedo mirándola. Cuánto he vivido ahí esta noche. Los sentimientos afloraron hasta ser una explosión de proporciones inimaginables. Podía haber sucedido de cualquier forma, pero ocurrió así. No me arrepiento de nada. Bueno, de algo sí: de no haber probado sus labios. Porque creo que tienen que tener un sabor especial, único, singular, exclusivo, característico. Héctor es un hombre colmado de una inmensidad de matices aunque la mayoría están por desarrollar. Tiene la capacidad de seducir sin proponérselo, sin llevar a cabo un plan urdido con anterioridad. El día que tome en consideración el poder que posee en sí mismo sentirá la vida vibrar en él, en los que le rodean. Lo intenté. Eso me llevo.

También puede creer y pensar que soy una mujer presa del libertinaje, una mujer con pocos escrúpulos y ajena a los sentimientos. Pienso que no. Me mostré tal y como soy: un alma en semilibertad. Y es así porque ahora regreso a mi establecimiento reclusorio donde vivo. Como él dice, yo también elegí coexistir así con Remy, y lo llevo bien, con ciertos altibajos, como todo el mundo. No me siento nadie especial; si no fuera porque tengo ese espacio de elección que me permite decidir con quién quiero estar en cada momento. Podría pensarse que es una libertad mal llevada a efecto o que soy una fan fiel de procrastinar y dejar a mi alcance aquello que me gusta o que me satisface. Si lo hacen los hombres, ¿por qué no voy a poder hacerlo yo? Que es una mirada transgresora, pues podría ser. Pero, ¿quién tiene el poder de decidir lo que yo quiero hacer y con quién? Estoy cansada de tener que escuchar juicios de valor sobre aquello que es lícito y aquello que no lo es. Yo marco mis propios límites y asumo las consecuencias que puedan llevar aparejados mis actos. A partir de ahí, soy libre. Como tú, como aquel, como aquella, como todos debemos ser. O mejor dicho, deberíamos ser.

Ya estoy dentro del ascensor. En unos segundos estaré en mi habitación, ya tranquila, sin más presión que una buena ducha caliente. La campanita que anuncia la apertura de puertas me ha sacado de mis pensamientos. Tras pasar al interior de mi habitación dejo el bolso encima de la cama. Me miro al espejo. Aún conservo el maquillaje en su lugar. Mis labios también siguen perfilados, lástima que no hayan perdido ese brillo en la boca de Héctor. Voy directa al baño. Quiero esa ducha caliente y que el agua arrastre todo aquello que no he podido conseguir hoy. Llevo conmigo el teléfono móvil pues me gusta escuchar música mientras estoy bajo el agua. No hay rastro de Remy. Es lo normal. Si yo no le hablo, él no suele hacerlo. No me hace más feliz no tener noticias; un poco sí, cuando me he acostumbrado a estos detalles inexistentes.

El vestido es sencillo de quitar: basta deslizar un tirante en la parte derecha y desabrochar una cremallera oculta. Se queda en el suelo, justo en la puerta del cuarto de baño. También deslizo el cierre del *bustier* y me deshago de la parte inferior. Giro el grifo del agua caliente y paso al interior cerrando la mampara de cristal de una sola hoja. No me gusta ducharme con los pendientes puestos, así que primero voy a uno de los lóbulos y lo retiro. Ahora el otro. «¿El otro? ¡Mierda! No puedo creer que lo haya perdido. ¿Dónde? ¡Seré pardilla!» Con lo que me gustaban esos pendientes. «¡Mierda, mierda y mierda, Loana!» me digo a mí misma. Tengo que recapitular. Estoy revisando lo ocurrido en el día de hoy para tratar de visualizar dónde he podido extraviarlo.

«¡Joder! ¡Mierda!» Como no haya sido en la habitación de Héctor. ¿En qué momento ha podido suceder? Si ni siquiera me ha tocado. Bueno, algún roce insignificante. Si no ha sido ahí, no tengo ni la más remota idea de dónde ha podido ir a parar la joya. «Qué desastre soy para este tipo de cosas». Menos mal que para otras soy más espabilada. Voy a ver si la ducha calma esta furia que me está entrando por el cuerpo. Preferiría que fuera de otra forma...

Enseguida cae el agua templada pero me gusta más caliente. Muevo el termostato a la temperatura que quiero y al instante me veo envuelta en una lluvia muy placentera. Como necesitaba el agua y ese aroma a jabón perfumado sobre mi piel.

Al relajar cuerpo y mente, pienso en Héctor. No puedo quitármelo de la cabeza. Si estuviera aquí, ahora...

03:01 HORAS

Solo hace unos minutos que se ha ido y desde el segundo cero, la echo de menos. Qué me habrá hecho esta mujer en tan solo unas horas. No me apetece nada ni siquiera otra copa. Su presencia llena todo y ahora estoy siendo consciente de quién es. Quizá el destino la haya puesto en mi camino, quizá sea una señal, pero torpe de mí no acabo de entender qué significado tiene.

La pantalla del teléfono se enciende. ¿A estas horas? ¿Quién demonios...?

—¿Inna?

No se escucha hablar a nadie, aunque no hay duda de que es su teléfono. Empiezo a preocuparme. Aparte del mensaje de texto no he vuelto a tener noticias de ella.

—¿Inna! ¿Eres tú? ¿Ocurre algo? ¿Va todo bien? —continúo sin oír a nadie al otro lado de la línea de teléfono.— Qué extraño.— ¿Inna! ¿Hay alguien ahí? —Tal vez se haya dejado el móvil encendido. Sin embargo, me sorprende una llamada a las tres de la mañana.

Mantengo la llamada activa esperando escuchar a mi mujer. No sé qué ocurre. Vuelvo a preguntar sin éxito. Voy a colgar y a llamarla yo pues no tiene sentido estar esperando a que el silencio me diga su nombre. Pulso el botón rojo y finalizo la comunicación. Voy al historial de llamadas y presiono sobre la última que he recibido para contactar con ella. Espero. Un par de segundos. Tengo tono. «Responde, Inna». Tres. Cuatro. Cinco. Por fin descuelga.

—¿Inna! ¿Estás bien? —No escucho su voz, parece existir un murmullo que se me antoja lejano. Recuerdo las palabras de Ana: y eso me pone mucho más nervioso aún. No saber de ella y de repente esta llamada. Algo no tiene sentido, pero ¿qué...?

Me separo el teléfono del oído y compruebo la cobertura. Tengo suficiente. Tal vez sea ella la que no parece que tenga buena señal. Vuelvo a pegarme el móvil para ver si descifro algo más. Nada, no escucho nada. Decido poner el altavoz para ver si así puedo entender algo más. Subo el volumen al máximo. El murmullo se hace más palpable si bien continúa siendo indescifrable. Da la sensación que Inna no tiene el teléfono encima y que lo ha dejado en algún lugar a cierta distancia suya. Acabo de nuevo la llamada. Esperaré un par de minutos, al tiempo que le envío un mensaje de texto. Posiblemente, haya salido de fiesta con sus amigas y le haya dado sin querer a llamar. Quiero pensar eso porque no le veo otro sentido. La hora, me escama. Cuando sale, suele regresar a casa bastante antes de la hora que es. Bien se lo debe estar pasando, si es que es así. Dejo el teléfono en el bolsillo del pantalón. Mi mente vuela y no tiene un trayecto placentero. Me vienen tantas cosas a la cabeza, tantas situaciones, tantos momentos, tantas cosas vividas.

Vuelvo a ir la ventana. Muevo la cortina a un lado y observo la calle. Semioscuridad y ausencia. Que bien retratan esos dos adjetivos lo que pienso y siento. Me pregunto cuándo aprenderé a ser una pequeña luciérnaga que se abre camino en la negrura del camino. Loana tenía razón: soy mi peor enemigo. Acabo de pronunciar su nombre entre pensamientos. Qué bien suena. Y qué excepcional es esta mujer. Cuánto de claras tiene las cosas. Yo querría ser así pero querer en mi caso, no es poder. Debería serlo. Deber. Poder. Unas palabras magníficas que apenas tienen alcance en mi vida.

Mañana regreso a Madrid y todo esto formará parte de un sueño. Volveré a refugiarme en el

trabajo y viviré lo que tenga que vivir en casa como antes de viajar, como hace meses, como hace años, como será en el futuro. A no ser que sea yo el que acote y amuralle mi condición. Yo pensaba que ser feliz era algo intrínseco del ser humano, que venía de serie cuando nacíamos. Iluso de mí, siempre creyendo que llegaría más tarde o más temprano como un géiser explosionando vitalidad. Loana me ha enseñado que la felicidad son todos aquellos instantes vividos con la intensidad suficiente como para ser antesala de eternidad; momentos únicos, revestidos de pasión, entusiasmo y placer. Considero que esas tres palabras las uso con frecuencia en mi trabajo. Solamente allí. En casa hace tiempo que se borraron del diccionario. Rutina, soledad, aislamiento, pasividad, desgana, incertidumbre, monotonía. Ser parte del problema. Una parte evidente, grandiosa y reprochable.

Vuelvo a marcar el número de Inna. La comunicación se corta tras un mensaje de fuera de cobertura. No puede ser, pero es. Dejo el teléfono encima de la cama. He decidido asaltar el minibar y volver a beber alcohol. Tal vez así vea las cosas con otra perspectiva, sea tan engañosa como el tanto por ciento de licor decida.

Me pregunto qué es de Loana. Solo pensar en su nombre, me cosquillea el estómago.

03:02 HORAS

“Suena una melodía encadenada, impulsiva y desatada. Una armonía que me invita a desinhibirme, a ser locura en un instante de cordura que me atrapa en un monólogo insulso y carente de ausencia. Despacio, acomodo mi lugar en el centro de la estancia. Noto ciertas miradas puestas en cada uno de mis gestos pero no me importa. Soy presa de mis propios devaneos. Me gusta ser así. Huyo de los resultados nimios, de las circunstancias prefabricadas, porque me gusta disfrutar de aquello que me proporciona un momento de deleite y diversión.

Las miradas no cesan y yo, cada vez, me encuentro más metida en el ambiente. Por alguna razón me encanta que lo hagan; me siento parte de un espectáculo improvisado. Me muevo a los sonos que marcan mis ganas de gozar, de ser nube blanca en un universo abocado al fracaso sentimental. Veo el mundo de una forma irrisoria, estúpida en ocasiones porque no aprende a ser tan listo como el lobo y ser tan dócil como un pequeño cachorro que está comenzando a vivir. Ser conscientes del poder interno que cada persona tiene por el hecho de serlo.

La sensualidad invade mis sentidos y bailo sola, para mí. Noto esos ojos clavados en mi cuerpo. Y eso me permite ser un poco más, solamente un poco más, lasciva. Revoloteo mis manos enredándolas en el pelo. Una y otra vez. Es maravilloso sentirte viva, deseada, pretendida, codiciada. Contoneo mis pensamientos a la misma vez que lo hago con mis caderas. Comienzo a estar cautiva de una única y perversa sinrazón.

Alguien aparece entre las sombras, con un caminar lento, medido, preparado para la ocasión. Me pongo alerta, con todos mis sentidos enfocados en su figura. Observa los gestos de mis manos y aquellos trazos en el aire que significan atracción pura y transparente. Acelera. Y yo, con él. Marca los tiempos de una forma sencilla y directa. Y yo, con él. Está a tan solo un par de metros. Y yo, espero por él. Ya lo tengo a tres centímetros de mi boca. Y mis labios lo saben, mi lengua lo sabe, mi cuerpo entero lo sabe.

Se detiene un instante.

Entonces soy yo la que lanza el ataque devastador. Soy yo la que lo toma de la cintura y le estampa los labios en los suyos. Soy yo la que mueve la lengua dentro de su boca para apreciar el sabor de su deseo. Soy yo la que agarra su cuerpo y lo atrae hacia el mío para sentir cuán evidente es su punto de excitación. Le gusta sentirse avasallado y a mí me vuelve loca ser imprudente como enérgica.

Le doy la espalda, para que pueda descubrir que mi reverso es también fruto prohibido. Pasa sus manos por mi cuello y desciende por mi pecho hasta detenerse en mi abdomen. El lenguaje sensorial que vestimos es un viaje convulso y envilecido. Subo mi vestido para que sus manos inicien el sendero resbalando poco a poco por mis caderas. Fugaces son los impulsos que acrecientan el poderoso avatar del placer totalmente consciente. Somos poemas versados en un candil luminoso, viajeros imposibles en la ciudad de los prodigios.

Muerdo sus ganas y su boca. Acaricio su apetito y sus caprichos. Ambiciono su placer y el mío, en constante efervescencia y pasión.

Eres tú y soy yo.

Somos.

Los dos, presa de un incontrolable balbuceo de deseo incontrolable...”

03:04 HORAS

No he vuelto a tener noticias de Inna. Intenté una nueva comunicación y no fue posible. Me vine a la cama y me recosté. He apagado las luces para intentar dormir algo. Imposible, no logro conciliar el sueño. Muchos son los frentes abiertos que, con seguridad, son los que me tienen en vela. Lo más probable es que sea mi propia identidad la que esté saliendo de fiesta en esta madrugada, víspera de regresar a casa. Juraría que antes de salir de Madrid tenía las cosas mucho más claras pues era capaz de discernir entre lo que me hacía bien y lo que me procuraba preocupaciones o malestar. Incluso dolor, podríamos decir. Esta noche es diferente a todas las que he vivido en los últimos años. Me encuentro en la tesitura de elegir, si bien aún no sé muy bien qué. Siempre he tenido que optar; todos tenemos que hacerlo. Y dependiendo de esa elección se congregan las consecuencias a tu alrededor. Positivas o negativas, porque al principio es indiferente la índole. Sin embargo, cuando eres consciente de la opción por la que has apostado comienza un viaje calculado del que no puedes escapar.

Conocer a Loana. Menuda revolución. Qué mujer tan extraordinaria. Y, claro está, surgen las comparaciones. Odiosas o no, pero están ahí. He escuchado tantas veces que cuando uno está enamorado no puede ver nada mejor en otra persona que casi he llegado a creérmelo de verdad. Nunca sopesé con exactitud las interrogantes que se arremolinaban alrededor de esa incógnita porque no tuve la necesidad de embarcarme en otro buque que no fuera el de los sentimientos hacia Inna. Ella era todo para mí. Bueno, de alguna forma, es. A día de hoy, el todo habría que definirlo con algunos matices y con un cariz distinto. Muy distinto.

Cuando conocí a Inna creí que ya había localizado un punto sobre el que girar, un mástil en el que poder soportar las complicaciones; en definitiva, una mujer a la que querer siempre. Ese siempre, no hace gala de su significado gramatical. Con el paso del tiempo, fueron creciendo algunas incógnitas que hoy por hoy, siguen sin ser resueltas. Ni por ella, ni por mí. Nos hemos alejado de aquello que conseguía mantener el estatus primitivo, original, para instalarnos en una monotonía individual más propia de aquellos seres vivos que carecen de sentimientos. Y no digo yo que no exista amor, que entiendo que lo hay, pero cada uno lo expresa de una forma cautiva, individualista, al por menor. No tenemos en cuenta lo que hace brillar los ojos del otro, ni tampoco lo que oscurece ese fulgor cuando no llegamos a sentirnos plenos.

Mañana regreso a Madrid y será el momento oportuno de hablar con ella y darle una vuelta a lo que parece que somos aunque que no se muestra en realidad. Y tendrá que darme respuesta a eso que Ana no quiere contarme. Tal vez conlleve más de un disgusto a bote pronto. Estoy dispuesto a correr ese riesgo porque creo que merece la pena abusar de nuestro propio destino si somos nosotros mismos los que lo protagonizamos. No sé qué saldrá de todo eso que maquino en mente. Lo que sí es cierto es que no volveremos a ser los mismos. Seremos otros, con otra visión de la realidad y espero que más hechos lo que realmente ocurre en nuestras vidas.

No puedo dormir. He cogido el móvil. Quizá dando una vuelta por el mundo de las redes sociales venga el sueño y pueda descansar un rato. Me gusta ver que mis amigos y conocidos consiguen lo que quieren con su trabajo y esfuerzo. Me gusta sentir que soy parte de ellos, de sus

propios éxitos; también de sus propios fracasos que en la misma forma y sentido, son también los míos. Voy a ver si hay algo interesante. A ver. ¡Hombre! Mi buen amigo Losada, Rodrigo Losada. Rodrigo es uno de mis mejores amigos. Hemos combatido juntos en mil batallas. Es uno de mis colaboradores para el sur de España. Confío plenamente en su buen hacer, en su amistad y en sus dotes comerciales. Es un buen tío. Casado, con dos niños, buen padre de familia. Lo tiene todo. En cierta forma, le envidio. Tiene todo lo que yo no he podido conseguir. Hemos hablado muchas veces sobre ésto. Y siempre acaba diciéndome lo mismo: “*debes seguir tu propio camino, debes y puedes hacerlo*”. Pero he interpretado sus palabras como me ha venido en gana entendiendo como entiendo que puede que tenga razón en lo que me dice. Veo una foto donde parece que está de fiesta. Mira que le gusta una buena velada. Hace bien. Yo salgo poco, muy poco. Me estoy haciendo mayor. Al fondo de la fotografía hay un tipo que da la sensación que parece esconderse del objetivo. A mí suele pasarme igual: no me gustan demasiado las fotos y huyo convencionalmente de ellas. No termino de descubrir de quién se trata. La imagen es borrosa en esa zona.

Sigo pasando fotos y estados. La gente es muy proclive a contarlo todo en redes sociales. Imagino que iré por barrios. Siento que cada vez hay menos intimidad, menos privacidad de aquello que realmente importa. Como no podría ser de otra forma, respecto con absoluta claridad a todo aquel que quiere hacerlo así. No seré yo el que juzgue. Ya bastante viene la vida jodida como para andar juzgando aquello que no es tuyo.

También me aburro de tanta foto, postureo y textos. Estoy empezando a perder la paciencia conmigo mismo. Debo tener una pinta horrible: sin peinar, en ropa interior y arrugando las sábanas de la cama. Menuda paliza le estoy dando al colchón. Me doy media vuelta en la cama. Ya no sé de cuál postura ponerme y si llegaré siquiera a poder descansar un poco. De repente, suena el teléfono de la habitación. ¿A las tres y pico de la mañana?

—¿Héctor? —Esa voz me es muy familiar.

—¿Loana? ¿Eres tú? —contesto apresuradamente.

—Sí, soy yo. Disculpa...

Su voz es capaz de removerme de arriba abajo con solo pronunciar mi nombre. ¿Por qué tengo esa sensación cada vez que la escucho? Hace ya un buen rato que nos hemos despedido.

—¿Estás bien? ¿Te ocurre algo?

—No, tranquilo. Todo está bien. No te preocupes. Verás, te sonará a absurdo. Pero creo que he perdido uno de mis pendientes en tu habitación.

«¿Un pendiente? ¿Aquí?», me pregunto a mí mismo como buscando una alternativa a la respuesta fácil y tópica.

—Pues no sé, no he mirado. No sé si estará por aquí. Déjame que eche un vistazo por encima a ver si lo encuentro.

—De acuerdo.

—Por debajo de la cama, no se ve nada —le digo mientras alumbro con el flash del móvil hacia la parte inferior. —Como no se haya enredado entre las sábanas. Voy a mirar.

—Vale. Espero.

—Pensé que estabas ya dormida. Hace ya un rato que nos despedimos.

—Me di una ducha caliente y me ocupó un buen rato. Soy de las que imaginan mientras cae el agua tibia por mi cuerpo. —Menuda confesión acaba de hacerme. Esta mujer no acaba de sorprenderme.

—Yo me tomé otra copa bien cargada, y a diferencia de ti, no dejé volar la imaginación —

contesto.

—Lástima...

—¿Perdón? ¿Qué has dicho?

—¡Nada, nada! ¿Lo has visto?

—¿El qué?

—¡El pendiente, Héctor! ¡El pendiente!

En qué estaría pensando yo ahora mismo.

—Espera, que me queda mirar bajo las almohadas. Por aquí es por donde hemos estado acostados.

—Recostados, cariño. Si hubiéramos estado acostados...

«La madre que la parió, una y otra vez», no paro de decirme.

—Espera, que parece que aquí hay algo.

—Venga, cruzo los dedos.

—¡Sí! Aquí está, Loana.

—¡Perfecto! Gracias a Dios. Si te parece bien, mañana me lo dejas depositado en recepción y yo lo recojo cuando me marche. ¿Te parece...?

Mentiría si no me dijese que me gustaría otro desenlace para la historia del pendiente. Pero tal y como fue nuestra despedida no tendría sentido volver a vernos otra vez. Y más aún, si fui yo el que la invitó a marcharse de mi habitación.

—Por supuesto—digo a regañadientes.— Así lo haré.

—Muchas gracias, Héctor. Y perdona por molestarte.

—No ha sido ninguna molestia, Loana.

—Ve a dormir algo. El amanecer está cercano y tienes que descansar algo antes de marcharte a casa.

Marchar a casa: qué irónico ese alegato de regreso al hogar.

—Gracias, Loana. Igualmente. Descansa.

—Un beso, Héctor.

—Un beso, Loana.

La llamada se termina con un par de besos de ida y vuelta.

Quizá podrían resumirse estas horas en ese concepto de idas y venidas pero sin un rumbo definido. Por lo menos por mi parte. He estado fluctuando desde la proa hasta la popa sin moverme de mi habitación y entre medias he soportado las vicisitudes de un viento a favor que no he sabido ni querido aprovechar para avivar la marcha.

¿Me castigaré el resto de mis días por no haber sido lo suficientemente valiente como para ir en busca de una parte de mi destino? Es una buena pregunta. Una pregunta que repito en mi mente mientras observo cómo mis dedos juegan con el pendiente de Loana. Tiene un brillo especial ese pequeño diamante incrustado. Un brillo propio de una mujer valiente, que sabe lo que quiere y que contrasta con mi poca osadía y cero arrojo. Paso mis dedos por encima de la piedra preciosa y me da la sensación que es su cuerpo el que se camufla bajo el cristal relumbrante. Yo mismo me sorprendo de tener ese pensamiento tan distinto a los que habitualmente corren por mi mente. Si bien, no me arrepiento de haberlo tenido. Ni mucho menos. Al contrario. Quizá sea el inicio de algo más grande, más vivo, más real o tal vez se quede en agua de borraja, en una idea de libre albedrío que no volverá a posar sus alas entre mis ideas. Falto de coraje para el amor, falto de talento para ir adonde el horizonte me señala en un atardecer único y precioso.

Continúo con el tacto del diamante en mis dedos. Un diamante. Una mujer. Una puerta al

destino. Equilibrio en la cuerda floja.

03:17 HORAS

—¿Recepción?

—Sí, buenas noches. ¿En qué puedo ayudarle?

—Verá, necesitaría saber el número de habitación de un cliente. Es importante que comunique con él.

—Disculpe, señor De la Vega. No podemos proporcionarle esa información. Va en contra de la política de privacidad de nuestros clientes. Sin una autorización expresa por parte del mismo es imposible que le facilitemos ese dato. Siento no poder ayudarle.

La conversación se corta así, de esa forma tan formal y evidente. Me he quedado sin saber en qué habitación se hospeda Loana. Me arrepiento de no haberle preguntado antes, cuando estaba aquí conmigo. Bueno, tampoco pensé en que desearía volver a verla cuando fui yo mismo el que la empujé a marcharse. Es cierto que al final la energía se te es devuelta; lo malo, que es una energía que no me sirve para encauzar esa parte de mi horizonte que cruza directamente a través de ella. Si hubiera reservado una suite en lugar de esta habitación por lo menos estaría en su misma planta aunque seguiría sin saber cuál de las habitaciones es la que le corresponde.

Me doy miedo yo mismo. Son nuevas estas sensaciones, extrañas e invasivas en mí. Es como cuando descubres un nuevo sabor, una nueva canción, un libro del que no habías oído hablar nunca, una película cuyo argumento no te atraía. Una multiplicidad de intensas vibraciones sensoriales que bullen en tu interior cosquilleándote de arriba abajo sin que puedas hacer absolutamente nada porque tampoco quieres hacer nada más. Sentirlas en sí mismas es ya una aventura espectacular, sobre todo para alguien que no está acostumbrado a ninguna de ellas. Y son intensas, la verdad sea dicha. Constituyen un universo de un color diferente, tan explosivo y sencillo al mismo tiempo.

No recuerdo que fuera exactamente así. Mis recuerdos son bonitos, si bien no extrapolables a estas sensaciones inéditas y desconocidas. Me enamoré de Inna de forma más pausada, más elemental e inocente. Fue un amor tal vez demasiado maduro, sin visceralidad evidente. La tranquilidad era la que predominaba entre nosotros y a pesar de disfrutar de momentos apasionados, la tónica habitual era la serenidad y la calma.

No quiero decir que me haya enamorado de Loana, porque no lo es. Sin embargo, sí que es cierto que ha tocado algo, algún resorte oculto, apartado y recóndito que ha hecho saltar la barrera de esa normalidad tan arraigada que poseo en mi intimidad.

Como también entiendo que estas emociones nuevas no deberían estar sucediendo. Yo no tendría que estar pensando en Loana y sí en Inna. Es ella la que ocupa mi corazón aunque no estemos del todo bien ni seamos la pareja perfecta. Tal vez esto no sea más que una fantasía propia del cansancio acumulado y no tenga nada que ver con la verdadera realidad. Un sueño, una ocurrencia. Hablo conmigo mismo para convencerme de mi propio discurso. Posiblemente, si me mirara al espejo no me reconocería entre tanta divagación sin sentido. La vida se encarga de colocar a cada uno en su lugar sin pedirle permiso, sin pedirle una oportunidad para opinar sobre la ubicación que el azar y la ventura ya han seleccionado para ti. Me doy cuenta que mientras pienso he comenzado a darle vueltas

a la habitación. He mirado no sé cuántas veces por la ventana, he contado los pliegues de las sábanas del lado donde estuvo recostada Loana. Como bien observo, su nombre aparece en cada rincón de mis reflexiones. No puede ser más que un holograma hecho para la ocasión. Esto no puede estar pasándome a mí, no tiene sentido. O si lo tiene, no quiero acariciarlo.

Mis dedos siguen jugando con el pendiente. Instintivamente, lo he llevado a mis labios y lo he besado. Si en realidad fueran sus labios, ¿sería capaz de besarlos...? Miro el móvil. No hay nada que pueda distraerme. Vuelve a saltarme la foto de Rodrigo. La miro, y mis ojos vuelven a escudriñar todo el plantel. Sigo sin saber quién es el tipo que se esconde tras la mano. Fijo la mirada ahora en alguien que se encuentra a su lado. Sigue viéndose borroso. La persona que tomó la fotografía no debe tener buena mano para sacar instantáneas. Quizá sean mis ojos, que no están demasiado acertados a esta hora de la madrugada y tras todo lo vivido en pocas horas. Ya me he olvidado de la convención, de la posible sorpresa que tiene Werner para mi futuro. Nada más. Debo dormir, lo necesito. Normal, de madrugada lo que hace la gente es descansar y yo no he logrado pegar ojo ni un solo minuto desde anoche. El cansancio me perseguirá hasta que logre cerrar los ojos y calmar el desasosiego que permanece latente aún a esta hora de la noche.

Casi sin darme cuenta, me vuelvo a la cama. Cierro los ojos. Quiero quedarme dormido. Descansar. Vuelvo a abrirlos, de par en par. No puedo dormir. Pongo la almohada contra el cabecero y me reclino en ella. Vuelvo a pensar en ella.

Loana...

03:27 HORAS

Llamo al servicio de habitaciones. Hay una sola razón para ello y solamente es una excusa para obtener la información que necesito. Creo que puede salirme bien la jugada. Aún es temprano, hablando de madrugada, y el turno de noche continúa trabajando. Es una oportunidad que no puedo perder. Cruzo los dedos. Solamente pido un poco de suerte, tampoco es pedir mucho. Yo que siempre soy fiel a todo lo que me rodea necesito hacer trampa, darle una vuelta de tuerca para conseguir aquello que quiero, que necesito en estos momentos. Tocan a la puerta. Respiro hondo. Me acerco y abro. Pasa al interior con una bandeja en las manos. Huele a café recién hecho y a pan tostado. También puedo descubrir un aroma a cítrico que acciona mis sentidos: un zumo de naranja exprimido. Ya se marcha, una vez depositada la bandeja junto a la televisión. Es el momento.

—Discúlpeme, ¿cómo se llama, señorita? —Se queda parada. Entiendo que no esperaba la pregunta.

—Mi nombre es Sarah, señor.

—Estupendo, Sarah. —Ahora comienza la actuación—. Verá, una compañera de trabajo —por llamarla de alguna forma. —ha dejado olvidado uno de sus pendientes en la sala de conferencias del hotel —mimiento fatal y lo estoy pasando peor— y me gustaría devolvérselo. No obstante, hay un problema —me mira con estupefacción— y es que no recuerdo el número de habitación. Llamé a recepción para que me facilitaran ese dato pero no ha sido posible. Me pregunto si usted —vaya forma de hablar— podría darme esa información.

—Señor, nosotros disponemos de un listado de habitaciones para nuestro trabajo. Si bien, como comprenderá, no podemos facilitarla. Normalmente, el nombre de los clientes alojados en cada una de ellas no es un dato que a nosotros nos interese. Y, perdóneme el atrevimiento, no entiendo por qué no la ha llamado por teléfono o por qué no se lo guarda y se lo entrega después. Es todo un poco raro, ¿no le parece? —creo que se acabó.

—Lo entiendo, Sarah —voy a por mi último cartucho. —Verá es que entre ella y yo hay algo más que amistad. Y deseo verla. —Rojo como un tomate maduro debe estar mi cara en estos momentos. Menudo papelón.

—Le repito que no tengo esa información y aún teniéndola, no podría facilitársela. Señor, no puedo. Me echarían de aquí.

—Sarah, ayúdeme. No tiene por qué saberlo nadie. A esta hora, ¿quién va a pensar en pedir ese tipo de cosas?

—Lo siento señor. No puedo. Debo irme. Que disfrute del desayuno.

—Sarah, espere un momento. No soy de hacer estas cosas, pero estaría dispuesto a gratificarla con algo de dinero, si usted quiere. —No sé qué más hacer.

—No es por dinero, señor. Créame. Es que no estoy autorizada.

—Por favor, se lo ruego. Acceda a lo que le pido. Por favor.

La empleada sale de la habitación y cierra la puerta. «¡Mierda! ¡Joder!» No ha podido ser. Lo he intentado y no ha sido posible. Se han esfumado de un plumazo todas las ilusiones de coincidir

con ella, otra vez. De repente, escucho unos pequeños golpes en la puerta. Me acerco y abro. Es ella.

—Jamás pensé que haría ésto, señor. Dígame el nombre de su compañera y le proporcionaré el número de su habitación. Hablaré con recepción. No sé qué excusa voy a poner. Solamente espero que mi trabajo no se vea afectado por esto.

No me lo puedo creer. «¡Ha vuelto!» Tras comprobar los datos hablando con la recepción del hotel, me apunta en un pequeño papel el número que necesito. He querido recompensarla económicamente por su generosidad pero rechaza el ofrecimiento. Me mira con una sonrisa cómplice, amigable y esperanzadora.

—No la pierda, señor. Si es amor de verdad, persígalo. Buenos días.

Y se marcha, volviendo a cerrar la puerta tras ella. Sus palabras calan dentro, muy dentro. Las repito en mi cabeza. Suena bonito. Mucho. Me da miedo que suene así. Ya vestido, salgo de la habitación rumbo al piso de arriba, a la zona de las suites. Casi amanece y tengo que darme prisa. No recuerdo cuándo marchaba Loana para el aeropuerto. A mi aún me queda un buen rato. Espero que a ella también. Opto por subir en el ascensor. Es poco trayecto y en segundos, estaré allí. Ando nervioso, como un chiquillo que sale por primera vez del cascarón de su casa, de las faldas de su madre y del brazo protector de su padre. Ahí se vive bien pero llega un momento en el que debes soltar para poder avanzar en la dirección que pretendes.

Estoy frente a su habitación. 7011, bonito número. Creo que no voy a olvidarlo jamás. Estoy apoyado en el dintel, dudando, como siempre. Maldita duda que me atemoriza y me relega a un punto sin retorno. Lastre pesado que amilana mi vida y la expone a una batalla sin cuartel. Me pregunto qué sería de mí si no fuera por este yunque que cuelga de mi cuello constantemente. Trago saliva, me cuesta. Respiro hondo, ahora o nunca. Y tiene que ser ya. Golpeo suavemente con los nudillos en la madera, junto al letrero que numera la habitación. Espero. Un segundo. Dos. Tres. No sé si me ha oído. Repito el golpeo. Dos veces. Suena hueco. Un segundo. Dos. Tres. Cuatro. Desespero. Creo morir de impaciencia. La puerta se abre.

—¿Héctor? ¿Qué haces aquí? —me dice, mientras parece querer entender qué es lo que pretendo.

—Loana, discúlpame. Lo siento. No quería molestarte. Entre otras cosas, vengo a traerte el pendiente que perdiste en la habitación. No sabía si te vería mañana y dejarlo en la recepción del hotel no me parecía adecuado. Una pieza de este valor no puede dejarse en cualquier lugar ni en manos de cualquier persona —miento fatal, lo sé, aunque es lo único que se me ocurre mientras la miro a los ojos.

—Te agradezco el detalle, Héctor. Estaba medio dormida. Dámelo y lo guardaré con su compañero. Te invitaría a pasar, pero estoy muy cansada. Además, creo que ya está todo hablado entre nosotros. No tiene sentido darle vueltas a un reloj que marca la misma hora en tu muñeca y en la mía.

Duras palabras, vestidas de veracidad. Y, además, elocuente.

—Claro, tienes toda la razón. Reitero mis disculpas por haberte despertado para una tontería como ésta. No debí haber venido. Lo siento. —Me quedo cariacontecido balbuceando unas palabras que duele pronunciarlas.

—No pasa nada, Héctor, pienso que no es el momento correcto. Ahora ya, no. Hablaste que hay trenes que no vuelven a pasar por la misma estación aunque esperes en el lugar correcto, con el equipaje preparado y el billete en mano. El andén permanecerá vacío para siempre y no podrás subirte en el convoy que perdiste una vez cuando todo era favorable. No sé por qué razón piensas que

ahora sí es el momento adecuado —me cuestiona mientras me mira buscando la respuesta en mis ojos.

—Lo sé. Vivo encarcelado en mis propias palabras y tienen el mismo significado que mis decisiones. En muchas ocasiones debí hablar menos y actuar más. Así de simple —le contesto, siendo lo más sincero posible.

—Bueno, no es sencillo acertar. No creas que yo lo hago constantemente pero sí tengo una cosa muy clara: debo arriesgarme por lo que quiero y deseo conseguir. Ya tendré tiempo después de asimilar las consecuencias de aquello que logré alcanzar con la punta de mis dedos. Quizá suene vulgar, incluso excesivamente egocéntrico. Siento que soy la dueña de mi tiempo y de mi vida. Y yo decido qué quiero hacer en cada momento. Ese es mi pequeño secreto: pensar menos y vivir mucho más. —Su forma de contestar, de responder a mis preguntas se asemeja tanto a mí que me da miedo.

—Me lo apunto a fuego en mi corazón, Loana. Ha sido un placer conocerte. Que pena no poder compartir más tiempo contigo. Te deseo lo mejor —Esas son mis palabras de despedida aunque realmente no quiera moverme ni un solo milímetro de donde me encuentro.

—Así son las cosas, Héctor. Hubiera deseado que se encauzaran de otra forma bien distinta pero no ha podido ser. Yo también me alegro de haberte conocido. Cuídate.

La puerta se vuelve a cerrar y con ella, todas aquellas ilusiones que se fusionaron en mis manos cuando acaricié la pieza brillante que olvidó en mi habitación. Me quedo unos segundos inmóvil. No reacciono. Ya. Ya está. Me doy la vuelta y camino en busca del ascensor. Una lágrima se adelanta y resbala por mi mejilla. Me produce un ligero picor en la piel y la seco con mis dedos. Ahora es otra la que se pierde bajo mis ojos y cae lentamente. Y otra le acompaña y otra más. Y otra. Es un pequeño riachuelo que parece no va a detenerse en un buen rato. Busco un pañuelo de tela en el bolsillo derecho del pantalón donde siempre debe haber uno. Esta vez no es diferente y lo uso para secar el lagrimal del que sigue brotando angustia y desolación a partes iguales.

No hay excusas. Me lo tengo bien merecido. He perdido la oportunidad de conocer algo más de la vida con una mujer única y especial. Casi con toda seguridad no se pueda hablar de sentimientos según la definición correcta y lingüística del término. Sin embargo, las sensaciones que he podido respirar con Loana han arraigado tanto que me perturba la idea de que se hagan consistentes en el tiempo. Mi vida ya está planificada para bien o para mal y sería descabellado seguir un sendero que no conozco y que no debiera recorrer por no conocer los obstáculos que arremeterían a nuestro paso.

Con el paso del tiempo tendré que aprender a ser más atrevido, a vivir la vida como si fuera el último día, a ver a las personas con otros ojos, con otra perspectiva, siempre y cuando sea capaz de respetar al otro sin buscar contraprestación ni contrapartida. Y cuando elija una opción, ir a por todas con ella. Pase lo que pase. Gane o pierda. Pierda o gane. Será el destino el que arbitre ese partido donde juegue más un loco soñador.

03:56 HORAS

Soledad.

Había notado su sombra en mis ojos alguna vez y la sensación no la recuerdo agradable. Ahora, tampoco. Metido entre las sábanas, recostado con la almohada en mi espalda, lloro. Mi madre decía que todas las personas son fuertes pero que llegado el momento, deben desvanecerse entre lágrimas. Es absolutamente necesario descargar todo aquello que recorre sus almas para poder regenerar las ganas de continuar adelante. No le falta razón, y esta última parte está por llegar. Estoy llorando como no recordaba. Quizá el fallecimiento de mi padre fue la ocasión más parecida, si bien, los motivos eran diametralmente opuestos.

Reconozco que no me gusta llorar y que no se me da bien hacerlo. Hoy, tal y como se ha dado esta última parte del día y de la noche, no podía acabar de otra forma. La preocupación por Inna y la sensación de fracaso con Loana me envuelven en una diáspora personal de la que no sé bien cómo voy a salir. Ni siquiera si lo voy a hacer. Es una sensación muy extraña verte en la tesitura de sostener la tristeza y el desencanto en las manos sin poder hacer nada más, porque seguro que se puede hacer algo más. No sé, no me enseñaron a desenvolverme en este tipo de situaciones. Mis padres debieron olvidar darme las instrucciones para sobrevivir en este espacio nuevo, sobre todo para cuando la entereza y la audacia por querer salir se marcharon de vacaciones sin pedir permiso y en su lugar dejaron tibieza e inquietud al mando del barco.

Dos caminos se presentan delante de mis ojos. Y a mí me parece un laberinto insalvable. Qué hacer cuando ni siquiera sabes qué. Al llegar a Madrid tengo que resolver tantas cosas que me da miedo regresar. Mis temores están creciendo de una forma tal que ocupan todo el lugar destinado a vivir. Pero qué vida sería si el miedo moviera los hilos. Me pregunto cuándo seré capaz de tomar las riendas sin que nadie deba o tenga que hacerlo por mí.

Tengo el teléfono móvil en la mesita de noche cargando una batería agotada, tal cual como la de su propietario. Lo levanto y al encenderse la pantalla, veo que hay pendiente una notificación. Al estar en silencio, no me he dado cuenta que la tenía. Me incorporo un poco y tras desbloquear la pantalla compruebo que es de Inna. «¿En serio?», pienso para mí. Antes no pude contactar con ella. Imagino que al ver mis llamadas, habrá querido devolverla. Entro en la aplicación y busco la conversación señalada en negrita. Al visualizar, no hay texto alguno. Solamente una fotografía. Toco en la pantalla y la foto aumenta de tamaño ocupando toda la extensión del cristal. «Esa fotografía la he visto antes», cavilo. Sin embargo, parece distinta, diferente, como si la hubieran tomado desde otro ángulo. Me acerco el móvil un poco más. Debo estar perdiendo visión a pasos agigantados en los últimos meses. Cada vez es más papable que necesito una revisión oftalmológica más pronto que tarde. La foto muestra a los mismos protagonistas de la instantánea de Rodrigo pero la nitidez es mucho mejor y los tonos oscuros son más brillantes.

Voy nombrando en voz baja a cada una de las personas que asoman. Parece que se lo están pasando bien pues todas tienen copas en las manos y da la sensación que están bailando por la posición que tienen sus cuerpos. De repente, el corazón quiere salirse de su lugar. «No puede ser.

No puede ser», me repito esas tres palabras unas cuantas veces. Trago saliva, me cuesta. «No puede ser...»

04:14 HORAS

Me descargo la foto en mi móvil para poder verla con calma sin tener que estar metido en una aplicación que hace que el teléfono funcione a trompicones. Cuando entro en la galería de fotos, la abro de nuevo. La agrando para poder observar con más detalle todo lo que acontece fijo en la escena. Puedo observar con perfección lo que antes adiviné. Lo que no termino de entender es qué hace allí. Trato de recordar en qué momento se habrían conocido. No tengo mucha memoria visual y me cuesta quedarme con lugares o personas concretas, lo que me está complicando la tarea de combinar los datos que pudieran ofrecerme algo de claridad sobre lo que estoy contemplando. Acoto todas las referencias y reseñas que mi cabeza puede fragmentar en el tiempo y en el espacio pero no doy con el instante exacto. «Mierda de memoria selectiva que tengo, joder», me digo.

Repentinamente, la pantalla del teléfono se oscurece y comienza a vibrar.

—¿Ana? —digo estupefacto. Cada vez que me llama, me pongo mucho más nervioso, no porque sea ella, sino porque siempre parece adelantarse a un acontecimiento nuevo.

—Héctor, discúlpame. No podía dormir. Llevo toda la noche pensando en ti, en Inna. Y me he decidido a llamarte a pesar de ser la hora que es. No sé si podrás perdonarme pero tenía que hablar contigo —me contesta con un evidente nerviosismo en su voz y las palabras entrecortadas.

—Ana, me estás asustando de verdad. ¿Puedes decirme de una vez qué es lo que está pasando conmigo y con Inna? No te preocupes por la hora ni por nada más, cuéntamelo ya —le apremio, y trato también de tranquilizarla un poco buscando la normalidad en una situación que tiene de todo menos normal.

—Está bien, Héctor.

Se hace el silencio. Otra vez. Las pausas silentes quieren quedarse conmigo pero yo no las he invitado a pasar a mi lado. No quiero, aunque da la sensación que no tengo elección posible.

—Ana, cuéntame —le ruego con mi voz.

—Héctor, ¿has hablado con Inna? —me pregunta en un tono suave.

—No, no he hablado con ella. Intenté hablar con ella por teléfono. No ha sido posible. Me ha llamado pero como tenía el móvil en modo vibración, no lo escuché y no pude contestar. ¿Por qué? Me pone enfermo tanta intriga. —El corazón late junto a cada palabra que pronuncia mi boca.

—Según tengo entendido, Héctor, Inna debería hablar contigo y aclarar las cosas. —Lo que acaba de decir tampoco me aclara demasiado.

—Ana, ¿sobre qué? ¿Qué tiene que hablar ella conmigo? Y, ¿por qué es tan urgente? Me estoy volviendo majareta con esta situación tan absurda.

—¿Confías en ella? —me suelta a bocajarro.

—¿Y por qué no habría de hacerlo? Ana, ¡por dios! —Le grito, aumentando la gravedad de mi expresión.

—¿No la has notado rara estos últimos meses? —Tengo que recordar pues esa pregunta seguro que tiene trampa.

Esto ya se está poniendo de un cariz absolutamente delicado, por decirlo de alguna forma.

Conozco a Inna desde hace muchos años y, precisamente, estos meses han sido los más tranquilos en cuanto a discusiones y enfrentamientos. Eso no quiere decir que hayamos aumentado el nivel de nuestra relación. Ella está con sus cosas y yo con las mías. Tampoco sé ya lo que nos une aunque sí creo que tengo claro lo que nos está separando.

—Ana, estamos como siempre. Tú bien sabes cómo. Eres de los pocos paños de lágrimas que tengo, por no decir el único. Mis amistades son las que son pero, realmente, no tengo hombros sobre los que apoyarme. —Mis palabras denotan que me estoy viniendo abajo.

—Lo sé, Héctor. Lo sé —me asegura, tratando que me sienta arropado.

—Por esa misma razón, la respuesta a esa pregunta ya la conoces. ¿Qué más? Sigue contándome —necesito saber más, necesito saberlo todo.

—No sé si alguna vez habrás pensado que terceras personas están teniendo algo que ver en todo este proceso de destrucción que está sobrevolando vuestra relación —me dice, y ahora no le tiembla la voz, signo inequívoco de que va muy en serio.

—No soy de los que juran en falso, ni de los que apuestan partes de su cuerpo por algo. No obstante, yo pongo la mano en el fuego por Inna. A pesar de todo ella me quiere, a su manera, con sus particularidades y su forma de ver la vida, de sentir el amor y las relaciones de pareja. No sé, yo creo que no.

—Héctor, abre los ojos. Por favor, piensa —me dice y parece tener muy claro que lo que está diciendo es verdad.

—¿Qué quieres que piense, Ana? —respondo con el único argumento que tengo.

—Joder, Héctor. ¿Es que no te das cuenta?

—¡Mierda, Ana! —contesto de mala forma por la desesperación que me abraza sin soltar.

No quiero dar mi brazo a torcer pero las insinuaciones son más que evidentes y muy claras. ¿Por qué? ¿Qué motivos tendría Inna para hacer algo así? Yo no creo que los tenga, no sé. Esta conversación me está minando, destrozando, llevando por un camino que no quiero recorrer. También es cierto que no me queda otra alternativa posible.

—Héctor, lo siento. Creo que con lo que acabamos de hablar es suficiente. Ahora te toca a ti. Yo ya no puedo hacer nada más. Como compañera, más como amiga, mi obligación era decírtelo. Te aprecio mucho; bueno, te quiero mucho y no quiero que lo pases mal en ningún aspecto de la vida. Siento haber sido la mensajera. Dejarlo pasar es algo que no puedo permitirme pues mi conciencia y mi cariño hacia ti no me lo permiten. Descansa lo que puedas. Ya nos vemos en la oficina. Un beso fuerte.

La comunicación se corta de nuevo sin que me haya dado tiempo a decirle nada más. Al finalizar la llamada, la fotografía vuelve a saltar en la pantalla. Y ahora, ya no tengo duda alguna de lo que creí ver en un principio. No sabría describir lo que siento en estos momentos. Una mezcla de enfado, frustración, desesperación, dolor, tristeza, melancolía. Me faltan adjetivos, todos negativos, para formar una pirámide sentimental absolutamente dañina y perniciosa. Ni siquiera brotan lágrimas de mis ojos, fijos en la pequeña pantalla de cristal. Todas se secaron pensando en Loana y en lo que me había hecho sentir en las horas que habíamos coincidido juntos.

Dejo caer el teléfono encima de las sábanas no sin antes recortar la imagen para resaltar lo que realmente me importaba de ella: Inna estaba besándose con otro hombre...

04:52 HORAS

Para estar sobrellevando el enfado y el cabreo mayúsculo que tengo estoy muy calmado. Yo mismo me asombro de la tranquilidad y el sosiego que alma y corazón están atesorando en estos momentos. Me conozco y no recuerdo sentir esta quietud y apacibilidad anteriormente. Dicen que cuando sobreviene el dolor el cuerpo reacciona proporcionando mayores dosis de una tesitura de reposo y placidez que contraataca ese estado de nerviosismo y hastío.

Yo, firme defensor de los sentimientos, soy derribado por los míos propios. Una estocada más propia de los mosqueteros de Alexandre Dumas. Sonrío, porque no sale otra mueca de mi rostro desencajado. Me pregunto dónde queda ahora todo ese discurso que llevo sosteniendo durante toda esta noche, durante toda mi vida de pareja. Dónde quedo yo, como hombre, como compañero de vida, como amante y como marido. Mi teoría, ahora, solamente la comparto yo. Bueno, compartir lo que se dice compartir, va a ser que no.

Queda poco alcohol en el minibar pero estoy dispuesto a consumirlo todo, absolutamente todo. Ya me da igual, no tengo nada que perder. La fotografía ampliada se queda fija en el teléfono móvil como siendo protagonista de un declive fastuoso y hermético. Puede parecer absurdo pero son pocos los interrogantes que tocan a mi puerta. Quizá ya sea lo de menos. Por más que trato de intuir, la mente vuela entre millones de tonalidades blancas. No hay forma de concentrarse en buscar el más nítido, el que prevalezca ante todos los demás. Un trago de whisky a pelo, sin más hielo, sin más agua, sin más nada, directo a quemar a su paso el corto trayecto desde mi garganta al estómago.

«¡Maldita sea!», proclamo en la quietud de la habitación de este hotel en París que es testigo de mi bajada a los infiernos. Me gustaría hablar con ella, pero no para pedirle explicaciones de lo que parece claro, sino para preguntarle qué es lo que he hecho mal durante todos estos años para merecer que esté besándose con alguien que no soy yo. Porque en la fotografía solamente se le ve así; en este instante, no quiero imaginar otros escenarios que por otro lado y a la vista de la instantánea, son absolutamente posibles.

La vida en común con Inna y todo lo que lleva aparejada comienza a pasearse por mi cabeza como si fueran diminutas lucecitas de colores, como esas que se colocan en los árboles de navidad en los hogares y que dan vida a unas ramas cubiertas de esferas y adornos festivos. Destellos fulgurantes que asoman y asemejan tantos y tantos momentos de vida que ahora parecen oscurecerse en medio de la nada. «Qué absurdo», pienso, al igual que incoherente torna mi actitud con Loana. Cierto es que no lo sabía cuando estaba con ella, si bien, en cierto modo, algo dentro de mí columbraba algo que no podía explicar con exactitud, algo que barruntaba un episodio de dolor y que ahora cobra valor y significado. Sin darme cuenta o tal vez, sin darnos cuenta, adecuamos el sendero que oculta el silencio. Esa omisión de palabras que nos ha llevado de la mano hasta donde estamos ahora mismo: en plena ebullición de sentimientos: unos encontrados y otros por descubrir. Lo que es indiscutible es que la escenografía procura un giro inesperado para mí. Tal vez no tan casual para Inna aunque de eso, no tengo ninguna certeza.

No quiero buscar culpable porque sería ventajista e infame al mismo tiempo porque entiendo

que causantes, somos los dos. Cada uno con su grado de responsabilidad en ese hacer y deshacer que nos ha conducido a una fotografía donde aparece el esperpento del sentimentalismo de pareja: pensar que aún en las dificultades continúa existiendo amor. Un vocablo ilógico y disparatado que camina entre mis labios con la fabulosa libertad que le he concedido sin quererlo. Porque yo pensé. Y ese pudo ser mi error. Pensar, y no actuar. No llevar a cabo lo que mi corazón dictaba. Quise ser racional cuando pasional era la siguiente estación tras el punto y seguido. Desearía saber si el beso inmortalizado en esa fotografía canalla es una venganza, un desquite de lo que recibió de mi parte. Puede ser que todos estos años haya ejercido de ciego en una esquina y no haya sabido leer entre cada línea que ella marcaba. Son conjeturas de alguien al que la vida le ha soltado la mano abierta para llevarse un guantazo de campeonato. Siempre quise abrazarla, darle aquello que yo creí que podría necesitar. Me desabroché el corazón para brindárselo a bocajarro. Me pregunto qué fue de las promesas, de los proyectos por cumplir o de las reminiscencias participadas al cincuenta por ciento; si bien, alguno de los dos, se llevara un poco más de parte de ese pastel.

Vuelvo a mirar la imagen aunque ya no me hace falta pues he grabado cada detalle en la memoria. He seleccionado los elementos más importantes para darles vida en mis ojos cerrados; esos mismos que desean crear lágrimas donde aún hay tierra agrietada y seca, muy seca. Parpadeo un poco como queriendo expulsar una mota de polvo incrustada junto a la pupila y que me hace contemplar la vida de una forma borrosa, turbia y confusa.

El último sorbo de alcohol repiquetea en mi estómago. Abro la ventana para respirar aire fresco que me ayude a despertarme de este envite que no busqué pero que me partió en dos mitades. Me apetece gritar, decirle a lo que queda de madrugada que estoy herido, que me tambaleo al caminar con los pies enfundados en unos calcetines negros. Miro hacia arriba, buscando una luz que me guíe en esta vereda sinuosa y estrecha. Observo que hay un par de habitaciones iluminadas. Voy a calcular algo. A ver. Una, dos, tres, cuatro. Si mis cuentas son correctas, una de esas habitaciones, es la de Loana.

No. No puede ser. Es una locura. ¿Para qué? No es la ocasión ideal. Qué pensaría. ¿Qué pienso yo para imaginar algo así? No. A pesar de todo, no es posible. No fui educado en el ojo por ojo y en el diente por diente, sino todo lo contrario. Mi otra mejilla es regresar a Madrid, tener una conversación adulta con Inna y tomar una decisión.

«Loana, me encantaría verte», susurra mi subconsciente. No tengo excusas y sí mucho lamento acumulado. Perdí el tren y me adentré en el camino sin palabras. ¿Qué podría decirte ahora, que todo ha cambiado, que ya no pienso lo mismo que hace un par de horas? Se reiría de mí, de mi impotencia por ser un hombre de poca palabra. Somos lo que nuestras decisiones importan. Porque en ocasiones callar es la parte más sencilla. Y hablar se transforma en un volcán en erupción donde es imposible ganar la cumbre.

Me miro al espejo. Derrota, dolor y conformismo. Un trío de ases bajo la manga de la desesperación. Aunque continuo tranquilo, todo lo calmado que un hombre puede estar cuando la vida le ha dado un revés ganador a dos manos, imposible de devolver por más que corretees en la cancha y te deslices sobre la tierra que hay bajo tus pies.

El teléfono vuelve a vibrar. No sé cómo puede funcionar después del golpe que le he propinado contra el suelo. Lo miro. La pantalla no se ve correctamente. No puedo concretar quién me llama. Dudo en contestar. Pasan cuatro tonos. Respiro un poco. Deslizo el dedo por el cristal.

—¿Sí?

Nadie contesta. Vuelvo a preguntar.

—¿Sí? ¿Quién es?

No se oye nada. Pregunto por segunda y última vez.

—¿Sí, quién es?

Ahora parece que la cobertura permite escuchar algo más. Un murmullo, apenas perceptible. Me afo en poner todos mis sentidos en percibir algo más.

—¿Héctor?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

Vuelve a hacerse el silencio. Cuando llegue a Madrid hablaré con la compañía telefónica para dar las quejas sobre la cobertura móvil. Insisto, una vez más.

—Dígame, por favor. ¿Quién es?

Pero la comunicación termina. Miro la pantalla, para observar si soy capaz de reconocer el número o por si lo tuviera entre los contactos guardados en la agenda. El caso es que me suena. Reviso los distintos nombres con sus teléfonos. Empiezo por la primera letra del abecedario y continúo la lista hasta que llegue al final.

¿En serio? ¿A estas horas? El número de teléfono corresponde al señor Huber-Meier, Werner Huber-Meier, el presidente de la compañía.

05:20 HORAS

Acabo de despertarme sobresaltada. Una singular sensación ha conseguido expulsarme del mundo onírico. Me levanto de la cama y enciendo la luz de la lámpara de la mesita de noche. Miro el reloj: solo son las cinco y poco de la madrugada. No soy de despertarme a mitad de la noche pero hoy, precisamente, está siendo un poco enrevesada. Pienso en lo que estaba soñando y no lo recuerdo con claridad. Me pongo de pie y me acerco a la ventana. Ese simple gesto, me ha recordado a Héctor. Él fue el que abrió el ventanal cuando quise encender el cigarrillo mientras conversábamos en su habitación. Lo pienso y me da un poco la risa. Me pregunto cómo es posible que sigan existiendo hombres así, con ese carácter conservador y esas ideas tan arraigadas. Hoy en día los principios parecen ser de una forma; sin embargo, más tarde, cuando la ocasión lo requiere, los sustituimos por los que vayan mejor con nuestros propósitos. Somos así de circunstanciales, tan ensimismados con nosotros mismos que no nos damos cuenta de nuestra propia falta de rigor. No se produce en todos los casos. Es por esa razón que nos encontramos con situaciones que exceptúan la regla y ahí es donde entra Héctor y su forma particular de ver la vida.

Yo me considero una mujer de hoy, una mujer que evoluciona con los tiempos que corren. También es cierto que sigo conservando ese misticismo y esa particularidad propia de mis años de juventud donde la influencia paterna y materna deslizaron el camino a seguir. Y como yo, la inmensa mayoría de los jóvenes. Es por eso que con este hombre, con Héctor, veo el conservadurismo propio de una época anterior pero que se echa de menos en los días que corren. Una mezcla, sería lo perfecto. Y a eso, tenemos que preocuparnos, a ser perfectos, precisamente.

¿Y si me asomo? No voy a ver mucho a esta hora. Igual una inspiración de aire frío procedente de la calle me propine una perspectiva distinta. Con la mano derecha, acciono la manivela y la hoja se mueve. De forma inmediata, una corriente de aire fresco acaricia mis mejillas y mueve un poco mi pelo enmarañado. Sonrío, porque recuerdo a Héctor ofreciéndome fuego para prender el papel del tabaco. Existe una altura considerable al suelo. Creo que tengo vértigo. A esta altura, siento un cosquilleo raro cuando fijo los ojos en la parte inferior. Aún así, voy a asomarme. Saco un poco el cuerpo hacia fuera. Ahora sí que siento el frío en todo mi cuerpo, es lógico. ¡Estoy en ropa interior! «¡Que tonta!», me digo a mí misma mientras sonrío un poco. Me apetece hacerlo a carcajada limpia por la absurda tontería que acabo de pensar. Instintivamente, miro hacia las plantas inferiores de este magnífico edificio. Casi todas las habitaciones tienen la luz apagada, salvo tres o cuatro que se encuentran desperdigadas por las diferentes alturas que componen las plantas del hotel. Una de ellas, resalta en la planta inferior. Héctor. ¿Será su habitación? No apostaría ni un solo euro porque podría perderlo pero yo diría que esa luz se encuentra en la dirección en la que creo que está su pequeña suite. Me encantaría saber si duerme o si está despierto, si sueña o si está mirando al espejo con esos ojos profundos y varoniles o si, tal vez, se asoma a la ventana como yo lo estoy haciendo en estos momentos. Vuelvo a mi posición frente a la ventana y cierro. Creo que ya he tenido suficiente helor en mi cara para un rato. Despliego la cortina y la habitación vuelve a estar aislada del mundo exterior.

A pesar de mi cabello encrespado, mis ojeras kilométricas y mis labios sin perfilar, me

encuentro sexy. El conjunto oscuro que cubre mi intimidad me hace sentir poderosa, como una amazona frente a sus guardianes. Irremediablemente, Héctor se pasea por mi imaginación para mi propio gozo y disfrute. Sigo pensando que es una pena no ir más allá de la conversación esta noche. Lo habríamos pasado muy bien. No tiene nada de malo un poco de sexo loco, apasionado y con cierta madurez. Incluso romántico, si se diese la oportunidad. Como mujer, yo también poseo mis necesidades primarias y también necesito escamparlas de vez en cuando. Remy no está siempre a mi lado para satisfacer mis ganas de un buen revolcón. Es más, no está casi nunca. Por lo que mi vida de alcoba es prácticamente inexistente. Si no fuera por estas manos cuidadas y por los juguetes que mi amiga Avet suele traerme cada vez que asiste a una de esas sesiones de *tupper-sex*... Mi marido no entiende estas cosas. Normal, es un maleducado en estas lides de mi vida privada. No entiende que yo misma pueda darme placer sin que esté a mi lado. Obvio es que prefiero el contacto de la piel pero en ocasiones puede resultar increíblemente excitante jugar contigo misma.

Vuelvo a la cama y me siento junto a la mesita. No me apetece dormir. El desvelo producido por ese despertar soliviantado, ha activado mi cuerpo. Quizá pueda hacer algo...

—Recepción, ¿dígame? Señora Lanusse, ¿en qué puedo ayudarla? —me reciben al otro lado del teléfono con exquisita cordialidad.

—Buenas noches. Disculpe, quería preguntarle si el *lounge* sigue abierto o, por el contrario, ya se encuentra cerrado. —Cruzo los dedos para que aún esté a mi disposición.

—Señorita Lanusse, el horario del *lounge bar* es ininterrumpido las veinticuatro horas del día. Lo que no podría asegurarle es si habrá música ambiente dado el horario en el que estamos en estos momentos. Sí, le confirmo que está abierto. ¿Puedo ayudarle en algo más?

—No, muchísimas gracias. Es todo lo que necesitaba saber. Buenas noches.

—Buenas noches, *Madame*.

Cuelgo el auricular del teléfono en la base, junto a la lamparita que alumbraba la habitación. Estoy pensando si bajar al bar a tomar otra copa. Total, no voy a poder dormir en un rato. Seguramente, esté sola allá abajo. Tal vez una conversación con el *serveur (camarero)* sea mucho más interesante que ver pasar las horas en la soledad de esta cama. A ver qué me pongo yo ahora. Paso de vestido. Así que un buen pantalón y una blusa será suficiente. Lo que me preocupa es cómo voy a domar este pelo loco que ahora adorna mi cabeza. Quizá una cola alta sea buena para darle forma. Tengo que mirar en el neceser si tengo alguna goma. No suelo hacer estas cosas pero hoy me siento guerrera. Y cuando me siento así, no hay nada que me detenga.

05:34 HORAS

Como bien suponía, no hay nadie aquí. Acabo de acercarme a la barra y el local parece un desierto de dunas a la hora del mediodía. Esperaba encontrarme alguna pareja que estuviera ya de retirada o al típico tipo que bebe para olvidar sus problemas. Bueno, eso es lo típico en las películas; no tiene por qué suceder en la realidad.

A los pocos segundos, aparece el camarero impecablemente vestido. Me gustan los hombres con camisa blanca y pajarita. Me estaré volviendo un poco fetichista pero ese tipo de detalles me producen un morbo extra, un punto a favor del que quiera conquistarme. Remy lo sabe y en ocasiones juega conmigo con estos atuendos variados. Si él fuera consciente del poder que puede tener sobre mí al concederme estos caprichos se daría cuenta que podría tenerme a sus pies en lugar de en su trasero. Lo malo de este hombre es que no aprende de una vez para otra y siempre actúa cegado por un individualismo egocéntrico y recalcitrante.

Pido, nuevamente, un *Gimlet*. El camarero me mira y sonrío. ¿Qué debe estar pensando de una mujer como yo que baja a tomar una copa a las cinco y algo de la mañana cuando debería estar durmiendo? Bueno, la que dice durmiendo, dice otras cosas. Vamos, que es por generalizar. Seguro que piensa que tendría que irme a la habitación a dormir o que en lugar de un cóctel, debería haber pedido un café y algo de bollería dulce para acompañar. El caso es que me mira y su mirada, seduce. Es joven, musculado y con unas facciones típicamente masculinas. Remy, es distinto. Menos guapo pero muy atractivo. Y Héctor. Héctor es una excepción porque a pesar de ser atrayente, no es el típico tío que te gusta nada más verlo. Su grandeza, su atracción, su singularidad, residen en el cara a cara, en el contacto a pocos centímetros. Ahí le gana por goleada a todos los hombres con los que he podido charlar o conversar a rostro descubierto. La cadencia de su voz, esas miradas que acechan sin intimidar, esa verticalidad de sus discursos, ese devaneo con el placer oculto en las palabras. Para mí, es completamente irresistible.

Un sorbo largo. Me encanta el sabor. Me recuerda muchas cosas vividas y me pone en el disparadero de otras tantas que me quedan por descubrir y por vivir. Sentada en una silla alta junto a la barra, observo como el camarero coloca las copas, las botellas y demás utensilios cada uno en su lugar. Giro la cabeza y veo a dos o tres operarios que entran en el bar empujando algo de grandes dimensiones sobre unas ruedas. Tiene pinta de ser un piano. ¿A estas horas? Quizá mi *serveur* me saque de dudas.

—Disculpe. ¿Eso que traen allí, es un piano? —pregunto, mientras cavilo en mi mente.

—Así es, *Madame*. En unas horas, se celebrará un pequeño concierto a beneficio de una ONG que tiene su actividad aquí en París, en la periferia. Se cobrará una entrada simbólica y los fondos serán destinados a sus actividades sociales —me contesta con gran amabilidad.

—Muy interesante, a la vez que necesario. Todo lo que se haga a favor de los que necesitan ayuda, siempre es bienvenido y aplaudido. Y, ¿a qué hora comienza el concierto? —pregunto mientras acabo la copa y la dejo encima del mostrador.

—A las once de la mañana.

—Es una buena hora para escuchar cómo suena ese piano. Muchas gracias por la información

—le agradezco que me haya contado los planes de ese instrumento musical.

—De nada. Es un placer, *Madame*.

Me levanto de la silla y camino despacio sobre mis tacones en dirección al piano. Me encantan. Me gustaría tener uno en casa y poder disfrutar de su sonido inconfundible alguna que otra vez pero Remy es reticente a tener uno. Dice que es como los animales, que tiene que vivir en su lugar correcto, allí donde puede brillar y ser admirado por todo el mundo puesto que encerrado en una vivienda pierde todo su esplendor y belleza. No estoy de acuerdo con él. Sin embargo, lo respeto. No sería la primera vez que me escapo a algún concierto en alguno de los extraordinarios teatros que posee el viejo continente en sus principales capitales. Ya lo han colocado en su lugar y los trabajadores se han marchado.

El camarero me mira: presiento que adivina perfectamente mis intenciones. Lo miro. Él me mira. Levanto la tapa que oculta el teclado blanco y negro y le vuelvo a mirar. Me sonrío. Le devuelvo la sonrisa. Me siento en el taburete. Al verme, lleva uno de sus dedos a sus labios, indicándome que sea discreta y suave. Sabe de sobra que voy a tocar. Pongo mis manos en clave de sol y comienzo a apretar las teclas con uniformidad y levedad. Mis dedos recorren las suaves armonías como si de una brisa ligera se tratara. Cierro los ojos, me dejo llevar. Hacía años que no tocaba el piano. Si me vieran mis padres, llorarían de emoción. Pues esa es la misma sensación que estoy teniendo yo en estos momentos. Es un instante único y es para mí. Porque yo también merezco mi tiempo, mi soledad, mi música, mis copas, mis salidas, mis pensamientos íntimos. No todo va a ir al servicio de los demás. En esta ocasión voy a ser egoísta y no voy a arrepentirme de hacerlo.

Noto la mirada del barman en mí. Sé que me guardará el secreto. La complicidad se mide en segundos, en miradas y acordes y en asentimientos. El placer es tocar y escuchar. Escuchar y tocar. Qué maravilla...

05:47 HORAS

No deja de parecerme un poco inquietante que el gran jefazo te llame de madrugada porque ya te pones a cavilar en lo que puede ser eso tan importante que no puede esperar a un horario menos intempestivo. Y si ya lo mezclamos con todo lo que está pasando a mi alrededor resulta que la noche empezó de lujo y está terminando como el rosario de la aurora. Si por lo menos fuera la aurora boreal...

Siempre he destacado por mi prudencia ante los acontecimientos que llegan pero esta vez me estoy planteando dejar a un lado los modismos y darle un mordisco a esta realidad que me consume a pasos agigantados. Me retiene que es quien es. No tengo aún la confianza suficiente para interpellarle sobre un rumor que todavía no se ha confirmado. Humberto siempre ha sido de fiar por lo que no debo desconfiar de sus apreciaciones. Es todo tan rocamboloso y singular que no acabo de creer que esté sucediendo realmente.

Si no dijera que necesito un poco de calma mentiría como un bellaco. Y sí, la necesito con urgencia, con desesperación incluso. Y aquí, a tantos kilómetros de casa, solamente existe una persona que podría ahuyentar esta sensación de angustia que consume mis sentidos sin parecer haber un remedio. Pero es imposible, no me atendería. Ya fui a buscarla en una segunda ocasión y no fue satisfactoria que digamos. Solamente pude devolverle la joya que perdió en la habitación e intercambiar unas cuantas palabras de las que ya conocía el significado de antemano. Quién sería capaz de regresar al campo de batalla cuando todo el mundo yace en el suelo. En pocas ocasiones he sido traidor de mis propios pensamientos, de mis propias decisiones tomadas con antelación. Precipitar un cambio de destino no está en mi agenda de cosas pendientes por realizar.

Sin embargo, siento que Loana merece la pena. Merece la pena olvidarme de mí para vivir de ese entusiasmo que transmite y que dejó su impronta en cada mirada transgresora que me dedicó. Pero cuando estoy convencido de salir adelante una cadena invisible sujeta mis intenciones y me ahoga. Esa sensación de asfixia jamás se esfumará si no soy yo mismo el que pone freno a la intensidad de su poderosa influencia.

Tengo el teléfono al lado. No me costaría nada descolgar y marcar el número de su habitación o incluso podría salir de aquí e ir en su busca para que la vida pudiera darme una lección tan importante e imposible que no olvidara jamás, ni siquiera en otra vida cuando la humana sea pasto de la majestuosidad de los tiempos y el cosmos infinito.

Si cierro los ojos, es a Inna a quien veo en brazos de otro hombre disfrutando de unos labios que no son los míos, los únicos que debió seguir probando y que ahora ha profanado de la forma más sutil y dolorosa.

Si mantengo la mirada firme y fija es a Loana a quien puedo admirar en cualquiera de sus facetas. Es una invitación a la libertad absoluta y plena, a convivir con el deseo y con la razón en una simbiosis más que perfecta en sus manos, en su cuerpo, en sus sentimientos. Debo elegir como siempre, como nunca, como en el pasado, el presente y el futuro. Haga lo que haga, decida lo que decida, una parte de mí quedará en el abismo de las profundidades para que la otra pueda resurgir y retomar la consecuencia directa de una determinación de ese calibre.

Miro al teléfono de la mesita como el que mira asustado una película de suspense y terror. Observo también el móvil, chivo expiatorio de mis males interiores. Le doy tantas vueltas a las cosas que al final acabo por perder el tiempo. Es inevitable. Me cuesta tanto ofrecer, dar el paso para poder avanzar que yo mismo me convierto en un absurdo indomable. Me gustaría ser mucho más, mucho más todo, si bien tengo que conformarme con ser quien soy: un tipo que pretende la normalidad en una situación que tiene más de cotidiano de lo que a priori podría pensarse.

Uno. Dos. Tres. Respiro hondo.

Descuelgo el auricular. Marco el número de la habitación de Loana. No me estoy cuestionando nada, aunque podría. Me sorprende a mi mismo por esta decisión tan repentina y fugaz. Los tonos se repiten uno tras otro sin obtener respuesta. «¡Joder! Para una vez que me lanzo al ruedo y sin capote, no hay nada que esperar. ¿Dónde estás? ¿Estás tan dormida que no eres capaz de escuchar el sonido aterrador de un teléfono chillando a la altura de tu cabeza? ¿Estará bien? Demasiados interrogantes para tan poco cuestionador», grito internamente mientras espero.

Vuelvo a llamar. Está empezando a preocuparme no saber de ella. «Venga, Loana, coge el teléfono». No para de sonar el tono de espera y no hay rastro de esta mujer. «¡Mierda!» Si le ha pasado algo no me lo perdonaría. Me visto lo más rápido que puedo y salgo disparado hasta la habitación de Loana en la planta superior a la mía. Subo en el ascensor. No me encuentro a nadie en el camino. Quién va a estar a estas horas dando vueltas por el hotel a pesar que sea uno de lujo y cinco estrellas como éste. Pasan muchas preguntas por mi cabeza, todas con alguna respuesta posible pero sin ninguna certeza.

Toco a la puerta con los nudillos, con cierta vehemencia. No responde, más nervios, algo de sofoco. Vuelvo a tocar, ahora con mucha más fuerza que antes y sigue sin dar señales.

—¡Loana! ¿Va todo bien? —pregunto por si pudiera oírme.

No hay rastro. Si continúo gritando voy a formar una escandalera importante. En otro momento, lugar, situación, hubiera echado la puerta debajo de una patada, pero aquí no puedo hacer eso. Tal vez si bajo a recepción puedan darme norte de ella. No hace mucho tiempo que estuvimos hablando aquí mismo.

Decido bajar. Otra vez el ascensor. He memorizado la decoración exquisita de estos pequeños habitáculos de las veces que he podido ascender y descender en ellos. Seguro que no se me van de la memoria con facilidad. Una vez en la planta inferior, la calma es absoluta. Me acerco al mostrador de recepción sin saber que excusa voy a inventarme para preguntar por Loana. Somos dos extraños en un hotel de decenas de habitaciones. Fingir que me importa uno de esos clientes, no tiene mucho de veraz. La recepcionista está atendiendo al teléfono aunque ya ha reparado en mi presencia dedicándome una sonrisa maravillosa. Como me gusta ver una sonrisa en una mujer: es pura magia.

Mientras aguardo a que finalice la llamada me da la impresión de escuchar las notas de un piano. Me muevo un poco para encontrar una mejor audición y para poder localizar de donde provienen. Sorprendente, a esta hora. Me habían comentado que este hotel era lo más pero claro, unas piezas musicales tocadas a piano rizan el rizo. Me fascina la música que brota de ese instrumento musical. Me lleva a recordar tantas cosas de mi niñez y adolescencia que incluso, se eriza la piel. Mis padres me enseñaron a amar la música en todas sus facetas. Bien pronto me decanté por el piano que, desde mi punto de vista, es la herramienta musical más perfecta que existe.

Escucho la voz de la mujer que había en la recepción tratando de preguntarme qué necesito, si bien, hace ya unos segundos que me encuentro envuelto en una cruzada por saber de dónde y de

quién procede esa melodía. Me vuelvo atrás para asentir y pedir disculpas a la trabajadora del hotel levantando las manos y realizando el signo de pedir perdón con las palmas unidas delante del pecho. Por el gesto de su cara, sé que me ha entendido. Así que, vuelvo a mi aventura musical.

El sonido parece provenir de la parte derecha del inmenso vestíbulo del hotel. Si no recuerdo mal, porque suelo orientarme con soltura, en esa localización hay un pequeño salón para tomar el té con un decorado típicamente francés y junto a él, el *lounge bar*. Al estar más cerca, observo que el salón está cerrado pero el bar tiene una de sus puertas abiertas. Cuanto más próximo estoy a la puerta con más intensidad pueden escucharse las notas del piano. Ahora sí que estoy totalmente seguro que es así. Me asomo por la puerta con sigilo pues no quisiera interrumpir a la persona que está ofreciendo ese improvisado concierto nocturno. Logro entrar sin que nadie advierta mi presencia. En la otra dirección, puedo ver a un camarero tras la barra, dedicado a sus tareas y a unos metros a su izquierda un piano de color negro azabache con su instrumentista acariciando las teclas. Sigo avanzando. La zona está en un claroscuro de luz ambiente. Un poco más y estaré a unos tres o cuatro metros. Ya puedo decir que es una mujer la que toca con talento ese magnífico piano. Se encuentra de espaldas, con el pelo recogido. Una blusa de color blanco destaca en el conjunto oscuro que visten el piano y su pantalón. Sin hacer ruido, me siento en uno de esos incómodos sillones que ya tuve la “suerte” de probar por la tarde. Son bonitos, es cierto. Y a la misma vez, no son nada acogedores y amoldables a la figura de la espalda y las piernas. Continúo en silencio admirando la *toccata* en un directo fascinante. Me siento un privilegiado por poder disfrutarlo tan cerca, tan ensimismado en el movimiento sutil de unas manos que bailan una danza uniforme y ligera sobre el blanco y el negro de su teclado. Vuelvo a ser reminiscencia de mi pasado. En cierta forma, añoro ese tiempo donde la calma y el reposo venían dados por la asistencia frecuente a conciertos de música en los que el piano era el gran protagonista. Siempre quise estudiar lenguaje musical aunque me fue imposible por muchos motivos. Quizá en otra vida pueda ser capaz de aprender a dejar viajar mis manos mientras leo una partitura. Sería feliz con muy poco. De lo que estoy seguro es que, la música, formaría parte indivisible de esa otra biografía personal pendiente de escribir.

No me suena la melodía que está llevando a cabo la pianista. Hay tantas y tan diversas que salvo que sea muy conocida para mí es muy complicado aseverar quién podría ser el autor. Clásico, moderno, el estilo influye en las sensaciones que voltean tu cuerpo mientras te dejas llevar por armonías mayores o menores, en notas sostenidas o en silencios colocados adrede para darle un énfasis más certero, más obligado, más poderoso. Creo que está llegando al final de la pieza musical, porque la cadencia de las notas va decreciendo a un ritmo constante. Llegado un momento, deja de acariciar el teclado y pone sus manos encima de sus rodillas para que sus dedos y sus manos puedan descansar y tomar de nuevo el impulso y la fuerza necesarias para otro envite.

Sin embargo, la pianista se levanta y coloca la tapa ocultando las teclas, como protegiendo un tesoro incalculable. Empuja la butaca bajo el piano y al quedar erguida, mueve el cuello de un lado a otro estirando los músculos que podrían haber quedado un poco entumecidos tras la tensión que sube desde sus manos, por los brazos, hasta depositarse en la zona de los trapecios. Me gustaría felicitarla aunque reconozco que me da vergüenza. Sí, a mis años me sigue dando vértigo un encuentro con una mujer. Así que sin pensar, me levanto despacio y me dispongo a salir del bar por el mismo camino por donde he llegado. A todo esto, sigo sin saber nada de Loana. Iré de nuevo a recepción a averiguar todo lo que pueda.

De repente, escucho algo. Una voz particular y que conozco me habla en el silencio del *lounge bar*.

—¿Héctor? —Escucho, produciéndose un absoluto remolino a mi alrededor.

Me giro y entonces, puedo empezar a comprender.

—¿Loana? ¿Eres tú, verdad? —respondo estupefacto y sorprendido al ciento por ciento.

—Claro que soy yo, querido. ¿Quién si no? —contesta con esa calidez que solamente atesora una voz como la suya.

—No sabía que tocabas el piano —le digo una vez que ya ha alcanzado mi altura y estamos frente por frente iniciando una visión contemplativa de nuestras miradas.

—Hacía mucho tiempo que no lo hacía.

—Pues a mí me ha sonado perfecto. Debiste tener buena maestra o es que eres una magnífica alumna.

Loana sonrío. Y esa sonrisa, como aquella primera vez unas horas antes, me desarma.

—Pues las dos cosas, Héctor. Buena maestra y buena alumna. Una buena química además de un amor apasionado por el piano.

Cómo me gusta que le apasione una de mis grandes aficiones.

—Ya tenemos un poco más en común, *Madame Lanusse*.

—Pero, ¿es que teníamos algo en común, *Monsieur De la Vega*?

—Creo que alguna que otra hay.

Ríe. Me gusta verla reír.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —Me ha cazado pensando en preguntarle la misma cuestión.

—Pues igual no te lo vas a creer...

—Tú dirás y ya veremos si te creo o no.

—Fui a buscarte a tu habitación.

Se queda atónita ante lo que acaba de oír. Es como si estuviera esperando precisamente, ese discurso. Parpadea un par de veces y vuelve a fijar su mirada. Se acerca un poco más, tanto, que el aire tiene dificultades para pasar entre los dos. Permanezco inmóvil, como suele pasarme en estos casos. Ella lleva la iniciativa. Pasa sus brazos por encima de mis hombros y los entrelaza tras mi cabeza. Ladea su rostro y me susurra algo al oído.

—Exactamente, Héctor, ¿para qué fuiste a buscarte a mi habitación...?

06:07 HORAS. MADRID

Le miro a los ojos buscando una explicación. Nunca predije que lo que ocurrido llegara a pasar realmente. Le estoy diciendo tanto con estos ojos ensangrentados y llenos de un enfado que crece y crece sin remedio. No era necesario pronunciar palabra para descifrar con precisión lo que estoy perjurando. En un momento dado me armo de valor y con valentía, me enfrento a la tensión acumulada con la cabeza alta.

—Te dije que no publicaras la fotografía en redes sociales, ¡joder! ¿En qué narices estabas pensando? Estoy seguro que mi marido la ha visto y en estos momentos debe estar en ebullición, a punto de explotar. ¿Por qué lo has hecho? ¡Maldita sea! —le digo mientras me desembarazo de un abrazo que no tiene sentido ahora.

—Fue un acto reflejo. No te enfades. Tampoco tiene tanta trascendencia —me contesta mientras sondea el calibre de mi disgusto.

—¿Un acto reflejo? Pareces un crío. Es que no sé, no sé. Ya no sé qué creer.

—Estate tranquila, Inna.

—¿Tranquila? ¿Cómo me pides que esté tranquila cuando hay una foto besándome contigo que va circulando por las redes? ¿Estás loco o qué? Te lo dije, te lo repetí hasta la saciedad: no es necesario hacer leña del árbol caído. Llevemos este asunto con sosiego y tranquilidad. Y, ¿me has hecho caso? Pues no. ¡Mierda! ¡Joder! No sé con qué cara voy a recibirlo cuando llegue mañana. Es tan evidente, que chirría.

—Inna, solamente es una foto. A mí me da exactamente igual que la gente la vea.

—¡No me fastidies! Pues a mí, no. ¡Que soy una mujer casada! ¿Es que no lo recuerdas? ¡Me sacas de los nervios!

—¡Ya está bien, Inna! No es necesario seguir más con esta conversación absurda.

—¡Absurda será para ti! ¡No te fastidia! Mira, déjame en paz un rato porque en este momento no sé lo que haría contigo.

No me dio tiempo a seguir hablando pues recibí un beso en la boca con un apasionamiento que noté un poco exagerado. Traté de zafarme pero al verme acorralada por sus labios terminé dejándome llevar, entreabriendo mi boca y jugueteando con su lengua. Habíamos salido fuera, a una pequeña terraza donde se encontraban algunas parejas tomando una copa y respirando aire fresco. Tras retirarme unos centímetros, tomé la palabra.

—No vuelvas a hacer eso.

—Creía que te encantaba que te besara de esa forma.

—Déjate de historias conmigo, que bien conoces de lo que te estoy hablando. Y menos aquí, en público, delante de tanta gente. Recuerda que conozco a la mayoría de los asistentes y no dudarían un segundo en ir con el cuento a mi marido. Ya tengo bastantes problemas para añadir algunos más entre cuchicheos y cotilleos varios.

—Para mí, Inna, esto es un juego.

—Pues para mí no, joder.

—Deja de decir esa palabra, que ya la he escuchado bastante. No es necesario repetirla tanto.

Ya me he enterado de lo que quieres decirme. Insinuar, no se te da bien, querida.

—Te odio.

—Qué mentirosa eres, Inna. Sabes que estás loca por mí.

—Engreído de mierda.

—Todo lo que tú quieras, pero es así. Hace ya unos meses que eres mía, absolutamente mía...

Y cogiéndome por la cintura, volvió a impactar en mi boca, llenándola por completo de besos y un frenesí entusiasmado. Me dejó hacer, una vez más. Mientras estoy entre sus brazos no hay lugar para pensar en mi marido, en Héctor. Lo hecho, realizado estaba. Seguro que no es la mejor forma de hacerle ver que todo se ha terminado y que quiero una vida nueva, ya sin él. El problema reside en cómo encauzar el debate previo a salir por la puerta de casa con las maletas hechas y una nueva ilusión por vivir. Conozco bien a Héctor y sé que no lo aceptará sin más, sin una explicación convincente a tantas preguntas que seguro se agolpan en su cabeza.

Los dos terminamos la copa y salimos juntos de la fiesta. Lo que habíamos guardado en celosa reserva, se había convertido ahora en un secreto a voces que se magnificaría a la enésima potencia al haberse compartido en la red. La instantánea correría como la pólvora antes de explotar y causaría el resultado dejando las secuelas correspondientes. Yo lo llevo bien pero no puedo medir cómo se encontrará mi marido; estado civil que dejará de ser a corto plazo.

Volví a ver las llamadas perdidas de Héctor en mi teléfono móvil. Evidentemente, no contesté a ninguna de ellas, no era el momento. Mucho menos, encontrándose fuera de casa. Pienso que es mejor que esté lejos, porque evito una primera sacudida complicada.

Mientras regreso a la que aún es mi casa en la parte de atrás de un taxi, revoloteo mis reflexiones. A pesar de lo vivido y lo que estoy viviendo en este momento presente, siento cariño por Héctor. Sin embargo, pienso que es el momento de darle un punto y seguido a mi vida. La relación ha llegado a un punto de esos que llaman sin retorno. Buscar un culpable no es mi cometido pero estoy segura que alguna parte tiene que ver conmigo. No quiero dejarle todo el peso del fracaso matrimonial. Cosas de la vida, que suelo decirle cuando nos enzarzamos en discusiones baladíes que terminan con uno durmiendo en el sofá del salón y yo ocupando una cama de un metro cincuenta para mi sola. En los primeros tiempos, acabábamos teniendo ese sexo reconciliador que consumía los rastrojos de los malos rollos. Con el paso del tiempo, también las relaciones íntimas quedaron relegadas a un plano inexistente de una relación que caía en un declive esperado.

Al llegar a casa, me fui directamente a la cama. No estaba para muchas historias tras una noche con discusión incluida. Desde que nos conocimos y dimos rienda suelta a nuestros sentimientos, pocas veces habíamos discutido. Quizá la de esta madrugada era, en intensidad, la más profunda. El enfoque que le hemos dado los dos tras escucharnos ha sido tan apasionado y vigoroso que daba la sensación que nuestra nueva relación estaba construida sobre roca. Lo que nos deparará la vida es algo que a estas alturas, prefiero no calibrar. Ya tendré tiempo de comprobar si la decisión que tomé hace algunos meses es la correcta.

06:10 HORAS. PARÍS

Qué bien se está mientras le rodeo con mis brazos. Noto su nerviosismo, su intranquilidad tierna y casi adolescente, su querer mirar para otro lado, su intrínseco saber lo que tiene que hacer en cada momento. Es la segunda vez en pocas horas que lo tengo tan cerca y me gusta, me gusta mucho. Si tan solo fuera capaz de olvidar el tiempo y el lugar, lo que es y lo que soy, para buscar unos minutos de luz en la oscuridad. Estoy segura que le atraigo mucho más de lo que él se imagina, pero no da su brazo a torcer. Quisiera, quisiera desnudar su corazón y hablar a tumba abierta, sin temores de por medio ni puertas cerradas que atravesar. Solos, él y yo. Postergar quiénes somos y buscar el regocijo de la intensidad de dos personas que se gustan, que se cautivan y que se hechizan en silencio.

Porque es el silencio el que modela nuestros actos. Silencio para pensar, para hablar, para discutir, para zozobrar en la orilla de los pensamientos. Todo se vuelve silente, en una vertiente arriesgada para cruzar. Límites que nos imponemos nosotros mismos y que no tienen más significado que no aceptar la realidad tal y como viene. Porque sé que yo soy su realidad. Quizá suene a egocentrismo sublime y excéntrico. Me siento en la tesitura de estar siendo presa de sus pensamientos.

Aquí, mirándole a los ojos, puedo interpretar muchas cosas. Soy mujer y por eso sé de lo que hablo. Soy muy consciente de lo que siente, de lo que deja de sentir y de lo que sentirá en breve. Es tan sencillo mover los hilos para que todo encaje y tan complicado dar el primer paso que será el inicio de un camino nuevo. No le debo nada a nadie, ni siquiera a Remy. Ahora me debo a mí misma, a mis emociones, a las sensaciones que me invaden y a los sentimientos propios. Nada más. Ya acabó el tiempo de andar callada ante atrocidades varias, de colocar sonrisas falsas ante equivocaciones realizadas adrede, de sublimar mi propio yo en beneficio del que tenía a mi lado. Quiero y debo ser egoísta. Mi vida me pertenece a pesar de las cláusulas contractuales de conveniencia. Soy yo, libre, libertina y liberadora. Y a quien no le guste, puede comenzar a mirar para el lado contrario de mis intenciones. Basta ya de ser la segunda de a bordo; yo soy la primera para todo, incluso para mí misma.

—Héctor, cariño. ¿Estás bien? Ando pendiente de escuchar para qué fuiste a buscarme a mi habitación. —Vuelvo a intentar sacarle de su silencio.

Piensa unos segundos antes de contestarme. A pesar de estar mirándome a los ojos, no termina de fijarse de ellos; parece que está en otro lugar, en otro tiempo y con otra persona.

—Pues no lo sé muy bien. Bueno, sí. Tal vez. No sé. Esta noche está siendo complicada de explicar —me responde titubeando demasiado.

—Complicada de explicar, dices. —Continúo con mis brazos alrededor de su cuello. No nos hemos movido ni un solo milímetro. Siento que sus manos me toman de la cintura, y quiero morir de estremecimiento. Pero no puedo ser tan expresiva. No aún.

—Sí, así es —contesta, en el mismo tono que ha estado utilizando toda la noche.

—Soy toda oídos. —Espero y deseo que se suelte de una vez.

Me sonrío. Me pierde esa mueca en sus labios, alrededor de su boca. Vuelve a ponerse serio.

Me gusta menos, aunque me sigue pareciendo apasionadamente maravillosa.

—¿De verdad quieres volver a escucharme?

—Y, ¿por qué no? ¿Tienes algo mejor que hacer que estar con una mujer de bandera agarrada alrededor de tu cuello en lo poco que queda de madrugada y encima, en la ciudad de París? Si empiezo a enumerar posibles candidatos que matarían por estar en la misma situación en la que estás tú en estos momentos, no acabaría en un buen rato...

Ahora ríe. Noto sus manos en mi espalda. La fricción es algo más poderosa y las sensaciones acrecientan el morbo del momento. Porque es morbosos, no voy a engañarme. Y mucho.

—Sé que soy un privilegiado.

—Pues entonces, querido, utiliza bien esa prebenda y actúa como debes —le digo, suplicándole con los ojos que me bese de una puñetera vez.

Mira hacia abajo y pierdo el color de sus pupilas. No es buena señal. Quizá fui demasiado directa, o muy impulsiva. Estos hombres, que no son capaces de darse cuenta cuando una mujer está rebosante de un deseo irrefrenable. Es calculado. Soy un volcán, está claro, pero yo decido cuándo, cómo y con quién entro en erupción.

—Inna me es infiel.

Menudo bofetón anti orgásmico me acaba de propinar. Mis brazos continúan en su lugar y tengo la sensación que quizá no sea la localización correcta. Me mantengo ahí. Si los retirara, sería una estocada baja, difícil de soportar.

—¿Cómo? —Solo acierto a preguntarle eso.

—Lo que oyes.

—No entiendo, Héctor. ¿Ella?

—Sí.— Ese asentimiento tiene tanto atesorado en esas dos letras juntas que no habría diccionario que pudiera aportar el significado completo.

Mira hacia otro lado. Hace un ratito que sus ojos no quieren saber nada de los míos, por mucho que ladeo la cabeza en la dirección en la que él lo hace.

—Imagino que no lo esperabas. —No sé qué decirle.

—Pues no, Loana, no lo esperaba. ¿Quién espera que su pareja, que su compañera le sea infiel? — sus palabras suenan a derrota sin paliativos.

—Bueno, yo sé algo de eso. —Intento propinarle una inyección de orden y calma a algo que no lo tiene.

—Abrázame, Loana. Te lo ruego.

Me pide que ¿lo abrace? Héctor me ha pedido que lo abrace. Sí. He entendido bien. Y de hecho lo hago, con toda la ternura que soy capaz de transmitirle en estos instantes de confusión y desconcierto. Cierro los ojos. Deseo sentir el *karma* que subyace su piel y que me llega de su alma. Y no es positivo, para nada, todo lo contrario. Noto sus brazos alrededor de mi cuerpo y a pesar de preferir otro tipo de vigor, me gusta estar así. Con él. Con él, sí.

Deja caer su cabeza en mi hombro buscando ese refugio que entiendo ha perdido. Me vienen a la cabeza muchos motivos por los que su mujer está con otro hombre. Cierto es que no conozco la otra parte de la historia pero de la que sé, no le daba pie para hacer algo así. Debe haber mucho más que desconozco; alguien no toma la decisión de ser infiel si tiene a su lado lo que necesita y lo que le complementa. Dejemos a un lado las cosas de cama, aunque no muy lejos. Ser pareja es mucho más que acostarse a dormir en el mismo lecho todos los días. Mucho más que levantarse juntos y desearse buen día en el trabajo o quedar para comer al mediodía con el tiempo justo para el último bocado o la cena

sentados en el sofá en ropa de andar por casa.

La historia de Héctor tiene muchas similitudes con la mía. Es cierto también que hay cierta distancia que las hace dispares entre sí. En las dos hay sentimientos; a flor de piel, si me apuro. Él vive el amor con una intensidad que no es común, que no se ve con facilidad hoy en día. Yo misma me sorprendo al notar el cariz que le proporciona a su historia de vida, a su comunión con la persona que comparte su mismo techo. Lo mío, a su lado, es un cuento para adolescentes hormonados que buscan su propio riesgo sin contar con nadie. Héctor es otra cosa. Y lo he sentido en mi propia piel. Creo que no me ha engañado, que está siendo absolutamente transparente y que no se está guardando nada. No lo veo mintiendo, ni tampoco excusándose por no ser quien es. Su sentido de la responsabilidad, en todos los ámbitos es tal que, en cierto modo, me asusta. Si bien, en el mismo sentido, me fascina, me vuelve más reflexiva de lo que suelo ser.

Parece que vuelve en sí. El poder de los abrazos es tan sublime que es capaz de recomponer lo que está roto en miles de diminutos pedazos. Se separa unos centímetros y me mira nuevamente a los ojos. Sé que quiere hablar. Debo dejarle su espacio, su lugar en ese mundo que ahora se ha desmoronado para él.

—Gracias por el abrazo, Loana. Eres una mujer maravillosa —me dice casi susurrando. No le sale la voz de la garganta. Está afectado, y mucho. Pero de igual forma, me fascina.

—No tienes por qué darme las gracias, Héctor.

—Sí. Sí que tengo que darte las gracias. Si no fuera por ti, el desquiciamiento sería de proporciones mucho mayores.

—Está bien. De nada. ¿Mejor así...?

Sonríe.

—Sí, mejor así.

Se acerca más. Aún en esta tesitura y con esta armonía complicada, le deseo. Mucho más cerca. Más. Ladea su cabeza y me besa en la mejilla. El rubor enciende mi cara como un fogonazo tras la deflagración de un cañón medieval. Quiero más. «¡Quiero más, por favor!», grito en silencio.

—Y, ¿este beso? —pregunto de forma inocentemente directa.

—Porque me gusta besar en la mejilla. Me resulta de una ternura exquisita, además de ser otro modo de agradecerte un abrazo que necesitaba y que me has concedido sin poner una sola objeción — me responde, con esa voz que llena todos mis sentidos de sensaciones únicas.

Igual me equivoco pero, de esta, me lanzo al río.

—Y, ¿solamente te gusta besar en la mejilla?

Vuelve a sonreír. Mucho más.

—Me gusta besar en muchos otros lugares, Loana —me suelta.

«¡Ay!», suspiro como una veinteañera que se encuentra con el tipo que le gusta en la fiesta de fin de curso. A saco que voy.

—Y, ¿a qué esperas...?

06:28 HORAS

Tengo la boca de Loana a menos de tres centímetros. Yo que soy de pensarlo todo, absolutamente todo, no tengo el tiempo ni las ideas necesarias para traducirlas en pensamientos. He vuelto a dar pie a una situación que parece estar rodeando mi posición como si fuera un aparato de esos que señalan dónde te encuentras en cada ocasión.

Ahora que sé lo que sé no tendría por qué eludir este reto que la vida de Loana coloca en mi camino. Es un desafío contra mí mismo. Si bien, no es como hace unas horas, cuando yo no sabía que Inna estaba dándomelas con otro hombre. Mi reacción estaría muy clara si no hubiera visto esa fotografía. Pero, es que la he visto. He comprobado con mis propios ojos lo que jamás quise que ocurriera. Sin embargo, ha ocurrido. Y me ha dejado sin respuesta, noqueado como un boxeador que cae en la lona tras recibir un golpe seco, duro y directo a la mandíbula. Si me levanto es para ponerme a luchar de nuevo, cueste lo que cueste y permanecer erguido. Si me quedo en el suelo, el cuadrilátero me servirá de refugio y podré salir del ring escoltado por mis propios fantasmas, esos que de tanto escudriñar mi vida, la han hecho oscura y tenebrosa, a merced de las tinieblas que recorren mi cabeza.

Por qué hacerle caso al deseo si no voy a sentir nada más, me pregunto mientras el aroma de la mujer que tengo delante de mí, abrasa mis limitadas y debilitadas defensas. Por otro lado, por qué no hacerle caso a ese apetito inaudito que vuela libre por cada poro de mi piel cuando estoy tan cerca de ella. Ya me lo cuestioné antes y vuelvo a hacerlo en este justo instante.

Cierro los ojos buscando un sendero por el que caminar descalzo sin miedo a quedar herido. Y cuando los abro, descubro la inmensidad de un océano que se abre ante mí para ser descubierto. Recorro el mínimo trayecto que separa un mundo nuevo y el mío propio y termino impactando suavemente con sus labios.

06:29 HORAS

Miles, millones de diminutas sensaciones explotan al mismo tiempo que su carmín rojo colorea mis labios. Su boca adquiere la vida que no posee la mía y se encuentran en un ataque demoledor por decidir quién es la ganadora del envite. Sus manos acarician mi cuello mientras las mías descansan en su cintura y exploran con sigilo la pendiente que desciende desde su espalda. No soy capaz de abrir los ojos por temor a despertarme en una pesadilla tal que no desee volver a probar el poder de unos besos dibujados con pasión y sentidos como un placer en sí mismos. Abraza su cuerpo como si fuera la última vez. Nos enredamos de tal forma que construimos un velo invisible que nos protege de todo mal, de todo bien, de todo lo ajeno a dos personas que se desean, que anhelan vivir un instante único.

Parpadeo por unos instantes y me descubro fiel a su cortejo. Separa sus labios y comienza a caminar delante de mí ofreciéndome su mano para que siga sus pasos como un niño tras su madre, como una ola vuelve a mecerse con el mar. Mi única elección ahora mismo es seguir la cadencia de su caminar y comprobar hasta dónde quiere llevarme el horizonte que marca su mirada. Puedo sentir lascivia en mis ojos, en mi mano que roza y acaricia su piel, en la respiración que se agita como un vendaval, en el juicio intencionado que maquina una mente que juega a ser la única dueña de mi vida. No escucho el repiqueteo del corazón tratando de evitar lo que tiene visos de ser inexcusable, inapelable y obligatorio. Esa parte de mí que regresa siempre al punto de inicio y que pone orden donde hay caos, organizando hasta el más nimio detalle para devolver el equilibrio a la esfera que me mantiene en vilo constante.

Cruzamos el vestíbulo y la zona de recepción como dos chiquillos haciendo travesuras, ella delante y yo detrás, como dejando claro quién está ganando esta segunda contienda que comenzamos a batallar cuando bajé a buscarla. Porque está claro que es ella la que lleva la iniciativa, es ella la que procede sin guión, improvisando escenas y lugares donde los protagonistas son dos amantes furtivos. Porque somos más que un hombre y una mujer presa del delirio en una madrugada atípica y comprometida. Somos nuestro propio presente, una vigencia olvidada en los viejos libros adolescentes, donde cautivar y ser cautivado era el cometido diario de nuestros anocheceres.

El ascensor nos da una tregua. Ya no rozamos nuestras manos, ni tampoco cruzamos palabra alguna. Sobra todo. Para qué estorbar si es innecesario. Tan solo miramos de frente, buscándonos en el abismo que creamos juntos y que no tiene fisuras. Al menos, aún no están localizadas y abiertas. La llegada tiene el rumbo elegido, una puerta por abrir y un interior en penumbra que adquiere la sinuosidad de los amantes.

Vuelve a ofrecerme su mano y yo acepto sin rechistar. Los metros que nos separan de su habitación decrecen con rapidez, la misma que sus pasos enjutos en esos zapatos de tacón. Continúa desarrollándose un festival de nervios e incertidumbre en un sainete utópico de quien no vive el deseo desde hace mucho tiempo. Menudo guirigay hay formado dentro de mí. Aunque intente reconocerme en esta tesitura, no recuerdo haber siquiera pensado en algo así. Lo evocaría, estoy seguro; me acordaría de estar deseando fundirme en sus brazos y comer de esos labios que

susurran mi nombre en la quietud de mi subconsciente. Porque quiero ser yo, a pesar que eso signifique ser desleal con mis más recónditos suspiros al aire.

De repente, se detiene. Suelta mi mano. Me pilla por sorpresa. Coloca su espalda frente a la pared y me reta. Sonríe, aunque evidencia con rotundidad otro cariz distinto, más primario, más febril, más furioso.

—Ven, Héctor.

Es lo único que me dice. Me acerco a ella y entonces, comienzo a comprender. Está jugando conmigo. Es consciente que me tiene por completo a su merced y en esa consciencia adivino que se divierte, queriendo quedarse conmigo. Lo noto en su lenguaje gestual porque no le hace falta verbalizar para hacerse entender. Sabe de su posición relevante y la usa a su conveniencia. Es hábil, muy hábil. Me lleva por el sendero que quiere en todo momento. Es una mujer directa, no se anda con rodeos cuando ansía algo y está claro lo que desea ahora. Una mezcla misteriosa y singular se propaga como el fuego provocado en el sendero que lleva a la colina, a esa cima sensorial que hace mucho tiempo que no alcanzo. Tal vez sea miedo, miedo disfrazado de tal forma que no consigo reconocer si viene a por mí o lo estoy expulsando de mi cuerpo para que me permita emanciparme de él.

Me estoy obligando a olvidar. En mitad de esta fantasía animada me exijo la necesidad imperiosa de relegar lo que soy para dejarlo arrinconado en la cuneta, en aquel cementerio del asombro y de la duda. Cómo hacer algo que nunca tuve la exigencia de llevar a cabo porque no era vital. Se me va la cabeza de tanto pensar las cosas. ¿Por qué me empeñaré en postergar mis decisiones hasta el último momento?

Es hora de cambiar. Ya.

Observo su cuerpo pegado a la pared y es hermoso. Quizá no sea la palabra que mejor defina la imagen que tengo frente a mí. Aun no eligiendo la palabra correcta, está hermosa, destilando esa pasión callada y vibrante que abduce alma y juicio.

El pasillo está completamente vacío: estamos solos, ella y yo. Un truhán por sorpresa y una amazona por natura. Apoyo mis manos en la pared, justo a cada lado de su cabeza. Puedo escuchar mis propios latidos que debaten a golpe de ritmo de boga si enlazarse o no con los suyos. Adivino en sus sutiles jadeos que es presa de una agitación que sucumbe la razón y adereza las sensaciones. Ahora soy yo el que no espera acontecimientos y tomo su boca como mi bandera jugando a ser invasor en sus labios. Pecho contra pecho, ese es el límite y la distancia que existe entre los dos. Vuela la imaginación al compás de los ladeos que dibujamos para seguir cautivos de un contacto con aroma a frenesí. La sensación de placer es tan intensa que no sería descabellado caer en la insensatez del momento que estamos viviendo. Estoy siendo yo el que actúa como el hacedor de la historia, el señor que envía las tropas a la batalla. Pero es Loana la que sin apenas movilizar un solo músculo de su cuerpo, me desliza y me atropella en la danza alrededor de su fuego. Es ella la que de forma efectiva y natural mueve los hilos que dan vigor a cada gesto, a cada beso, a cada caricia, a cada empuje de cuerpo a cuerpo.

Bajo mis manos hasta su rostro y lo sostengo entre ellas, moviendo los pulgares para acariciar su piel. Loana cierra los ojos para magnificar el alcance de unas caricias que buscan acentuar lo que ya de por sí es único y extraordinario. Sus labios son pasto de mi boca que no pretende soltar amarras mientras su lengua siga trazando el rumbo conocido. Ella alza lentamente la pierna derecha y yo la recibo con mi mano, acercándonos un poco más. Un poco más, tan pegados como la carta y el sello lacrado, tan unidos como la mar y las olas de espuma salada que vienen y van sin descanso.

El que jadea ahora soy yo. Esta mujer me está volviendo un maniático por desear su mente y su cuerpo. Mis sentidos están centrados en ella, en el gozo y el deleite que brota de su cuerpo entero. Loana pone sus manos en mi cintura y me aprieta un poco más contra ella. Son las caderas las que bailan, las que arremolinan el punto de fruición que se concentra ahora en dos puntos estratégicamente situados. Ella y yo. Yo y ella. Creo volverme loco. Esta situación aliena mi facultad de discurrir, de razonar sobre la conveniencia de cada uno de mis actos. En ocasiones odio esta maldita virtud de querer controlarlo todo porque es ahora cuando me doy cuenta que el control es lo último que quiero tener. Ser descontrolado, furtivo, inconfesable, un buscón de intimidad que no recuerda la última vez que pudo sentir como lo está haciendo en estos momentos.

Loana me mira, sabiendo ya que yacer juntos en su cama es la próxima estación de este viaje de ida. Pone su dedo corazón en mis labios. Sonríe. Su excitación es inversamente proporcional a la mía. Me encuentro al borde del éxtasis y ni siquiera hemos desnudado nuestros cuerpos. Si bien nuestras almas corren desarropadas por el jardín del edén.

—Shhhhhh —me manda callar con un siseo turbador.

—Loana, yo...

—No digas nada, Héctor.

—Loana, por dios...

—Shhhhhh... dame tu mano y ven conmigo...

Loana abre la puerta de su habitación. El temor parece fusionarse con las sombras a media luz que hacen reverencia en el interior. Debo calmar esa ansiedad que recorre mis músculos y darle calma a una respiración que somete a mi corazón a un estadio de inquietud y desasosiego.

—Siéntate en el borde la cama, Héctor.

—Ven a mi lado, Loana.

—Shhhhhh...

De pie frente a mí y con la tímida claridad del amanecer entrando por un pequeño resquicio en su ventana, vuelve a sonreírme. Los dos hemos logrado apaciguar al lobo feroz que aguardaba su turno agazapado tras el apasionamiento de los besos y las atenciones alrededor. Aunque entiendo que en un breve lapso fugaz, regresarán las hostilidades entre los dos y con más ímpetu, más fuerza y mucho menos control que hasta ahora.

Comienza un nuevo desafío cuando sus manos inician la tarea de desabotonar esa blusa blanca que tan bien le sienta. Uno. Otro. Otro más. El velo del templo comienza a rasgarse para procurarme una perspectiva ideal del color y la forma de su ropa interior. Suspiro. Abro mis brazos y los coloco abiertos con la palma de las manos en el borde de la cama. Aprieto las sábanas, en uno de esos movimientos a los que llaman reflejos pero que no lo son tanto en ocasiones como ésta. El último botón queda libre de su ojal y la prenda queda abierta de par en par. Desciende su torso un momento para que pueda ver un poco más. Los suspiros, ya no son suspiros. El pantalón aprieta mi cintura, condiciona mi libertad y mi ambición por su piel. Regresa a su postura inicial y se despoja por completo de la tela.

Ahora es el turno del pantalón que separa sus piernas de una mirada mía que arde como una fogata en la montaña. Con una rapidez pasmosa se deshace de ellos, mientras cae de una sola pieza al suelo. La imagen de Loana en lencería es tan exquisita y fascinante que temo babear como un niño pequeño. Lucho por mantenerme en mi posición y no abalanzarme sobre ella sin su permiso. Solamente calza sus tacones y viste esa ropa íntima que induce y ruega ser adorada. Quisiera rendirle pleitesía, más debo esperar un poco más.

Fija sus ojos en mí y revisa palmo a palmo cada parte de mi cuerpo. Da un paso al frente,

colocándose en la vanguardia, dispuesta a batallar si es necesario. No puedo calcular el tiempo que podré permanecer inmóvil. Mis ganas están en su punto óptimo y necesitan ser desenjauladas de una vez. Muerde su labio inferior, adrede. No me conoce, pero pensaría que sí. Ese simple gesto acaba por darme el pistoletazo de salida. Ya no puedo aguardar más con este deseo que aflora, que me llena por completo.

Me levanto de la cama con elegancia y rapidez y tomándola en brazos, poso su cuerpo encima de las sábanas. Encoge las piernas para trazar una sinuosa figura con las curvas que moldean su cuerpo. La claridad del día prosigue con sus buenos días tras una noche que no podremos olvidar en mucho tiempo. Presa de una furia que ya está desatada, arranco los botones de mi camisa y camino de rodillas en la cama en su busca. Loana abre sus brazos para recibirme y mis labios vuelcan su deseo en su boca. Sus manos se mueven por mi espalda como un girasol buscando el sol y perfila garabatos suavemente con sus uñas bien cuidadas. El vello de mi cuerpo se eriza al sentir ese cosquilleo. Vuelvo a jadear y el sonido se mezcla con un gemido seco y profundo que sale despedido de su garganta. Escuchar semejante eco enciende todas las alarmas en mi interior. El ardor y el ímpetu acumulados piden paso urgente para salir afuera y conquistar la tierra firme que pisan mis pies.

Con el torso desnudo y arrodillado frente a ella es el turno de desabrochar ese cinturón que oprime otra parte de mí. Loana me mira, se incorpora y me mira. Aparta mis manos y son las suyas las que apartan el cinto y rebajan un poco el aprieto del pantalón. En ese instante, mi cuerpo se deja caer con lentitud sobre el suyo, que me recibe con una temperatura alta y una excitación voluptuosa. Termina por deshacerme por completo del calzón, no sin algún que otro movimiento extraño para poder acabar la maniobra completa. Yo mismo muestro una carcajada interior ante la situación tan rocambolesca.

Ahora sí: somos los dos los que rozamos nuestros cuerpos desnudos. Esa sensación única de las caricias piel con piel, marcará mi vida. Lo sé, lo intuyo. Esta noche no va a ser cualquier otra noche. Será para siempre el desenlace de ese sendero del silencio que me ha llevado hasta aquí. Soy otro hombre.

Y ahora solo deseo hacer el amor con Loana, de ser libre como quizá nunca antes fui, de ser pasión que se arremolina enredado en su cuerpo. Y entonces, que el amanecer nos encuentre abrazados y colmados de placer absoluto.

AMANECER

Estoy recostada en su pecho. Es algo que echo de menos en mi vida. Esos instantes de calma y tranquilidad que alcanzan sentido tras una intensa sesión sexual. Y sí, al final hemos conseguido estar juntos. Mira que le ha costado decidirse. Si es que soy irresistible...

Bueno, la infidelidad de su mujer igual ha tenido algo que ver. Venga, vale: ha tenido todo que ver. Ha debido ser duro para él dar ese paso tan importante. Lo que no sé es si ahora sentirá algún tipo de remordimiento por haberse acostado conmigo. Lo conozco poco pero creo saber por dónde pueden caminar sus pensamientos ahora. Me gustaría que me hablase, que me susurrara al oído que ha sentido tras tenerme entre sus brazos, al probar mis labios o sentirse dentro de mí. Lo sé, soy una persona muy visceral, muy apasionada; y no solamente en el sexo, también en todas las facetas de mi vida. Esa forma de ser me ha llevado hasta donde estoy pero no ha podido evitar algún que otro contratiempo de consideración. Héctor es diametralmente distinto, aunque mucho menos de lo que él piensa.

Aquí a su lado, contando los latidos de su corazón, me siento una mujer nueva. Da la sensación de haber pasado un siglo desde que lo conocí en el *lounge bar* del hotel. Parecía tan seguro de sí mismo que resultó ser una cortina de humo porque es mucho más vulnerable, sobre todo con aquello que siente que es lo correcto. Quizá la vida no le haya tratado todo lo bien que él se merece. Siempre a mi modo de ver, claro.

Me doy cuenta que acaba de abrir los ojos. Los últimos cinco minutos ha permanecido imparable, ensimismado. Pasa una de sus manos por mi pelo. Me encanta. Me aprieta contra su cuerpo. Es una sensación nueva, aunque sea del todo cotidiana.

—Loana...

—¿Sí?

—¿Estás bien? Me refiero...

—¡Héctor! ¡Que no somos unos niños! Claro que estoy bien. Ha sido un polvo maravilloso. Echaba de menos esa pasión sobre mí, sobre mi cuerpo, sobre mi alma.

Se queda callado. El corazón vuelve a latir con fuerza. No quiero mirarle para no presionar lo que vaya a decirme ahora.

—Muy gráfica. Eres muy gráfica.

Me río, ahora sí. Me hace mucha gracia que me diga esas cosas.

—Soy así, cielo. Ya me vas conociendo.

—Solamente un poco, Loana. Solo un poco.

—Ya sabes mucho más que algunos.

—Es cierto. Me ha dado tiempo a contar los lunares de tu pecho, por ejemplo.

Eso me descoloca un poco. Ese atrevimiento no pertenece a su forma de ser. Al menos, no en la parte que conozco.

—¿En serio? Y, ¿cuántos se supone que deben existir?

—¿Me preguntas a mí? Yo pensé que ya lo sabías. Me estas poniendo a prueba, ¿verdad?

—Para nada, Héctor. Me gustaría saber ese detalle sobre mí. En ningún momento le di

importancia a esa particularidad. Fíjate que ahora me ha entrado la curiosidad por saberlo.

—Me extraña que tú no sepas ese dato.

—¿Por qué?

—Al ser una mujer tan segura de sí, tan independiente, tan dueña de sí y de su vida, estaba cantado.

—Pues va a ser que no, señor sabelotodo.

Se ríe. Me incorporo un poco para verle la cara. Esos hoyuelos que se marcan alrededor de su boca son irresistibles. De hecho, me acerco y le beso en los labios. Él, me devuelve la atención recibida. Un simple roce es suficiente. No pretendo marcar territorio, pero me gusta dejar claro quién es quien.

—Pues es sencillo, Loana. Para tu información personal, tu pecho es un lugar enigmático. — Me hace reír y eso me fascina enormemente. —Los lunares están distribuidos de una forma estratégica, de manera que forman una especie de hexágono irregular.

—¿Un hexágono irregular? ¡Tú estás loco! —le digo, mientras bajo la sábana que me cubre para poder observar con más detalle si es que está quedándose conmigo y bromeando o es que de verdad eso tiene visos de ser una evidencia real.

Con uno de sus dedos, traza una figura en mi pecho, de forma que puedo observar con claridad la forma de seis vértices que me decía. «¡No me lo puedo creer: tiene razón!». Es increíble.

—¿Cómo demonios te has fijado en ese detalle, Héctor? No puedo creerlo.

—No sé si te has dado cuenta, pero tengo un par de ojos en la cara...

Me he recostado nuevamente sobre él y las carcajadas suben de volumen. Parecemos dos adolescentes con las hormonas alteradas y unos añitos más. Estoy contenta, mucho, como hace tiempo. Es como ese tiempo atrás que viví con Remy, en aquellos fines de semana de lujuria descontrolada e invasiva; de esos días donde salir de la cama era lo extraño pues el deseo nos desbordaba y el amor, en aquel entonces, era el que daba sentido a todo aquel torrente de pasión. Salvando las distancias, esta noche ha sido muy similar, aunque en brazos de Héctor.

—¡Por dios, Héctor!

—Pues sí. Me he fijado bien. Y en otras cosas, también.

Las cosquillas vuelven a mi vientre. Y solamente estamos hablando.

—No me creo que hayas diseccionado mi cuerpo en el rato que llevamos en la cama.

—¿Apostamos algo?

Este hombre no sabe lo que dice.

—A visionaria del futuro no me gana, *Monsieur*. Por lo que no le recomiendo desafiarme.

—*Madame*, usted tampoco me conoce. Suelo ganar en este tipo de retos.

—Esto suena a apuesta. Las reglas están claras. Ahora tenemos que definir la recompensa que obtendrá el ganador. Espero y entiendo que merecerá la pena.

—¿Qué te quieres jugar...?

EN EL UMBRAL DEL DESAYUNO

Me cuesta decirlo. Sí. Y lo asumo. Ahora mismo, no soy yo. Y por alguna razón que ahora ni quiero meditar, no me importa. Bueno, no es que no me importe, es que esa línea tan delgada que acabo de cruzar me da de bruces con una realidad personal que tengo olvidada en el baúl que esconden mis recuerdos primarios.

Por un lado, siento que defraudo complementemente lo que yo pregono a capa y espada. Todo por lo que lucho con mis fuerzas acaba esfumándose tras una fotografía borrosa y un dejarme llevar por el deseo contenido tras tantísimo tiempo oculto y cubierto por una realidad hecha para mí, para mi propia deslealtad personal. Viví por y para mi relación. No descubro nada que no hayan hecho el noventa y nueve coma nueve por ciento de las parejas. Sin embargo, debo hablar por mí mismo. Y yo he sido el primero que no he debido hacerlo bien para que haya llegado esta situación. Inna por un lado y yo, por otro. Es lo que nunca piensas que va a suceder pero que la vida te pone delante para empieces a darte cuenta que ella y todo su poder son los que manejan las manecillas de nuestro reloj.

Loana. Esta mujer me ha sacado de mí aunque yo he ayudado un poco entreabriendo los ojos para observar que es posible. En poco tiempo he aprendido tantas cosas que mi cerebro aún está asimilando unas cuantas de ellas. Cómo echaba de menos que me hablaran con cariño, que la otra persona fuera capaz de entenderme sin hablar en esos silencios cómplices que me acompañan como un perro faldero adonde quiera que voy. Por no explicar cómo he podido advertir y experimentar ser deseado. Se me escapan las palabras para describir, porque en ocasiones las palabras no son suficientes. Es necesario verte reflejado en otra mirada para contemplarte distinto, único y singular. Veo el pasado con la precisión que me permite mi memoria para encontrar algún pasaje donde hubiera percibido el poder de la seducción y tengo que remontarme a los inicios. A éstos mismos donde Inna era lo único que quería en la vida.

No suelo apostar, tal vez si contara esta historia a alguien no tardaría en decirme y tacharme de ser ventajista y aprovechar una situación para enmendar la plana y hacer lo que me viniera en gana. Y no digo que no, pero no es todo lo que hay detrás. Hay una historia de sinsabores que esta última etapa nos estaba llevando por un camino rudo, convulso y triste. Quizá haya sido la mejor forma de hacernos ver que ya no somos lo que fuimos ni jamás seremos aquello que pensamos ser cuando decidimos emprender la aventura juntos.

Me siento un poco más libre, aunque no del todo. A pesar de haber traspasado el umbral de mis límites emocionales queda mucho camino por recorrer. Esto acaba de empezar y no sé bien cómo acabará.

Loana ha sido el impulso necesario para volver a ser un poquito más yo. Le debo mucho. Volver a sentir, a emocionarme, a desear y ser deseado, a besar y ser besado, a acariciar y ser acariciado, a obtener cariño y a proporcionarlo, a llegar al orgasmo e inventar lo imposible para que ella también llegara a sentirlo. Me pregunto por qué es tan difícil llevar una vida así. No creo en la monotonía si uno desea y ama. No creo en la desgana cuando uno sigue queriendo. No creo en la esclavitud de las relaciones de pareja si uno pretende amar por encima de todas las cosas.

No soy visceral, más bien todo lo contrario. Sin embargo, tengo mis momentos apasionados y busco el placer como lo deberíamos buscar todos. Trillado y anticuado está el discurso de que solamente tenemos una vida. No obstante, es que es tan real y tan claro que da miedo pensar en lo contrario. Ya tendremos tiempo de pensar qué hay tras la muerte, porque la vida se marcha, porque morimos un poco más cada amanecer y se nos apaga la llama que continúa consumiéndose a pesar de no tener combustible que la mantenga brillante y encendida.

La miro, y el mundo revolotea a mi alrededor. Y eso me gusta, me fascina, me maravilla. No quiero pensar en que tengo que marcharme, en que tiene que marcharse, en que todo esto habrá sido principio y final de un fin de semana en París de dos personas extrañas que acabaron siendo lo que desearon ser.

Me pregunta que qué nos jugamos en este juego de palabras que hemos comenzado sin querer. No sé qué decir. Si está ella, me apetece todo.

—Es una buena pregunta, de la que no tengo respuesta. Ahora mismo, me jugaría todo.

—¿Todo? Esa palabra es muy engañosa, Héctor. Porque la definición que puedo tener en la cabeza de ella será distinta a la tuya. Y no nos pondríamos de acuerdo. Estoy segura.

—Tienes razón, Loana. Todo no tiene sentido. El significado es ambiguo y estrictamente personal. Hay que buscar algo más tangible, más real. Pero, ¡qué!...

Me abraza. Su piel roza con la mía. Qué sensación más linda y placentera al mismo tiempo. Me estoy volviendo cursi o vuelvo a comenzar a tener percepciones que ahora tornan nuevas. Y en esa novedad, me encanta vivir.

—¿Y si montáramos un espectáculo en el desayuno, así como un número erótico junto a la cafetera y a las tostadas? —me suelta así, sin más.

No puedo parar de reír, mientras me llevo las manos a la cabeza. Esta mujer es un volcán que esparce sus cenizas por doquier. Menuda ocurrencia acaba de tener. Me parto de risa solo de visualizarlo en mi mente.

—Loana, ¿se puede saber en qué estás pensando? ¡Pues claro que no!

—Imagínate por un momento que me hubieras dicho que sí.

—¡Estas loca! ¡Muy loca!

—¿No lo harías? —dice mientras me mira con cara juguetona y lasciva.

—Si no hubiera nadie...

Entonces, la veo que coge el teléfono de la habitación pasando por encima de mí, y mira en el directorio la extensión de la dirección del establecimiento.

—Pero, ¿qué estás haciendo, Loana?

—Pues voy a llamar al director para decirle que de ocho a nueve de la mañana, clausure el comedor donde se sirve el desayuno, porque nosotros dos vamos a cocinar algo especial...

—¡Qué narices...!

Los dos estallamos en carcajadas. Nos retorremos hasta el punto de llorar de la risa. Loana es tan, tan Loana. Y aún no la conozco aunque me parece una mujer fascinante con un sentido del humor mágico y extraordinario.

Como puedo, le arrebató el auricular y cuelgo. No sé si habrá realizado la llamada o no, no me extrañaría nada. «¡Qué vergüenza, por favor!», susurro casi en silencio. Al colgar, me he quedado encima de su cuerpo, con mis manos entre su pelo y la almohada. Me detengo y observo sus ojos. Brillan, y son pura poesía. Menuda cursilada acabo de soltar. Es cierto, esos ojos dicen tanto, argumentan tanto. Me acerco a su boca. Loana entreabre sus labios. Es el mejor lugar posible para antes de desayunar.

EL SOL ENTRA POR LA VENTANA

A la par que abrazo a Loana, el reloj marca las ocho de la mañana. La luz del sol cada vez es más intensa. Y mucho más aquí, en la planta alta del hotel, porque no hay apenas edificios que le puedan ganar en altura. Parece que el día va a ser bueno en París. No me puedo quejar de la meteorología de estos días. A pedir de boca, más bien.

En pocas horas marchó a Madrid a toparme de lleno con mi realidad. Porque lo que estoy viviendo ahora y lo vivido durante el fin de semana podría ser producto de mi fantasía personal. Me quedaría en sus brazos hasta que no me quedara más remedio que marcharme. Pero aferrarme a algo tan volátil no iba sino a perjudicarme mucho más. Tenía que entender que lo que había sucedido era un punto y seguido. En casa me encontraría con otro párrafo que leer y tal vez, un punto y aparte que construir.

—Loana, ¿a qué hora te marchas de París? —le pregunto, mientras me levanto de la cama y camino despacio al baño.

—Pronto, Héctor. Tengo el tiempo justo para recoger el equipaje, darme una buena ducha y salir corriendo al aeropuerto. Vienen a buscarme, así que no puedo escaparme por ningún lado. Además, estará Remy esperándome en casa, supongo.

—Entiendo —le contesto mientras asimilo lo que me está diciendo. No es algo que no supiera ya. Estoy algo confuso. El agua de la ducha me sentará bien para aclarar conceptos.

—Y, ¿tú? ¿A qué hora sale tu vuelo?

—Creo que es a las cinco y cuarto. Tengo que mirar el pasaje. Me queda un ratito más que a ti, pero no demasiado.

—Puedes descansar algo todavía. Porque yo estoy reventada. —Guiña un ojo en señal de complicidad. —Pues alguien no me ha permitido dormir en toda la noche.

Sonríó. Es, simplemente, maravillosa.

—Siento mu... —No me deja terminar. Enseguida se acerca de un salto y me besa en la mejilla.

—Ni se te ocurra, Héctor.

—Verás, Loana. Yo...

—¡Basta!

—De acuerdo.

—Ha sido una noche que no olvidaré jamás.

—Yo tampoco podré olvidarla.

—Perfecto entonces. Venga, vamos a la ducha que el tiempo corre.

Cogidos de la mano, entramos en el cuarto de baño dispuestos a dejar caer el agua y el jabón perfumado sobre nuestra piel. Muchos años hace que no gozo de una ducha en compañía. Y pienso hacerlo al máximo, como no puede ser de otra forma. Es el momento de sentir y hacer sentir. No quiero arrepentirme nunca más de no haberlo hecho. Tengo que disfrutar de la vida tal y como viene y tal como se presente. Está en mí ser o no ser. Y yo quiero apostar por lo primero.

—¿Werner? Buenos días. Has madrugado mucho. ¿En qué puedo ayudarte?

—Buenos días, Humberto. Tengo que hablar con Héctor. ¿Está contigo? Tuve la ocurrencia de llamarle de madrugada pero, evidentemente, no me contestó.

—No, no está conmigo. Seguro que ha olvidado que habíamos quedado para desayunar tras finalizar la convención. Ahora le llamaré por teléfono. ¿Quieres que le diga alguna cosa?

—No, no será necesario. Yo también estoy a punto de bajar a desayunar. Si te parece bien, nos vemos los tres en el salón. Me gustaría saldar el tema que tengo pendiente con Héctor. No quiero volver a casa sin dejar cerrado este asunto.

—Me parece perfecto, Werner. Desayunamos juntos. A Héctor le parecerá una buena idea también. Si prefieres hablar a solas con él, me retiro y os dejo solos. No hay ningún problema por eso.

—Para nada, Humberto. Es más, me gustaría que estuvieras. Porque a ti también te atañe.

—Pues no hay más que hablar. En unos minutos, nos vemos.

—De acuerdo entonces. Hasta ahora.

—Hasta ahora, Werner.

Se acaba la conversación y pienso en dónde estará metido este hombre. Son casi las ocho y veinte de la mañana y sabe que hemos quedado en vernos aquí. Y encima viene el jefazo. Tendría que estar aquí ya. Voy a llamarlo. El teléfono suena. Por lo menos, hay conexión. «Venga Héctor, coge el móvil de una vez».

—¿Dígame?

—¿Cómo que dígame? Héctor, déjate de cuentos y baja corriendo a desayunar.

—¡Mierda, Humberto! ¡Lo había olvidado! Discúlpame. He tenido una noche complicada.

—¿Ha pasado algo? ¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes. Ya te contaré más tarde. Dame diez minutos y estoy ahí.

—Tendrán que ser cinco, amigo mío. Hay alguien que quiere verte y es a la voz de ya.

—¡No jodas que Werner está contigo! ¡Joder! Me llamó en mitad de la noche. No sé qué quería decirme a esa hora. Venga, me doy toda la prisa que pueda.

Este hombre, algún día, va a terminar conmigo. No suele ser impuntual, aunque en alguna ocasión he tenido que esperarle. Me ha dejado un poco preocupado con ese comentario que me ha hecho. ¿Por qué motivo habrá pasado mala noche? Bueno, en breves momentos saldré de dudas, si es que Werner no se me adelanta y toma las riendas de la conversación y del desayuno.

Ya estoy vestido. Iré con lo que llevaba de madrugada cuando fui a buscar a Loana. No me da tiempo a ir a mi habitación a ponerme otra cosa. Loana me mira y se ríe. Debo estar presa de los nervios. Y seguro que ella se ha dado cuenta de la situación. Recibí la llamada justo al salir del baño pero no sé si se percató de lo que acontecía en ella.

—Loana, llego tarde. Me están esperando en el salón para desayunar. Olvidé por completo que había quedado con Humberto.

—¿Con quién?

—Bueno, es un colega y un buen amigo.

—No te preocupes. Márchate cuando sea necesario.

—Es que además viene el gran jefe de la compañía. Y lo que es peor: quiere hablar conmigo

sobre algo que desconozco por completo.

—Tranquilízate. Todo irá bien. Ya verás.

—Eso espero, Loana. Eso espero.

—Seguro que sí.

Termino de arreglarme frente al espejo y la miro de reojo. Continúa envuelta en una toalla de color blanco radiante, anudada en el costado. La tela apenas cubre su torso y un poco más bajo su vientre, dejando al descubierto unas piernas que he podido acariciar y disfrutar esta noche. Fuera de esa capa de maquillaje, está aún más guapa. Desde cualquier ángulo que la observe, está preciosa. Quiero decirle algo, antes de marcharme.

Estoy nervioso. ¿Por qué...?

—Loana, verás. No es la forma en la que me gustaría despedirme de ti. Pero me apremian y no puedo hacer mucho más.

—No te preocupes, Héctor. Lo entiendo. No tienes que justificar nada, ni tampoco darme explicaciones.

—Quisiera decirte tantas cosas.

—No son necesarias, *Monsieur*. Veo en tus ojos mucho más que el significado de lo que quieras decirme ahora.

—Loana, yo...

—Shhhhhh...

—Imagino que esta será la última vez que nos veamos.

—No seas aguafiestas, ¡Héctor! Pues claro que nos volveremos a ver. Estoy segura. En algún momento volveremos a coincidir, hombre. El mundo no es tan grande como parece. Además, estamos mucho más cerca de lo que creemos. Y en avión las distancias se acortan muchísimo.

Sonríe de nuevo. Siempre tiene las palabras adecuadas para cada momento.

—Es cierto. No sé por qué me pongo tan melodramático. Lo siento.

—No lo sientas, Héctor. Tú eres así. Y me gusta que seas así conmigo. ¿Por qué cambiar lo que uno es? Es tu seña de identidad. Nunca reniegues de ti, de lo que te hace ser especial. Porque eres muy especial. Eres un hombre maravilloso.

Me sonrojo. Y mucho. Los nervios han desaparecido. Sin embargo, una sensación de vacío interior comienza a apoderarse de mí. Es curioso lo que se puede sentir al despedirse de alguien que te importa. Aunque la acabes de conocer y hayas compartido con ella unas pocas horas. ¿Qué podría ser eso en comparación con otras situaciones? Es mucho, muchísimo diría yo. Loana ha entrado en mi vida como un ciclón y se ha llevado lo que estorbaba, parte de lo que impedía que yo pudiera ser yo, sin máscaras, sin disfraces, a pura y limpia piel.

—Loana, tengo que irme ya aunque no me apetezca hacerlo. Este es mi teléfono privado. Te ruego que lo anotes. Así podremos hablar alguna vez, si te apetece. O charlar por Skype, no sé. Por donde quieras.

—Claro que sí. Ahora lo anoto en mi agenda.

—Cuidate mucho, por favor. Te deseo lo mejor ahora y siempre.

—Yo te deseo lo mismo, Héctor. Cuidate tú también y ojalá que la vida te devuelva aquello que te ha robado. Estaremos en contacto. Tenlo por seguro. Y ahora márchate, por favor. No quiero que llegues tarde.

Loana se acerca a mí y tras pasar sus brazos por encima de mi cabeza, me besa en los labios. Un beso tierno, suave, pero lleno de matices. Esta vez no cierro los ojos: quiero llevarme conmigo la sonrisa especial que posee. Nos abrazamos por un par de segundos y salgo de su habitación rumbo al

salón donde me están esperando para desayunar.

Cuando la puerta se cierra, se me encoge el alma. Es como si me separaran de algo muy preciado para mí. Me pregunto por qué me está costando tanto decirle adiós a Loana Lanusse. Y me gustaría conocer la respuesta.

UN CAFÉ DIFERENTE

Cuando llego al salón donde se sirve el desayuno, Humberto y Werner ya están conversando mientras sostienen una humeante taza de café. Me acerco con diligencia para llegar lo antes posible y que no se note en demasía que es un tarde. Estar con Loana ha merecido la pena retrasarme unos minutos. Lo volvería a hacer de nuevo las veces que fuera necesario.

Tras un saludo protocolario y pedirle al camarero un café bien cargado y un zumo de naranja, intento adentrarme en el diálogo que tienen. Trato de adivinar por dónde van los tiros aunque estando Humberto, todo puede pasar.

—Héctor, Humberto y yo estábamos hablando de ti. —Lo entiendo, pues es el motivo que nos ha llevado a desayunar juntos.

—¿Sí? —Me hago el disimulado, porque se supone que Humberto no me ha dicho nada de nada.

—Exacto. Departíamos sobre la necesidad de realizar ciertos cambios en la estructura central de la empresa. Los tiempos que corren son de los visionarios, de las personas comprometidas, de los líderes en su terreno, en definitiva, de los hombres de confianza.

—Entiendo. Yo...

—Antes que sigas, Héctor, Humberto te pondrá en antecedentes.

No sabía que mi amigo estaba al tanto de todo. Me la ha colado por toda la escuadra y yo me he quedado haciendo la estatua en mitad de la portería. Humberto es un buen colega, pero también es un buen amigo. Comienza a explicarme una serie de acontecimientos que han sucedido alrededor de nuestra marca a nivel europeo. Si no fuera porque es él el que está hablando, pondría el modo asentimiento para no enterarme de nada. No obstante, estando el gran jefe justo a mi lado, no es cuestión de perder el hilo. Parece que termina su exposición de motivos y hechos.

—Y ese es el motivo. Pero será Werner el que termine contándote de qué va todo éste embrollo que te acabo de soltar. —Los tres sonreímos tras este comentario.

—Bueno Héctor. Ha llegado el momento. Yo marchó a la central esta misma tarde, pues tengo que terminar de cerrar una serie de detalles para nuestra próxima expansión en el continente asiático. Serán tiempos complicados, aunque creo firmemente que estamos bien preparados para el desafío que se avecina. Y ahí es donde te quiero a ti.

—¿Perdón?

—Que es ahí donde quiero tenerte, Héctor —me contesta con complacencia y suavidad. El señor Huber-Meier es una persona muy educada y su tono de voz conserva la misma intensidad todo el tiempo.

—Señor Huber-Meier, yo...

—Héctor, no seas tan educado. Deja ya los formalismos conmigo. Desde hoy soy Werner, ¿de acuerdo? —Me sonrío de forma amistosa y con aire de complicidad.

—De acuerdo —tartamudeo un poco. Los nervios afloran y se pasean por todos los músculos de mi cuerpo.

—Bien. Mucho mejor así.

Trago saliva. Es el momento de preguntar dónde quiere que esté. Allá voy.

—Werner, exactamente, ¿dónde me quieres? ¿Ya no soy necesario en España? Tengo dos o tres cosas pendientes para cerrar acuerdos importantes si es por esa razón por la que me estás diciendo esto.

—No, no es por eso. Sé de tu buen hacer. De hecho, tu país es capital en nuestro modelo económico. Si bien, no van por ahí los tiros.

—Pues debo estar un poco aturullado pues no termino de entender con facilidad lo que me estás intentando decir.

—Es sencillo, Héctor. Humberto y yo vamos a liderar la compañía en su desembarco en Asia. Van a ser tiempos de idas y venidas continuas, de mucho trabajo profesional y de una logística a gran escala. No es sencillo llevar una de tus plantas de producción a un continente que no conoces y del que va a depender en gran medida tu cuenta de resultados a final de año.

—Entiendo, pero sigo sin saber bien mi posición.

—¡Héctor! ¡Despierta! Quiero que seas el responsable de la empresa en Europa.

Casi me atraganto con el café. No sé si he escuchado bien: entiendo que quiere que me haga cargo del maremágnum empresarial del viejo continente. Pero, ¿yo? ¿Por qué? Es decir, ¿por qué yo y no otro? Demasiados interrogantes para tan poca cabeza que tengo esta mañana.

—Werner, no sé que decir... —acabo por decirle mientras intento que no se me note el nerviosismo que tengo a flor de piel.

—No tienes que decir nada. Conozco bien tu compromiso con la empresa desde el principio. Digamos que es una forma de recompensar tanto sacrificio a nuestro favor. Y darte esta oportunidad es algo que me llena de satisfacción personal.

Es una noticia que no esperaba ni por asomo. Posiblemente sea la mayor oportunidad laboral que voy a tener en la vida y aunque tenga fecha de caducidad sería un idiota si me pensara dos veces aceptar la proposición que me están haciendo en estos momentos.

—Entiendo que tendría que trasladar mi residencia a Lausana.

—Así es, Héctor. ¿Es un problema para ti tener que salir de Madrid?

—Por supuesto que no, Werner.

—Perfecto. Porque entiendo que aceptas mi proposición.

—¡Cómo podría decir que no a esta gran oportunidad! Al mismo tiempo será una extraordinaria responsabilidad controlar que la vieja Europa siga siendo nuestro verdadero motor.

—Por supuesto, Héctor. Y bajo tu control, seguirá siendo magnífico. Confío plenamente en tus facultades y en tu visión para el futuro inmediato. Sé que asumirás el liderazgo que te propongo con la entereza necesaria. Y también sé que te encontrarás con dificultades pero lograras con creces los objetivos que el consejo de administración te proponga conseguir.

—Me he quedado sin palabras, Werner.

Humberto me mira entre satisfecho y emocionado. Su cara refleja la tensión del momento aunque su mirada denota alegría por ser yo el elegido para suplir a Huber-Meier en el control central de la marca.

—Héctor —dice Humberto —lograrás lo que te propongas. Siempre te lo he dicho: eres bueno, muy bueno. Y eso tiene su recompensa.

—Amigo mío, te agradezco tu confianza. Sabes de sobra que soy quien soy gracias a tu paciencia, a tu esfuerzo y a tu enseñanza constante. No habría logrado nada si tú no hubieras estado a mi lado, al pie del cañón.

—No tienes que agradecerme nada, Héctor. Tus logros son fruto de tu constancia y de tu buen hacer. Yo solo te coloqué en el lugar adecuado y tras ese espaldarazo has sido tú el motor que ha

puesto todo en movimiento.

Con un buen zumo de naranja recién exprimido, los tres brindamos por los éxitos personales y colectivos de la empresa para la que trabajamos.

Ahora llega el momento de asimilar lo antes posible tantos cambios en mi vida. Primero Inna. Después, Loana. Y ahora, Werner y su proyecto empresarial para mí. Este fin de semana en París está siendo de lo más contradictorio, si bien, a la misma vez, uno de los mejores de toda mi vida. Quizá mi cambio de actitud frente a la vida haya dado el resultado que soñaba. Quizá ha llegado un poco rápido, ¿no...?

UN VIAJE DE VUELTA

Podría haber sido como otro fin de semana más fuera de casa, pero está claro que no lo fue. Me ha ido bastante bien en las entrevistas con los autores y he ganado confianza en mí misma para afrontar los diversos retos a los que me enfrento a la vuelta de la esquina. Cada día que pasa me siento más firme y convencida de que es posible alcanzar aquello que me propongo. Y por supuesto, incluyo a Héctor entre mis logros: no como un trofeo sino como un pequeño salto adelante en mi vida emocional. Conocerle, tomar una copa con él, hablar, reír, abrazarnos, hacer el amor. Ha dado para mucho una jornada que fue de trabajo y que se transformó en uno de los mejores días que he vivido jamás.

Este hombre ha sido capaz de rebuscar entre mis sentimientos y darle un giro a esta forma de vivir en la que llevo inmersa tanto tiempo. Es cierto eso que dicen: la vida es la que se encarga de decirte dónde estás y aplicar el golpe necesario. En ocasiones es un impulso para seguir adelante y en otras, un toque de atención para cambiar el rumbo del viaje. Sin embargo, tengo sentimientos encontrados. No sabría bien cómo definirlo. Siento que Héctor tenía que pasar por mi vida, tal y como ha sucedido. También siento y entiendo que su llegada ha sido un ciclón.

Mientras recojo lo que me queda por meter en la maleta rememoro detalles que siguen frescos y fijos en mi mente. Lo primero que me susurra en el subconsciente es su voz, ese tono armonioso y cadente que por momentos arrulla y traspasa ese círculo invisible que recubre las emociones. Cuando habla es como si un lector declamara versos sueltos ante una audiencia expectante. Quizá suene exagerado pero ese sonido ha llegado a excitarme, a ponerme muy alerta ante su presencia. Y me ha gustado envolverme en sus palabras, en esa manera suya de empezar y de acabar.

Héctor no es excesivamente guapo ni tampoco posee un cuerpo atlético, musculado y firme. Sin embargo, existe algo en él que te atrapa, te atrae como el imán al metal, produciéndose esa predisposición que te aviene a ser persuadida. Cierto es que me encanta que me seduzcan, que sea el otro quien tome la iniciativa. Porque una vez comenzado el juego, soy yo la que expone y dicta las reglas a seguir. De alguna forma, me siento presa y depredadora en un combo inalterable. A veces, no es esencial ni necesario ser un tipo curtido en el gimnasio. A mí, por lo menos, me van otras cosas aunque no renuncio, faltaría más. Quizá tenga que ver con tantas historias que tengo que leer por mi trabajo en las que los hombres suelen ser, para mi gusto, excesivamente pluscuamperfectos. Eso aleja un poco la realidad de la fantasía. También hay que ser clara en este sentido: un tipo que está como un queso, en teoría, atraerá más que un tipejo flojucho, a pesar de ser bien parecido.

En unos quince minutos llega el taxi que me lleva al aeropuerto. Me da pena dejar esta habitación. Parece una veinteañera que ha pasado una noche de pasión en un hostel de barrio con su chico y ahora, tras estar con él, tiene que volver a casa. Pues más o menos, salvando las distancias. He estado tan ocupada que ni siquiera me he acordado de Remy. Sigo sin saber qué es de lo que quiere hablar, aunque me mosquea. Ya debe estar en casa. Terminaba la exposición y volvía; y si no recuerdo mal, su vuelo aterrizaba de madrugada. Llegará ese momento de ponerme frente a él y escuchar. De lo que no estoy segura es cuál va a ser mi estado de atención. En nuestra

última conversación no acabamos nada bien porque a pesar de lo que él piensa, suelo darle la razón casi siempre. Solamente salto si la cosa trasciende a un punto en el que no estoy de acuerdo. Nuestra relación es una especie de sociedad y como tal, los socios son los que toman las decisiones. Así que no me quedará más remedio que ponerme el mono de trabajo y estar alerta a su discurso, pero mucho me temo que tendré que fajarme más de lo que estoy acostumbrada.

Voy a bajar a recepción a realizar el *check-out*. Allí esperaré. Me gusta ser puntual, no me agrada demasiado que tengan que esperarme. Cuestión de educación y de saber estar. Importante regla que me enseñaron mis padres. Acabo de acordarme que aún no he guardado el teléfono de Héctor en mis contactos. Saco de mi bolso su tarjeta y enciendo el móvil. Lo apunto. Ya no te me escapabas... aunque sea virtualmente, que eso se lleva ahora mucho. Pasados unos segundos, puedo ver su fotografía de perfil. Está claro que en directo gana mucho más que en esa foto. Sonrío. Me gusta verle. Mientras agrando la fotografía para contemplarla mejor, la pantalla se oscurece. Tengo una llamada.

Oportuna. Sí. Desde luego.

—¿Sí? —Sé de sobra que es mi marido.

—Loana, ¿has salido ya de París? —me pregunta, mientras lo noto un poco nervioso, porque no es normal en él.

—Buenos días, Remy. No, no he salido aún del hotel. En pocos minutos llega el coche para llevarme al aeropuerto.

—Pensé que tu vuelo era más temprano. Me habré confundido.

—¿Es que no has mirado en el frigorífico? Te dejé apuntada la hora de salida del vuelo de regreso. Como siempre hago. Parece que es la primera vez.

Se hace el silencio. Me da la sensación que la conexión falla. No oigo nada. Me separo el teléfono del oído y miro el teléfono: la llamada no se ha cortado.

—¿Remy? ¿Me oyes? —vuelvo a preguntar.

—Sí, ahora sí. Es como si no hubiera mucha cobertura ahí, Loana. Muévete a ver —me contesta como siguiendo un plan preconcebido.

—No seas bobo. En el hotel hay señal suficiente y en casa sabes que llega muy bien.

—Pues yo no te escucho bien. Bueno, sabiendo que aún no has salido puedo hacerme una idea de cuando vas a llegar, más o menos.

—Mira que eres cabezota: mira en el frigo. Bueno, da igual. Salgo a las doce menos diez. ¿Contento? —Le digo un pelín malhumorada por la situación.

—Gracias. Que tengas buen vuelo —acierta a decir sin que se le trabe la lengua.

Y la conversación termina. Sigo pensando que está nervioso y debe ser fruto del cansancio acumulado por el evento. Está raro, muy raro. Y que no haya mirado en la puerta del refrigerador como siempre hace, me escama. No sé lo que está tramando pero no me gusta. No me gusta nada.

Veo a un señor trajeado de manera impecable que entra en el hotel con unas gafas oscuras en sus ojos. Observo que se acerca a la recepción y allí le señalan el punto donde estoy sentada. Debe ser mi chófer.

—¿Señora Lanusse?

—Sí, soy yo.

—Soy Gerard. Encantado de conocerla. Su traslado al aeropuerto está preparado. Permítame cargar con el equipaje. Sígame, por favor.

—Cuando quiera, Gerard. Detrás de usted.

Qué mal ha sonado eso de “señora”. Creo que me estoy haciendo mayor...

UNA CONVERSACIÓN PENDIENTE

Sé que esto iba a pasar tarde o temprano. No hemos calibrado bien los tiempos. Parecemos novatos realizando el robo del siglo; menudos pardillos. Pero bueno, hay que asumir que los errores forman parte de las oportunidades aprovechadas y que aún es posible seguir a flote y con la cabeza alta, en su lugar. Ya le dije que no compartiera la foto en redes sociales pues correría como la pólvora. Ahora, toca tener serenidad y la mayor calma posible. Hay que respirar y aguantar el chaparrón que, imagino, será como el diluvio universal.

—Y, ¿ahora qué? —le pregunto mientras lo veo fumándose un cigarrillo.

—¿Qué de qué? —me contesta sin mirarme y en un tono un poco vacilante y supremacista.

—No te hagas el tonto, por favor. Que ésto es muy serio, joder —en mis palabras tiene que notar que no estoy para muchas bromas.

—No empieces otra vez —me contesta completamente tranquilo y sereno.

—Vale, no empiezo. Es lo que hay, ¿no? —me da la sensación que no acaba de entender la gravedad del asunto.

—Sí, por supuesto, es lo que hay. Sin embargo, no hay que preocuparse —lo peor de su respuesta es que está plenamente convencido de ello, estoy casi segura.

—Es la segunda vez que hablamos de este tema en pocas horas. Creo que va siendo hora de trazar un camino a seguir, vamos, digo yo. —Quiero que entienda que quien se está jugando el pellejo más cerca del fuego, soy yo.

—Hay que actuar con la mayor naturalidad del mundo, nena.

—No me gusta que me llames nena. —Me enferma que me llame así, ni él ni nadie.

—Está bien, nena. No lo haré más.

—Vuelves a sacarme de quicio.

—Lo sé.

—¡Joder! —Estoy a punto de explotar y no le conviene.

—Venga, sigamos con tu problema —me dice mientras me mira con un evidente sarcasmo.

—Nuestro problema, querrás decir. Esto nos sacude a los dos de la misma forma. No podemos dejar nada en el tintero. Nuestras explicaciones deben tener el mismo denominador común porque si cometemos un error, por pequeño que sea, se acabó.

—¿Se acabó qué, nena? —me pregunta como si no supiera de qué estoy hablando.

—¡No me llames nena! —le contesto por tercera o cuarta vez sobre esto.

—Está bien. Pero dime qué es lo que se acabó.

—Pues nuestra vida en común. Todo ese estatus que en silencio hemos sido capaces de guardar con sigilo sin que nadie sospechara absolutamente nada.

—Es parte del riesgo, Inna. Asumimos que jugar podría ser peligroso. Los dos decidimos ir adelante, con todas las consecuencias y eso es lo que hemos hecho. Aún podemos salir indemnes de esta batalla.

—No sé cómo puedes pensar eso. No puedo creer que de verdad creas que es posible que no tengamos problema alguno. ¡Joder! ¡Que he engañado a mi marido contigo! ¿No te parece suficiente

como que toda mi vida se tambalee por todos los costados?

—Bueno, depende como se mire. —Es muy llamativa esa falta de consideración en este momento que estamos viviendo.

—Es que me parece increíble —replico mientras gesticulo con los brazos.

—Tienes que ser consciente de lo que hemos hecho y ya está. Es sencillo.

—Para mí no lo es. No resulta lógico.

—Eso no me lo dijiste la primera vez que tuvimos sexo.

Me ha callado. Sabe muy bien dónde tiene que tocar para dejarme sin habla.

—Eso no tiene nada que ver con lo que estamos hablando.

—Pues yo creo que sí. Hubo química, pasión, desenfreno. Y tú, disfrutaste; y yo, disfruté. Y a partir de ahí, pues ya conoces el siguiente capítulo de nuestra historia.

—Todo sería más fácil si yo no estuviera casada.

—Eso no es problema. Para eso se inventó el divorcio. O la separación. O irte de casa para siempre sin dejar rastro.

—Eres un hombre sin alma —le digo mientras me acerco a él en tono desafiante.

—Para nada, querida. Simplemente, veo las cosas desde otro punto de vista. Y no dista mucho del tuyo, aunque pienses lo contrario. La infidelidad está sobrevalorada en estos tiempos que corren.

—¿Sobrevalorada? —No esperaba que dijera eso.

—Sí y mucho. Las relaciones extramatrimoniales son muy frecuentes. Lo raro es precisamente lo contrario: ser fiel. Va contra natura, contra el propio orden de las especies. La vida está llena de momentos y no es plan estar atado por algo y por alguien. No es el mejor estado para el ser humano. Si te gusta alguien o alguien se siente atraído por ti, ¿por qué no es posible disfrutar de ese instante que se crea para los dos? —Jamás escuché una teoría como la que acaba de plantearme.

—Pues no te enrolas en una relación de pareja. Permanece soltero, libre y haz lo que te plazca. Es una postura muy egoísta por tu parte —le digo pensando muy en serio lo que le estoy diciendo.

—No lo es, Inna. Uno, dentro de su relación de pareja, puede establecer de común acuerdo qué límites pueden cruzarse y cuáles no. Si todo está claro y se tiene la mentalidad abierta, todo es posible.

—Pero ese no es el estado natural de las cosas entre dos personas que se aman, que se quieren, que se respetan, que se complementan.

—Y, ¿por qué no? Inna, no se puede circunscribir todo a las relaciones de pareja de corte clásico, mayoritarias, conservadoras. No todos somos así ni sentimos de la misma forma. Realizar esta apertura de miras, bien hecha y con los puntos sobre las íes, es absolutamente enriquecedora para la pareja.

—No lo entiendo, no lo entiendo. Si dos personas se quieren, deciden estar juntas y se desean, no necesitan a nadie más que se sitúe entre los dos para ser felices.

—Tienes un concepto de felicidad anticuado, demasiado paternalista y retrógrado.

—Si tú lo dices...

—¡Es que es así! —Gesticula, mientras se lleva las manos a la cabeza.

—Sigo sin entender. —Porque no lo entiendo.

—Pues es muy sencillo. En casa tienes una cosa y fuera puedes tener otra. ¿Puedes decirme qué hay de malo en buscar la felicidad también fuera de la relación?

—¿Por qué hay que buscarla fuera si lo tienes todo dentro?

—¿De verdad me estás diciendo que Héctor te proporciona la felicidad al cien por cien? Porque no me lo creo. Estamos hechos de ilusiones, de instantes, de fugacidad que asoma y se va por el mismo camino que viene. Y hay muchas de esas situaciones que se producen mientras estás con otra persona, llámese amigo, conocido, jefe, extraño. ¿Por qué no disfrutar de lo que puede ofrecerte otra persona? ¿Es tan descabellado?

—Entonces, de esta misma forma, si tú encuentras a alguien que te ofrezca algo más de lo que yo estoy ofreciéndote ahora, irás en su busca, ¿verdad...?

Se hace el silencio. Tal vez, lo he impuesto yo, bajando la cabeza y resguardándome entre mis brazos cruzados. Me hace pensar, aunque no en el sentido que he escuchado de su boca. No me replanteo la situación, pero sí que me hace pensar en todo lo que se ha producido alrededor y también en Héctor. Seguramente, no lo entenderá. Si no soy capaz de cambiar mi forma de pensar y de ver esto que se supone tenemos entre los dos, habré tomado la peor decisión de toda mi vida. Si solamente existe deseo y sexo y esa es la base fundamental entre nosotros, no creo que tarde mucho en echar de menos eso que aún tengo con mi marido y que durará hasta que estemos él y yo frente a frente, fijemos miradas y salga a relucir todo lo que llevamos dentro y que hemos callado sistemáticamente durante tanto tiempo.

Necesito un abrazo. Lo busco y me abraza. Es un cariño diferente, quizá algo frío todavía. Nada que ver. No, no tiene nada que ver. Debo mirar adelante. La decisión está tomada desde tiempo atrás y llevo viéndome con este hombre el tiempo suficiente para organizar una nueva vida. Suena fuerte eso de una nueva vida y eso conlleva muchas cosas a la par que tantos interrogantes sin respuesta, Asusta un poco pero quiero algo diferente a lo que he vivido hasta ahora. Solo espero no equivocarme.

MIRANDO AL SOL AL MEDIODÍA

En la vida de una persona suceden cosas a diario, con su alcance positivo y negativo. Es la realidad la que va modelando, la que decide, la que actúa, la que permanece inmóvil. Y eso es lo que me ha ocurrido este fin de semana a mí. Menudo giro ha dado mi historia personal. No puedo quejarme, entiendo, pues la sensación de estar en una especie de nube no se va. Es increíble.

Primero, la convención y mi charla sobre aspectos económicos. Segundo, conocer a una mujer espectacular, como Loana. Y por último, tener en mis manos el control total de la empresa en Europa. Es imposible mejorarlo. He pasado de estar en el ostracismo de una relación avocada al fracaso a estar en primera fila, donde todo se cuece y todo se decide.

Las nuevas noticias laborales me han dejado perplejo, sorprendido. Mentiría si dijera que no esperaba, con cierta impaciencia, un buen ascenso. Pero esto estaba fuera de cualquier expectativa que hubiera podido soñar. El traslado al centro del viejo continente será lo más complicado pues antes tendré que resolver algo mucho más importante. Tengo ganas de llegar a casa y hablar con Inna. Necesito una explicación y las razones que le han llevado a destruir por completo nuestra relación de pareja. Si bien, yo también he sido infiel a lo que nos une. De pensamiento y acto. He estado rodeado por los brazos de otra mujer y me he dejado llevar para disfrutar de una sesión maravillosa de sexo sentido. Y sí, he sido infiel. No solo físicamente; también de pensamiento. Graves son las dos. Para mí, lo son. Sin embargo, creo que no debo culpabilizarme por haberme dejado llevar. Sé que he actuado de forma consciente y más sabiendo que Inna también está fuera de lugar. En cierto modo, nos hemos vuelto locos y hemos acabado desatando ciertos nudos que nos ahogaban a los dos. Bueno, debo hablar siempre por mí. Inna ya me explicará. Cuando una pareja se rompe la capacidad de localizar el origen de los desencuentros determinará el futuro inmediato de cada parte. No sé lo que vamos a decidir hacer una vez que estemos frente a frente sin más mediadores que nuestra capacidad para arreglar o desarreglar nuestras vidas.

Aún me queda un rato para irme del hotel. Me hubiera gustado volver a verla, volver a ver a Loana. La extraño, echo de menos esa sonrisa puesta y esos ademanes de mujer segura de sí misma. Me ha demostrado ser mucho más inteligente que cualquier otra persona que haya conocido con anterioridad. Sabe lo que quiere y cuando tiene que salir a buscarlo va a por ello con toda su alma. Y cuando tiene que permanecer a la espera es capaz de afrontar la tesitura con una calma y una tranquilidad pasmosas. Me gustaría que me enviara algún mensaje o que se decidiera a llamar por teléfono para poder escuchar su voz: por una tontería, o una conversación sin motivos y sin razones.

Debe estar ya en el aeropuerto. Volverá a casa, a su vida elegida, a esa que parece irle tan bien aunque que no es tan dorado todo lo que reluce en ella. Esas contrapartidas que no ha querido mencionarme hacen de su contrato una cadena ancha, con unos eslabones rudos y fuertes, muy complicados de retorcer, muy difíciles para zafarse llegado el preciso instante. Cuánto me hubiera gustado poder saber más, saber entender por qué esa elección de vida tan distinta a la mía. Quizá, al trasladarme relativamente cerca de ella podamos vernos alguna vez y no sea una quimera volver a cruzar una mirada o entablar una conversación a la voz de un *Gimlet* o de un gin-tonic de

esos que me gustan tanto.

Estoy un poco cansado. No estoy acostumbrado a tanta actividad. Bueno, al menos nocturna. Se me escapa una sonrisa cómplice. No puedo evitarlo. Es mencionar lo que ha ocurrido y sale disparada. Una cabezadita no me vendría mal. Cierro los ojos, tratando de poner la mente en blanco, si bien, en lugar de un lienzo impoluto, aparece ella, Loana, que busca mi boca con su mirada.

Tal vez no esté siendo consciente que esa reiteración de mi pensamiento con ella puede llegar a confundirme. Tengo que tener los pies en la tierra y afrontar lo que ha sucedido con la madurez suficiente. Todo esto es nuevo para mí y como tal, me produce vértigo. Esa sensación me hace estar como un novato en su primer día de clase. Loana tiene experiencia, parece ser, en este tipo de escenarios. Me gustaría ser más lúcido, estar más despierto porque, de esa manera, tendría la posibilidad de tomar la decisión adecuada. Ver la vida desde el prisma de sus ojos debe proyectar una imagen más real que la que yo poseo, porque mi actitud está distorsionada por todo lo que arrastro desde hace tiempo y que me tiene maniatado a una columna invisible con una sola dirección a la que poder mirar. Aunque esa visión sea un mundo que yo he ayudado a crear. Es todo tan complicado que hasta duele. Querer ser lo que uno no ha sido nunca. Qué bonito suena, sí, pues sonar es una cosa y pretenderlo ser, una muy diferente. Aquel día en el que empecé a construir mi vida tuvo los mismos interrogantes que los que muchos años más tarde vuelvo a sostener en mis manos. Por aquel entonces, dudé. Ahora, las dudas siguen acompañando mi viaje, agazapadas, dispuestas a salir cuando estimen oportuno.

Debo dejar de filosofar constantemente. Pero es que soy así y me cuesta ser más práctico, más real, más metódico. Inna siempre me lo dice y yo hago caso omiso. Ya salió a relucir su nombre, como no podía ser de otra forma. Tanta vida juntos que es impensable no relacionar sus pensamientos con los míos.

Vuelvo a cerrar los ojos. Venga, solo un ratito. No quiero pensar, quiero estar quieto, tranquilo, sin embarullarme, haciendo del sosiego mi karma. La vida está siendo generosa conmigo y es el momento perfecto para devolverle algo de lo que me ha prestado durante todos estos años.

ADIÓS PARÍS

Estoy en estos momentos abrochándome el cinturón de seguridad en mi asiento, junto a la ventana, como a mí me gusta viajar. Ver las nubes me proporciona un añadido de calma y tranquilidad. Da la sensación que estoy en una sesión particular de terapia. Pestañear y saberte por encima de la tierra y junto al cielo. Nunca me dio miedo volar, aunque es cierto que me pongo algo nerviosa en el momento de despegar. Luego se me pasa.

He recibido la confirmación de dos de las tres entrevistas que tuve en el día de ayer. Eso supone un espaldarazo muy importante. Llevar la carrera literaria de estas escritoras es el mayor reto al que me he enfrentado hasta ahora. Tengo que estar completamente centrada y no debo distraerme. Este mundo, como cualquier otra profesión, es complicado y recibir una zancadilla es muy frecuente. Las rencillas y dime y diretes están a la orden del día. Suelo ser muy confiada a la par que confiable y eso me acarrea problemas. Sin embargo, no puedo evitar mostrarme tal y como soy. Si llegan las dificultades, ya veré como les hago frente.

Suelo mirar el teléfono móvil antes de despegar. Lo tengo en las manos ahora mismo. Salvo las confirmaciones de mis escritoras, no hay nada más. Me hubiera gustado leer algún mensaje de Héctor. Entiendo que estará liado con su trabajo. Estoy intrigada por esa reunión por la que tuvo que despedirse de mí de forma repentina. Porque si no se hubiera ido tan pronto puedo llegar a imaginar qué hubiera vuelto a pasar entre nosotros.

He tenido alguna aventura más. Me ruborizo al recordarlo. Menos mal que no tengo a nadie a mi lado que pueda corroborar lo que estoy diciendo. Sí, me pongo roja, como un tomate maduro. Estos episodios anteriores han supuesto más adrenalina que otra cosa. Sin embargo, con Héctor ha sido diferente. Me da la sensación que este discurso está desgastado y que siempre que sentimos algo que tiene disimilitud con el resto, nos ponemos alerta. Pues sí, parece mentira pero es cierto. Esta madrugada pasada ha sido distinta, peculiar porque a pesar de no ser más que dos personas adultas que han tenido relaciones sexuales y conversaciones trascendentes sobre su vida, el tono, la sensibilidad, el contacto, las semejanzas, los miedos, incluso los silencios han construido minutos maravillosos. Tengo la impresión de haber abierto y cerrado una puerta a un lugar desconocido. En ocasiones y sin saber cómo ni por qué te ves envuelta en una historia de la que apenas tienes información y al final resulta que es mucho más evidente lo que has avistado que lo que has dejado en el tintero.

No siempre puedes llegar al final de cada historia puntual de la que eres o te sientes protagonista. Yo siempre quiero y deseo seguir siendo la que toma las decisiones y la que toma el rumbo de sus vivencias. Tener que depender de otros, no me va mucho. Es más, no me va nada. Soy mujer y me considero una persona independiente. Y eso significa ser mi propia dueña. Héctor ha podido constatarlo esta noche pasada. Me ha visto en pleno esplendor, tanto físico como mental, si bien su presencia ha sido tan opuesta a lo que conozco que ha derribado muchos tabúes que en los que yo misma había caído. Y no solo al conocer a personas nuevas sino a descubrir qué podría esconderse tras ellas. Quizá pienso, fantaseo demasiado. Este hombre tiene algo, un aura especial, una tormenta perfecta que ha llegado para agitar esa quietud bien plantada bajo mis pies.

No soy una mujer enamoradiza; más bien soy dura, un junco que puede tender a doblarse aunque que en la mayoría de las ocasiones se refugia en su firmeza para continuar impasible. Este fin de semana lo tomo como tal, como tres días de trabajo y placer. Incluso antepondría el placer a lo conseguido en el plano laboral. Nunca olvido lo que traigo conmigo. No obstante, también estoy dispuesta a vivir con la intensidad que se merece cualquier oportunidad para ser feliz. Porque la felicidad se resume en los momentos que has podido disfrutar y que han hecho que tu corazón se dispare, que tu alma vuele libre y que tus lágrimas sean exclusivamente de alegría. Vivir, en definitiva. Vivir significa mediar con las dificultades y aprovechar las oportunidades que llegan y se postulan delante de ti.

Por eso me gusta París. Porque aquí se magnifica todo. Hay un aroma a fantasía, un ambiente único e inigualable que solamente puede disfrutarse en la capital francesa. Éste es otro concepto costumbrista, pero es que es así. Aquello de que “siempre nos quedará París” debería enmarcarse a fuego en nuestra propia historia de vida.

Ya estamos tomando pista. Enseguida dejamos suelo galo y nos ponemos en camino rumbo a casa. Será el momento perfecto de descansar un poco, ordenar ideas y hablar con Remy. Me acuerdo de la conversación mantenida con Héctor donde me contaba las dificultades que ha estado teniendo con su mujer. Y bueno, salvando las distancias evidentes, nuestras situaciones sentimentales tienen bastantes cosas en común. Aunque también creo que le puede pasar a un buen número de parejas. Los comienzos tienen poco que ver con la realidad que puedes comprobar tiempo después. Me niego a creer que es ley de vida que los sentimientos envejecen, que tomen un sendero silencioso al margen de la objetividad manifiesta. Si eso es así, que me avisen que me bajo de esta vida. Hay sentimientos o no los hay. Creo que en este campo no debería haber medias tintas: o se da todo o no se da nada. Para qué andarnos con rodeos, que ya no somos unos niños y tenemos la suficiente capacidad como para poner cada cosa en su lugar correspondiente. ¿Tiene sentido vivir de otra forma? No soy capaz de entenderlo si no es así. Que me llamen lo que quieran. Soy mi propia verdad, soy mi propia libertad. Soy mi propio silencio y mi propio grito. Sencillo de entender, complicado de asimilar para el que no tiene los ojos abiertos y el corazón dispuesto a comprender.

La sensación de estar en un tiovivo me saca de mis pensamientos pues ya estamos en el aire. Abro un poco los ojos y ya puedo ver cómo empequeñece todo y vamos tomando altura. Ojalá el sueño pueda conmigo, acompañe a mi cansancio y juntos, me lleven de la mano hasta Morfeo. Necesito dormir. Un poquito, solamente. Tengo que estar fresca para lo que va a venir más tarde.

PALABRAS DE INCERTIDUMBRE

En poco tiempo, Héctor estará en casa. No sé ya la de infusiones anti estrés he podido tomar durante el día. Estoy nerviosa, mucho, pero no tanto por lo que he hecho sino por enfrentarme a una realidad que se encontraba a casi mil trescientos kilómetros de distancia y que ahora vuelve a casa dispuesta a encontrar respuestas.

—Debes irte. Está a punto de llegar —le digo mientras le señalo la puerta con la mirada.

—Tranquila, aún le queda un rato para aterrizar. Se está muy bien aquí —me contesta como si la cosa no fuera con él.

—¡No seas imbécil! Recoge tus cosas y márchate. No me pongas más nerviosa, que ya tengo bastante con la espera.

—Precisamente por eso estoy aquí, para proporcionarte calma. —Odio esa predilección que tiene por saberse superior en todas las situaciones.

—Pues no estás consiguiendo el objetivo, más bien todo lo contrario. En serio, vete. Tengo que ordenar un poco todo esto antes que llegue.

—¿De verdad quieres que me vaya? —me pregunta sabiendo muy bien la respuesta. Por esa misma razón la plantea.

Sabe que no quiero. Es muy cabezota pero me vuelve loca. Ha conseguido sacarme de mi zona acomodada y darle un plus de vida a mis días, aunque solamente pueda disfrutar de él a ratos.

—No juegues con las palabras —mascullo entre dientes pues sé que me ha oído.

—No lo hago, querida. Siéntate conmigo. Ven. —Alarga su mano indicándome dónde debo ir.

—Por favor, no lo hagas más complicado. Estoy muy nerviosa.

Se levanta del sofá, se acerca a mí y me abraza. Lo dejo hacer. Tengo que obtener la quietud suficiente para mostrarme lo más serena posible ante Héctor. Y ahora que pienso en él, sus abrazos daban una sensación de protección mayor. Serán sensaciones mías o que la intranquilidad no me hace reflexionar correctamente.

—¿Mejor? —me dice tras besarme.

—Un poco —contesto con la mirada fija en la puerta que da al pasillo desde el salón comedor.

—¿Lo ves? Si es que soy maravilloso. Consigo todo lo que quiero. Para que sigas en este estado de bonanza nerviosa, me marchó. Hablamos después. *¡Arrivederci, amore!*

Y volviéndome a besar, coge su chaqueta y se marcha. El ruido de la puerta al cerrar es el punto de partida a lo que está a punto de suceder. Me muevo rápida por el salón, tratando de dejarlo todo ordenado y que no quede rastro alguno de su presencia aquí. Quito las sábanas de la cama y las llevo al cesto que hay junto a la lavadora y, en su lugar, pongo unas limpias. Me da la sensación de estar copiando comportamientos que ya he visto, leído y escuchado, siempre ajenos a mi vida. Ahora soy yo la intérprete de esa escena donde ella quiere borrar toda marca o indicio de su amante. Qué extraña es la vida: yo que en alguna ocasión he estado revisando y buscando pruebas de una infidelidad de mi marido me he convertido en la otra parte, en la parte activa de la función.

Termino de colocar los almohadones de la cama y desde la puerta inspecciono que todo se encuentre en su lugar. No he mirado el reloj pero debe estar cercano a aparecer en casa. Vendrá cansado, intuyo, y no esperará ni un solo segundo para que hablemos. Solamente quiero que a pesar de la ira que pueda traer consigo, el diálogo sea calmado y lo más fluido posible. Yo también tendré que exponer mis razonamientos, porque los hay. No solo he sido infiel por deseo, sino por otras muchas cosas. Héctor es una persona inteligente y sabrá ver lo que él tiene que recriminarse a modo personal y que descifra muchas cosas que hemos vivido juntos.

Suena el teléfono. Lo tengo en el salón. Debe ser él.

—¿Sí? —resuena mi voz en tono bajo.

—Acabo de tomar un taxi para ir a casa. Enseguida estoy ahí. No te vayas, Inna. Tenemos que hablar —suena la suya al otro lado de la línea telefónica.

—No tenía pensado salir, Héctor. Te espero en casa y hablamos. Hasta ahora.

Ha colgado rápidamente. Lo noto serio, como no podía ser de otra forma. Hacía tiempo que no lo sentía así. Ni siquiera ha querido cerrar la llamada con un beso, como suele hacer. Pero, ¿por qué tendría que hacerlo? Aún me siento parte de él a pesar que mi cuerpo y parte de mis pensamientos se encuentren ya con el que ha salido de casa hace unos minutos.

Pienso en si merezco, o mejor dicho, merecemos que nos esté pasando esto. Entiendo que nadie es profeta para saber si su vida en pareja durará eternamente o será pasto de las llamas alguna vez. No sé. Quizá nuestra historia estaba predestinada a salirse de la calzada y a descarrilar entre las montañas. No sé si yo busqué ser infiel o la infidelidad vino a buscarme a mí. Tal vez sea un cincuenta cincuenta porque, aunque no lo busqué decididamente, mis pensamientos sí que eran cautivos de esa idea. Y cuando un concepto es de esa clase, tarde o temprano acaba imponiéndose al resto. Creo que ha sido así.

Me siento en el sofá a esperarle. En breve, escucharé como introduce la llave en la cerradura y abre la puerta. Mis nervios se pasean por mi cuerpo haciéndome temblar. Debo calmarme o se me notará demasiado. No quiero que me perciba así porque estaré dando a entender muchas cosas con este lenguaje no verbal. Los gestos tienen mucho más significado que las palabras, de eso no me cabe la menor duda.

Miro el reloj. Ya no sé de qué postura ponerme. Me levanto y paseo alrededor del salón. Me siento. Cruzo las piernas. Las descruzo. Atuso mi pelo, lo llevo a una cola alta. La deshago. Lo dejo caer sobre mis hombros. Lo vuelvo a recoger. Muevo mis piernas mientras permanezco sentada. Me detengo. Suspiro. Respiro hondo. El corazón va a mil por hora. Y aún no ha llegado a casa. Si esta situación dura mucho más tiempo no sé si seré capaz de aguantar la presión. Echo de menos ese abrazo que me calmó antes de marcharse. A pesar de su sarcástico sentido del humor, tiene momentos dulces. O eso creo yo. Qué mezcla de sentimientos tan atroz y descabellada. Voy a volverme loca. Será mi destino. Quien sabe. Pongo mi mente en blanco. Venga. Silencio. No hay nada más que el silencio.

Ruido. La llave. La cerradura. La puerta. Acaba de llegar. Entra al salón tras dejar la maleta junto al aparador. Lo miro. Me mira. No tiene buen color. Yo tampoco. No me he maquillado. No era necesario, ni oportuno. Agacha la cabeza y se acerca. Sigo sus pasos con la mirada. Deja el teléfono móvil encima de la mesa. Hay un sillón justo enfrente de mí. Se sienta. Se deja caer, mas en pocos segundos se sienta de forma recta. Yo continúo impassible, esperando, sin decir absolutamente nada. No viene a cuento. Ni siquiera saludar por cortesía. Estamos a lo que estamos, no hay nada más. Levanta la mirada y fija sus ojos en mí. Observo los suyos, ensangrentados, cansados, nublados de brillo y dulzor. Acaba de respirar hondo. Es el momento.

—Inna, ¿por qué...?

UNA BATALLA POR DESCRIBIR

No entendía otra forma de comenzar la ansiada conversación pendiente. La veo nerviosa, casi tanto como yo lo estoy pero tenemos que saldar esta cuenta o todo lo que hay alrededor nos acabará consumiendo lentamente. Hay tantas cosas que me gustaría que me explicara que no sé por dónde continuar. Debo esperar, ser paciente. Y sobre todo, leer entre líneas. Inna es una persona que no expresa demasiado, sin embargo, cuando quiere, es un volcán de sensaciones.

—¿Por qué, qué? No entiendo lo que me quieres decir.

Parece confusa, agacha la cabeza y cruza los brazos. Conozco ese gesto, debo ir despacio. Muy despacio.

—Inna, sabes bien lo que quiero decir. Te ruego, por favor que seamos francos, que seamos sinceros. Hace tiempo que teníamos que haber tenido esta conversación aunque por unas cosas o por otras, siempre la hemos relegado a la búsqueda del momento perfecto, del instante exacto. Ni tú ni yo hemos querido enfrentarnos a nuestra propia realidad. A esa realidad que nos estaba consumiendo en silencio. Y no nos hemos dado cuenta de las consecuencias. O mejor dicho, hemos mirado a otro lado a sabiendas que es mucho peor no encarar el problema.

—Ya estás con tus discursos de buenas palabras y de bien queda. No los aguanto, ¿sabes? Nunca los he aguantado.

Enseguida se ofusca, se cabrea y se lanza a atacar. No me gusta. Veamos pues en qué consiste su estrategia y su discurso.

—Veo que no me lo vas a poner fácil, Inna. Está bien. Yo tampoco voy a callarme nada esta vez.

—Es que no entiendo nada, Héctor. No sé a qué viene tanto misterio.

Misterio, dice. Si no respiro hondo me va a costar mucho continuar este diálogo por los cauces de la normalidad. Así, por este camino, será mucho más complicado. Dejo que el silencio nos aborde unos segundos. Continúo.

—Inna, intento darle a esta situación algo de naturalidad y de calma que por otro lado, no tiene. Si quieres, voy directo al grano, sin titubear un solo segundo más. Ya me conoces. Le doy mil vueltas a las cosas antes de hacerlas.

—Pues deja de dar vueltas y dime qué quieres, de qué quieres hablar. Este diálogo me suena a encerrona y no me gusta. No me gusta nada.

—Está bien, Inna. Como tú quieras.

—Mejor así, Héctor.

Agacho la cabeza y froto mis manos una y otra vez. No sé dónde ponerlas. Los nervios me atenazan, me tienen un poco inmóvil. Las palabras salen con cuentagotas y se trastabilla la lengua. Hacía tiempo que no me ponía tan inquieto y tan tenso. Venga. Un pequeño impulso. Es sencillo. La pregunta es muy sencilla. Solamente tengo que hacerla y esperar.

—Inna, ¿desde cuándo me eres infiel? ¿Desde cuándo te estás viendo con otro hombre a mis espaldas? Y sobre todo, ¿por qué? ¿Por qué has jugado conmigo? ¿Por qué no has sido lo suficientemente valiente para decirme que no me quieres y que no quieres estar conmigo? Porque

valiente has sido para ir a buscar los brazos de otro.

Creo que más directo no puedo ser. Cierra los ojos y permanece en silencio. Esa quietud la delata. Por lo que ya puedo constatar y asegurar que la fotografía es tan real como que ahora me estoy enfrentando a mi propio fracaso. Un par de lágrimas se asoman a mis mejillas. Es precisamente lo que siento ahora.

—Héctor, yo no quería —contesta sin mirarme a los ojos.

—No entiendo, Inna. Porque si no hubieras querido no lo habrías hecho. No sirve esa justificación. Alguna razón o muchas de ellas deben ser la causa. Me gustaría saber por qué y qué te ha llevado a buscar fuera de tu casa —prosigo mi particular interrogatorio.

—Quizá si miraras en tu corazón, te darías cuenta.

—¿En mi corazón, dices?

—Sí.

Silencio. Silencio entre los dos, unas cuantas milésimas de segundo.

—Mi corazón se siente traicionado por la mujer a la que ha amado desde el minuto uno.

—Olvídate del corazón, Héctor. Ese concepto está tan trillado que es inexacto.

—¿Qué quieres decir?

—Lo sabes bien.

—Pues no, no lo entiendo. Explicáte. ¿Por qué no puedo hablar de corazón? ¿Acaso soy una máquina o algo sin vida que no me permite sentir?

—Precisamente, Héctor. Precisamente.

—Pero, ¡por el amor de dios! ¿Qué estás queriendo decirme? ¿Quién es ahora la que está dando un rodeo para no plantear las cosas como son en realidad? *Quid pro quo* (una cosa por otra), Inna.

Me ha calentado, lo admito. Me enfada esa salida de tono que no logro entender. Tengo que calmarme un poco más pues así no voy a llegar a ninguna parte.

—Héctor, tú eres el causante de todo esto. Tú eres el detonante de todo. ¿Es que no te das cuenta? Deja de mirar para otro lado. Obsérvate. Estás desquiciado.

—¡Madre mía, Inna! Ahora resulta que yo soy el culpable de que te hayas ido con otro hombre. ¿Es que yo te he empujado a hacerlo? ¿Te he puesto una pistola en la sien para obligarte a acostarte con otro? ¡Maldita sea, Inna! ¡Es increíble!

Respiro. Una vez. Dos. Tres.

—Entonces, según tu teoría, tú no tienes nada que ver con el tema. Simplemente, el día que fuere, te encontraste con él y decidiste que era el momento de echar por tierra una relación de tantos años.

—Básicamente, así es.

Me enerva el sarcasmo y más, cuando estamos hablando de algo tan delicado que nos atañe a los dos.

—Y tú, Inna, ¿no tienes nada que decir al respecto? ¿Sales absolutamente indemne de todo este galimatías? ¿No eres capaz de hacer siquiera un par de segundos de autocrítica? Porque estoy seguro que tú también tienes tu parte en este pastel.

—Dime Héctor, qué tengo que ver yo.

No me lo puedo creer. ¿En serio? ¿En serio me está diciendo ésto?

—O sea, que tú decides por tu cuenta que lo nuestro se acaba y tomas la decisión de verte en secreto con quien sea tu amante. Tú decides y yo acato. Y no tienes nada más que decir.

—Ese es mi modo de verlo.

—Pues no se ajusta a la realidad. Para nada. Te he entregado mi vida, todo mi tiempo, mi amor. No ha sido suficiente para ti, por lo que veo.

—No. No lo ha sido.

—¿Y me lo dices ahora, así sin más? ¿Desde cuándo me estás engañando, Inna? ¿Desde cuándo?

Vuelve a mirar abajo. Las lágrimas se han secado con rapidez. La temperatura corporal ha subido bastante y me noto la sangre en la cabeza. Estoy muy enfadado. Y más que enfado, es rabia y tristeza al ver que he estado viviendo en una mentira pues la mujer que pensaba que era mi compañera de vida, no era tal.

—No es un dato que sea clave en todo esto, Héctor.

—¿Cómo que no? Para mí sí que es importante. Quiero saber en qué momento decidiste arrojar la toalla conmigo.

—Hace ya tiempo de eso, Héctor.

—¿Cuánto? —le pregunto tratando de saber en qué momento comenzó todo el declive.

—El suficiente para darme cuenta que solo te tengo cariño aunque ya no estoy enamorada de ti. Ya no.

Eso ha sido un navajazo en el costado y me ha dolido muchísimo. Tomo aire para llenar mis pulmones con la fuerza necesaria para seguir hablando porque me estoy dando cuenta que mi vida era una completa y absoluta farsa. Ahora entiendo lo que pude sentir en cuanto Loana me ofreció cariño. Incluso deseo. Me sentí deseado y, por algo que desconozco, abrumado de cariño, cosa que en mi propia casa ya no recordaba.

—Me fui a París pensando en que al volver encontraría a quien me quería. No ha sido así. En su lugar me topo de bruces con otra realidad. Quién diría que solamente han transcurrido dos días, un fin de semana. Cuarenta y ocho horas en una vida de no sé cuantas miles.

—Héctor, no vale la pena darle vueltas a esto. Somos adultos y podemos entender lo que sucede. Lo nuestro tuvo fecha de caducidad. Solamente hemos retrasado el momento de dar el salto. Estaba claro que no teníamos futuro. —Sigue hundiendo la hoja del cuchillo en mi piel atravesándome de costa a costa.

—Y yo, defendiendo tu honor y mi amor por ti a pesar de todo, por donde quiera que iba, creyendo que a pesar de las dificultades podríamos seguir adelante. Cierto es que en los últimos tiempos cada vez me costaba más creer en ti pero no he dejado de quererte ni de amarte en ningún momento. Por lo menos, no hasta que vi la fotografía.

Inna abre los ojos, que parecen muy oscuros, sin pulso, sin determinación. Aludir a la fotografía ha sido el punto clave. Si quisiera hacerle daño lo haría en este instante. Podría sacar toda esa mierda que ha ido creciendo entre los dos y no sé si merece la pena atravesar ese desierto.

—La foto, sí. Imagino que ya la has visto —me dice como si no hubiera sido el detonante de toda esta situación.

—¿Cómo si no iba a enterarme que me estabas engañando? Si no es por esa fotografía podrías seguir haciéndolo en secreto. Me ha jodido mucho verla, Inna. Lo admito. ¿Sabes que te digo? Que ahora lo prefiero. Prefiero haberte visto con él para así poder quitarme la máscara que ha cegado mi vida desde hace tiempo.

—Yo no quería que se publicara la foto en redes. Él lo hizo. —Elude ser quien protagoniza el desastre.

—Él, claro. Porque tú, evidentemente, no tienes lo que hay que tener para hacerlo sabiendo que

yo no conocía tu nueva situación.

—¡Pues claro que no, joder!

—No me grites, Inna. No vuelvas a gritarme jamás. Porque si vuelves a hacerlo, daré por zanjada esta conversación para siempre.

—No te grito, Héctor.

Volvemos a acabar el asalto. Nos vamos cada uno a nuestra esquina a refrescarnos, a pensar un poco y a por el siguiente. Ninguno de los dos está noqueado y, por lo tanto, sigue con la fuerza suficiente para seguir peleando.

Cuando habla de él se me remueven las entrañas. No sé si es lógico o no pero me sube una cólera interior en la que no me reconozco. Será fruto de esos celos y ese cabreo extraordinario en el que navego. Tal vez me lo merezca, ya no sé. Llegado este momento, no puedo razonar con claridad porque Inna tampoco me está ayudando mucho. Es lógico que trate de defender su posición y que me ataque a todo lo que digo. Posiblemente, yo también haría lo mismo llegado el caso. No lo sé.

—¿Cuándo pensabas contármelo? ¿A qué estabas esperando? ¿A que me enterara por terceras personas? O como ha pasado, ¿a que me diera cuenta por las puñeteras redes sociales? —continúo el asedio. Ya no tengo nada que perder.

—Pues llegado el momento adecuado, no lo sé Héctor. No me lo había planteado aún.

—Es que es de risa, Inna.

—No lo es, Héctor. Ponte en mi posición. ¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar? ¿Me lo habrías contado o te habrías callado como yo? Venga, dime. Sé valiente.

Esperaba este momento. Inna es muy dada a darle la vuelta a las situaciones cuando se nota acorralada. Ahora soy yo el que tiene que decirle que yo también me he dejado llevar y me he acostado con otra mujer.

A CORAZÓN ABIERTO

Me he levantado del sillón porque no podía permanecer sentado. Mis nervios me impiden estar tranquilo, calmado, como acostumbro. Esta situación es extraordinaria. Tengo la impresión que los dos estamos siendo muy cobardes y no estamos siendo sinceros. La pelota juega en cada tejado y no en uno solo. La mediocridad se ha instalado en mitad de un hombre y de una mujer que no acaban de entenderse.

Tengo que volver a sentarme. Esta conversación está aún viva y tenemos mucho que hablar aún. Espero y deseo que Inna también ponga de su parte. No quiero que esto se convierta en un monólogo exclusivo de ninguno de los dos. Apelo en silencio a la madurez que se supone tenemos. Miro a Inna a los ojos nuevamente. Es el momento de continuar por donde lo habíamos dejado.

—Inna, ¿por qué le das la vuelta a la situación? Si eres tú la que ha dinamitado nuestra relación desde hace no sé cuánto tiempo. No puedes pretender girar la ruleta sin más. Es hora de que seas franca, sincera y que me digas todo lo que me tengas que decir antes que nos levantemos de aquí y tomemos una decisión que, por cierto, cada vez está más clara.

—Yo soy como soy, Héctor. Y hago lo que tengo que hacer. Tú no eres nadie para decirme qué tengo y qué no tengo que decirte. Faltaría más.

—¿Cómo que no? Aún soy tu marido y merezco un respeto. O quizá no sea la palabra adecuada. Creo que me debes una explicación porque todavía no sé con claridad qué es lo que te he hecho para que me trates así, de esta forma.

—Te he tratado de la forma que mereces, Héctor. Ni más ni menos.

—Explícate de una vez, Inna. Vuelves a subirte por las ramas.

—¡Joder, Héctor! Tus continuos viajes a los que nunca me llevabas, esa obsesión compulsiva por el trabajo, tu poca conciencia de que me quedaba sola, absolutamente sola en casa, sin nadie con quien compartir.

—¿Ahora me vienes con eso? Esta conversación ya la hemos tenido varias veces y siempre me has dado la razón. Has sido tú Inna, la que nunca has querido venir conmigo a mis salidas fuera del país. Solamente recuerdo alguna ocasión suelta al principio de nuestra relación cuando todo era como tenía que ser ahora. Y no estoy obsesionado con el trabajo: si tú supieras a lo que he tenido que renunciar por estar a tu lado, por pasar el mayor tiempo contigo y que fuera de calidad, no solamente por estar. Y sí, siempre he sido consciente de que te quedabas en soledad, por supuesto que lo he sido. Pero, ¿qué querías que hiciera? Tenía que hacerlo. Mi puesto de trabajo consiste también en estar fuera de casa. Lo hemos llevado bien, por lo que no entiendo que me vengas con ese reproche ahora.

—Es lo que siento, Héctor. Estoy sola, muy sola.

—Vamos a ver, Inna. Si mis viajes consisten en salir una vez al mes, ¿qué me estás contando? ¿Qué milonga estás inventando para justificar tu infidelidad? Ese razonamiento es falso, Inna. Lo sabes.

—No es falso. Para nada es falso. Mi trabajo me permite estar mucho tiempo en casa y ese tiempo me lo he pasado sola. ¡Joder! Que llegas a casa a las diez de la noche y te marchas a las

seis de la mañana.

—Es que no doy crédito a lo que estoy oyendo, Inna.

—Créetelo de una vez.

No puedo. No puedo.

—Y si fuera así, que no lo es, ¿por qué has esperado tanto tiempo a decírmelo? ¿Era necesario introducir a una tercera persona entre nosotros?

—¿Tú que sabes? Si llegabas a casa, cenabas lo que pillabas y enseguida te ibas a descansar.

—Es que no puedo creerlo, Inna. ¿Por qué mientes de esa forma? No es cierto lo que dices. Siempre he estado contigo con más o menos tiempo, pero a tu lado. Eras tú la que no quería estar a mi lado. Ahora entiendo cada rechazo, cada ida y venida. Y ese no querer tener sexo conmigo. Ahora lo entiendo todo. Todo ese cariño que yo he volcado en ti, en nuestra relación, tú se lo regalabas a él. ¿Cómo has sido capaz de dejarme tirado de esta forma? No te creo, Inna. No creo nada de lo que me estás diciendo.

—¡Ya está bien, joder! Esta conversación no tiene sentido.

—Lo que no tiene sentido es que me hayas engañado y no hayas tenido el coraje suficiente para decírmelo. Eso es lo que no tiene justificación posible.

—Mira, Héctor: se acabó. Ya no aguanto más.

—Ya no aguantas más, ¿no? ¿Es esa tu última palabra?

—No soporto tanta discusión, tanto malentendido entre nosotros. Los últimos meses han sido horribles en cuanto a convivencia. ¿No te has dado cuenta?

—Pues claro que sí, claro que me he dado cuenta. Pienso que tú no has puesto de tu parte para ayudar a borrar de nuestras caras ese semblante neutro y sin sensibilidad.

—Tú tampoco, Héctor. Tú tampoco eres un santo.

—Pues claro que no lo soy, Inna. Faltaría más. Tengo infinidad de defectos aunque no puedes negarme que te quiero.

—Suenas bonito, Héctor. Pero no es cierto.

—¿Cómo que no es cierto? ¿Es que puedes tu sentir por mí? ¿Cómo puedes calibrar la medida de mi amor por ti?

—Soy mujer, lo presiento. Y cuando una mujer presiente algo, no se equivoca.

—Pues esta vez, estás muy equivocada.

—Y si estoy equivocada, como tú dices, ¿puedes decirme por qué razón no has querido seguir con nuestros planes?

—Nuestros planes eran ahorrar para comprarnos una casa más grande. Y el siguiente paso era...

Me interrumpe.

—Tener hijos, Héctor. Tener hijos.

—¿Y qué? Aún no habíamos llegado a lo planeado. Tú lo sabes igual que yo.

—Era el momento de intentarlo.

—Vamos a ver, Inna. Si ya estábamos de acuerdo en eso. No tienes derecho a tergiversar las cosas. ¿Por qué lo haces?

—No estoy tergiversando nada, Héctor. Es la realidad.

—¿Qué realidad? ¿La tuya? ¿La que a ti te interesa? Y, ¿dónde quedo yo? ¿Es que no tengo derecho yo a decir lo que pienso?

Ahora no articula palabra. A mí, que me gusta analizarlo todo, me cuesta encontrar el camino que me lleve a entender su rechazo constante. Es como si se hubiera instalado en el odio y en el

rencor y no admitiera nada más que su proyecto vital. Aunque olvida algo importante y es que hasta este mismo instante, somos dos los que decidimos. También lo es que ya hay quien me roba ese lugar tanpreciado.

—¿No me respondes ahora? ¿Por qué? Será que tengo razón.

—No es eso.

—¿Entonces, qué es?

Vuelve a estar en silencio. Quizá está replanteándose su discurso o de verdad está asumiendo que se ha equivocado. O, tal vez, no. Recoge su mirada. Es el momento de continuar.

—Héctor...

—¿Qué...?

—Quiero el divorcio.

UN DESTINO SIN DUEÑO

Tarde o temprano, llegaría el momento. Y ha sido más pronto que tarde. No me ha dado tiempo a saber más, a conocer más de lo que ha querido decirme. Parca en palabras y muy pocos gestos. Da la impresión que ya tenía el discurso bien formado, que ha ido escribiéndolo con pausa, templando los tiempos, sabiendo que el día llegaría. Me pide el divorcio ella a mí, cuando tendría que ser yo el que pidiera algo más explicaciones. No quiere o no sabe dármelas, o yo estoy esperando demasiado.

Quisiera volver atrás y arreglar lo que he podido romper. Incluso olvidar que una mujer desconocida me devolvió a la vida tras pasar por su cariño, por sus brazos, por su cuerpo. Estaría dispuesto a lo que fuera, si ella quisiera seguir a mi lado. La quiero, la quiero mucho. Aunque ella ya ha demostrado que no me quiere a mí y que no quiere que estemos juntos ni un minuto más.

—Así que quieres que no volvamos a estar juntos jamás, ¿no es cierto? Así de un plumazo, haciendo oídos sordos a lo que yo pueda sentir o pensar de todo esto. Ya has tomado una decisión y ya está.

—No podrías haberlo definido mejor, Héctor.

—Ya, entiendo.

—Está todo dicho. El cariño que siento por ti no es suficiente, ya no. Ahora quiero dar un paso más en mi vida, pero sin ti. He encontrado a una persona que me llena, que me da lo que necesito. Y quiero estar con él.

—Inna, ¿estás segura que no es una chiquillada? Estamos mal, está claro. Nunca pensé que te plantearas dar este paso. Ni siquiera tras ver la fotografía. Me sorprende tu sangre fría y esa determinación tan personalista. No va contigo y puede ser que ya no te conozca lo suficiente. Has cambiado, lo noto y puedo darme cuenta de tantos y tantos detalles que has ido dejando durante todo este tiempo en el que jugabas a tres bandas.

—Para nada es una chiquillada. Es algo más que pensado y repensado. ¿Qué sentido tendría esperar más? Ya no me aportas lo que busco en un hombre.

—Estás siendo demasiado dura conmigo, Inna.

—Estoy siendo como debo ser, como debí ser hace mucho tiempo. He esperado demasiado pero los acontecimientos se han precipitado con la publicación de la foto.

—Entonces, no querrás saber nada de lo que he conseguido este fin de semana en París.

—Ya no, Héctor. No es algo que pueda afectarme ya, ni en positivo ni en negativo.

—Pues escuchándote, me alivia saberlo. Y no sabes cuánto.

—¿A qué te refieres? No termino de entender.

—Ya no hace falta entender. —Copio su planteamiento, su forma de hablarme, de sentir en estos momentos.

—No, no hace falta.

Me mira buscando respuestas a lo que acabo de decirle. Quizá debería contraatacar, pero no es mi estilo. Si que me gustaría soltar todo lo que llevo dentro, absolutamente todo. No dejarme nada en el

tintero. Si va a ser la última vez que hablemos debe saber lo que ocurrió en París.

—Seguramente, esta será la última vez que tú y yo hablemos de nosotros. Obtendrás tu divorcio en cuanto tu abogado y el mío se pongan de acuerdo en las condiciones. No habrá problema por mi parte, te lo aseguro. No voy a ponerte límites ni tampoco exigiré más de lo que pueda pertenecerme. Lo mismo espero de ti, ya que tú has iniciado el proceso.

—¿Qué quieres decirme exactamente, Héctor?

Tomo impulso y el oxígeno necesario para la parrafada que tengo que soltarle. Quiero mirarla a la cara, fijamente y exponerle lo que sentí, lo que estoy sintiendo en estos momentos y lo que quiero sentir el día de mañana. No sé si conseguiré expulsar el lote completo, voy a intentarlo. Me lo debo. Y por coherencia, se lo debo a ella, a pesar de haberme propinado un puntapié, yo soy diferente.

—Muchas cosas, Inna. Intentaré resumirlas lo mejor posible. No quiero aburrirte, aunque ya que estamos en pleno ataque de sinceridad, ahora seré yo el que se vacíe por dentro.

Se queda un tanto perpleja, pero no pierde la compostura. Ese carácter contemplativo que siempre tuvo y que siempre me pareció helador es el que me regala en estos momentos. Mejor así. Sí. Mucho mejor así porque a pesar del dolor que siento porque empieza a acabarse una parte importante de mi historia, la posibilidad de emprender una nueva es también del todo apasionante.

—Pues tú dirás. A mí también me sorprende verte así.

—¿Así cómo?

—Pues, no sé. Así.

—¿Tranquilo, quizá?

—No sé si es la palabra, podría ser. Calmado, como que te da lo mismo que me vaya o que me quede.

—No, no me da igual. Luchar contra lo imposible es absurdo, ¿no crees?

—Sí, tienes razón. Es completamente absurdo.

—Pues eso. Para qué malgastar el tiempo en luchas banales que no tienen sentido.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres decirme?

Aliento ya no me falta. Sólo un pequeño empujón para tomar la carrerilla suficiente y que no me falta el resuello al hablar. Me pondré la camisa de los eventos, de esos discursos frente a un auditorio lleno que espera que le cuentes cosas. Pues, allá voy.

—Lo primero que quiero decirte es gracias. Pensarás que estoy loco tras todo lo que acabamos de hablar en este rato. Sí. Gracias por haber llenado una parte importante de mi vida. Te he amado y te amo, y ya no es suficiente para ti. Asumo mi parte de culpa en el fracaso de nuestra relación de pareja, por supuesto. Pero no estoy dispuesto a cargar con el ciento por ciento de los pecados. Tú, Inna, has puesto mucho de tu parte para que esto no funcionara. A tu manera, con tus detalles, con tus negativas, con tus desaires. Los pongo al mismo nivel que los míos pues hay y existe una diferencia clave: yo si te quiero y tú a mí, no. Yo también he tenido momentos de debilidad y he podido desfallecer y tirarlo todo por la borda. Soy de los que confían en las segundas oportunidades, de los que se fían de las personas. Y yo, confié en ti, y creo que me equivoqué. A la vista está. Mientras yo pensaba en qué podríamos hacer para seguir juntos, tú estabas en los brazos de otro hombre. Porque cuando yo quería hacer el amor, tú ya lo hacías con otro. Porque cuando necesitaba amor ya se lo brindabas a otra persona. Y esa es la realidad.

Me sigue con la mirada. Yo soy de gesticular mucho con las manos y con los brazos. Intento no ser descarado, me sale innato. En ocasiones, peco por demasía. Ya iré aprendiendo a controlar. Sigo, que he cogido carrerilla.

—No he sido el mejor marido, ni el mejor amigo ni compañero. Tengo mis virtudes y mis

momentos. Y me hubiera gustado que hubieras reconocido que en muchos instantes de nuestra vida en común, has sido feliz. Pero bueno, es lo que hay. Siempre vemos con más fuerza lo negativo que lo positivo. Yo también. Sin embargo, es justo reconocer lo que es cierto. Ya lo hago yo por los dos: hemos sido felices. Sí. Parece ser que de eso queda ya poco y que fue en tiempos ancestrales. Cuando, si miramos atrás, no están tan lejanos. Has sido una muy buena actriz porque has conseguido engañarme durante un tiempo que no soy capaz de precisar y quizá más del que pensabas. Prometiste fidelidad, pero las promesas solo se cumplen si uno quiere porque cuando se rompe el pacto, las reglas cambian. Y más tarde, sabrás por qué.

Abre los brazos como preguntando a qué me refiero. Y yo le daré respuesta, puede estar por segura que lo haré. Ahora sí, es el momento perfecto para desquitarme de tanto dolor y tanto odio que he soportado con sus palabras y con sus hechos. Y no por eso voy a colgarme la medalla de la mediocridad. Por supuesto que no. Voy a explicarle por qué me dejé llevar por Loana.

—Espero no estés aburrída. Ya queda poco.

—No, para nada. No estoy aburrída y no te niego que sí muy asombrada por lo que estás diciendo.

—Aún queda un poco. Creo que podrás soportarme un poco más.

—Tal vez...

Ahora sí que se acabó. Éste es el final que nunca quise tener que vivir en primera persona porque cuando amas no esperas ni por asomo que la vida va a jugarte una de éstas. Es así. Somos presas de esa autenticidad vital que solamente reconoces cuando te toca a ti de lleno. Y nosotros nos hemos hartado de realidad.

—Ya termino, Inna. Este fin de semana en París me ha servido para darme cuenta de muchas cosas, independientemente de lo que ha pasado entre nosotros que, por supuesto, ha marcado y marcará mi vida para siempre. Pero ha habido también dos aspectos positivos. No todo iba a salir mal, ¿no? Pues claro que no. El universo a veces se confabula para que tras un revés duro y complicado pueda existir un poco de luz para seguir adelante. Y tras lo que acabamos de experimentar en esta conversación, toma especial sentido. La convención de la empresa no ha podido ir mejor. He coincidido con compañeros maravillosos que me han hecho ver que la vida laboral, a pesar de los sacrificios que supone, también puede proporcionarte alegrías. No sé si recordarás que Humberto me pidió que hablara sobre un tema económico en la tarde del sábado. Pues bien, lo hice. Y tal fue el éxito que el señor Huber-Meier, el gran jefe, aquel que te presenté en su última visita a España, decidió que tenía que hablar conmigo. Y me estuvo esperando esta mañana para desayunar junto con Humberto. Fue como una cita a ciegas. El caso es que hablamos y lo que me dijo, me dejó perplejo y sin palabras. La empresa va a mirar hacia el continente asiático y los dos se van a ocupar de la primera fase de la expansión. Y, ¿qué es lo que me ofrecieron? Pues que yo sería el referente europeo de la compañía.

—No me lo puedo creer.

—Pues créetelo, Inna. Seré el responsable de la empresa en Europa. Yo, ¡de gran jefe! No me lo podía creer en ese primer momento. Sin embargo, al insistir y esperar mi respuesta, no pude decirles que no. Era una oportunidad única y una recompensa a tanto sacrificio del que tú hablabas antes. Así que, a primeros de año, nos trasladamos. Bueno, disculpa: me traslado a Lausana, a la sede central.

Perpleja, sorprendida, estupefacta. Eso es lo que dicta su rostro.

—Tengo pocos días para prepararlo todo. Ahora será todo más sencillo.

—Enhorabuena, Héctor. Al final has conseguido el reconocimiento que esperabas.

—Lo esperábamos los dos, Inna. Porque era el empujón económico que nos permitiría dar ese salto de calidad de vida que nos pusiera en marcha para ser padres. Pero eso ya, es arroyo seco.

Se lleva las manos a cabeza. A pesar de lo que sus palabras dicen, su corazón aún tiene latidos fuertes por mí.

—Fíjate que venía pensando en el avión de vuelta a casa que tendríamos que empezar a ver viviendas en la zona residencial que se encuentra cerca de la sede. Qué iluso, ¿verdad? En fin. Mi discurso está llegando a su fin, Inna. Aún queda algo que quiero que conozcas. Antes de esta conversación, pensaba en las posibles consecuencias. Ahora, me alegro de haber llevado a cabo lo que decidí en ese momento, a pesar de las miles de vueltas que le di antes de dar ese paso tan difícil y complicado para mí.

—Cuéntamelo de una vez.

—Nunca te he mentido y esta vez, tampoco lo haré. El sábado por la noche, conocí a una mujer.

La cara le ha cambiado por completo. Parece que el riego sanguíneo no quisiera llegarle al rostro. Carraspea, y vuelve cruzarse de brazos, no me quita ojo.

—Seguramente, ya estarás empezando a elucubrar y a pensar mal.

—No te creo capaz, Héctor. Tú, no.

—Tomamos un par de copas en el bar del hotel. Incluso bailamos un rato. Qué ironía, ¿verdad? Cuántas veces intenté sacarte a bailar y me rechazaste por temor a que vieran que no sabes hacerlo. Yo tampoco, aunque me dejó llevar por el poder de la melodía. Y así fue, un ratito de baile agarraditos por la cintura. Hablamos y hablamos de nuestras vidas. En confianza ella me contó de su historia y yo le conté los problemas por los que estábamos pasando pero, al mismo tiempo, que confiaba en poder resolverlos. Hubo enseguida una química muy intensa entre los dos y eso se notaba en el ambiente. En un momento preciso, ella me pidió que la besara.

—Y lo hiciste, ¿no? —Da la sensación que quiere adelantarse y ser ella la que pronuncie ese vocablo que hace unos minutos ha usado con ella misma.

—No, no lo hice. Le dije que estaba casado y que me debía a ti. Que a pesar de andar por malos momentos, no podía traicionarte. Y así fue. Cada uno se fue a su habitación y en paz.

—Y, ¿ya está? ¿No hay más? Sabía que no lo harías. Tú no eres de ese tipo de hombres, Héctor. Te conozco muy bien.

—Por lo menos reconoces que he sido fiel a ti. Aunque, hay más que debes saber.

—¿Qué...?

—Cuando regresé a la habitación, me puse a echarle un vistazo al móvil. Entonces fue cuando descubrí la fotografía y comprobé que estabas besándote con otro hombre. Ya estaba un poco escamado porque Ana ya me advirtió de algo cuando salí de Madrid, pero no pudimos hablar claro. Yo me centré en la convención y me olvidé de eso. Sin embargo, cuando te vi en brazos de ese tipo, el mundo se me vino encima. Necesitaba hablar y echar fuera todo ese sentimiento de dolor que paseaba por mi interior. Así que fui a buscarla. Y hablamos un rato. La química se volvió mucho más intensa, aunque yo no quería dar mi brazo a torcer.

—No, Héctor. ¿No habrás...?

—Y en un momento dado, ella se acercó, yo me acerqué y nos besamos.

—No me lo puedo creer...

—Pensé mucho, muchísimo, dar ese paso, Inna. Ya sabes como soy. Sin embargo era tanta la rabia y el dolor por saberme apartado, por saberme traicionado por ti, que nos seguimos besando durante un tiempo más.

—¿Te la tiraste? ¿Te acostaste con ella, Héctor?

—Fue algo mejor, Inna: hicimos el amor...

EL CAMINO ABIERTO AL ATARDECER

Inna ha salido del salón. Al escuchar mis últimas palabras, se levantó y fue a la que aún es nuestra habitación, cerrando la puerta de un sonoro portazo. Quizá esa sea la mejor descripción posible para localizar el punto en el que nos encontramos ahora. Un portazo. Es precisamente eso lo que separa su mundo del mío. Ella expuso sus razones, que aún no termino de entender. Y yo, a modo de epílogo, expuse las mías, haciendo un recorrido sobre la que era nuestra relación. Y digo era, porque ya no tiene nuestra bendición. Parecemos dos extraños que quieren subir a un tren en la última estación y cuando llega el convoy solamente uno de los dos entra en el interior mientras observa a través de los cristales cómo se aleja poco a poco. Es gráfico, pero sirve para focalizar una situación que es insostenible.

Inna me ha pedido el divorcio. Una palabreja que no me gusta nada y que nunca me gustó por todo lo que lleva aparejado, que no es poco precisamente. Ahora ya estamos avocados a ese concepto y todo lo que no sea seguir por ahí no será bueno. Segundas partes, dicen por ahí, no acaban funcionando. Yo sí que creo en crear nuevas coyunturas. Hoy por hoy, es imposible. El futuro está escrito en las estrellas y nunca se puede decir que no a nada. No obstante, la predisposición es finiquitar casi quince años de relación sentimental.

Tendría que entrar a la habitación para recoger mis cosas aunque tal y como está la situación en estos momentos, no sé si será buena idea. Salgo del salón y camino hacia la habitación. La puerta sigue cerrada. Pego el oído a la hoja de madera pero no logro escuchar nada. Toco con los nudillos con suavidad, no obtengo respuesta. Repito la operación con algo más de vehemencia. Tampoco obtengo resultado.

Me doy la vuelta para marcharme y escucho el ruido inconfundible del pestillo. Giro la cabeza y veo un pequeño resquicio. Dudo si volver al salón o pasar al interior. Supongo que esta segunda opción es la que tengo que escoger ahora. Al entrar, la veo recostada en la cama, abrazando un pequeño cojín de color beis que siempre ha decorado la cama. Observo que todo se encuentra en su lugar tal y como lo había dejado cuando marché a París a la convención de la compañía.

—Inna, entiendo que no hay marcha atrás, por lo que es necesario que nos organicemos. Tengo que recoger mis cosas, no son muchas pero sí que me gustaría conservar y llevármelas a Suiza.

Me escucha sin mirarme a la cara y asiente a lo que le acabo de decir. La parquedad en palabras vuelve a su origen. Así la conocí, y así voy a tener que despedirme de ella. Cosas del destino.

—Bueno, pues ya está. Voy a irme a un hotel esta noche y mañana por la mañana vendré a empaquetarlo todo, si no te molesta.

—Puedes dormir en el sofá si quieres, Héctor. A mí no me importa.

—No te preocupes. Creo que es mejor que me vaya y que cuanto antes normalicemos una situación que es nueva para los dos.

—Vete, por favor. Vuelve mañana a por tus cosas y desaparece de mi vida. Te lo ruego. No me lo hagas más complicado.

—Me voy, Inna. No te preocupes. No te molesto más. A las nueve de la mañana estaré aquí. Te

dejo mi juego de llaves en el aparador junto a la puerta de entrada así que tocaré abajo para que me puedas abrir. Tardaré poco y casi ni te enterarás que estoy aquí.

Se da media vuelta en la cama dándome la espalda. Es su forma de decirme adiós, de finalizar una historia de amor que nos llevó hasta aquí, hasta el punto final. Sonrío, no precisamente de felicidad. A pesar de todo, el amor no se ha marchado de mi corazón pero está custodiado por una coraza de dolor que durará un tiempo en disolverse. La miro para despedirme. Se acabó, Héctor, ya no hay nada más que hacer aquí.

Me pongo el abrigo que dejé en el perchero y tomo la maleta que traje de París. La arrastro por el piso y tras girar la manivela, salgo de casa. A un par de manzanas de aquí, hay un pequeño hotel familiar. Me servirá de cobijo para esta noche. Solamente espero que tenga habitaciones disponibles porque no me apetece trasladarme más lejos, teniendo en cuenta que mañana tengo que volver a casa. Bueno, a casa de Inna. Ya lo tengo asumido. No volverá a ser mi casa, mi refugio. Cuántas cosas se quedan aquí y qué poquitas las que me llevo en los bolsillos. Ahora mismo, regresar no forma parte de mi diccionario particular.

El vuelo ha sido movidito, como hacía tiempo que no vivía. No me da pánico aunque si me asusto con las turbulencias, sobre todo si son tan exageradas como las de hoy. He agradecido interiormente tocar suelo en Lausana. Bueno, ya estoy en casa. Al salir de la terminal busco un taxi que me traslade a mi hogar. Qué cierto es eso de hogar, dulce hogar porque estoy deseando llegar, quitarme los zapatos y andar descalza por el suelo entarimado mientras tomo algo caliente que atempere sensaciones a flor de piel porque tengo algo de frío. No creo que me haya resfriado pero el cuerpo me pide un té humeante.

El aeropuerto dista unos veinticinco minutos de distancia de donde vivo actualmente. Remy y yo nos mudamos a una casa tras dejar el primer piso donde vivíamos en Ginebra, si bien de eso hace ya algún tiempo. Me encanta vivir en una casa porque me hace sentirme un poco más independiente y estar encerrada entre paredes no era precisamente lo que más me gustaba. La casa la conseguimos gracias a lo obtenido en una subasta que organizó Remy sobre una de sus primeras obras. No hay muchas en la zona por lo que podemos disfrutar de paz y tranquilidad. Y además, nos viene bien relajar cuerpo y mente. No todo va a ser estrés y vida atropellada.

No he querido llamar a Remy para no importarlo. Estoy enfadada con él por lo que hemos hablado durante el fin de semana. Estoy llegando a casa y espero dialogar para aclarar todas las cosas. Me mosquea esa falta de lucidez que gasta hoy porque no es normal su comportamiento. Definitivamente, no lo es. Debe estar tramando algo y no quiere decírmelo porque sabe que llevará las de perder. No obstante, puede confiar en mí independientemente de nuestra forma diferente de ver las cosas.

Acabo de pagarle al taxista y estoy rebuscando en mi bolso las llaves. Mientras me acercaba a la puerta de entrada, no he visto luz alguna en el interior. Y es raro, porque a Remy no le gusta demasiado la oscuridad y casi siempre tiene alguna lámpara encendida en la parte inferior de la vivienda. A ver si doy con las malditas llaves. Por más que remuevo en el interior, no las encuentro. No es cuestión de vaciarlo entero aquí. Venga, una vueltita más y doy con ellas. «¡Uff! ¡Por fin!» Introduzco la llave y giro. Sin embargo, la cerradura no se abre. Está echado el doble pestillo de seguridad. Es como si no hubiera nadie. Juraría que Remy estaría en casa a esta hora pues su vuelo

llegaba a primera hora de la mañana. Que raro.

Dejo la maleta tirada y subo a la parte de arriba. En la parte superior de la casa hay una pequeña buhardilla donde tiene instalado un diminuto estudio de arte y allí pasa las horas trabajando, ensimismado con sus creaciones en miniatura o pintando aquello que el talento le dicta o le susurra en la intimidad de sus pensamientos.

—¿Remy? ¿Estás ahí? —Nadie responde a mis preguntas.

Es muy extraña esta situación. Si pensaba retrasarse por algún motivo podía habérmelo dicho. Este hombre, a veces, es una terrible caja de sorpresas porque no puedo contar con él para casi nada. Va por libre, no tiene límites, no tiene dueño. Es así, siempre lo fue y yo quise compartir mi vida con él conviviendo de esta forma tan peculiar. Voy a buscar el teléfono al bolso que dejé junto a la maleta tirado en el suelo de la entrada. Ya me he despojado de los zapatos. ¡Qué alivio pisar en el suelo de tu casa! Estoy marcando su número. Un tono, dos, tres, cuatro. Nada, no contesta. No sé, no sé qué pensar.

Voy a la cocina y observo que dejé anotada la hora del vuelo de regreso. Solo tenía que mirar aquí, donde siempre dejo escritas las cosas importantes que nos atañen a los dos. Otra cosa es nuestra agenda personal: ahí, cada cual, se las ingenia para llevar adelante todo lo que tiene que hacer. No hay rastro de haber hecho de comer o de haber abierto algo del frigorífico. Da la sensación que no ha habido nadie desde que nos marchamos cada uno por nuestro lado el viernes en la mañana.

Vuelvo a subir a la parte superior. Entro en mi habitación: no hay rastro de este hombre. Me dejo caer en la cama. Estoy cansada, bastante. Tanto se ha movido el avión que no he podido dormir nada y las horas se pegan al cuerpo como una lapa. Tal vez, si me recuesto un poco y me arrullo con la manta que hay a los pies del colchón me quede dormida un rato. Lo necesito. Cierro los ojos. Ya veré luego dónde demonios está Remy.

La tranquilidad me dura muy poco, porque escucho el teléfono. Le tengo una manía muy fuerte al puñetero móvil y no puedo dejarlo sonar así que alargo la mano para cogerlo de la almohada, donde lo dejé al recostarme. Tengo los ojos medio cerrados y no me fijo en la pantalla. Así que contesto a ciegas.

—¿Loana?

—Sí. ¿Quién es?

—Solo han pasado unas cuantas horas y ya has olvidado el color de mi voz. Qué desilusión...

Doy un brinco en la cama.

—¡Héctor! ¡Qué sorpresa! No esperaba que me llamas. ¿Cómo estás? ¿Qué tal por casa? ¿Has hablado con tu mujer? —le contesto mientras el corazón brinca como un caballo desbocado en mitad de la llanura verde brillante.

—Sí. Sí que hemos hablado. —Noto algo raro en su voz.

—Y, ¿no me vas a contar qué ha pasado...? —Estoy deseando que me cuente todo con pelos y señales. La conversación con su mujer era muy importante, mucho más después de que renunciara a él mismo mientras estuvo conmigo.

QUISIERA SER

Mientras hablo por teléfono con Loana, me he tenido que refugiar en un pequeño soportal que he encontrado al caminar en busca del hotel. Hace un viento espantoso esta noche, los árboles tiritan y sus ramas se mueven con virulencia. La comunicación se entrecorta, pero me apetece mucho seguir hablando con ella.

—Tú dirás que quieres que te cuente, Loana. Tampoco fue una conversación de libro. Más bien todo lo contrario. Nos dijimos lo que pensábamos el uno al otro y llegamos a la única conclusión que podíamos alcanzar.

—Ya, Héctor. Entiendo que no vais a daros otra oportunidad, como suele decirse, ¿no?

—No, Loana. ¿Tendría algún sentido tenerla?

—No estoy en tu posición, Héctor. No sabría qué decirte. Ya sabes que yo vivo en una relación especial.

—Sí, creo que entiendo un poco de la tuya y nada tiene que ver con ésta. No hay comparación posible.

—Entonces, ¿a qué conclusión habéis llegado?

—Nos vamos a divorciar.

—¿Así, sin más? Bueno, quiero decir que es una decisión muy fuerte. Aunque tenga cierto sentido por lo que ha ocurrido, ¿ya no queda ningún sentimiento que pueda anudar de nuevo vuestras vidas? No creo que de la noche a la mañana esto se termine con tanta rapidez. Perdona si me meto donde no me llaman. Solo te doy mis impresiones.

—En cierta forma, tienes razón, Loana. Yo esperaba que a pesar de la infidelidad, Inna siguiera manteniendo por mí ese amor que yo le profeso. Sin embargo, no es así. Me engaña desde hace tiempo y solo esperaba la mejor oportunidad para darme la estocada de muerte. Fíjate que para mí, pensándolo con un poco más de frialdad, ha sido una especie de liberación. Acuérdate lo que me costó besarte o decidir que nos acostáramos.

—Lo sé, lo entiendo. Y lo recuerdo con claridad. Siento que tengas que estar pasando por estos momentos y por este trance. De verdad que lo siento, Héctor.

—No te preocupes, Loana. Te agradezco tus palabras. Me vienen bien y más, viniendo de ti.

—¿Pasas la última noche en casa?

—No. De hecho estoy con la maleta en la calle. Voy a un hotel cercano a un par de manzanas de casa. No era buena idea dormir allí. Inna me dijo que si quería, podía quedarme en el sofá pero pensé que era mejor comenzar a separar nuestros lazos. Mañana en la mañana, volveré al apartamento y recogeré los pocos enseres que tengo. Y después, pues ya veremos.

—Ya, entiendo. Si puedo hacer algo, dímelo.

—No te preocupes. ¿Qué vas a hacer tú desde Lausana?

—Bueno, es cortesía. Te lo digo desde lo más profundo de mi corazón.

—Además, si no pasa nada, pronto nos veremos.

—¿Héctor? ¿Estás ahí...?

La cobertura parece desfallecer. Escucho su voz entrecortada. Creo que la comunicación se va

terminar en breve. Tras varios intentos por continuar, la llamada se corta. Marco de nuevo su número, pero la línea aparece como apagada o sin señal. Otra vez será. Me hubiera gustado decirle que pronto nos veríamos. El traslado a Suiza será para finales de mes, una vez que todos los permisos y documentación fedataria estén listos.

Sigo caminando por las calles de Madrid. Mi ciudad. La ciudad a la que voy a tener que dejar huérfana aunque por un buen destino y por una buena causa. La echaré de menos, como no podría ser de otra forma. Creo que el hotel está pasando esta calle, girando a la derecha. Tengo ganas de dejarlo todo, darme una buena ducha y acostarme a dormir.

He vivido demasiado deprisa estos tres últimos días y necesito darme un respiro; detenerme y reflexionar, sí. Como siempre hice, como siempre haré. Han sido tantas emociones que se agolpa el significado de cada una de ellas, uno tras otro, en mi cabeza. No estoy acostumbrado a esta intensidad tan flagrante, a estar en lo alto de ese frenesí de quien no soy o por lo menos, aún no era. Tendré que aferrarme a esa virtud que tengo de aclimatarme con soltura a las nuevas situaciones porque la voy a necesitar. Le tengo cierto respeto a lo que pueda encontrarme. Ya iré solventando poco a poco lo que vaya poniéndose en mi camino. Ahora tendré muchos más momentos de silencio, muchos más momentos de estar en compañía de la soledad. También tendré que naturalizar ese estado, esa novedad vital que me acompaña desde que salí de casa hace unos minutos.

Acabo de llegar. He preguntado en recepción y para mi suerte, hay habitaciones disponibles. Tras rellenar el formulario y entregarme las llaves, subo por las escaleras. Es un primer piso donde se encuentra mi ansiado descanso. Qué poquito tiene que ver este establecimiento con el maravilloso y espectacular hotel de París. La cama es pequeña y la ventana, minúscula. Por lo menos está todo limpio y la temperatura, gracias a la climatización, es agradable.

No puedo evitar recordar que hace veinticuatro horas estaba conversando con una mujer desconocida en el bar de un hotel. Lo que derivó de aquella conversación fue uno de los mejores momentos de toda mi vida. La sensación es contradictoria aunque me estoy dando cuenta que la estoy echando de menos. Hablar con ella instantes atrás ha hecho que se revolucione todo el álbum de reminiscencias, evocando cada minuto, cada segundo mimetizado en su mirada y en esa particularidad tan especial que destila al estar a su lado. Es una mujer increíble, lo sé. Lo sé muy bien. Ella me propuso rebelarme contra mi propio yo para que aflorara el origen de mi sensibilidad, de mis sentimientos, tan ocultos y opacos por una relación que estaba finiquitando mis ganas por retomar el sendero del silencio, donde he permanecido buena parte de mi vida. Esa pequeña insurrección, motivada por su afán de buscar la felicidad en los pequeños momentos, agitó mis entrañas.

Todo lo que pasó a posteriori lo tengo grabado a yunque y martillo. Será muy complicado que la vida vuelva a ponerme delante de un destino semejante de carne y hueso. Me estoy dando cuenta que divago en demasía. Me pregunto si mi horizonte, ahora más limpio de tormentas y oscuridad, tiene parada y fonda en Suiza porque allí es adonde me dirijo. Y allí, señal del destino o no, es donde vive Loana.

¿UN PASO ATRÁS? ¿UN PASO ADELANTE?

El chasquido del resbalón de la puerta golpeando la parte metálica en el marco se repite una y otra vez en mi cabeza. Parece que no quisiera aceptar que el tiempo ha cambiado y que he sido yo la que ha propiciado esta mudanza sentimental. Sigo pensando que hice bien, que necesitaba un cambio en mi vida. Quizá no fue la mejor forma de llevarlo a cabo pero, al fin y al cabo, sucedió. Y sí, yo lo busqué. Me cansé de ser quien no quería. Eso Héctor nunca lo entendió, yo tampoco se lo expliqué. No quiero pensar que he sido injusta con él, porque no lo creo. Sin embargo, me queda un regusto amargo. Quiera o no, ha sido mi pareja durante muchos años. Evidentemente, puedo decir que lo he querido mucho, que lo he amado aunque ya no es lo mismo. Me siento en la exigencia de darle otro nivel a mis días y Héctor, no puede dármelo. Ya no. Tengo inquietudes y he dado con la persona que puede ofrecerme respuestas a estas preguntas interiores que yo misma me formulo.

En la soledad de mi casa, la que aún sigue siendo mi casa, presiento que estoy en el buen camino. Sé que he elegido la mejor opción. Le conocí en el momento preciso, justo cuando comenzaba a ser inviable una vida junto a mi marido. Y ahora, tengo muchas ganas de estar con él, en todos los sentidos. Volver a sentirme mujer, cabello a cabello.

Me estoy dando cuenta que no hago más que compararle con Héctor y quizá no sea lo mejor, lo más adecuado. Uno me aportó lo que anhelé

y otro me aportará lo necesario para comenzar a ver un nuevo futuro. No lo he hablado con él aunque me encantaría que viviéramos juntos, salir de esta madriguera obsoleta y comenzar algo nuevo donde él quiera. Ya me las apañaré a nivel laboral para solicitar un traslado o cambiaré de trabajo si es necesario. Pero con él, con esa nueva ilusión que parece galopar por mis venas.

Quiero contarle que ya soy casi libre para poder estar a su lado, para disfrutar del tiempo, para ser su amante y su compañera. Voy a enviarle un mensaje a través del móvil. Deseo hablarle, decirle que tengo ganas de verle y que espero que sea lo antes posible.

—*Hola, cariño. ¿Estás...?*

Pasan unos segundos hasta que veo que comienza a escribir.

—*Sí, aquí estoy. ¿Me has echado de menos, nena?*

—*¿Tú que crees?*

—*Por tu bien, espero que sí.*

—*¡Tonto! ¿Qué haces? No me has escrito en las últimas dos horas.*

—*¡Menudo control me tienes! He estado ocupado en mis asuntos. Ya me conoces: todo el día trabajando.*

—*Ya, claro. ¡Qué ingenua!*

—*¿Ingenua? ¿Por qué?*

—*Nada, olvídalo. Cosas de chicas...*

—*Como quieras. ¿Cómo te ha ido con tu marido?*

—Pues como tenía que ir, por supuesto. Me ha dicho que no entiende por qué le he sido infiel si siempre me ha amado y que no se explica por qué hemos llegado a esta situación insostenible.

—Menudo gilipollas...

—No seas así. Sé que aún me quiere. A su manera, pero me quiere.

—¡Bah! Tonterías. Olvídalo de una vez. Ya te doy yo todo lo que necesitas.

—Quiero empezar de cero contigo.

—Ya llevamos un tiempo viéndonos, nena. No podemos empezar de nuevo.

—Me refiero a mi vida. Quiero que sea como la primera vez. Como esos primeros momentos donde sientes que estás enamorada hasta el último pliegue de tu piel.

—Demasiado romanticismo, nena. Ya me conoces. Yo soy más de pim, pam, pum. Y bien que te gusta...

—¡Serás creído!

—Mucho mejor así, nena. Más visceral, más pasional. Mucho mejor. ¡Donde va a parar!

—¡Oye! Que también me gusta ser romántica, eh!

—Yo te puedo empalar contra la pared diciéndote cosas bonitas...

—¡Qué burro eres!

—Te gusta. Reconócelo. Te gusta que juegue contigo a cada instante.

—Sí, ¿pasa algo?

—Ya verás cuando nos volvamos a ver lo que va a pasar por tu cuerpo.

—Pensaba que sería pronto.

—¡Si nos acabamos de ver hace un par de horas! Sabes que tengo cosas que hacer y que estaré ocupado un par de semanas. Cuando acabe lo que tengo entre manos, nos volveremos a ver. Ten paciencia. Así me tomas a deseo, ¿no?...

No le he contestado, porque ha desaparecido de la conversación. Reconozco que me saca de quicio, me gusta tanto... Parezco una chiquilla. Tampoco es malo, pienso. Creo que me he pillado mucho por él. Cruzo los dedos para que salga bien pues no soportaría otra ruptura más.

Con el teléfono en la mano, me he metido en la cama. Releo nuestra conversación. Esta ansiedad por estar entre sus brazos es peculiar. Será fruto de estar con los sentimientos acumulados y a flor de piel. Imagino que Héctor habrá encontrado cobijo. Sabe apañárselas perfectamente. No me preocupa. Creo que no...

Y AHORA, ¿QUÉ?

La pequeña conversación con Héctor me ha devuelto la sonrisa. Me ha gustado mucho que haya querido hablar conmigo. Eso, fuera de otras consideraciones, significa que le importo. No sabría calibrar cuánto, pero eso es indiscutible. A quién no le gusta sentirse querido, acompañado en la distancia. Y sentir eso me hace bien; viniendo de él, todavía mucho más. Podría pensar muchas cosas y hacerme ideas que circundan cada palabra de ese diálogo que hemos mantenido. Sin embargo, prefiero no sopesar qué simbolizan. Más que nada por no errar en algo que pudiera no tener sentido.

Héctor es tan distinto a Remy. Son como la noche y el día. Tienen algunas cosas en las que sintonizan un poco. Sería poco afortunado hacer cálculas sobre cuál de los dos podría ser mejor que el otro. Las diferencias los hacen únicos y especiales y eso para mí es lo verdaderamente importante.

De mi conquista fugaz en París ya tengo noticias, pero de mi marido, aún no. Conozco sus excentricidades por lo que en cierta forma, no me sorprende su ausencia de casa. Sí que me inquieta no saber de él. La última vez que hablamos supuse que estaría aquí. El hecho de no saber a qué hora llegaba mi vuelo, me escamó. No hablo de control sobre mí pero sí de estar al tanto de cada paso que doy. Remy es así de particular, de figón de mis cosas aun cuando conoce a la perfección lo que nos traemos entre manos. Todo está muy claro desde hace tiempo: somos pareja, sí, aunque cada uno hace con su vida lo que crea conveniente. No hay que dar explicaciones, salvo que sea absolutamente necesario.

A diferencia de mi marido yo sí que le cuento lo que hago. Y no me refiero a temas laborales, no. Me refiero a si he tenido algún devaneo con alguien. No es por darle celos, porque no existen entre nosotros sino para que sepa que puedo sentir atracción por alguien y acostarme con él. Él ya lo hace y no me cuenta nada. Quizá soy demasiado legal y por eso hemos llegado a estandarizar una relación que es atípica desde muchos puntos de vista. Me debe una explicación de aquello que me soltó estando aún en París. He dado muchas vueltas intentando descifrar qué es lo que quiere decirme o qué es lo que me está ocultando. No debe ser algo que vaya a gustarme por eso quiero zanjarlo de una vez, para no tener que estar pensando en ello de forma recurrente. Ya somos adultos y seremos capaces de resolverlo como tales.

Le he enviado un par de mensajes más, porque al teléfono no me contesta. No puedo decir que no esté algo nerviosa. Tengo que calmarme, dejar que todo fluya. Volverá cuando quiera. Siempre lo hace. Es cuestión de esperar, pero no me gusta. No soy muy buena en estos menesteres; más acostumbrada a decidir y realizar según sea indispensable. Si consiguiera dormir, vería las cosas de otra forma al despertar.

—¿Ana...?

Salto como un resorte en busca del teléfono. Es mi actitud normal y no porque sea un poco más

tarde de medianoche. Por fin había logrado quedarme dormido. Está claro que no es mi turno para descansar. Cuando he visto quién era, no he podido dejar de contestar la llamada.

—Hola, Héctor. Disculpa otra vez. Estaba un poco preocupada por ti. Soy una calamidad en este sentido, lo sé. Siempre llamándote a estas horas. Creo que tienes que odiarme por eso.

—Hola, Ana. No te preocupes. Me había quedado sopa hace un ratito. De tan cansado que estoy y de tantas emociones en tan poco tiempo, no podía conciliar el sueño. Bueno, dime, ¿a qué se debe esta llamada? ¿Ocurre algo? ¿Estás bien?

—Sí, sí, Héctor. Todo bien. El motivo eras tú. Quería saber qué tal te encontrabas y cómo lo llevabas todo.

—Pues bueno, ahí voy. No lo llevo, sino que lo sobrellevo, aunque cada vez estoy más convencido que era el momento justo y necesario para dar un salto adelante.

—¿A qué te refieres?

—A que era el día perfecto para mandarlo todo a la mierda, coger otro tren y apearme en la estación adecuada. Desde dentro parece sencillo, pero no lo es.

—Sencillo será para ti, porque no acabo de enterarme de lo que me estás diciendo.

—Ana, ya sé que Inna me es infiel, si es a eso a lo que te refieres sin decirlo.

—Bueno, yo...

—No hace falta que te disculpes. Te agradezco que intentaras decírmelo antes de salir de viaje a París. La dichosa cobertura, ya ves.

—Y, ¿entonces? ¿Pudiste hablar con ella?

—Estoy bien, Ana. Y sí, claro, tuvimos una conversación que no podíamos dilatar más en el tiempo. Un tú a tú lleno de reproches, colmado de insultos solapados y aguerridos a una espada que cortaba solo al mirarla.

—¿En qué habéis quedado, Héctor? ¿Hay solución para los dos?

—Por supuesto que la hay, Ana. Ya te la acabo de adelantar: nos vamos a separar, cada uno por su lado, en su independencia particular.

—Joder. ¿Y es inevitable?

—Inevitable como que a todos nos llegará la hora de morir. ¿Qué podríamos hacer si una parte no quiere seguir o una parte ya no está enamorada o una parte ya no necesita lo que la otra le brinda? Es absurdo.

—Viéndolo así...

—¿Es que no tiene otra visión posible!

—Bueno, no quiero molestarte más. Perdóname por haberte sacado de tu descanso. Pero me preocupabas.

—No pidas disculpas. Te agradezco mucho todo lo que has hecho y estás haciendo por mí. De corazón.

—Para nada. Aparte de compañeros, somos amigos y los amigos están para todo esto.

—Lo sé. Yo también te aprecio mucho. Bueno, que te quiero mucho quería decir.

—¡Jajajajaja! ¡Vale! ¡Que me vas a sacar los colores!

—¡Qué tonta que eres!

—Tengo que ir a la oficina. Antes tendré que terminar de llevarme mis cosas de casa. No sé si mañana iré por allí. Cúbreme, por favor.

—No te preocupes, Héctor. Puedes estar tranquilo. Yo me encargo aquí.

—Por cierto, Ana. ¿Te apetece viajar?

—¿Perdón?

—Que si te apetece un cambio de aires, quiero decir.

—No entiendo. ¡No! ¿Qué dices? ¿En serio?

—¡Jajajajaja! En cuanto te vea, te lo cuento.

—¡No me dejes así ahora!

—*Quid pro quo...*

—¡Serás cabr...!

—Hasta mañana, Ana.

—¡Adiós, Héctor! ¡Malasombra!

Me ha gustado hablar con ella. Me conoce bien. Y sabe lo que he pasado con Inna. He podido sobrellevarlo mejor gracias a su apoyo diario en la oficina. Ha sido y es un paño de lágrimas. Y eso, tendré que agradecerse toda la vida. En momentos como éstos es donde te das cuenta de quién está contigo y quién te deja de lado. Como la vida misma. Sin duda.

Las fotografías, sentido y sensibilidad.

Tras recuperar un poco de esa tranquilidad que me caracteriza, estoy dándole vueltas a esa dichosa fotografía. Si vuelvo la vista atrás y borro ese momento pasado, nada habría cambiado. Yo hubiera vuelto a casa, las mismas caras, los mismos gestos, los inexistentes abrazos, los continuos desencuentros. Podría haber pasado mucho tiempo hasta que hubiera descubierto que yo no era el único en casa. No paro de preguntarme por qué. Está claro que mi vida está escrita en alguna de esas miles de estrellas que abruman el firmamento y en alguna página a medio arrancar estaba sellado con tinta indeleble que tenía que pasar lo que ha terminado sucediendo. Tanto tiempo en el alambre acostumbrado a caer a un lado y a otro y a volver a levantarme para ponerme otra vez en el disparadero. Y así, una y otra vez. Una y otra vez, una y otra vez. No puedo enfrentarme a mi destino, está claro. Quizá moverme de lugar o esconderme tras mis propios miedos pero nunca escaparme de ese horizonte que me marca el tiempo.

Ahora estoy, de madrugada, muerto de cansancio, madurando y sintiendo que a pesar de todo, tengo que seguir adelante. Mi vida hizo un cambio de rasante y volví a caer en la carretera. He encendido de nuevo el móvil para entrar en la galería de imágenes y ver una vez más el detonante de mi fracaso sentimental. Ahí veo a Inna y a ese hombre que, ciertamente, no puedo adivinar quién es. Acerco y alejo la escena, intentando ver algo que me proporcione una pista, algún indicio para poder saber por qué y por qué con él. La notificación de un mensaje entrante baja un centímetro desde la parte superior de la pantalla.

—*¿Aún despierto?*

¡Loana!

—*¡Bueno! ¿Qué horas son éstas para chatear?*

—*¡Jajajajaja!*

—*No te rías y contéstame. ¿Qué haces que no estás dormida ya?*

—*Mis cositas...*

—*¿Cómo que tus cositas?*

—*¡Jajajajaja! ¡Pues claro, mis cositas!*

—*¡Loana!*

—*Está bien, Héctor. Yo tampoco podía dormir y me puse a jugar con el teléfono. Yo también tengo redes sociales...*

—*Yya de paso, le doy la tabarra al tipo que conocí en París, ¿no?*

—*¡Jajajajaja! Básicamente.*

—*¡Qué fuerte!*

—Entré aquí, vi que estabas en línea y dije, ¿por qué no? Y aquí estamos los dos hablando de madrugada. Nos va la marcha. Ya van dos noches seguidas. Esto parece que va a ser una costumbre.

—Siempre tienes algo que decir.

—Recuerda a lo que me dedico. Sé muy bien por dónde va a continuar la historia. Tengo un sexto sentido que me sirve para muchas cosas.

—Puedo dar fe de ello, Madame.

—Lo sé, Monsieur.

—¿Por qué no puedes dormir? ¿Ocurre algo?

—¿Aparte de echarte de menos...?

—Eres increíble, pero un poco farsante.

—¡Jajajajaja! ¿Tanto se me ha notado esta vez? Vaya...

—En serio, Loana. ¿Qué te ocurre?

—Remy, no ha llegado aún a casa. No sé nada de él desde ayer. Hablamos un poco y me preguntó que a qué hora llegaba mi vuelo. Yo le dije dónde podía mirarlo en casa, porque pensé que ya estaría aquí. No era así. Y la verdad sea dicha, no sé dónde donde demonios se ha metido.

—Vaya, lo siento.

—No es la primera vez que lo hace. En cierto sentido, no me sorprende. Bueno, me preocupa.

—Estará bien. No te preocupes más de lo necesario. Cuando menos te lo esperes te llamará o aparecerá en casa como si tal cosa. Es un tipo raro, pero eso lo sabes tú mejor que yo.

—Sí, sí, está claro. Sin embargo, cada vez que lo ha hecho ha sido para meterse en algún lío de los suyos y eso sí que me pone alerta. Debí volver de la exposición esta mañana. No sé por qué camino ha debido perderse.

—¿Has preguntado a alguien?

—¿A quién voy a preguntarle? Si él va por libre, no quiere líos con nadie, no se compromete con nadie, no se deja llevar por nadie. Él siempre camina con su soledad. Ya ni siquiera viaja conmigo. Somos lo que no somos, Héctor. Bueno, ya te conté la historia y no te la voy a repetir otra vez.

Escribe muy rápido en el teléfono. Me cuesta seguirle el ritmo de tecleo en la pantalla. La noto preocupada. Es algo nuevo. En París me pareció más fría en cuanto a su especial relación de pareja. No tengo derecho a juzgarla, faltaría más, y me da la sensación que este tipejo se la está pegando.

—No te preocupes. Ya me conoces: me encanta escucharte hablar. Bueno, me encantan también otras cosas de ti, aunque no venga a lugar en estos momentos...

Igual he metido la pata con este último comentario.

—No pasa nada, Héctor. Me halaga, y lo sabes.

—Quizá deberías tratar de descansar. Mañana verás las cosas de otro color, estoy seguro.

—Eso intento, cielo. Pero no puedo quedarme dormida.

—Pues eso me ha pasado a mí, más o menos. Recibí una llamada de mi compañera para preguntarme que cómo estaba y ya fue imposible volver a conciliar el sueño. Y ahora, tú. Me tenéis manía persecutoria.

—¡Jajajajaja! No te creas tan importante, Monsieur.

—No lo hago, Madame.

—Perderías glamour, perderías gancho, ese aura tan seductora que profesas cada vez que tus labios pronuncian una palabra...

Literata...

—Qué bonito suena todo cuando son tus labios los que lo susurran...

—¡Mmmm! ¡Eso te ha quedado perfecto!

—Viniendo de ti, es un grandísimo cumplido.

—Ya será para menos. Pero dime, ¿qué es lo que hacías tú?

—Estaba dándole otra mirada a la foto. No consigo saber quién es el tipo que está besando a Inna. Por más vueltas que le doy no soy capaz de reconocerlo. No es que sea algo con lo que no pueda vivir, si bien, me gustaría saberlo para poder entenderla, para poder comprender las razones que le han llevado a ser infiel y a pedirme que lo dejemos, que nos divorciemos, que seamos historia.

—No te martirices más, Héctor. No va a llevarte a ningún lado.

—Lo sé. Quizá sea inevitable hasta que logre descifrar de quién se trata. En ocasiones no basta con mirar; hay que ir un poco más allá de todo. Solamente así se consiguen las cosas.

—Te propongo una cosa: yo no me preocupo demasiado por Remy y tú no lo haces con Inna y su amante. ¿Trato hecho?

—Podemos intentarlo.

—De acuerdo. Pues entonces, es el momento de apagar los móviles y centrarnos en nosotros. Toca desconectar de todo y de todos. ¿Hace?

—Eso significará que dejaremos de hablar nosotros también.

—Esa es la idea y claro que nos incluye. Así que ve dándome las buenas noches como un caballero que eres y vamos a dormir.

—Está bien. Buenas noches, Madame. Un placer haber vuelto a hablar con usted.

—El placer es mío, Monsieur. Créame lo que le digo.

—Descansa, Loana.

—Tú también, Héctor. Por cierto, si quieres, pásame la dichosa foto. Ya conoces mis sentidos: tengo olfato de Sherlock Holmes...

—¡Anda, vete a dormir ya!

—Buenas noches, Héctor.

—Buenas noches, Loana.

Y ya desaparece. Y yo, con ella. Con setenta y dos horas de conocimiento mutuo somos capaces de sentir lo que está experimentando el otro. Llamémoslo como queramos, conexión, sinergia, complicidad, *feeling*... Es bonito percibir que hay otra persona que advierte lo que pasa por tu cabeza, por tu corazón, por tus pensamientos. Muy bonito.

Y sí. Voy a pasarle la fotografía pues quizá ella sea capaz de notar algún detalle que para mí ha pasado desapercibido. A ver, entro en la galería, la selecciono y le doy a compartir. Luego, a la aplicación por la que hemos estado hablando y ya está. Enviada.

Es hora de intentar dormir. A tomar viento el dichoso teléfono. Quiero descansar ¡ya!

Vengo decidido y las vueltas atrás no me van para nada. El hecho de no estar en casa cuando ella ya ha llegado supone un cambio radical a pesar de estar cada uno en su propia sintonía particular. Es una forma de llevar una relación algo compleja que nos ha funcionado bastante bien. Sin embargo, creo con firmeza que ha llegado el momento de dar un salto, de proponer un punto y aparte. En todos estos años me he dado cuenta que, aun siendo egoístas los dos, no hemos podido disfrutar de la vida verdaderamente. Al fin y al cabo, somos un matrimonio. De conveniencia, pero una pareja. Y eso, en el aguerrido fondo de la cuestión, no deja de atarte. Es un hilo muy fino complicado de mantener firme porque, como ella y yo sabemos, hay muchas personas que podrían pertenecer de otra forma a nuestras vidas.

Nuestro sello sentimental se basaba en la confianza, no en el sentimiento que, por otra parte existe, sino en la confianza de llegar a casa y saber que no vas a ser juzgado ni reprendido por haberle dado rienda suelta a lo que hubiera sentido con una persona diferente. El vínculo que representa nuestra personal unidad nos ha permitido ser una combinación perfecta para que cada uno en su esfera profesional haya podido llegar a tener un estatus muy considerado en los círculos donde nos movemos usualmente. Era necesario que nos pudiéramos hacer un hueco en nuestra profesión y de esta forma, lanzarnos sin compromiso a vivir una relación

abierta con absoluta rotundidad.

Imagino que, en cierta forma, Loana estará preocupada. Tal vez yo, en su lugar, también lo estaría. Aunque soy mucho más independiente en lo que se refiere a los sentimentalismos. Esa fue la parte más complicada de asimilar cuando decidimos contextualizar lo que somos y lo que queríamos ser en el futuro. Ella es mucho más pasional, mucho más intensa que yo. Siempre lo fue y no ha cambiado con el paso del tiempo. Esa parte que jamás fue forzada en ella me enamoró el primer día que estuvimos juntos. Posiblemente no haya sido capaz de quererla y amarla como ella se merece, pero así soy yo. Mi individualidad es la que me lleva, es la que mueve mis pies y es la que decide por mí. Egoístamente, no me interesa otra cosa. Y ella, lo sabe. Estuvo de acuerdo en todo momento.

Nos hemos respetado y eso, en una pareja convencional y a día de hoy, es complicado de encontrar. Todo el mundo dice que el respeto es la base de su relación; da la sensación que no es cierto, que es un bulo que ellos mismos se encargan de engordar a diario. Y hay muchas pruebas fehacientes que demuestran que al contrario de lo que se cuenta, la existencia de parejas abiertas a múltiples relaciones dentro de la misma, es cada vez mayor. No juzgo ni una cosa ni la otra. Cada cual con su vida puede hacer lo que le plazca. No obstante, habría que dejarse de lavados de cara frente a lo que se pueda pensar y llevar la cabeza alta sin pensar en nadie más que en tu propia vida. No me arrepiento de haber tomado esta vía. Los que no piensan como yo tienen mi consideración y jamás me pronunciaré en un sentido o en otro. La felicidad se viste de muchas formas y los instantes vividos, al final, son los que cuentan. No es una carrera corta, sino un maratón de resistencia a los propios sentimientos.

Es temprano. Loana estará dormida tras el fin de semana en París. Tomaré un café cerca de casa antes para hacer algo de tiempo. No soy tan malo como algunos me pintan. En ocasiones, incluso tengo sensibilidad.

—Buenos días, señor Dasseville. El camarero me conoce bien. Suelo venir con asiduidad y conocen mis preferencias.

—Buenos días, Charles.

—¿Lo de siempre, maestro?

—¡No me llames así! Y sí, por favor. Expreso y con carga doble. Necesito estar bien despierto para lo que me viene en un rato.

—¿Otra obra escultórica?

Sonrío. Tiene cierta gracia.

—Sí, más o menos. Los materiales serán duros y tendré que trabajar a conciencia poniendo todos mis sentidos en el trabajo.

—Muy bien, señor. Enseguida le preparo el café. ¿Tomará algo para acompañar?

—No, Charles. Esta vez, no. Con el café estaré bien servido.

—Como quiera, señor Dasseville.

El aroma que desprende el café augura un sabor delicioso. Me gusta venir aquí por ese sabor inconfundible. No quiero saber qué mezcla de grano es la que consigue ese sabor tan intenso pues prefiero venir a saborearlo aquí. En casa, a pesar de los avances, nunca sabrá igual que preparado en una cafetería, con una buena máquina que le proponga el trato justo a esa mixtura molida bañada en agua muy caliente. Me vendrá bien tener el estómago atemperado. Al cruzar la calle voy a encontrarme conmigo mismo y eso, en condiciones normales, no pinta demasiado bien.

Tras pagar a Charles y dejarle una pequeña propina, cosa que acostumbro a hacer por el buen trato que recibo siempre en ese establecimiento, voy directo a casa. Es ya una hora prudencial y Loana estará levantada o a punto de hacerlo. De sopetón quizá sea más sencillo para los dos. No estoy seguro, pues si se levanta en modo “*off*” será muy complicado que me entienda. Y lo que es peor: hacerme entender yo mismo. Nunca fui de discursos convincentes, más bien lo contrario. Ahora tengo la oportunidad de resarcirme y buscar esa notoriedad privada que me lleve a donde quiero marchar.

Introduzco la llave con cuidado en la cerradura, y abro. El silencio me da la bienvenida a casa. Mal augurio: Loana debe estar aún dormida. Cierro con cautela, tratando de no hacer demasiado ruido con la intención de no despertarla. Dejo equipaje junto al sofá y el abrigo encima de una de las sillas del salón. Descalzo mis pies de los dichosos zapatos y camino en dirección al dormitorio. La puerta se encuentra entreabierta. Me asomo despacio y miro. La cama está desecha pero ella no está. Giro la cabeza y escucho el agua caer. Ya sé dónde se encuentra. Respiro hondo y entro al cuarto de baño.

—*Bonjour, Loana!* Acabo de llegar.

Pega un pequeño grito, pues parece que no me ha escuchado entrar al cuarto.

—¡Joder, Remy! ¡Me has asustado!

—No era mi intención. Pensé que me habías escuchado entrar.

—¿Cómo quieres que lo haga con el ruido del agua?

—Bueno, ya estoy aquí.

—¿Dónde demonios te has metido? Se ve que has estado pasándolo tan bien que no tenías ganas de llegar a casa y tampoco tenías la intención de contestar a las llamadas y mensajes que he podido hacerte en las últimas horas. Cada vez vamos peor, ¡eh! Da la sensación de que pasas de mí. Pero bueno, eso tiene fácil solución.

La primera estocada, la suelta ella. No le falta razón en que cada vez vamos por caminos distintos. Parece que me lee la mente. Es mi turno de hablar.

—Loana, quiero hablar contigo. Es importante.

—¡Déjame que termine la ducha al menos! ¡Qué manía tienes siempre de ir con prisas! Encima que llegas cuando te da la gana y tarde, sin dar señales de vida, vienes en plan demandante, por decirlo de alguna forma. No hay quien te entienda. A veces, no sé qué narices hago aquí.

—Te espero en el salón. Termina lo que estás haciendo. ¿Mejor así?

—Me sacas de quicio con tus tonterías. A saber de qué diablos querrás hablar de buena mañana.

Loana, a pesar de ser una persona muy inteligente, pienso que no sabe a lo que se va a enfrentar en unos minutos. Aguardo con la poca paciencia que tengo a que salga de la ducha. Ya he podido comprobar que está en modo fuera de servicio así que tengo que ir con pies de plomo o la vamos a liar muy gorda esta mañana. Ya no puedo echarme atrás. Lo tengo decidido. Ahora es ella la que tiene que asumir que lo nuestro, se ha terminado.

Viene vistiendo una camiseta larga de color gris oscuro que le llega por debajo de las nalgas y con las piernas descubiertas. Siempre me gustó esa forma de seducir en silencio, de provocar una reacción en mí. Eran otros tiempos, otra forma de ver la vida, otra forma de querernos. Ella, aún conserva esas costumbres. Yo, ya no me siento tan tentado como entonces. Está más que asumido por ambas partes. Se sienta en el otro lado del sofá y me mira, tratando de descubrir de qué va todo esto. Se adelanta. Toma la iniciativa. Como casi siempre en nuestra relación de pareja.

—Bueno, pues tú dirás qué es eso tan importante que no quisiste hablar por teléfono. También tendrás que explicarme por qué has llegado hoy y no ayer como teníamos previsto.

—Loana, sabes bien que entre nosotros no vale de nada ese control.

—Ya, claro. Tú sí que me preguntabas que cuándo llegaba a casa. Como eres tú, no pasa nada. Típico de ti.

—No quiero discutir más de lo necesario. No voy a seguirte ese juego que acabas de iniciar.

—Yo no he iniciado nada, Remy. Qué menos que me expliques por qué. No me interesa dónde ni con quién, aunque sí por qué. Se supone que ibas a estar en casa cuando yo llegara de París. Es cierto que no tiene ninguna relevancia pero como tu pareja que soy, si bien solamente sea para algunas cosas, merezco una explicación.

—Mira, Loana. Es suficiente ya. Basta de interrogatorios.

Mira al techo del salón y resopla. Esto se complica. Está a la defensiva y no muy receptiva. El momento no es el idóneo.

—Bueno, venga. Que no tengo todo el día.
—Las cosas han cambiado, Loana.
—Las cosas, como tú las llamas, cambiaron hace algunos años ya. Recuerda lo que somos.
—Sé y conozco perfectamente lo que somos y hacia dónde vamos. No se me ha olvidado en absoluto. Recuerda tú también, que fui yo el que planteó nuestro nuevo estatus marital.
—Al grano, Remy, por favor. Ve al grano.

Los nervios se están apoderando de Loana y al verla así, yo mismo también estoy cayendo presa de ese desasosiego.

—Loana, lo nuestro se ha acabado.

Acabo de sentenciar. No tiene sentido darle vueltas a algo que es mucho más que plano, homogéneo y uniforme. Parece que no le ha sorprendido mucho o esa es la sensación que me da. Más bien, me inclinaría a pensar que lo estaba esperando. Antes de irse a París estábamos como siempre. Quizá haya sospechado algo. No sé. Necesito salir de dudas.

—Define eso de que lo nuestro se ha acabado. ¿No se terminó en el momento en que decidimos que íbamos a ser lo que somos, una mujer y un hombre que viven bajo el mismo techo, que utilizan su relación para mantener una posición relevante en nuestros mundos profesionales? Existirá el cariño que sea, no lo niego. Acabarse, lo que se dice acabarse, ya lo hizo hace tiempo. Y si no, ¿a qué te refieres?

—Estoy de acuerdo con lo que acabas de decir, de principio a fin. Sin embargo, soy yo el que quiere dar un paso adelante.

—¿Un paso adelante?

—Sí.

—¿Vas a dejarme? ¿En serio? ¿Has pensado bien lo que quieres?

Me ha pillado, y bien pillado. Me ha cogido desprevenido. Es muy lista. Por eso me enamoré de ella en su momento. Esa inteligencia innata es muy superior a la mía; siempre lo tuve claro.

—Es una decisión que tenía madurada desde hace tiempo. Las cosas, digamos, que han llegado a un momento crucial y es necesario poner un punto y final a lo nuestro.

—O sea, que me dejas.

Suena fuerte lo que está diciendo, sí. Es precisamente lo que quiero hacer. Dejarlo todo y emprender una nueva etapa.

—Es lo mejor para los dos.

—¿Qué bonita frase! ¿No crees? Tan trivial y sobredimensionada que hasta suena de un cursi que dan hasta ganas de vomitar.

—¿A qué viene ese comentario, Loana?

—Pues que si quieres que lo dejemos no hace falta que pienses por mí. Yo tengo la suficiente fuerza, entereza y valentía para decidir por mí misma que es lo mejor. Llegado este punto, no hay mucho más que decir.

—Entonces, parece que estamos de acuerdo.

—Tú sabrás en qué lío te habrás metido ahora. Una cosa te digo, Remy: no me pidas nada. Si has tomado la decisión de volar olvida para siempre lo que dejas en el nido. Soy una mujer independiente que tiene las cosas muy claras. Y entre ellas, a partir de este momento, está en no querer saber nada de ti.

Esa dureza en sus palabras me sorprende. Es como si le doliera que hubiéramos llegado a esta situación. Quizá sea un mecanismo de defensa y solamente esté contraatacando desde su posición.

—En lo que esté metido, Loana, ya no es asunto tuyo. Nunca lo fue.

—Es cierto. Pero bien que utilizaste mi posición y la de mi familia para crecer como artista. No lo olvides jamás, Remy Dasseville. Eres lo que eres, en parte, gracias a mí y a la posición económica de mi familia.

—Deja de martirizarme con eso. Ya devolví todo lo que tus padres me prestaron. Ya no les debo nada.

—¿Cómo que no? Si no llega a ser por ellos, serías un artista de poca monta, que no sería capaz de exponer ni en los pasajes del metro.

Esa postura suya me ha dolido. Pensé que ese tema estaba ya más que resuelto.

—¡Loana, basta ya! No quiero seguir hablando de eso. He venido para decirte que me marcho y que mis abogados se pondrán en contacto con los tuyos para iniciar los trámites.

—Será una lucha dura, Remy. No pienso renunciar a nada que no me pertenezca y que no sea mío. Recuérdalo. Por las buenas, lo que necesites. Por las malas, aléjate cuanto puedas de mí. Porque si es necesario, iré a por ti.

—¿Me estás amenazando?

—Tómalo como prefieras. Mis palabras son las que son. Para entenderlas tienes suficiente juicio.

Loana se levanta del sillón y va directa al dormitorio. La conversación ha terminado. Curioso cómo hemos finalizado. El caso es que ya está. Hecho. Ahora, a otra cosa. A vivir la vida nuevamente. Y a hacer lo que me venga en gana sin tener que dar explicaciones. Bueno, alguna sí que tendré que dar.

INCERTIDUMBRE, O NO

Si dijera que no me esperaba esto, mentiría. A pesar de mi carácter fuerte y directo, ese que he mostrado frente a las palabras de Remy, su decisión me ha dolido. No por esperada, ha dejado de lastimarme por dentro. Es sencillo cuando lo ves reflejado en los rostros de los demás pero cuando te toca a ti todo es diferente, como no podía ser de otra forma. Es inevitable pensar en todos los momentos que he vivido junto a él como es inevitable el cariño que le tengo, a pesar de sus continuas salidas de tono y sus gustos desordenados que han influido en nuestra vida desde el primer día que decidimos embarcarnos en esta aventura conyugal, sin serlo.

Miro hacia adentro y me veo reflejada en todas las cosas que Héctor me contó en París y las que me dijo cuando habló con su mujer. Vidas paralelas. Es curioso y extraño al mismo tiempo. Dos personas que no se conocían, de pronto llega un día y sus vidas dan un giro completo para revirar el sendero que los conduce a su destino. Si le dijera que mi marido también ha decidido dejarme, le sorprendería mucho.

En fin, es el momento de reorganizarlo todo y de centrarme en lo que me proporciona satisfacción y alegría. No voy a permitir que esta nueva situación degeneren en tristeza y en abandono personal. El tiempo de asumirlo será el que dictamine mi nuevo destino.

He ojeado el teléfono y Héctor no me ha pasado la foto. No ha debido ser plato de buen gusto para él porque marcharse de donde ha vivido tanto, debe ser cuanto menos, de cierta complejidad. En ese sentido, yo tendré menos problemática, porque me quedaré aquí. Lo tengo claro. Remy se marchará de casa llevándose sus pertenencias. Y que se busque la vida. No creo que sus abogados quieran plantear echarme de la vivienda, porque si lo intentan, me van a encontrar de frente y con las uñas afiladas. Él ha propuesto que esto termine, pues que se marche. Que recoja todo sin olvidar nada y adiós muy buenas. Los seres humanos nos enfrentamos a los sentimientos de una manera brutal pasando por los estados que pertenecen a cada momento. La intensidad variará en función de los golpes que te proporcione el destino que llama a tu puerta.

Tengo abierta la aplicación por la hemos estado hablando. No me resisto a decirle buenos días. No creo que le moleste.

—¡Buenos días, Héctor! ¿Cómo has pasado la noche? No me has enviado la fotografía.

Espero unos segundos, porque no se encuentra conectado.

—¡Hola, Loana! ¡Qué sorpresa! Pensé que estarías durmiendo aún.

—¡Que va! He tenido visita.

—¿Visita?

—Remy, volvió a casa.

—¡Menos mal! ¿Dónde se había metido esta vez?

—No me lo ha dicho. Ya sabes: eso pertenece a su vida privada.

Me envía una carita completamente roja que parece decir algo malsonante.

—Sí, justo así.

—Bueno, por lo menos ya lo tienes en casa.

—No por mucho tiempo, Héctor.

—¿Se va otra vez? ¿Dónde es la siguiente exposición?

Se hace el silencio. No le contesto. Trago saliva. A pesar de todo, me duele.

—No es ninguna exposición. Me deja.

—¿Qué? ¿Qué te deja? ¿A ti? ¿En serio?

—Sí.

—Te preguntaría cuál es la razón que le ha llevado a decirte eso. No lo tomes a mal, no quiero invadir tu espacio.

—Nuestra relación, Héctor, estaba basada en lo que estaba basada. Y eso, ha terminado por explotar. Yo esperaba que lo hiciera mucho más adelante, sin embargo, la historia marca su fin en estos momentos.

—Hablar de infidelidad en vuestro caso, no tiene sentido. ¿Lo achacas a una tercera persona? No me contestes si no te apetece hablarlo.

—No te preocupes. No sé si hay una tercera persona. El caso es que dice que quiere emprender una nueva etapa y que necesita sentirse libre.

—¿Libre? ¿Más aún? No le entiendo.

—En cierta forma, yo sí que le entiendo aunque me duela admitirlo.

—¿Estás de acuerdo entonces?

—¿Me queda otra opción? Está claro que nuestra historia se ha terminado. Está en el salón, recogiendo algunos de sus libros de la pequeña librería que tenemos junto a la ventana. Yo, me acordé de ti, de todo lo que me contaste y me sentí plenamente identificada. Por eso me atreví a hablarte por aquí. Discúlpame.

—¡Por dios, Loana! Para nada me has molestado. Y sí, salvando las distancias, nos han dado una bofetada a mano abierta en plena cara y sin esperarla. Que esas duelen más.

—Sí, Héctor, sí que duelen. Pero hay que hacerse a la idea. Es lo que nos ha tocado vivir. Tú en Madrid, y yo aquí, en Lausana. Vidas semejantes, paralelas en muchos sentidos.

—Cierto, muy cierto.

—Bueno, no quiero molestarte más. Ten buena mañana.

—No te preocupes. Estoy a punto de ir a casa a llevarme la maleta llena de lo que me queda allí. No tardaré mucho. El viaje a tu ciudad está próximo. Si no pasa nada y te apetece, nos veremos en persona muy pronto.

—Será un placer recibirme en mi ciudad. Haré de buena anfitriona. No tienes que preocuparte por nada. Aquí me tienes para lo que necesites.

—Te lo agradezco mucho, de verdad. Así me será mucho más liviano todo el cambio que tengo que realizar. No voy a desechar tu ayuda. Puedes estar segura.

—Ojalá, Héctor. Te dejo. Tengo cosas que hacer. Estamos en contacto. Besos. ¡Pásame la foto!

—¡Vale! Besos, Loana. Cuídate mucho. Acabo de enviarte la foto. Ya me dices si encuentras algo en ella que a mí se me está escapando.

—¡De acuerdo! Le echaré un vistazo. Cuídate tú también.

Me reconforta hablar con Héctor. Hemos llegado en poco tiempo a generar confianza, tanta como para estar hablando de nuestras vidas privadas como si nos conociéramos de toda la vida. Me vendrá bien tenerle por aquí. Podemos seguir creciendo en amistad. O tal vez esa amistad derive en otra cosa. No sé. No quiero pensar. Porque los dos estaremos en plena libertad de hacer con nuestras vidas lo que queramos. Y quizá pueda ser el comienzo de algo más serio. Quizá. El tiempo y nuestras decisiones, serán nuestro destino.

—Loana, me marchó —me dice Remy desde el salón—. Me quedan pocas cosas, pero ya me pasaré en otro momento a llevármelas.

—Avisa antes. No quiero que entres en casa si estoy ocupada.

—Ya, claro. Te dejo las llaves. Hablamos entonces.

—Adiós, Remy.

—Adiós, Loana.

Y se marcha. Y con él, una buena parte de mi vida. Tanta paz dejas como gloria llevas, que decían mis abuelos. No les faltaba razón.

Cojo el teléfono nuevamente. Voy a ver la foto ahora que Remy se ha marchado y no voy a tener interrupción alguna. Tarda un poco en cargar. Seguro que alguien por aquí ha pirateado la señal wi-fi de casa y por esa razón, tarda más de lo acostumbrado.

Ya la tengo. Se ve algo borrosa. No conozco a la gente que aparece en ella. La mujer que aparece en el fondo y que está besando al hombre que hay junto a ella debe ser Inna, la esposa de Héctor. Si acerco un poco más, podré verla un poco mejor. La imagen tiene poca calidad y los detalles no se pueden apreciar con claridad. Vuelvo a aproximar todo lo que puedo la foto para intentar descubrir quién es el que está besándola pero está tan borrosa que me resulta imposible dar con algún detalle que pueda servirme. Vuelvo la imagen a su tamaño original y le escribo a Héctor diciéndole que no encuentro nada que me pueda dar pistas sobre el susodicho.

Voy a la cocina, pues me apetece un café. Me gusta el aroma que desprende y su sabor, a pesar de que no me sienta demasiado bien. No sé por qué he recordado la primera vez que lo tomamos Remy y yo en la cafetería que hay enfrente de nuestra casa. Y me acuerdo bien, porque ese día le tiré el café encima y le manché la camisa. Menos mal que estábamos al lado de casa y pudo ir a cambiarse con facilidad. Me dejó los gemelos que llevaba puestos y se los guardé en el bolso mientras se vestía con una camisa limpia. Fue bastante gracioso.

Doy un sorbo profundo al café caliente, y parece reconfortarme a nivel físico y mental. Lo necesito en estos momentos de tensión acumulada. Viene bien pararse, respirar profundamente y tratar de ver las cosas desde otra perspectiva. Cuando termino con la taza, la dejo en el fregador mientras cae un pequeño chorro de agua en el interior.

De repente, el corazón me da un vuelco de esos que te dejan casi sin respiración. Me asusto, porque un segundo vuelco se repite. Incluso hay un tercero. Voy corriendo a buscar el teléfono móvil; lo había dejado en la mesita del dormitorio. Lo enciendo y escribo la contraseña para acceder a la pantalla principal. Abro la galería. Busco la foto que Héctor me había enviado minutos antes.

No hace falta agrandarla. Esta vez no.

“No puede ser. No puede ser. No puede ser...”

Sé quién es el que está besando a Inna...

Me tiemblan las manos y me cuesta tener sujeto el móvil para que no se caiga al suelo. Es inverosímil, una situación que no tiene ningún sentido pero que está reflejada en una instantánea colgada en redes sociales. Respiro hondo para calmarme. Lo veo y es que no puedo creerlo. Cómo es posible que la vida te devuelva una moneda que no has lanzado nunca. Una cara y una cruz que me parecen inadmisibles, inoportunas, desalentadoras. También tengo la sensación de estar fuera de un juego del que yo misma soy parte. Quizá no debí insistirle a Héctor para que me enviara la fotografía. Dicen que ojos que no ven, corazones que no sienten. Yo sí que siento y vaya que sí que siento.

Quizá con el paso de los minutos pueda comenzar a entender. No es sencillo pero tampoco es muy complicado. Al final, todos acabamos yendo a la misma fuente a beber aunque el agua no salga todo lo cristalina que deseáramos. Ya me encuentro un poco más calmada, después de todo. Ser capaz de adivinar el misterio me lleva ahora a introducirme en una encrucijada de la que no estoy segura que vaya a poder salir. En honor a la vida y a la amistad, tengo que contar aquello que he podido descubrir. No sé cómo hacerlo, cómo decirle a Héctor la verdad. Porque estoy dudando si ser objetiva o dejar que la realidad siga su curso hasta que sea revelada en el momento designado por la vida para ello. Tal vez me tache de mala amiga, de no querer que supiera la verdad, de no ayudarle

cuando me había pedido ayuda. Puede que no sea importante saber el nombre de la persona con la que le ha sido infiel su mujer. Sin embargo, puede que sí que lo sea y esté esperando esa noticia para cerrar el círculo que comenzó conmigo en París.

Dudo de la idoneidad de sacarlo a la luz, porque tengo la sensación que Héctor necesita pasar página incluso sin conocer al tipo que se está acostando con su mujer y que ha destrozado su vida y su matrimonio. Pero, al mismo tiempo, saber quién podría ayudarle a ver el futuro con otra perspectiva, desde la distancia, agazapado y en buscar de una nueva libertad impuesta por él mismo. Ya no valen las medias tintas, ni tampoco las banderas a media asta. Estoy segura que le va a doler, que le va a hacer daño. Y no quiero que sufra lo más mínimo pues siento que ya lo ha hecho bastante. No se merece más que buenas cosas en la vida que le queda por delante. El amor sin medida y le respondieron cruzándole la cara de una realidad distinta, acorde con los designios de quien no quiso hacer nada por salvar su matrimonio. Sé que Héctor no es un santo, pocos lo son. En sus ojos fui capaz de descubrir cómo es a la hora de amar, aun siendo solamente unos minutos de sexo consentido.

Tengo el teléfono en la mano. Solo es cuestión de enviarle un mensaje o una nota de voz y todo habrá terminado. Aunque hay un problema y no es otro que yo misma. Porque soy incertidumbre, inseguridad, desasosiego, vacilación, recelo, sospecha de mi propia identidad como persona. Es complicado ser portadora de una noticia tan dura.

Y lo es también porque me atañe a mí. Lo que ocurre es que no puedo juzgar, no debo. Porque yo misma he participado en el mismo tablero de ajedrez y he movido las fichas según las reglas

impuestas. Por esa simple razón, mis sentimientos son distintos, diferentes a lo que Héctor puede sentir. No me gustaría verme metido en su piel en estos momentos; no sabría cómo reaccionar ni tampoco tener la entereza que él ha mostrado. Creo que yo hubiera sido mucho más explícita en mis recriminaciones y no sé por qué resquicio hubiera podido escapar de todo esto. Jamás podría haber pensado que ocurriera algo semejante. Está claro que es una certeza sin la más mínima duda. Yo no puedo reprochar su comportamiento y, realmente, sí que lo estoy haciendo. Porque de todas las posibilidades que existen en el universo ha llegado a tocar la única que resultaba imposible.

Me pregunto tantas cosas que revuelan por mi mente sin descanso desde hace unos minutos. Cosas de la vida, echo de menos consultarle a Héctor qué hacer. Esta vez no puedo porque él es parte de la historia. No podría inventarme algo semejante para pedirle consejo. No sé mentir, se me notaría a la legua que no estoy siendo fiel a la verdad. Fidelidad a la verdad, un concepto muy discutible en los tiempos que corren. La mediocridad se ha instalado a nuestra lado y nos hace pecar de suspicacia, de convertirnos en seres erráticos, ajenos a lo que pasa a nuestro alrededor, como si fuéramos portadores de única y reveladora idiosincrasia universal. Iremos de debacle en debacle si seguimos pensando así.

Acabo de apagar la pantalla del teléfono. No me apetece ver más la dichosa fotografía. Mientras deambulaba por mis pensamientos he decidido que sea la vida la que ponga a cada uno en su lugar, que sea ella la que le muestre a Héctor quién es el amante de Inna. No seré yo la que ponga más leña en el fuego que ha estado consumiéndolo durante tanto tiempo. Si es una posición cobarde, la asumo, sin eludir mi responsabilidad. Por otra parte, ¿quién soy yo para decirle aquello que quiere oír? Tengo la sensación que estoy divagando ya como él. Me río de mí misma, de mis circunstancias y de las suyas. Menos mal que me tomo así las cosas porque si no hace tiempo que me hubiera vuelto loca.

Si alguna vez se da el momento y hay que hablar de ello, lo haré. Y me excusaré por no haberlo hecho cuando lo supe. Estoy segura que me entenderá, o eso quiero creer. Héctor es un hombre sabio, metódico y responsable. Sabrá disculparme haber pensado en su bienestar antes que en las sombras que rodean su vida en estos momentos. No tiene sentido hurgar más en esa llaga abierta que se dispone a cerrar en cuanto pueda.

Creo, sinceramente además, que no le hará bien saber que Remy es el amante de Inna...

EL TIEMPO PASA, LOS SENTIMIENTOS SE ARREMOLINAN

Tengo los nervios a flor de piel. Otra vez. Parecía que no iba a llegar nunca, como todas aquellas cosas que esperas con la incertidumbre propia del que se lanza a la aventura sin conocer el destino que le aguarda cuando se tope de bruces frente a él.

Salí de casa, como aquel que dice, con el rabo entre las piernas. Me llevé mis cosas y salí de aquel lugar que me acogió durante una etapa muy importante de mi vida. No hubo llantos ni tampoco escenas dignas de ser reseñadas en esos libros autobiográficos. Sí un vacío extraño, fruto de mi debilidad. Largo y tendido he reflexionado. Las conclusiones están guardadas en la página correspondiente de aquella libreta de fracasos que atesora la biblioteca secreta que tiene su puerta de entrada en mi corazón. El candado que cierra la tapa tiene una llave invisible que no sé dónde guardar. En fin, toca partir. El taxi está esperando en la puerta del hotel. Voy a echar de menos estos días aquí. Por extraño que parezca, he sentido la comodidad que hacía tiempo perdí. La soledad ha llevado las riendas de mi vida estas jornadas que he vivido apartado de todo.

Hay sensaciones encontradas, diferentes, extrañas. Levantarte por la mañana y ver que tienes toda la cama para ti o que al entrar en el baño no se escucha el agua de la ducha correr. Ir a desayunar con gente extraña y con un camarero que te sirve las tostadas y el café templado. Salir a pasear y ver la gente a tu alrededor, ajena a tu vida. Como antes, pero sin

serlo. Entiendo que debe ser esa especie de duelo sentimental que sobreviene en estos casos. Demasiado novato en todo, es la vida la que manda, la que lleva a cabo el guión que yo he querido escribir con mis vados de acción o con los instantes de quedarme varado y aislado en aquel peñón remoto y sin acceso posible.

Sin embargo, ahora toca dar un pasito adelante, un nuevo ciclo que comienza y al que tengo que agarrarme con todas mis fuerzas. Es la ocasión perfecta para dar lo mejor de mí y demostrar todo aquello que llevo dentro y, como consecuencia, espero que pueda ir recuperando al ritmo que sea mi motivación interior, aquella que ha quedado maltrecha tras la salida de Inna de mi vida. En París tuve la sensación que se inauguraba una nueva dimensión. Loana llegó como un tren de mercancías y lo arrastró todo. Y me gustó, me gustó muchísimo. Quizá fue todo fruto de la extraordinaria situación que vivimos los dos, dejándonos llevar por aquello que anhelábamos y que se ofreció delante de nuestros ojos. No podíamos rechazar la invitación a ser vida, precisamente.

Con el paso de los días, quizá fruto de mis pensamientos negativos, no sé si es lo que quiero. Me refiero a que no sé si ella es lo que necesito para seguir adelante. Podría serlo, efectivamente, aunque de la misma forma podría estar equivocado. Ahora ya no me atan sentimientos como cuando la besé por primera vez y probé que hay sabores distintos y diferentes a los que únicamente conocía. Sin embargo, queda un rescoldo que me quema por dentro. Ya no sé si pensar que Inna es o fue la mujer de mi vida, si bien tantos años a su lado marcaron mi devenir en este mundo temporal. Para bien o para mal ha sido mi compañera en este viaje. No fue fácil, nunca, y ahora eso ya se queda atrás.

Oigo el claxon. El transporte está aquí. Bajo a recepción y saldo la cuenta. Con mi par de maletas salgo a la mañana madrileña que me costará no ver dónde voy. Estoy tan hecho a la capital que ir a vivir a otro lugar me parece descabellado. Subo al coche y cierro la puerta. Directo al aeropuerto. Mientras el conductor callejea por el centro, múltiples sensaciones se agolpan en mi mente. No soy de lagrimear con facilidad pero en estos momentos, estoy llorando. Es contradictorio. Para mí, lo es. Es lo que siempre soñé, lo que siempre busqué con mi dedicación y mi trabajo duro jornada a jornada. Esa vía individualista es la que ganó la batalla, visto lo visto. Nunca descuidé mi hogar, a mi compañera, o por lo menos yo no tuve esa sensación. Sin embargo, a la vista de los acontecimientos, está claro que no fue suficiente. No para Inna. O quizá esto ya estaba predestinado a suceder. No lo sé.

Divagar. Lo he hecho mucho estos días. Los dolores de cabeza de tanto dar vueltas han sido también mis compañeros de fatigas junto con los analgésicos que he tenido que tomar para paliar los efectos de mi propia desconfianza interior. Un pequeño desastre entre tanto razonamiento.

Ya hemos salido fuera y la autovía nos lleva en pocos minutos a la terminal. Cruzo la hoja de cristal de puertas automáticas que me permite acceder al interior. Hay movimiento, por supuesto. Un trasiego constante de personas de un lado a otro y yo, en medio de todo. Me siento pequeño, aislado en mis propias circunstancias, aunque no diferente de cualquiera de los que aquí vienen a lo mismo que yo.

Un poco de claustrofobia parece querer dominar mi templanza. Me siento en uno de los numerosos bancos que hay antes de cruzar el arco de seguridad. Respiro hondo y trato de calmarme. Inspirar. Expirar. Inspirar. Expirar. Parece que voy alcanzado el sosiego que me llevará a tranquilizar mis nervios. Tal vez un poco de música apacigüe este vendaval interno en el que estoy atrapado. Busco mi lista favorita: una en la que solamente se escuchan las notas de un piano. Necesito dejarme llevar por ese sonido envolvente. Unos minutos y seré un hombre nuevo. Cierro los ojos. Me centro en la melodía: es lo único que existe ahora, me repito.

—¡Héctor! ¡Que te duermes!

Una voz conocida me saca de mi trance espiritual. Me ha sentado bien detenerme y darme un respiro de tanto acúmulo a flor de piel. Se acerca a mí, sin esperarlo. Miro sus ojos y observo un brillo que no había notado con anterioridad. Ese destello tiene fuerza, intensidad, proclive a decir mucho más. Siento que contemplarla me restituye a la normalidad. Se retira y me sonríe. Yo le devuelvo la sonrisa de forma automática. Observo el color de un instante perdido en medio de un aeropuerto atestado de gente que aclara un día grisáceo lleno de nubarrones dándole un hilo de vida a la historia haciéndola soportable.

Me levanto y caminamos en paralelo hacia la zona de seguridad. Con lo que yo suelo hablar y ahora no me salen las palabras. Sin embargo, resuena un eco interior, una paz silente que me hace repensar muchas cosas. Tal vez, no presté atención o no fui capaz de estar alerta cuando debí estarlo. A la vista de esa mirada de intensidad real todo parece distinto. Es una revelación que me pilló sin el cinturón de seguridad abrochado y, en cierta forma, me causa revuelo.

Sin detener la mirada, toma mi mano y entrelaza sus dedos con los míos apretándome con suavidad pero con la firmeza necesaria para querer asegurarme tantas cosas que en silencio podría escucharlas con absoluta nitidez. Entiendo que esto va un poco más allá de la cortesía, mucho más allá de una amistad sin secretos. Temo soltarla, por lo inverosímil de una reacción que no puedo adivinar en este futuro tan inmediato como fugaz. ¿Por qué ahora esta declaración de intenciones? No sé si es fruto de la casualidad o de algo sumamente premeditado. Mentiría si dijera que sabía algo, porque no es así. Quiero contestar tan rápido a tantas cuestiones que me distraigo de sus

dedos en mis manos, de esa caricia fortuita que se produce al andar agarrados.

En un momento dado, llegamos a la cola que da acceso al túnel descendente, última vía que nos llevará directos a la cabina. Ahora sí que me atrevo a soltarla y al mirarla, la sonrisa continúa brillando. Apuro las posibilidades para no mostrarme descortés con su innegable cariño, aunque me gustaría preguntarle, saber a qué viene este cariño templado, sin exabruptos, vertido con sutileza y exquisitez.

—Ana, yo... —trato de decirle algo.

—Shhhhhh... —me dice poniendo un dedo en sus labios y otro en los míos—. No es momento de hablar: es momento de iniciar un nuevo proyecto, emerger en un nuevo lugar de trabajo, disfrutar de un mundo nuevo que se abrirá paso a nuestros pies. Y yo estaré a tu lado, ayudándote en todo lo que esté en mi mano. No pienses nada: concéntrate en lo que tienes frente a ti y que estás a punto de emprender. Es tu sueño, el sueño del que se ha dejado la vida para conseguir sus objetivos, trabajando duro, muy duro. Es el instante de vencer los miedos y de vivir. Tiempo habrá de replantearse cosas a todos los niveles.

—Gracias, Ana, por querer venir conmigo y acompañarme en esta nueva aventura. Sabes que confío plenamente en ti y sé que, juntos, lo lograremos.

—De eso que no te quepa la menor duda. Juntos podremos con todo.

Es nuestro turno: accedemos al interior del pasadizo y cargamos con las ilusiones intactas, aquellas que deben llevarnos a un nuevo capítulo vital. Ir con ella me proporciona, quizá, la tranquilidad que estaba echando de menos. El apoyo de una compañera de trabajo como Ana será fundamental para lograr los objetivos que me plantearán a la llegada a Lausana. Somos un buen equipo, de eso estoy seguro. Todo este batiburrillo me ayudará a darle una vuelta de tuerca a mi vida personal, tan agrietada como la tierra seca que se abandona por no ser fértil.

Es una locura pensar en todo lo que he experimentado desde que estuve en la capital francesa. Supone la confirmación perfecta que todos, en algún día de nuestra existencia, tenemos que vivir, sentir en primera persona y parar a darnos cuenta que hay otros caminos inexplorados que merecen la pena ser vistos.

Siempre quise deambular por el sendero del silencio que yo mismo construí con mis propias manos, con el sudor de mis días y mis madrugadas, hasta el punto de pensar que erróneamente, era el único posible. Felicidad y desdicha a partes iguales igualaban una balanza que sostenía en mis manos cada vez que despertaba y cada vez que cerraba los ojos para buscar el descanso. Viví en una cortina de humo de aquel cigarrillo que probé siendo adolescente y que empañó lo que mis ojos pudieron ver a través de sus pupilas dilatadas en la complacencia y en la costumbre de verme siempre así. Yo fui el único culpable. No tiene sentido buscar excusas donde no existen a pesar de que, efectivamente, todo se arremolinó para propinarme una bofetada de realidad.

Una nueva etapa me espera, nos espera. No sé lo que nos deparará el horizonte que podré surcar en breve por encima de las nubes. Ojalá sea capaz de darle un nuevo rumbo a esta vida de treinta y pocos años. Ahora camino en soledad, pero hay una mano amiga que se aferra a la mía y no quiere soltarme.

Y yo, aunque quisiera, no soy capaz de liberarme de ella.

Me mira otra vez y en sus labios, puedo descubrir algo diferente, distinto, nuevo tal vez. La noto nerviosa, como lo estoy yo. Es un viaje colmado de incertidumbre, de múltiples variables por solucionar. Emprender este órdago con Ana supone una inyección de moral impagable. Todo esto tiene pinta de locura, sin embargo, es hermoso dar un paso adelante. No quiero aventurarme a realizar un pronóstico por si yerro en el resultado.

No quiero plantearme nada más allá de vivir cada momento como si fuera el último pero haciéndole caso omiso a lo que debo hacer, me pregunto por el futuro. La respuesta no parece ser sencilla: todo ocurrirá cuando tenga que ocurrir, ni antes ni después, justo en el instante preciso.

Abrocho el cinturón de seguridad. Tomo el teléfono móvil para apagarlo mientras las azafatas comienzan la explicación de las medidas de seguridad a bordo. En el instante en que voy a apretar el botón, llega una notificación. Entro a la aplicación y veo que el contenido es un mensaje de voz. Acerco la pantalla al oído para poder escucharlo. Bajo un poco el volumen para no molestar y presto toda mi atención a la voz que me habla.

Ahora soy yo el que sonrío sin venir a cuento. Ana, que me observa, me pregunta.

—¿Quién es, Héctor? ¿Es importante? ¿Es de la compañía...?

—No, Ana. No es de nadie de la empresa.

—¿Entonces...?

—Es una invitación personal para una audición.

—¿Una audición? No acabo de entender.

—No te preocupes. ¿Te has abrochado el cinturón? Vamos a tomar pista enseguida.

—¡Sí! Estoy preparada.

Cierro los ojos y respiro hondo. El avión toma pista con rapidez y potencia y se eleva poco a poco empujando la tierra que se aleja lentamente.

Como un niño pequeño que ha aprendido la lección para exponerla en el colegio, repaso las palabras de ese último mensaje:

“Monsieur De la Vega. Usted. Yo. Mi copa preferida y su cóctel predilecto. Una chimenea encendida. Un piano. A solas, sin límite de tiempo. No aceptaré un no por respuesta.

Atentamente, Madame Lanusse...”

Hasta pronto, Madrid...

FIN

AGRADECIMIENTOS

Han tenido que pasar muchos años, demasiados dimes y diretes, incontables comienzos y traslados de manuscritos a la papelera. Noches de frustración completa y días de querer abandonar esa loca idea que yo mismo fui alimentando desde que decidí embarcarme en la aventura de intentar escribir una novela. El simple hecho de mencionar esa palabra fue, durante mucho tiempo, sinónimo de desencanto y desilusión.

Hasta que una madrugada de noviembre del año pasado, en uno de esos centenares de intentos, comencé a realizar el borrador de una escena. No estaba seguro de lo que podría salir de ese pequeño momento en la trama que rondaba mi cabeza. Lo guardé en el portátil y no volví a él en unos cuantos días. Comenté con una buena amiga que había escrito una escena y que me gustaría que la leyera. Y lo hizo.

Me quedé despierto hasta las tantas de la madrugada esperando a que me diera su opinión al respecto. Estaba nervioso, pero el nerviosismo desprendía otro cariz totalmente distinto a los sufridos con anterioridad. Llegó un mensaje de texto y, al leerlo, reconozco que lloré.

Desde ese momento y, prácticamente a diario, comencé a hilar (aún no sé muy bien cómo) la historia que hoy tienes entre tus manos.

Solo puedo decirte que me he vaciado por dentro, en un ejercicio profundo y personal en el que he tratado de ofrecer(te) algo interesante para leer.

Jamás diré que, como esta historia, no hay ninguna y que no te dejará indiferente. No me atrevería siquiera a planteármelo. Soy consciente de mis limitaciones y que me muevo en un terreno por el que no he caminado nunca.

Serás tú la/el que decida si has podido sentir aquello que yo experimenté al plasmarlo mediante palabras. Y estoy dispuesto a recibir y a reflexionar sobre cada comentario que me quieras hacer al respecto.

No me gustaría terminar sin los agradecimientos. En primer lugar, a Nerea y a Silvia, por soportar mis interminables horas frente a la pantalla tecleando día tras día y por apoyarme en esta nueva aventura.

En segundo lugar, a Ana María, mi fiel escudera, la persona que ha sido una auténtica y maravillosa lectora cero, que me ha acompañado desde el primer bosquejo hasta que escribí la palabra “fin” y que, sin ella, esta historia no habría salido a la luz.

Muchas gracias también a “mis chicas”, Lorena y Cristina, que fueron capaces de hacer una disección perfecta y completamente ilusionante de esta novela y que, sin sus apreciaciones y opiniones, la trama estaría incompleta.

Miles de gracias a Laura Sanz, que a pesar de sus ocupaciones personales y del estado de sus ojos, quiso darle y darme una oportunidad. Impagables sus consejos, su buen humor y sus correcciones a pie de página, que han proporcionado luz a esta historia.

Muchas gracias al trabajo profesional de Marina Agate, correctora de esta novela. Un placer que hayas querido trabajar conmigo, con un principiante como yo. Gracias por tus consejos y por tu buen hacer.

Millones de gracias a Marien Fernández Sabariego y su proyecto ADYMA Design, por hacer la portada más bonita posible y que dice tanto sobre las páginas que alberga. Gracias por hacer magia con la pequeña idea que te comenté por teléfono.

Muchas gracias también a Lourdes Tello, magnífica escritora y buena amiga, por su apoyo incondicional para que continuara con este proyecto.

Miles de gracias a Yasnaia Altube, por confiar en mí desde el primer momento y acompañarme en silencio a lo largo de toda mi experiencia como humilde escritor. Es en esos precisos momentos cuando percibes y te das cuenta de quien te quiere de verdad.

Gracias también a Naitora, por prestarme su sonrisa y sus consejos cuando me empecinaba en caer una y otra vez en el mismo bache.

Podría seguir hasta el infinito. Gracias a toda mi familia por su apoyo. Gracias a los amigos, cercanos y lejanos, por estar ahí. Gracias a quien, en algún momento, se cruzó en este camino de letras para acompañarme.

Y por supuesto, miles de millones de gracias a ti, que has decidido darle una oportunidad a un novel como yo. Espero y deseo no defraudarte demasiado. Gracias a corazón abierto.

¡Nos vemos pronto! Aquí o allá, pero siempre entre las letras de un libro.

#GPSyE.

Óscar Quiroga.

REDES SOCIALES

www.facebook.com/OscarQuirogaAutor

www.instagram.com/oscarquirogaescritor

www.twitter.com/OscarQMAutor